

CHUCK PALAHNIUK

Fantasmas

LITERATURA MONDADORI

Lectulandia

Un grupo de escritores acuden, tras leer un anuncio en la prensa, a un retiro para artistas donde supuestamente darán rienda suelta a su imaginación. Inmersos en un escenario aislado de las preocupaciones mundanas, los escritores llegan dispuestos a escribir su obra maestra. No obstante, la colonia de escritores resulta ser un lugar apartado del mundo, un viejo teatro abandonado, donde la comida, la electricidad y los suministros básicos son bienes escasos. En estas condiciones precarias, los protagonistas comenzarán a escribir historias terroríficas hasta llegar a un grado de maquinación diabólico, y alzarse ante la masa como héroes de una película documental.

Fantasmas es al mismo tiempo una sátira provocativa sobre el ansia de notoriedad y un homenaje a los clásicos del género de terror en la línea de Los cuentos de Canterbury o Frankenstein.

Lectulandia

Chuck Palahniuk

Fantasmas

ePUB v2.0

GONZALEZ 16.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Haunted*

© 2005, Chuck Palahniuk

Traducción de Javier Calvo Perales

Ilustración de la cubierta: © Jeff Middleton

Diseño de la cubierta: Luz de la Mora

Editor original: Fear (v1.0)

Segundo editor: GONZALEZ (v2.0)

ePub base v2.0

Había muchas cosas hermosas, muchas desvergonzadas, muchas *grotescas*, algunas terribles y no pocas que podrían provocar repugnancia.

EDGAR ALLAN POE,
«La máscara de la muerte roja»

COBAYAS

Se suponía que esto era un retiro para escritores. Se suponía que era seguro.

Una colonia aislada para escritores, donde pudiéramos trabajar,
dirigida por un anciano muy anciano y moribundo llamado Whittier,
hasta que dejó de serlo.

Y se suponía que teníamos que escribir poesía. Poesía bonita.

Todos nosotros, sus alumnos aventajados,
encerrados sin contacto con el mundo ordinario durante tres meses.

Y entre nosotros nos pusimos nombres como «el

Casamentero». Y «el Eslabón Perdido».

O «la Madre Naturaleza». Etiquetas tontas. Nombres que se nos ocurrían.

De la misma forma que cuando eras niño te inventabas nombres para las plantas y
los animales que había en tu mundo. A las peonías pegajosas de néctar e infestadas
de

hormigas: las llamabas «flores hormigueras». Y a los collies «Perros Lassie».

Pero incluso ahora, sigues llamando a alguien «ese hombre con una sola pierna».

O «ya sabes, la chica negra».

Nos llamamos los unos a los otros:

«el Conde de la Calumnia».

O «la Hermana Justiciera».

Los nombres nos los ganábamos en base a nuestros relatos.

Los nombres que nos poníamos entre nosotros
basados en nuestra vida y no en nuestros apellidos:

«la Dama Vagabunda»,

«el Agente Chivatillo».

Basados en nuestros pecados y no en nuestros trabajos:

«San Destripado».

Y «el Duque de los Vándalos».

Basados en nuestros defectos y crímenes. Al contrario que los nombres de los

superhéroes.

Nombres tontos para gente real. Como si abrieras con un cuchillo una muñeca de trapo y dentro encontraras:

intestinos de verdad, pulmones de verdad, un corazón que late, sangre. Mucha sangre caliente y pegajosa.

Y se suponía que teníamos que escribir relatos. Relatos graciosos.

Éramos demasiados, aislados del mundo durante toda una primavera, un verano, un invierno o un otoño. Una estación entera de aquel año.

No importaba qué clase de personas fuéramos, no para el viejo señor Whittier.

Pero esto no lo dijo de entrada.

Para el señor Whittier éramos animales de laboratorio. Un experimento.

Pero no lo sabíamos.

No, esto solamente fue un retiro para escritores hasta que ya fue demasiado tarde para que fuéramos otra cosa que sus víctimas.

Cuando el autobús se detiene en la esquina donde la Camarada Sobrada aceptó esperar, ella ya está allí vestida con una chaqueta de aviador comprada de los excedentes del ejército —de color verde oliva oscuro— y pantalones anchos de camuflaje, con los bajos remangados para dejar ver unas botas de infantería. Con una boina negra bien calada en la cabeza, podría ser cualquiera.

—La regla era... —dice San Destripado por el micrófono que tiene encima del volante.

Y la Camarada Sobrada dice:

—Vale. —Se inclina para desanudar de una maleta una etiqueta que identifica el equipaje. La Camarada Sobrada se mete la etiqueta para equipaje en su bolsillo de color verde oliva, carga con la segunda maleta y sube al autobús. Mientras la primera maleta se queda en la acera, abandonada, huérfana, sola, la Camarada Sobrada se sienta y dice—: Muy bien.

Dice:

—Arranca.

Esta mañana todos nos hemos dedicado a dejar notas. Antes del amanecer. Hemos bajado escaleras a oscuras de puntillas con nuestra maleta y hemos tomado calles a oscuras con la única compañía de los camiones de la basura. No hemos visto salir el sol.

Sentado al lado de la Camarada Sobrada, el Conde de la Calumnia está escribiendo algo en un cuaderno de bolsillo, mirándola alternativamente a ella y a su bolígrafo.

E, inclinándose a un lado para mirar, la Camarada Sobrada dice:

—Tengo los ojos verdes, no castaños, y mi pelo es de color caoba natural. —Ella mira cómo él escribe «verde» y luego dice—: Y tengo una rosa roja pequeñita tatuada en la nalga. —La mirada de ella se posa en la grabadora plateada que a él le asoma del bolsillo de la camisa, con la rejilla de su micrófono, y luego dice—: No escribas «pelo teñido». Las mujeres se «resaltan» el color del pelo o bien se lo «retocan».

Cerca de ellos va sentado el señor Whittier, allí donde puede sujetar el armazón plegado de acerocromo de su silla de ruedas con sus manos manchadas por la edad y temblorosas. A su lado va sentada la señora Clark, con unos pechos tan grandes que casi le descansan en el regazo.

La Camarada Sobrada les echa un vistazo. Se inclina sobre la manga de franela gris del Conde de la Calumnia y dice:

—Puramente ornamentales, supongo. Y sin ningún valor nutritivo...

Hoy es el día en que nos perdemos nuestro último amanecer.

En la siguiente esquina oscura donde nos está esperando, la Hermana Justiciera levanta su reloj de pulsera negro y pesado y dice:

—Habíamos quedado a las cuatro y treinta y cinco. —Da unos golpecitos en la esfera del reloj con la otra mano y dice—: Son las cuatro y treinta y nueve...

La Hermana Justiciera trae un estuche de cuero de imitación con un asa blanda y una solapa que se cierra con un broche para proteger la Biblia que lleva dentro. Un bolso de fabricación casera para transportar la Palabra de Dios.

Estamos esperando al autobús por toda la ciudad. En las esquinas o en los bancos de las paradas de autobús, hasta que aparece San Destripado. Con el señor Whittier sentado cerca de la parte de delante junto a la señora Clark. El Conde de la Calumnia. La Camarada Sobrada y la Hermana Justiciera.

San Destripado tira de la palanca que hace que la puerta se abra plegándose sobre sí misma y en la acera aparece la pequeña Señorita Estornudos. Con las mangas de su jersey abultadas por todos los pañuelos de papel sucios que lleva metidos dentro. Levanta su maleta y de la misma sale un ruido fuerte parecido al ruido de las palomitas dentro de un microondas. Con cada peldaño que sube de la escalerilla del autobús, la maleta hace un estruendo parecido a un fuego lejano de ametralladora, y la Señorita Estornudos nos mira y dice:

—Mis pastillas. —Agita ruidosamente la maleta y dice—: Llevo provisiones para tres meses...

De ahí la norma que limita la cantidad de equipaje. Para que podamos caber todos.

La única norma es una sola pieza de equipaje por persona, pero el señor Whittier no ha especificado de qué tamaño ni de qué clase.

Cuando la Dama Vagabunda sube a bordo, lleva un anillo de diamante del tamaño de una palomita de maíz y con la mano sujeta una correa que va arrastrando una maleta de piel con ruedecitas.

Con un gesto de los dedos destinado a hacer centellear su anillo, la Dama Vagabunda dice:

—Es mi difunto marido, incinerado y convertido en un diamante de tres quilates.

Al oír esto, la Camarada Sobrada se inclina sobre el cuaderno en el que está escribiendo el Conde de la Calumnia y dice:

—«Lifting» acaba en g.

Unas cuantas manzanas más tarde, después de un par de semáforos y de doblar unas cuantas esquinas, aparece el Chef Asesino, esperando, con una maleta de aluminio moldeado en la mano donde lleva todos sus calzoncillos blancos elásticos y sus camisetas y sus calcetines doblados en cuadrados tan perfectos como si fueran de origami. Además de un juego completo de cuchillos de chef. Debajo del mismo, su

maleta de aluminio está atiborrada de fajos de billetes sujetos con gomas elásticas, todos en billetes de cien dólares. Todo junto pesa tanto que tiene que usar las dos manos para subirlo al autobús.

Después de bajar otra calle, pasar por debajo de un puente y dar toda la vuelta a un parque, el autobús se detiene en una acera donde no parece haber nadie esperando. Allí el hombre al que llamamos «el Eslabón Perdido» sale de entre unos matorrales que hay cerca de la acera. En las manos lleva una bolsa negra de basura hecha una pelota y llena de rasgaduras, a través de las cuales asoman camisas de franela a cuadros.

Mirando al Eslabón Perdido, pero dirigiéndose al Conde de la Calumnia, al que tiene al lado, la Camarada Sobrada dice:

—Con esa barba, Hemingway le habría pegado un buen tiro...

Ese mundo que sigue dormido nos tacharía de locos. Toda esa gente que sigue en la cama pasará otra hora durmiendo, luego se lavarán la cara, debajo de los brazos y entre las piernas, antes de ir al mismo trabajo de todos los días. A vivir la misma vida de todos los días.

Esa gente llorará al descubrir que nos hemos ido, pero también llorarían si subiéramos a bordo de un barco para empezar una nueva vida al otro lado del océano. Emigrantes. Pioneros.

Esta mañana somos astronautas. Exploradores. Gente despierta mientras ellos duermen.

Esa gente llorará, pero luego regresarán a trabajar de camareros, a pintar casas, a programar ordenadores.

En nuestra siguiente parada, San Destripado abre las puertas y un gato sube la escalerilla y recorre el pasillo que hay entre los asientos del autobús. Detrás del gato aparece la Directora Denegación diciendo:

—Se llama Cora. —La gata se llama Cora Reynolds—. Yo no le puse el nombre —dice la Directora Denegación, vestida con un blazer y una falda de tweed cubiertos de pelos de gato. Con un bulto en el pecho debajo de una de las solapas.

—Lleva una pistolera en el hombro —dice la Camarada Sobrada inclinándose para hablar con la grabadora que el Conde de la Calumnia lleva en el bolsillo de la camisa.

Todo esto —susurrar a oscuras, dejar notas, mantener las cosas en secreto— es nuestra aventura.

Si estuvieras planeando quedarte aislado en una isla desierta durante tres meses, ¿qué te llevarías?

Digamos que el suministro de comida y agua está garantizado, o eso crees tú.

Digamos que solamente puedes llevar una maleta porque vais a ser muchos y el autobús que os lleva a todos a la isla desierta tiene el espacio limitado.

¿Qué meterías en la maleta?

San Destripado lleva cajas de aperitivos de cortezas de cerdo y ganchitos, y tiene los dedos y la barbilla de color naranja por culpa del colorante salado. Mientras agarra el volante con una mano, con la otra inclina los paquetes para verter el contenido dentro de la boca que tiene en medio de su cara flaca.

La Hermana Justiciera trae una bolsa de la compra llena de ropa y con una cartera de colegial encima de todo.

Inclinándose por encima de sus enormes pechos, cogiéndolos como si fueran un niño que llevara en brazos, la señora Clark le pregunta a la Hermana Justiciera si ha traído una cabeza humana.

Y la Hermana Justiciera abre la cartera de colegial lo bastante como para mostrar los tres agujeros de una bola negra de bolera y dice:

—Mi hobby...

La Camarada Sobrada aparta la vista del Conde de la Calumnia, que sigue tomando notas en su cuaderno, y contempla el cabello negro y densamente trenzado de la Hermana Justiciera, de cuyas horquillas no se sale ni un solo pelo.

—Eso —dice la Camarada Sobrada— es pelo con color.

En nuestra siguiente parada, el Agente Chivatillo está esperando con una cámara de vídeo delante de un ojo, filmando cómo el autobús se detiene frente a la acera. Lleva consigo un fajo de tarjetas de visita que se pone a repartir para demostrarnos que es detective privado. Con su cámara de vídeo a modo de máscara que le cubre la mitad de la cara, se dedica a filmarnos mientras recorre el pasillo hasta un asiento vacío del final, cegándonos a todos con el foco.

Una manzana más allá, el Casamentero sube a bordo, dejando tras de sí un rastro de mierda de caballo con sus botas de vaquero. Con un sombrero de vaquero de paja en las manos y un macuto colgado a la espalda, se sienta y abre su ventanilla y escupe un salivazo de tabaco marrón por el costado de acero pulimentado del autobús.

Esto es lo que traemos con nosotros para pasar tres meses fuera del mundo. El Agente Chivatillo, su cámara de vídeo. La Hermana Justiciera, su bola de bolera. La Dama Vagabunda, su anillo de diamantes. Esto es lo que necesitamos para escribir nuestras historias. La Señorita Estornudos, sus pastillas y sus pañuelos de papel. San Destripado, sus aperitivos. El Conde de la Calumnia, su cuaderno y su grabadora.

El Chef Asesino, sus cuchillos.

Bajo la luz tenue del autobús, todos espiamos al señor Whittier, el organizador del taller. Nuestro profesor. Por debajo de sus escasos cabellos grises peinados hacia un lado de la cabeza se le ve la cúpula reluciente y manchada de la calva. El cuello abotonado hasta arriba de su camisa se yergue como una cerca blanca y almidonada alrededor de su cuello flaco y manchado.

—La gente de la que os estáis escabullendo —nos dice el señor Whittier— no

quiere que os iluminéis. Quiere que seáis previsibles.

El señor Whittier dice cosas como:

—No podéis ser la persona que ellos conocen y la persona genial y gloriosa en la que os queréis convertir. No al mismo tiempo.

La gente que nos quiere de verdad, dice el señor Whittier, nos suplicará que nos marchemos. Que hagamos realidad nuestros sueños. Que practiquemos nuestro oficio. Y nos querrán cuando regresemos.

Dentro de tres meses.

El pedacito de vida que todos nos estamos jugando.

Que estamos arriesgando.

Durante ese tiempo, apostaremos por nuestra capacidad para crear una obra maestra. Un relato o un poema o un guión o unas memorias que le den sentido a nuestra vida. Una obra maestra que nos libere de nuestra esclavitud a un marido o a un padre o una empresa. Que compre nuestra libertad.

Todos nosotros, yendo en autobús por las calles vacías y oscuras. La Señorita Estornudos se saca un pañuelo de papel mojado de la manga del jersey y se suena. Luego se sorbe la nariz y dice:

—Cuando estaba saliendo a escondidas, me moría de miedo de que me pillaran. —Se vuelve a meter el pañuelo en la manga y dice—: Me siento como... Anna Frank.

La Camarada Sobrada se saca del bolsillo la etiqueta para identificar el equipaje, lo único que le queda de su maleta abandonada. De su vida abandonada. Y dándole vueltas y más vueltas a la etiqueta que tiene en la mano, sin dejar de mirarla, dice:

—Tal como yo lo veo... —dice—, Anna Frank vivió bastante bien.

Y San Destripado, con la boca llena de nachos, mirándonos a todos por el retrovisor, masticando sal y grasa, dice:

—¿Y eso?

La Directora Denegación acaricia a su gata. La señora Clark se acaricia los pechos. El señor Whittier acaricia su silla de ruedas de acerocromo.

Bajo una farola, en una esquina que hay más adelante, espera la silueta oscura de otro aspirante a escritor.

—Por lo menos Anna Frank —dijo la Camarada Sobrada— nunca tuvo que ir de gira para promocionar su libro...

Y San Destripado pisa los frenos hidráulicos y hace girar el volante para detenerse frente a la acera.

HITOS

Un poema sobre San Destripado

«Este es el trabajo que dejé para venir aquí —dice el Santo—.

Y la vida a la que renuncié.»

Conducía un autobús turístico.

En el escenario, San Destripado tiene los brazos cruzados sobre el pecho: tan flaco que se puede tocar el centro de la espalda con las manos.

He ahí a San Destripado, con una sola capa de piel pintada sobre el esqueleto.

Las clavículas le sobresalen del pecho, grandes como asas.

Se le ven las costillas a través de la camiseta, y el cinturón, en vez del trasero, es lo que le sujeta los vaqueros.

En el escenario, en vez de un foco, un fragmento de película:

los colores de las casas y de las aceras, de los letreros de la calle y de los coches aparcados,

le pasan de lado sobre la cara. Una máscara de tráfico congestionado. De camionetas y camiones.

Y dice: «Aquel trabajo, conducir el autobús turístico...».

Eran todo japoneses, alemanes, coreanos, todos con el inglés como segundo idioma, llevando sus

libros de frases en la mano, asintiendo y sonriendo a cada cosa que él dijera por el micrófono mientras dirigía el autobús por esquinas, por

calles, frente a casas de

estrellas del cine o escenarios de asesinatos

extrasanguinarios,

o apartamentos donde estrellas del rock habían tenido sobredosis.

Todos los días el mismo recorrido, el mismo mantra de asesinato,

de estrellas de cine, de accidentes. Lugares

donde se habían firmado tratados de paz. Donde habían dormido presidentes.

Hasta el día en que San Destripado se detiene delante de una casa estilo rancho con una cerca, nada más que un pequeño rodeo

para ver si está el Buick de cuatro puertas de sus padres,
para ver si todavía viven ahí,
y por el jardín de la casa camina un hombre, empujando una cortadora de césped.
Y el Santo le dice por el micrófono a su cargamento con aire acondicionado:
«Están viendo a San Mel».
Y mientras su padre mira la pared de ventanillas de autobús tintadas con los ojos
guiñados,
San Destripado dice: «El Santo Patrón de la Vergüenza y la Furia».

Después de eso, todos los días, el recorrido incluye «el Santuario de San Mel y Santa
Betty».

Santa Betty es la Santa Patrona de la Humillación Pública.
San Destripado aparca delante de la torre de apartamentos donde vive su hermana y
señala
uno de los pisos superiores. Allí arriba, el Santuario de Santa Wendy.
«La Santa Patrona del Aborto Terapéutico.»

Aparca delante de su propio apartamento
y le dice al autobús: «Ese es el santuario de San
Destripado»,
el Santo en persona, con su espalda estrecha, sus labios de goma y su camisa
ancha,
todavía más pequeño cuando se refleja en el retrovisor,
«el Santo Patrón de la Masturbación». Mientras todos permanecen sentados en el
autobús,
asintiendo, estirando el cuello, mirando en busca
de algo divino.

TRIPAS

Un relato de San Destripado

Coge aire.

Coge todo el aire que puedas.

Este relato tendría que durar tanto tiempo como puedas contener la respiración, y luego un poquito más. Así que escucha todo lo deprisa que puedas.

Un amigo mío tenía trece años cuando oyó hablar del pegging. Que es como se llama cuando a un tío lo follan por el culo con un consolador. Estimulas la próstata lo bastante fuerte y se rumorea que puedes tener orgasmos explosivos sin manos. A aquella edad, mi amigo era un pequeño maníaco sexual. Siempre andaba loco detrás de la forma más excitante de correrse. Así que fue a comprarse una zanahoria y un bote de vaselina. Para llevar a cabo un pequeño experimento privado. Luego se imaginó la impresión que iban a causar en la caja del supermercado la zanahoria solitaria y la vaselina, rodando por la cinta transportadora hasta la cajera de la sección de comestibles. Con todos los compradores haciendo cola y mirando. Con todo el mundo viendo la gran velada que estaba planeando.

Así que mi amigo compró leche y huevos y azúcar y una zanahoria, todos los ingredientes para una tarta de zanahoria. Y vaselina.

Como si fuera a casa a meterse una tarta de zanahoria por el culo.

Ya en casa, se dedicó a tallar la zanahoria hasta convertirla en un instrumento romo. La untó de grasa e hizo bajar su culo sobre ella. Y luego... nada. Nada de orgasmo. No pasó nada salvo que le dolió.

Y luego la madre de aquel chaval le gritó que fuera a cenar. Le dijo que bajara ya mismo.

Así que él se sacó la zanahoria y la metió toda mugrienta y resbaladiza entre la ropa sucia que tenía debajo de la cama.

Después de la cena fue a buscar la zanahoria y se encontró con que ya no estaba. Resulta que mientras estaba cenando su madre se había llevado toda su ropa sucia para lavarla. Era imposible que su madre no encontrara la zanahoria, cuidadosamente esculpida con el cuchillo de mondar de cocina, todavía pringada de lubricante y apestosa.

Aquel amigo mío se pasó meses bajo una nube negra, esperando a que sus padres se encararan con él. Pero nunca lo hicieron. Nunca. Incluso ahora que es adulto, aquella zanahoria invisible sigue suspendida sobre todas las cenas de Navidad y todas las fiestas de cumpleaños. Cada vez que va a cazar huevos de Pascua con sus hijos, con los nietos de sus padres, aquella zanahoria fantasma flota sobre todos ellos.

Aquella cosa demasiado horrible para ponerle un nombre.

Los franceses tienen una expresión: «Espíritu de la escalera». En francés: *Esprit d'Escalier*. Se refiere a ese momento en que uno encuentra la respuesta pero ya es demasiado tarde. Digamos que estás en una fiesta y alguien te insulta. Tienes que decir algo. Así que bajo presión y con todo el mundo mirando, dices algo cutre. Pero en cuanto te marchas de la fiesta...

Mientras empiezas a bajar la escalera... magia. Se te ocurre exactamente lo que tendrías que haber dicho. La perfecta réplica despectiva que habría desarmado al otro.

Ese es el Espíritu de la Escalera.

El problema es que ni siquiera los franceses tienen una expresión para denominar las estupideces que dices bajo presión. Esas cosas estúpidas y desesperadas que son las que realmente piensas o haces.

Algunos actos son demasiado bajos hasta para tener nombre. Demasiado bajos para hablar de ellos.

Mirando hacia atrás, los expertos en psicología infantil y los psicólogos escolares dicen ahora que la oleada más reciente de suicidios adolescentes fueron en su mayoría chavales que intentaban asfixiarse mientras se la cascaban. Sus padres los encontraban con una toalla enrollada en torno al cuello, la toalla atada a la barra del armario de su habitación y el chaval muerto. Y esperma muerto por todas partes. Por supuesto, los padres arreglaban la escena. Le ponían pantalones al chaval. Hacían que todo tuviera... mejor aspecto. O por lo menos, que pareciera deliberado. Un triste suicidio adolescente normal y corriente.

Otro amigo mío, un compañero de escuela, tenía un hermano mayor en la marina que una vez le dijo que los tíos en Oriente Medio se la cascaban de forma distinta a como lo hacemos aquí. Aquel hermano estaba destinado en un país desértico donde en los mercados públicos se vendían unas cosas que parecían abrecartas elegantes. Cada una de aquellas elegantes herramientas era una varilla fina de metal pulido o de plata, tal vez tan larga como la mano de uno, con un remate en un extremo, ya fuera una bola de metal o bien uno de esos elegantes mangos labrados que tienen las espadas. Aquel hermano que estaba en la marina decía que los árabes se la ponían dura y luego se introducían aquella varilla de metal dentro y a lo largo de toda su polla tesa. Se la cascaban con la varilla dentro y aquello hacía que correrse fuera mucho mejor. Más intenso.

Y es que aquel hermano mayor se dedicaba a viajar por el mundo y a enviar expresiones en francés. Expresiones en ruso. Consejos útiles para cascársela.

Después de aquello, un día el hermano pequeño no apareció en la escuela. Por la noche me llamó para preguntarme si le podía recoger los deberes durante las dos semanas siguientes. Porque estaba en el hospital.

Tenía que compartir habitación con viejos a los que les estaban operando de las

tripas. Me dijo que todos tenían que compartir el mismo televisor. Que lo único que tenía que le daba un poco de intimidación era una cortina. Que sus padres no lo iban a visitar. Me dijo por teléfono que ahora mismo sus padres eran capaces de matar a su hermano mayor, el que estaba en la marina.

El chaval me contó por teléfono que —el día antes— estaba un poco colocado. Despatarrado en la cama del dormitorio de su casa. Encendiendo una vela y hojeando unas revistas porno viejas, preparándose para pelársela. Justo después de oír la historia de su hermano mayor. La historia de cómo se la cascan los árabes. Así que se puso a buscar algo que le sirviera. Un bolígrafo era demasiado grande. Pero en un costado de la vela había un reguero fijo y liso de cera que podía funcionar. Usando la punta de un dedo, el chaval separó el largo reguero de cera de la vela. Lo alisó más con las palmas de las manos. Hasta dejarlo largo y liso y fino.

Colocado y salido, se lo metió dentro, más y más adentro en la rajita del pis de su polla tiesa. Y con un buen cacho de la cera todavía sobresaliendo de la punta, se puso manos a la obra.

Todavía hoy va diciendo que esos árabes no tienen un pelo de tontos. Que han reinventado por completo el cascársela. Tumbado de espaldas en su cama, las cosas empezaron a ir tan bien que el chaval se olvidó totalmente de la cera. Le faltaba una sola sacudida para correrse cuando se dio cuenta de que la cera ya no le sobresalía.

La fina varilla de cera se le había escurrido adentro. Adentro del todo. Tan adentro que ni siquiera notaba el bulto de la misma dentro de su conducto urinario.

Desde el piso de abajo, su madre le gritó que bajara a cenar. Le dijo que bajara ya mismo. Este chaval de la cera y el chaval de la zanahoria eran personas distintas, pero todos venimos a vivir de la misma manera.

Después de la cena, al chaval le empezaron a doler las tripas. Como no era más que cera, supuso que se derretiría y que acabaría por mearla. Pero ahora le dolía la espalda. Los riñones. No se podía incorporar del todo.

Mientras el chaval me hablaba por teléfono desde el hospital, de fondo se oían campanilleos y gente gritando. Concursos televisivos.

Las radiografías mostraron la verdad, algo largo y delgado, doblado por la mitad dentro de su vejiga. Aquella V larga y fina que tenía dentro estaba aglutinando todos los minerales de su orina. Estaba creciendo y se estaba volviendo más áspera, recubriéndose de cristales de calcio, y se movía de un lado a otro, rasgando el blando revestimiento de su vejiga y bloqueando la salida de su orina. Tenía los riñones taponados. Lo poco que le salía de la polla era rojo de la sangre que llevaba.

Aquel chaval, delante de sus padres, de toda su familia, todos mirando la radiografía negra en presencia del médico y de las enfermeras, todos mirando la enorme V de cera de color blanco brillante que tenían frente a las narices, tuvo que decir la verdad. Cómo se la cascaban los árabes. Lo que le había escrito su hermano

desde la marina.

Por teléfono, llegado aquel punto, se echó a llorar.

Le pagaron la operación de la vejiga con sus ahorros para la universidad. Una sola equivocación estúpida y ahora nunca llegaría a ser abogado.

Meterte cosas dentro. Meterte dentro de cosas. Ya fuera meterte una vela en la polla o meter el cuello en un nudo, sabíamos que iba a traer problemas.

Lo que me trajo problemas a mí es algo que yo llamaba Pescar Perlas. En otras palabras, cascármela debajo del agua, sentado en el fondo de la parte más profunda de la piscina de mis padres. Tragaba aire y pataleaba hasta el fondo y me quitaba el bañador. Y allí me quedaba sentado durante dos, tres o cuatro minutos.

Solamente de hacerme pajas, yo tenía una capacidad pulmonar enorme. Si estaba solo en casa, me pasaba la tarde haciendo aquello. Después de escupir mi chorro, mi esperma, se quedaba suspendido en el agua en forma de pegotes grandes, gordos y lechosos.

Y al final de todo, me sumergía una vez más para recogerlo todo. Para recogerlo y luego limpiarme la mano con una toalla. Es por eso que se llamaba Pescar Perlas. Aun con el cloro, tenía que preocuparme de mi hermana. O, Dios bendito, de mi madre.

Aquel era mi miedo más grande en el mundo: pensar que mi hermana virgen adolescente pudiera empezar a ponerse gorda y luego dar a luz a un niño retrasado mental con dos cabezas. Y que las dos cabezas serían igualitas a mí. A mí, el padre. Y el tío.

Al final, la que te cae encima nunca es la que te temías.

La mejor parte de Pescar Perlas era la entrada de aire del filtro de la piscina y de la bomba de circulación. La mejor parte era desnudarse y sentarse encima de ella.

Como dirían los franceses: ¿a quién no le gusta que le succionen el culo?

Con todo, uno puede ser un chaval que se la está cascando y al cabo de un momento ya nunca podrá ser abogado.

Yo bajaba a sentarme al fondo de la piscina y el cielo era un cielo surcado de olas y de color azul claro, visto a través de los dos metros y medio de agua que me cubrían la cabeza. El mundo estaba en silencio salvo por el latido de la sangre en mis oídos. Llevaba el bañador a rayas amarillas anudado alrededor del cuello para tenerlo a mano, solamente en caso de que apareciera un amigo, un vecino o alguien para preguntar por qué me había saltado el entrenamiento de fútbol americano. La succión continua de la entrada de aire de la piscina me iba lamiendo y yo frotaba mi escuálido culo blanco sobre aquella sensación.

En aquel momento yo tenía el suficiente aire y la polla en la mano. Mis padres se habían ido al trabajo y mi hermana tenía ballet. Se suponía que nadie tenía que venir a casa durante horas.

Mi mano me llevó al borde mismo de correrme y luego me detuve. Subí a coger aire otra vez. Me sumergí y me volví a sentar en el fondo.

Y seguí haciendo aquello una y otra vez.

Aquella debía de ser la razón de que las chicas quisieran sentarse en tu cara. La succión era como pegar una cagada que nunca terminaba. Con la polla dura y algo comiéndome el culo, yo no necesitaba aire. Con la sangre latiéndome en los oídos, me quedaba allí abajo hasta que me empezaban a revolotear estrellitas luminosas frente a los ojos. Con las piernas extendidas y la parte de atrás de las rodillas llena de arañazos causados por el cemento del fondo. Los dedos de los pies se me estaban poniendo azules y tenía los dedos de las manos y pies arrugados de pasar tanto tiempo debajo del agua.

Y entonces dejé que pasara. Que empezaran a brotar los enormes pegotes blancos. Las perlas.

Fue entonces cuando necesité tomar aire. Pero cuando intenté patear contra el fondo, me encontré con que no podía. No podía poner los pies debajo de mí. Tenía el culo atascado.

Los enfermeros de los servicios de urgencias cuentan que cada año hay unas ciento cincuenta personas que se quedan atascadas así, succionadas por una bomba de circulación. Se te engancha el pelo largo, o bien el culo, y te ahogas seguro. Todos los años se ahogan así montones de personas. La mayoría en Florida.

La gente simplemente no habla de ello. Ni siquiera los franceses hablan de TODO.

Levantando una rodilla, y metiendo un pie a presión debajo de mí, yo había conseguido ponerme medio de pie cuando noté el tirón en el culo. Pasé el otro pie por debajo de mí y me impulsé con el pie contra el fondo. Ya estaba pateando libre, sin tocar el cemento pero sin llegar tampoco al aire.

Todavía pateando en el agua, agitando los dos brazos, noté que estaba tal vez a medio camino de la superficie pero que no podía subir más. Los latidos que oía dentro de mi cabeza eran cada vez más rápidos y más fuertes.

Mientras los chispazos de luz pasaban una y otra vez por delante de mis ojos, me giré y miré atrás... pero lo que vi no tenía sentido. Una soga gruesa, una especie de serpiente, de color blanco azulado y llena de venas trenzadas, había salido de la piscina y me estaba agarrando el culo. Algunas de sus venas estaban soltando sangre, una sangre roja que parecía negra debajo del agua y que se alejaba flotando de los pequeños desgarrones en la pálida piel de la serpiente. El rastro de sangre iba desapareciendo en el agua, y dentro de la fina piel blanca azulada de la serpiente se veían bultos de comida a medio digerir.

Aquella era la única explicación posible. Un horrible monstruo marino, una serpiente de mar, algo que nunca había visto la luz del día, había permanecido

escondido en el fondo oscuro del desagüe de la piscina, esperando para comerme.

Así pues... le di una patada, a aquel montón de piel y venas resbaladizo, con textura de goma y lleno de nudos, y más de aquello pareció salir del desagüe de la piscina. Ahora ya era tal vez tan largo como mi pierna, pero me seguía agarrando el agujero del culo con todas sus fuerzas. Le di otra patada y me acerqué unos centímetros más a dar una bocanada de aire. Aunque todavía sentía que la serpiente me tiraba del culo, me situé unos centímetros más cerca de mi escapatoria.

Apelotonados dentro de la serpiente, se veían restos de maíz y cacahuetes. Se veía una pelota de color naranja brillante. Era uno de aquellos complejos de vitaminas en forma de pastillas para caballos que mi padre me hacía tomar para ayudarme a ganar peso. Para que me dieran una beca para jugadores de fútbol americano. Con hierro extra y ácidos grasos omega-3.

Fue ver las vitaminas lo que me salvó la vida.

No era una serpiente. Era mi intestino grueso, el colon que se me había salido. Lo que los médicos llaman un «prolapso». Eran mis tripas succionadas por el desagüe.

Los enfermeros cuentan que la bomba de una piscina absorbe trescientos litros de agua por minuto. Lo que significa una presión de casi doscientos kilos. El problema es que por dentro lo tenemos todo interconectado. El culo no es más que el otro extremo de la boca. Si yo no me agarraba las tripas, la bomba seguiría succionando —sacándome las entrañas— hasta cogerme la lengua. Imaginad pegar una cagada de doscientos kilos y veréis que es algo que puede daros la vuelta de dentro afuera.

Lo que sí puedo deciros es que las tripas no sienten mucho dolor. No de la misma forma en que la piel siente dolor. A la materia que estás digiriendo los médicos la llaman materia fecal. Más arriba es el quimo, grumos de una porquería semilíquida y tachonada de maíz y cacahuetes y guisantes redondos.

A mi alrededor flotaba una sopa de sangre y maíz, de mierda y esperma y cacahuetes. Hasta con las tripas colgándome del culo, y yo agarrando lo que quedaba, mi primer impulso fue volver a ponerme el bañador.

No fuera que mis padres me vieran la polla.

Sin dejar de agarrar bien fuerte lo que me salía del culo, con la otra mano cogí el bañador a rayas amarillas y me lo solté del cuello. Aun así, ponérmelo resultó imposible.

Si quieres saber qué tacto tiene tu intestino, cómprate un paquete de esos condones hechos de membrana intestinal de cordero. Saca uno y desenróllalo. Llénalo de mantequilla de cacahuete. Úntalo de vaselina y sostenlo bajo el agua. Luego intenta rasgarlo. Intenta romperlo por la mitad. Es demasiado resistente y gomoso. Es tan viscoso que se te escapa de las manos.

Esos condones de membrana de cordero que no son más que intestinos.

Ahora entendéis con qué me las estaba viendo.

Como lo soltara un segundo, me quedaba sin tripas.

Si nadaba hasta la superficie para coger aire, me quedaría sin tripas.

Y si no nadaba, me ahogaría.

Podía elegir entre morirme en ese instante o morirme al cabo de un minuto.

Lo que mis padres encontrarían al volver del trabajo sería un enorme feto desnudo y encogido sobre sí mismo. Flotando en el agua turbia de la piscina de su jardín. Amarrado al fondo por una gruesa soga de venas y tripas retorcidas. Lo contrario de un chaval que se ha ahorcado accidentalmente mientras se la cascaba. El mismo bebé que habían traído a casa trece años atrás. El chaval que ellos confiaban que consiguiera una beca gracias al fútbol americano y se sacara un máster. Que los tenía que cuidar cuando fueran ancianos. Ahí estaban todas sus esperanzas y sus sueños. Aquel chaval que flotaba, desnudo y muerto. Rodeado de enormes perlas lechosas de esperma desperdiciado.

O bien eso o mis padres me encontrarían envuelto en una toalla ensangrentada, desplomado a medio camino entre la piscina y el teléfono de la cocina, con un cacho partido y maltrecho de mis tripas todavía colgando de la pernera de mi bañador a rayas amarillas.

El tipo de cosas de las que ni los franceses quieren hablar.

Aquel hermano mayor que estaba en la marina nos enseñó otra buena expresión. Una expresión rusa. Igual que nosotros decimos en inglés: «Me hace tanta falta como un agujero en la cabeza», los rusos dicen: «Me hace tanta falta como tener dientes en el agujero del culo».

Mnye etoh nadoh kahk zoobee v zadnetze.

¿Sabes esas historias que se cuentan sobre animales atrapados en una trampa que se arrancan su propia pata a dentelladas? Pues bueno, cualquier coyote te dirá que un par de mordiscos son preferibles a estar muerto.

Joder... aunque no seas ruso, algún día esos dientes te pueden hacer falta.

Porque si no los tienes, lo que has de hacer es lo siguiente: has de forcejear hasta darte la vuelta. Te pasas un codo por detrás de la rodilla y te levantas esa pierna hasta la cara. Luego te pones a darte dentelladas en el culo. En cuanto se te acaba el aire, eres capaz de morder cualquier cosa con tal de volver a respirar.

No es algo que quieras contarle a una chica en vuestra primera cita. No si esperas un beso al final de la velada.

Si te contara cómo sabía, nunca más volverías a comer calamares.

Es difícil saber qué asqueó más a mis padres: cómo me había metido en aquel lío o cómo me había salvado. Después de salir del hospital, mi madre me dijo: «No sabías lo que estabas haciendo, cariño. Estabas en estado de shock». Y aprendió a hacer huevos escalfados.

Todo el mundo estaba muerto de asco o de lástima por mí...

Me hacía tanta falta como tener dientes en el agujero del culo.

Últimamente la gente siempre me dice que estoy demasiado flaco. Cuando nos invitan a cenar la gente se queda callada y se cabrea porque no me como el estofado que me han preparado. El estofado me mata. También el jamón al horno. Todo lo que se pasa más de un par de horas en mis tripas sale exactamente igual. Si he comido judías blancas o atún en pedacitos, cuando me levanto del retrete los veo ahí exactamente iguales.

Después de sufrir una resección intestinal radical, la carne no se digiere muy bien. La mayoría de la gente tiene un metro sesenta de intestino grueso. Yo soy afortunado de tener veinte centímetros. Así que nunca conseguí una beca para jugadores de fútbol americano. Y nunca me saqué un máster. Mis amigos, el chaval de la cera y el chaval de la zanahoria, crecieron y se hicieron grandes, pero yo nunca he pesado un kilo más del que pesaba aquel día a mis trece años.

Otro grave problema fue que mis padres habían pagado un montón de dinero por aquella piscina. Al final, mi padre simplemente le dijo al tipo de la piscina que había sido un perro. Que el perro de la familia se había caído dentro y se había ahogado. Y que el cadáver había sido succionado por la bomba. Incluso cuando el tipo de la piscina rompió el armazón del filtro para abrirlo y sacó un tubo como de goma, una madeja acuosa de intestino con una pastilla enorme de vitaminas dentro, incluso entonces, mi padre se limitó a decir:

—Ese perro de las narices estaba chiflado.

Incluso desde la ventana de mi dormitorio en el piso de arriba, se oía decir a mi viejo:

—A ese perro es que no lo podíamos dejar solo ni un segundo...

Entonces a mi hermana no le vino la regla.

Ni siquiera después de que cambiaran el agua de la piscina, ni siquiera después de que vendieran la casa y nos mudáramos a otro estado, ni después del aborto de mi hermana, ni siquiera entonces mis padres volvieron nunca a mencionar aquello.

Nunca.

Esa es la zanahoria invisible de mi familia.

Ahora ya puedes respirar hondo otra vez.

Porque yo todavía no he podido.

Bajo la siguiente farola está esperando el Reverendo Sin Dios, junto a una maleta cuadrada. Todavía es lo bastante de madrugada como para que todo sea de color negro o gris. La tela negra de la maleta tiene cremalleras plateadas y parecidas a cicatrices en todas direcciones, como un queso suizo negro de bolsillos y ranuras, de bolsas y compartimentos. La cara del Reverendo Sin Dios no es más que carne viva alrededor de una nariz y unos ojos, filetes cosidos entre sí con hilo y cicatrices. Sus orejas están retorcidas e hinchadas. Tiene las cejas afeitadas y luego dibujadas a lápiz negro en forma de dos arcos como sorprendidos que le llegan casi a la línea del nacimiento del pelo.

Mientras lo ve subir los peldaños del autobús, la Camarada Sobrada se abre con el dedo un botón de la chaqueta. Cierra el botón y se inclina para acercarse a la grabadora que el Conde de la Calumnia tiene metida en el bolsillo.

Muy cerca de la lucecita roja que dice RECORD, la Camarada Sobrada dice que el Reverendo Sin Dios lleva una blusa blanca. Una blusa de mujer. Con los botones a la izquierda.

Bajo la tenue luz de las farolas, sus botones de estrás resplandecen.

Al cabo de otro tramo de calle, a la vuelta de la siguiente esquina, allí donde no alcanza la luz de una farola, refugiada en las sombras, espera la Baronesa Congelación.

Primero es su mano la que entra por la portezuela abierta del autobús, una mano normal, con los dedos amarillos por donde coge los cigarrillos. Sin anillo de boda. La mano coloca un maletín de plástico para maquillaje sobre el peldaño superior. Luego aparece una rodilla, un muslo, la curva de un pecho. Una cintura rodeada por el cinturón de una gabardina. Luego todo el mundo aparta la vista.

Nos miramos los relojes de pulsera. O bien miramos los coches aparcados y los expendedores de periódicos al otro lado de las ventanillas. Las bocas de riego.

La Baronesa Congelación ha traído tubos y más tubos de bálsamo labial para las boqueras. Para cuando se agrietan y sangran en invierno. Su boca no es más que un agujero brillante de grasa que ella estira y cierra para hablar. Su boca no es más que una arruga de color rosa carmín situada en la mitad inferior de su cara.

Inclinándose hacia el Conde de la Calumnia para susurrar cerca de su grabadora, la Camarada Sobrada dice:

—Oh, Dios mío.

Mientras la Baronesa Congelación se sienta, solo el Agente Chivatillo la observa, refugiado detrás de la lente de su cámara de vídeo.

En la siguiente parada, Miss América espera con su rueda de ejercicios, una rueda de plástico rosa del tamaño de un plato de mesa con asas de goma negra sobresaliendo de ambos lados del centro. Para usarla hay que coger las asas y ponerse de rodillas en el suelo. Te inclinas hacia delante para apoyarte en la rueda y luego encoges el vientre para rodar hacia delante y hacia atrás. Miss América ha traído la rueda y unos leotardos de color rosa, tinte para el pelo color rubio miel y un test casero de embarazo.

Caminando por el pasillo central del autobús —sonriendo al señor Whittier en su silla de ruedas pero sin sonreír al Eslabón Perdido—, con cada paso Miss América coloca un pie solo un poquito por delante del otro, a fin de que sus caderas parezcan más estrechas y de que la pierna de delante esconda siempre a la de detrás.

—Los Andares de Pato de la Modelo de Pasarela —lo llama la Camarada Sobrada. Se inclina sobre el cuaderno de notas del Conde de la Calumnia y dice—: Ese color rubio es lo que las mujeres llaman «subrayado de color».

Miss América ha escrito con pintalabios en el espejo del cuarto de baño, para que su novio lo encontrara en la habitación de motel que compartían, para que lo encontrara antes de su aparición en la televisión matinal: «NO estoy gorda».

Todos hemos dejado atrás alguna clase de nota.

La Directora Denegación, mientras acaricia a su gata, nos cuenta que ha dejado escrita una nota para toda su comisaría, diciéndoles: «Encontraos vosotros las cosas para follar». La nota la dejó encima de todas las mesas anoche, para que todo el mundo la encontrara por la mañana.

Hasta la Señorita Estornudos ha escrito una nota, aunque no tenía nadie que pudiera leerla. En pintura de espray roja sobre el banco de una parada de autobús, ha escrito: «Llamadme cuando encontréis una cura».

El Casamentero ha dejado su nota doblada para que se aguantara de pie sobre la mesa de la cocina y así su mujer no pudiera dejar de verla. La nota decía: «Hace catorce semanas que tuve aquel resfriado y desde entonces todavía no me has besado». Y ha añadido: «Este verano ordeñas tú a las vacas».

La Condesa Clarividencia ha dejado una nota diciéndole a su agente de la libertad condicional que puede hablar con ella llamando al 1-800-JÓDANSE.

La Condesa Clarividencia sale de las sombras con un turbante en la cabeza y envuelta en un fular de encaje. Recorre el pasillo del autobús con pasos etéreos y se detiene un momento al lado de la Camarada Sobrada.

—Ya que te lo estás preguntando... —dice la Condesa, y le muestra una mano lánguida con una pulsera de plástico holgada alrededor de la muñeca. La Condesa Clarividencia dice—: Es un sensor de posicionamiento global. Una condición para que me dejaran irme de la cárcel...

Se aleja un paso de la Camarada y el Conde, dos pasos, tres, mientras ellos

todavía están boquiabiertos, y sin mirar atrás, la Condesa Clarividencia dice:

—Sí.

Se toca el turbante con las uñas de una mano y dice:

—Sí, os he leído la mente...

Al girar la siguiente esquina, después del siguiente centro comercial y de un establecimiento de una franquicia de moteles, ven a la Madre Naturaleza sentada sobre la acera en una postura del loto perfecta, con una mano apoyada en cada rodilla y enredaderas pintadas con henna en las manos. Con un collar de campanillas rituales colgando alrededor del cuello.

La Madre Naturaleza sube a bordo una caja de cartón llena de prendas de ropa que envuelven a modo de protección varios frascos de aceites espesos. Y velas. La caja huele a agujas de pino. Ese olor a brea de pino que tienen las fogatas de campamento. Ese olor a albahaca y cilantro que tienen las salsas para ensaladas. Ese olor a sándalo que tienen los supermercados de productos importados. Un largo fleco oscila a lo largo del borde de su sari.

La Camarada Sobrada pone los ojos en blanco del todo, se da aire con su boina negra y blanda de fieltro como si fuera un abanico y dice:

—Pachuli...

Nuestra colonia de escritores, nuestra isla desierta, debería tener una buena calefacción y un buen aire acondicionado, o eso es lo que nos han hecho creer. Todos tendremos habitación propia. Y un montón de intimidad, así que no necesitaremos mucha ropa. O eso es lo que nos han dicho.

No tenemos ninguna razón para esperar lo contrario.

El autobús turístico que hemos cogido prestado lo encontrarán, pero a nosotros no. No durante los tres meses en que abandonaremos el mundo. Esos tres meses que pasaremos escribiendo y leyendo nuestra obra. Perfeccionando nuestros relatos.

El último en subir, después de dar la vuelta a otra manzana y pasar por otro túnel, y al que encontramos esperando en nuestro último punto de recogida, es el Duque de los Vándalos. Con los dedos sucios y manchados de carboncillos y lápices de cera. Con las manos embadurnadas de tinta para serigrafía y la ropa acartonada por culpa de las manchas y salpicaduras de pintura seca. Mientras todos estos colores siguen siendo únicamente grises o negros, el Duque de los Vándalos permanece allí esperando, sentado sobre una caja de herramientas metálica atiborrada de pinturas al óleo, de pinceles, acuarelas y acrílicos.

Se pone de pie, haciéndonos esperar mientras echa hacia atrás su pelo rubio y retuerce una bandana roja para hacerse una cola de caballo. Todavía de pie frente a la portezuela del autobús, el Duque de los Vándalos echa un vistazo al pasillo del autobús en dirección a donde estamos todos, bajo el foco de la cámara de vídeo del Agente Chivatillo, y dice:

—Ya era hora...

No, no somos idiotas. Nunca acordaríamos quedar aislados si supiéramos que nos iban a cortar los suministros. Ninguno de nosotros está tan aburrido de este mundo mediocre, insulso y por debajo de la media como para firmar nuestra propia sentencia de muerte. No somos así.

En una situación vital como esta, por supuesto, esperamos acceso rápido a servicios médicos de urgencia, en caso de que alguien se caiga por la escalera o se le inflame el apéndice.

Así que lo único que tenemos que decidir es: qué meter en una sola maleta.

Se supone que este taller tiene agua corriente caliente y fría. Jabón. Papel higiénico. Tampones. Pasta de dientes.

El Duque de los Vándalos le ha dejado a su casero una nota que dice: a la mierda tu alquiler.

Y aún más importante es lo que no hemos traído. El Duque de los Vándalos no ha traído cigarrillos y está mascando una bola enorme de chicle de nicotina. San Destripado no ha traído pornografía. La Condesa Clarividencia y el Casamentero no han traído sus anillos de boda.

Como diría el señor Whittier:

—Lo que te detiene en el mundo de fuera también te detendrá aquí.

El resto del desastre no será culpa nuestra. No tenemos ninguna razón, ninguna en absoluto, para traer una sierra mecánica. Ni un mazo, ni un cartucho de dinamita. Ni una pistola. No, en nuestra isla desierta vamos a estar completamente a salvo.

Antes del amanecer, en este día dulce que nunca veremos llegar.

O eso nos han hecho creer. Tal vez demasiado a salvo.

Es por todo esto que no hemos traído nada que pueda salvarnos.

Después de doblar otra esquina, después de otro tramo de autopista, al otro lado de una vía de salida, seguimos nuestro camino hasta que el señor Whittier dice:

—Gira aquí. —Agarrando el armazón de acerocromo de su silla de ruedas, señala con un dedo que parece tasajo de res. Con la piel marchita y encogida y la uña de color amarillo hueso.

La Camarada Sobrada levanta la barbilla, olisquea el aire y dice:

—¿Voy a tener que vivir con esta peste a pachuli durante las próximas doce semanas?

La Señorita Estornudos tose con el puño delante de la boca.

Y San Destripado conduce el autobús por un callejón oscuro y estrecho. Por entre unos edificios tan pegados que devuelven el salivazo marrón del Casamentero y le salpican de tabaco la pechera del peto. Unas paredes tan pegadas que el cemento despelleja el codo peludo que el Eslabón Perdido tiene apoyado en el antepecho de su ventanilla abierta.

Hasta que el autobús se detiene y la portezuela se abre plegándose sobre sí misma para mostrar otra puerta: esta vez una puerta de acero en una pared de cemento. El callejón es tan estrecho que no se puede ver nada en ninguna dirección. La señora Clark se levanta de su asiento, baja los peldaños y abre un candado.

Luego desaparece en el interior y la portezuela del autobús queda abierta ante un umbral que comunica con la nada en estado puro. Con la negrura absoluta. Un umbral lo bastante ancho como para dejar pasar a una persona con dificultades. Del interior sale el olor penetrante de la orina de ratón. Mezclado con ese olor que uno percibe al abrir un libro viejo, mojado y medio comido por las lepismas. Mezclado con el olor a polvo.

Y procedente de la oscuridad, la voz de la señora Clark dice:

—Todos adentro, deprisa.

San Destripado se une a nosotros después de dejar el autobús aparcado para que lo encuentre la policía.

Así se deshace de las pruebas. A varias manzanas de aquí, tal vez a kilómetros de aquí. Donde lo encuentren y no puedan seguir el rastro hasta esta puerta de acero que conduce al cemento y a la oscuridad. Nuestro nuevo hogar. Nuestra isla desierta.

Todos agolpados en ese momento entre el autobús y la oscuridad absoluta. Y en ese último momento en el exterior, el Agente Chivatillo nos dice:

—Sonreíd.

Lo que el señor Whittier llamaría la cámara tras la cámara tras la cámara.

En ese primer momento de nuestra nueva vida secreta, el foco nos ilumina con tanta fuerza y tan repentinamente que hace que la oscuridad sea más oscura que el color negro. El instante nos deja agarrándonos los unos a los otros por los abrigos y los codos, intentando permanecer erguidos, cegados y parpadeando pero llenos de confianza, mientras la voz de la señora Clark nos acompaña al otro lado de la puerta de acero.

Ese momento del vídeo: la verdad sobre la verdad.

—El olor es muy importante —dice la Madre Naturaleza. Llevando a cuestas su caja de cartón, con sus campanillas tintineando, avanzando a tientas, dice—: Nos os riáis, pero en aromaterapia te avisan de que nunca enciendas una vela de sándalo si hay cerca incienso de arrayán...

DE INCÓGNITO

Un poema sobre la Madre Naturaleza

«Intenté hacerme monja —dice la Madre Naturaleza—,
porque necesitaba esconderme.»
No contaba con la prueba de drogas.

En el escenario, la Madre Naturaleza, con enredaderas de grafiti de henna roja en los brazos. Desde las yemas de los dedos hasta los tirantes del vestido amplio de algodón con estampados psicodélicos de todos los colores. Alrededor del cuello, un collar de campanillas rituales le ha puesto la piel verde. Su piel reluciente de aceite de pachuli.

«¿Quién se lo imaginaba? —dice la Madre Naturaleza—. Y no solamente análisis de orina.»

Dice: «Te analizan el pelo y te cogen muestras de las uñas».

Dice: «Sin contar la comprobación de antecedentes».

La cláusula moral. La comprobación de antecedentes. La comprobación de crédito bancario. El código de vestimenta.

De pie en el escenario, descalza, en vez de un foco, en vez de una sonrisa o un mohín, sobre la cara se le proyecta un fragmento del cielo nocturno de una película.

Una galaxia llena de estrellas y lunas.

Con los labios rojos por el zumo de remolacha. Con los párpados pintados de polvo amarillo de azafrán.

Bajo una máscara movediza de nebulosas rosadas. De planetas con anillos y cráteres.

La Madre Naturaleza dice: «Piden demasiadas cartas de recomendación».

Además de una prueba con polígrafo. Cuatro documentos con foto.

«Cuatro», dice la Madre Naturaleza, levantando los dedos de una mano pintados con

henna. Sus

pulseras de alambre y de plata sucia con campanillas de viento tintineantes alrededor de la muñeca.

Dice: «Nadie tiene cuatro documentos con foto...».

Para hacerse monja, dice, tienes que hacer un examen escrito, peor que la selectividad y la reválida juntos. Y lleno de problemas para pensar como: «¿Cuántos ángeles *pueden* bailar en la punta de un alfiler?».

Todo esto, dice la Madre Naturaleza, solamente para averiguar: «Si te estás casando con Cristo porque te acaban de dejar».

Con el pelo largo apartado de la cara, trenzado y cayéndole por la espalda la Madre Naturaleza dice:

«Por supuesto, suspendí. No solamente la prueba de drogas: lo suspendí todo».

No solamente como monja, sino durante la mayor parte de su vida...

Se encoge de hombros, con la piel pecosa bajo los tirantes psicodélicos: «Así que aquí estoy».

Con las constelaciones moviéndose y arrastrándose sobre su cara, la Madre Naturaleza dice:

«Todavía necesito un sitio donde esconderme».

REFLEXOPUTA

Un relato de la Madre Naturaleza

No os riáis, pero en aromaterapia te avisan de que nunca enciendas una vela de limón y canela al mismo tiempo que enciendes una vela de clavo y una vela de cedro y de nuez moscada. Y no te dicen por qué...

En el feng-shui nunca lo explican, pero por el mero hecho de poner una cama en el lugar incorrecto, puedes concentrar el bastante chi como para matar a alguien. Puedes provocar un aborto en la última fase del embarazo mediante la simple acupuntura. Puedes usar cristales o manipular el aura para causarle a alguien cáncer de piel.

No os riáis, pero hay formas subrepticias de convertir cualquier cosa New Age en una herramienta para matar.

En la última semana de la escuela de masaje, te enseñan a no trabajar nunca la zona refleja transversal del talón del pie. A no tocar nunca el arco del dorso del pie izquierdo. Sobre todo el aspecto de la parte más exterior izquierda. Pero nunca te dicen por qué. Esa es la diferencia entre los terapeutas que trabajan en el lado de la luz y los que están en el lado oscuro de la industria.

Vas a la escuela a estudiar reflexología. La ciencia de manipular el pie humano para curar o estimular ciertas partes del cuerpo. Se basa en la idea de que el cuerpo está dividido en diez meridianos de energía distintos. El dedo gordo del pie, por ejemplo, está conectado directamente con la cabeza. Para curar la caspa hay que masajear el puntito que hay justo detrás de la uña del dedo gordo. Para curar el dolor de garganta hay que masajear la articulación media del dedo gordo. Es un tipo de medicina de las que no entran en ningún seguro médico. Es como ser médico pero sin los ingresos de un médico. La clase de gente que quiere frotar el espacio que queda entre los dedos de los pies para curar el cáncer cerebral no suele tener dinero a patadas. No te rías, pero incluso con años de experiencia manipulando los pies de la gente, sigues encontrándote pobre y frotando los pies de gente que nunca ha convertido los ingresos en su prioridad vital.

No te rías, pero un día ves a una chica con la que fuiste a la escuela de masaje. Una chica que es de tu edad. Las dos lucisteis cuentas juntas. Las dos trenzasteis salvia seca y la quemasteis para limpiar vuestro campo de energía. Las dos llevasteis ropa desteñida y fuisteis descalzas y lo bastante jóvenes como para sentirnos nobles mientras frotabais los pies de gente mugrienta y sin casa que acudía a la clínica gratuita de la escuela.

De eso hace muchos, muchos años.

Tú sigues siendo pobre. El pelo se te ha empezado a romper en las raíces. Ya sea por la mala dieta o por efecto de la gravedad, la gente cree que estás frunciendo el ceño cuando no es así.

Esa chica con la que fuiste a la escuela, ahora la ves saliendo de un hotel pijo del Midtown, y el portero le aguanta la puerta abierta mientras ella sale majestuosamente con un abrigo de piel ondeando y con unos zapatos de tacón alto en los que ninguna reflexóloga metería nunca los pies.

Mientras el portero está parándole un taxi, te acercas a ella lo bastante como para decir:

—¿Lenteja?

La mujer se gira y sí que es ella. En la garganta le brillan diamantes de verdad. Su pelo largo reluce, espeso, agitándose en oleadas de color rojo y castaño. El aire que la rodea despide un suave olor a rosas y lilas. Su abrigo de piel. Sus manos enfundadas en guantes de piel, una piel suave y pálida y más agradable que la piel de tu cara. La mujer se gira, se levanta las gafas de sol y se las coloca en la coronilla. Se te queda mirando y te dice:

—¿La conozco?

Fuisteis juntas a la escuela. Cuando erais jóvenes... más jóvenes.

El portero sostiene abierta la portezuela del taxi.

Y la mujer dice que claro que se acuerda. Se mira el reloj de pulsera, lleno de diamantes que resplandecen bajo el sol de la tarde, y te dice que dentro de veinte minutos tiene que estar en la otra punta de la ciudad. Y te pregunta por qué no la acompañas.

Las dos os metéis en la parte de atrás del taxi y la mujer le da al portero un billete de veinte dólares. Él se toca la gorra y le dice que siempre es un placer verla.

La mujer le da al taxista la siguiente dirección, un lugar un poco más hacia el Uptown, y el taxi gira para sumarse al tráfico.

No te rías, pero esta mujer —Lenteja, tu vieja amiga— saca un brazo envuelto en pieles del asa de su bolso, lo abre y el interior resulta estar atiborrado de dinero en metálico. Montones y montones de billetes de cincuenta y cien dólares. Con una mano enguantada, hurga entre los billetes y encuentra un teléfono móvil.

Y te dice:

—No es más que un momento.

Al lado de ella, tu falda ajustada de algodón con estampados indios, tus sandalias estilo chancleta y tu collar con cencerro ya no parecen étnicos ni chic. El kohl que llevas alrededor de los ojos y los dibujos de henna desvaídos que tienes en el dorso de las manos te dan el aspecto de ser una persona que no se baña nunca. Al lado de los pendientes tachonados de diamantes de ella, tus pendientes favoritos de colgantes de plata tienen pinta de adornos de árbol de Navidad comprados en una tienda benéfica

de segunda mano.

Ella dice por el teléfono móvil:

—Estoy de camino. —Dice—: Puedo coger al de las tres en punto, pero solo le puedo dar media hora. —Dice adiós y cuelga.

Ella te toca la mano con un guante suave y liso y te dice que tienes buen aspecto. Te pregunta qué has estado haciendo últimamente.

Oh, lo mismo de siempre, le dices. Manipular pies. Te has construido una buena lista de clientes regulares.

Lenteja se muerde el labio inferior, mirándote, y dice:

—Entonces... ¿todavía te dedicas a la reflexología?

Y tú dices que sí. No ves muy claro cómo te vas a poder jubilar alguna vez, pero por lo menos te da para vivir.

Ella se te queda mirando mientras el taxi recorre una manzana entera, sin decir una palabra. Luego te pregunta si tienes la próxima hora libre. Te pregunta si te gustaría ganar un dinero, libre de impuestos, haciendo una manipulación de pies a cuatro manos para su siguiente cliente. Lo único que tienes que hacer es encargarte de un pie.

Nunca has practicado la reflexología con una socia, le dices tú.

—Una hora —dice ella—. Y nos sacamos dos mil dólares.

Tú le preguntas si es legal.

Y Lenteja dice:

—Dos mil por cabeza. Otra cosa —dice ella—. No me llames Lenteja —dice—. Cuando lleguemos allí, me llamo Angelique.

No te rías, pero esto es real. El lado oscuro de la reflexología. Por supuesto, se conocen algunos aspectos de ella. Sabemos que trabajando la superficie plantar del dedo gordo puedes hacer que alguien se quede estreñido. Trabajando el tobillo alrededor de la parte alta del pie se les puede provocar diarrea. Trabajando la superficie interna del talón se puede volver a alguien impotente o provocarle una migraña. Pero nada de todo eso sirve para ganar dinero, así que ¿para qué molestarse?

El taxi se para frente a una mole de piedra labrada, la embajada de algún país petrolero de Oriente Medio. Un guardia uniformado abre la portezuela y Lenteja sale. Y tú sales. Dentro del vestíbulo, otro guardia te inspecciona con un detector manual de metales, en busca de armas de fuego, cuchillos o lo que sea. Otro guardia hace una llamada telefónica desde un mostrador rematado con una losa blanca y muy lisa. Otro guardia mira el interior del bolso de Lenteja, apartando los billetes para encontrar tan solo un teléfono móvil.

Se abren las puertas de un ascensor y otro guardia os hace entrar con un movimiento de la mano. Lenteja dice:

—Tú haz lo mismo que yo —dice ella—. Este es el dinero más fácil que vas a

ganar nunca.

No os riáis, pero en la escuela se oían los rumores. Sobre cómo una buena reflexóloga puede ser atraída al lado oscuro. Trabajar ciertos centros de placer en la planta del pie. Hacer cosas de las que solamente se habla en susurros. Lo que la gente coñona llamaría: «reflexopajas».

El ascensor se abre a un largo pasillo que lleva a una única puerta doble. Las paredes son de piedra blanca pulimentada. El suelo es de piedra. La puerta doble es de cristal esmerilado y da a una sala donde hay un hombre sentado a una mesa de despacho blanca. Él y Lenteja se besan en la mejilla.

El hombre que está detrás de la mesa se te queda mirando, pero solo habla con Lenteja. La llama Angelique. Detrás de él, otra puerta doble da a un dormitorio. El hombre os hace un gesto con la mano a las dos para que entréis, pero él se queda atrás y cierra las puertas con llave. Os encierra dentro.

Dentro del dormitorio hay un hombre tumbado boca abajo en una cama enorme y redonda con sábanas de seda blancas. Lleva un pijama de seda, de seda azul brillante, y los pies descalzos le cuelgan del borde de la cama. Angelique se quita de un tirón uno de los guantes. Se quita después el otro guante, y las dos os arrodilláis en la superficie mullida de la moqueta y cogéis un pie cada una.

En lugar de la cara, lo único que podéis ver de él es su pelo negro engominado y sus orejas enormes en las que le brotan mechones de pelo negro. El resto de su cabeza está hundido en la almohada de seda blanca.

No os riáis, pero los rumores son ciertos. Presionando donde presiona Angelique, trabajando la zona refleja genital del lado plantar del talón, hace que el hombre se ponga a gemir, tumbado boca abajo con la cara hundida en su almohada. Antes de que se te cansen las manos, el hombre ya está gritando, cubierto de sudor, con la seda blanca pegada a la espalda y a las piernas. Cuando se queda callado, cuando ya ni siquiera notas si está respirando, Angelique susurra que es hora de irse.

El hombre del mostrador os da a cada una dos mil dólares en efectivo.

Fuera, en la calle, un guardia para un taxi para Angelique.

Mientras pasa al asiento trasero, Angelique te da una tarjeta de visita. Es el número de teléfono de una clínica de tratamientos holísticos. Debajo del número, escrito a mano, dice: «Pregunta por Lenny».

El guante de cuero blando de su mano, el olor a rosas de su colonia, el sonido de su voz, todo ello dice: «Llámame».

La gente se mete a reflexoputa por muchas razones. Por la idea de que puedes darle una vida mejor a tu familia. De que puedes darles un poco de comodidad y seguridad a tus padres. Tal vez un coche. Un apartamento en la playa en Florida.

El día que les das a tus padres las llaves de ese apartamento es el día más feliz de tu vida. Ese día lloran y admiten que nunca creyeron que su niña acabaría por ganarse

la vida frotando los pies apestosos de la gente. Es un día por el que te vas a pasar pagando el resto de tu vida.

No os riáis, pero no es ilegal. No estás haciendo más que una simple manipulación de los pies. No pasa nada sexual salvo que tu cliente tiene un orgasmo que lo deja demasiado débil para caminar durante los dos días siguientes. No importa que sea hombre o mujer. Tú trabajas el punto exacto de sus pies y él o ella se corre tan fuerte que parece que tenga un ataque de epilepsia. Tan fuerte que todo empieza a oler cuando pierden el control de sus intestinos. Tan fuerte que la mayoría de los clientes solamente pueden mirarte, con la baba cayéndoles de la comisura de la boca, y hacerte un gesto con el dedo tembloroso para que cojas el fajo de billetes de cien dólares que hay sobre la cómoda o la mesilla del café.

Lenny llama desde la clínica y tú coges un vuelo chárter a Londres. La clínica llama y tú vuelas a Hong Kong. La clínica no es más que Lenny, un tipo con acento ruso que vive en una suite del hotel Park Hampton y a quien le das la mitad de tus ingresos. Es la voz con acento de Lenny la que te dice por teléfono qué vuelo tomar y cuál es la habitación de hotel o la isla privada donde espera el próximo cliente.

No os riáis, pero lo malo del asunto es que nunca tienes tiempo para ir de compras. El dinero se te acumula. Tu uniforme es un abrigo de piel. Para encajar en este nuevo mundo consigues joyas de oro y platino de ley. Mantienes tu pelo perfecto y resplandeciente. Sentada en el vestíbulo del Ritz-Carlton, puedes ver a algunos chicos y chicas que iban contigo a la escuela de reflexología y que ahora llevan trajes de Armani y vestidos de noche de Chanel. Chicas que solían ser vegetarianas estrictas y que iban de los suburbios al centro en bicicleta, ahora las ves entrar y salir de limusinas. Las ves comiendo solas en mesas individuales de restaurantes de hoteles. Bebiendo cócteles en los bares de aeropuertos privados, esperando al próximo chárter.

Personas que antes eran soñadoras idealistas, metidas ahora en el mundo de la reflexoprostitución profesional.

Aquellas brujas New Age hippies con rastas y aquellos punks skaters con perillas, ahora los oyes dar órdenes de venta por teléfono a sus corredores de Bolsa. Amontonar dinero en cuentas extranjeras y cajas fuertes de bancos suizos. Regatear por diamantes sin tallar y monedas de oro sudafricano.

Todos aquellos chicos que se hacían llamar Trucha y Poni, Lagarto y Ostra, ahora se llaman Dirk. Todas las chicas que se llamaban Ranúnculo ahora se llaman Dominique.

Semejante aglomeración de gente que hace reflexopajas hace bajar los precios. Muy pronto, en vez de billonarios del software y jeques del petróleo, estás deambulando en el bar de un hotel, vestida con tu ropa de Prada del año pasado y ofreciendo trucos para los pies a veinte pavos cada uno. Te estás agachando debajo de

las mesas para manipular los pies de asistentes a convenciones sentados en los reservados del fondo de los restaurantes. Estás saliendo de enormes pasteles falsos de cumpleaños para hacerles los pies a equipos enteros de fútbol americano, o haciéndolo en despedidas de soltero. Solamente para no retrasarte en los pagos de la casa de jubilación de tus padres.

Es una simple cuestión de tiempo que contraigas algún hongo incurable de los que crecen debajo de los dedos de los pies bajo tu manicura francesa enfundada en guantes de seda.

Todo esto lo haces solamente para pagar los intereses del dinero que te prestaron Lenny y la mafia rusa. Dinero que cogiste prestado para comprar acciones que cayeron en picado. Acciones recomendadas por Lenny. O para comprar las joyas y los zapatos que Lenny te dijo que necesitabas para encajar.

Estás en el bar del vestíbulo del hotel Park Hampton, intentando convencer a un hombre de negocios borracho para que acepte una reflexopaja de diez dólares en el lavabo de hombres. Es entonces cuando la ves a ella, a Angelique, cruzando el vestíbulo, en dirección a los ascensores. Con el pelo resplandeciente. Con sus pieles arrastrando por la alfombra detrás de sus zapatos de tacón alto. Angelique todavía tiene un aspecto estupendo. Tu mirada encuentra la suya y ella te hace un gesto con una mano enguantada para que te acerques.

Cuando llega el ascensor te dice que va a la suite que tiene Lenny en el ático. A la clínica.

Ella se queda mirando tus tacones altos llenos de rozaduras y tus uñas llenas de muescas y con la pintura saltada, y te dice:

—Ven a ver cuál va a ser la próxima industria en alza...

El ascensor se para en el piso cincuenta, donde Lenny tiene alquilado con derecho a compra el ático entero. Hay dos trajes con raya diplomática llenos de músculos montando guardia delante de una puerta. Es a estos matones a los que les pagas la parte de Lenny, la mitad de todo lo que ganas. Un guardia dice vuestros nombres por un micrófono que lleva sujeto a la solapa con un alfiler y las puertas se desbloquean con un zumbido estridente.

Dentro estáis solamente tú y Angelique y Lenny.

No te rías, pero, por solitaria y aislada que sea tu vida de reflexoputa, la vida de Lenny parece peor todavía. Encerrado aquí arriba en el ático, vestido todo el día con albornoz, contando su dinero y hablando por teléfono. No hay más muebles que una silla de despacho con el asiento sucio y lleno de manchas. Hay un colchón tirado en el suelo junto a las paredes de cristal que dominan la ciudad entera. En la pantalla de un ordenador se van desplegando sin parar los precios de las acciones.

Lenny se os acerca a las dos, con el albornoz abierto y debajo unos calzoncillos largos a rayas arrugados y unos calcetines blancos que ya están amarillentos.

Extiende las manos hacia la cara de Angelique y dice:

—Mi ángel, mi favorita. —Le coge la cara con las dos manos y dice—: ¿Cómo estás?

Con los tacones altos, Angelique debe de sacarle una cabeza. Sonríe y dice:

—Lenny...

Y Lenny le da un fuerte bofetón, cruzándole la cara con la mano, y dice:

—Me estás engañando, así es como estás. —Levanta una mano, con la palma abierta y lista para darle otro bofetón, y luego dice—: Estás cogiendo encargos de fuera, ¿verdad?

Tocándose la cara con una mano enguantada, tapando la huella roja de la mano de Lenny, Angelique dice:

—Cariño, no...

Y Lenny baja la mano. Le da la espalda. Lenny va a mirar por el ventanal, la ciudad que se extiende debajo de su colchón.

—Cariño —dice Angelique—. Déjame que te enseñe algo nuevo.

Angelique me mira.

Luego va con él y le pone las manos enguantadas sobre los hombros desde detrás, y le dice:

—Deja que mamáita te enseñe cuánto quiere todavía a su nene...

Lleva a Lenny hasta el colchón y le hace sentarse. Luego lo tumba de espaldas. Le quita de los pies los calcetines amarillentos.

—Vamos, cariño —dice. Se quita los guantes y dice—: Ya sabes que hago unas reflexopajas tremendas...

Luego Angelique hace algo que nunca has visto. Se pone de rodillas. Abre la boca, con los labios muy abiertos y tensados, y pasa la lengua por la parte de atrás de la planta del pie de Lenny. Angelique cierra los labios en torno al talón de Lenny y Lenny empieza a gemir.

No os riáis, pero hay trabajos peores que el peor trabajo que puedas imaginar. Un magnate de los medios de comunicación sin historial previo de hipertensión es hallado muerto de un infarto en una habitación del Four Seasons. Una estrella de rock con la salud perfecta muere de fallo renal después de un masaje en los pies en el Château Marmot.

Tenemos acceso a los pies de presidentes y de sultanes. De presidentes de empresas y de estrellas de cine. De reyes y reinas. Sabemos hacer que un asesinato por dinero parezca una muerte por causas naturales.

Esto es lo que te dice Angelique mientras bajáis en el ascensor. Después de que Lenny gima y se retuerza. Después de que Angelique le trabaje el pie con la boca hasta el momento largo en que Lenny se incorpora en el colchón, llevándose las manos al pecho y mirándola boquiabierto mientras ella le sigue chupando el pie.

Después de que se le pare el corazón, Angelique lo tapa con las sábanas hasta la barbilla. Le limpia el pintalabios del pie y se repinta la boca. Le desconecta a Lenny los teléfonos y les dice a los guardias que Lenny está echándose una siesta larga.

Mientras bajáis en el ascensor, Angelique te dice que esta ha sido su última reflexopaja. Que esta clase de golpes se cobran a un millón de dólares en metálico. Que una agencia rival la ha contratado para que liquide a Lenny y que ahora ella abandona el negocio para siempre.

En el bar del vestíbulo, las dos os tomáis un cóctel para que ella se pueda quitar el sabor del pie de Lenny de la boca. Una sola copa de despedida. Después Angelique te dice que eches un vistazo al vestíbulo del hotel. A los hombres trajeados. A las mujeres con abrigos de pieles. Son todos asesinos que usan el masaje Rolf de integración estructural. Asesinos que usan la terapia reiki. Ejecutores mediante irrigación de colon.

Angelique dice que en la terapia con piedras preciosas, solamente tienes que poner un cristal de cuarzo sobre el corazón de una persona, una amatista sobre su hígado y una turquesa sobre su frente para inducirle a esa persona un coma que le causa la muerte. Un experto en feng-shui solamente tiene que colarse en una habitación y reordenar los muebles del dormitorio para provocarle una enfermedad renal a su ocupante.

—El tratamiento Mokusa —dice, refiriéndose a la ciencia de quemar conos de incienso sobre los puntos acupunturales de alguien— puede matar. El shiatsu también.

Se bebe lo que le queda del cóctel y se quita el collar de perlas del cuello.

Todas esas curas y remedios que aseguran ser cien por cien naturales, y por tanto cien por cien sanos, dice Angelique riéndose. El cianuro es natural, dice. El arsénico también.

Te da sus perlas y te dice:

—A partir de ahora, vuelvo a ser Lenteja.

Así es como quieres recordar a Angelique, no con el aspecto que tiene en el periódico del día siguiente, después de que la pesquen en el río con su abrigo de visón empapado. Le han quitado los pendientes y el reloj de diamantes para que parezca un robo. Y no la han matado acariciándole los pies, sino a la antigua usanza, con una bala de punta hueca en la parte de atrás de su trenza francesa perfecta. Un aviso a todos los Dirks y Dominiques que estén pensando en cambiarse de chaqueta.

La clínica te llama, no Lenny, sino otro tipo con acento ruso, intentando mandarte a visitar a clientes, pero tú desconfías. Los guardias te vieron con Lenteja. En el ático. Deben de tener otra bala de punta hueca lista para dispararte en la nuca.

Tus padres llaman desde Florida para decir que hay una limusina negra que no para de seguirlos, y que les ha llamado alguien para preguntarles si sabían cómo

encontrarte. A estas alturas, ya estás corriendo de un albergue para vagabundos a otro, haciendo reflexopajas en callejones solamente para poder sobrevivir.

Les dices a tus padres que tengan cuidado. Les dices que no dejen que ningún desconocido les dé un masaje. Los llamas desde una cabina y les dices que nunca se metan en la aromaterapia. En las auras. En el reiki. No te rías, pero vas a pasar mucho tiempo viajando, tal vez el resto de tu vida.

No lo puedes explicar. Llegado este punto, se te han acabado las monedas, así que les dices adiós a tus padres.

En nuestra primera semana, comemos ternera Wellington mientras Miss América se arrodilla delante de cada pomo de puerta e intenta forzar la cerradura con una espátula que le ha prestado el Duque de los Vándalos.

Comemos lubina rayada mientras la Señorita Estornudos traga pastillas y cápsulas salidas de los frascos traqueteantes que lleva en su maleta. Mientras tose con un puño delante de la boca y se limpia la nariz con la manga del jersey.

Comemos pavo Tetrizzini mientras la Dama Vagabunda juguetea con su anillo de diamante. Le da la vuelta a la banda de platino y habla con el diamante enorme que ahora parece estar sentado en su palma ahuecada:

—¿Packer? —le dice—. Esto no se parece en nada a lo que me habían hecho esperar —dice la Dama Vagabunda—. ¿Cómo puedo escribir algo profundo si mi entorno no es... ideal?

Por supuesto, el Agente Chivatillo la está grabando en vídeo. El Conde de la Calumnia le acerca la grabadora para captar hasta su última palabra.

Una tos insistente por aquí. Una tos insistente por allí. Una queja por aquí. Una palabrota por allí. Refunfuños por todas partes. La Señorita Estornudos dice que el aire está abarrotado de esporas tóxicas de moho.

Un ruido molesto por aquí. Una tos insistente por allí. Nadie trabaja. Nadie consigue escribir nada.

El flaco San Destripado siempre echa la cabeza hacia atrás, con la boca abierta como un polluelo, mientras se vierte dentro chile o tarta de manzana o pastel de patata procedente de una bolsa plateada de Mylar. Cada vez que traga, la nuez de Adán le sube y le baja y su lengua empuja la masa tibia de comida más allá de sus dientes.

El Casamentero masca su tabaco y escupe en la moqueta manchada y dice que este edificio frío y húmedo, estas salas salpicadas de penumbra, no tiene nada que ver con la colonia de escritores que él se había imaginado: gente escribiendo a mano, contemplando amplios y verdes prados de hierba. Escritores comiendo almuerzos ligeros en bandejas, cada uno en su casita de campo privada. Huertos de albaricoqueros en medio de una ventisca de pétalos blancos de flores. Siestas por la tarde bajo los castaños. Partidas de cróquet.

Ya antes de empezar a esbozar su guión, la obra maestra de su vida, Miss América dice que no puede. Que le duelen demasiado los pechos como para escribir. Que tiene los brazos demasiado cansados. Que no puede oler las costillitas de ternera joven de hoy sin vomitar un poco de las tartas de cangrejo de ayer.

Ya hace una semana que se le retrasa la regla.

—Es el síndrome del edificio enfermo —le dice la Señorita Estornudos. Con la nariz irritada y ya un poco torcida a un lado de tanto limpiársela de costado en dirección a la mejilla.

Pasando los dedos por las barandillas y los respaldos tallados de las sillas, la Dama Vagabunda nos enseña el polvo.

—Mira —le dice al enorme diamante que tiene en la mano. Dice—: ¿Packer? Packer, esto no es aceptable.

Durante la primera semana que pasamos encerrados, la Señorita Estornudos no para de toser y cuando respira emite unos sonidos lentos y graves que recuerdan a un órgano de iglesia.

Miss América se dedica a forcejear con las puertas cerradas con llave. A correr bruscamente a un lado las cortinas de terciopelo verde del lounge estilo Renacimiento italiano para encontrarse con las ventanas cegadas con ladrillos. Con el mango de su rueda de ejercicios de plástico rosa, rompe una vidriera del salón de fumar de estilo gótico y se encuentra al otro lado con una pared de cemento con bombillas instaladas para simular la luz del día.

En el vestíbulo estilo Luis XV francés, entre todas las sillas y los sofás de terciopelo color azul lavanda, con las paredes abarrotadas y recargadas de volutas de yeso y cenefas doradas, Miss América se planta vestida con su ropa de lycra rosa para ejercicios y pide la llave. Con su pelo parecido a una ola de océano que se deshace en forma de rizos y trompos en la parte posterior de su cabeza, dice que necesita la llave para poder salir, solamente unos días.

—¿Y tú eres novelista? —dice el señor Whittier.

Apoyados en los brazos de acerocromo de su silla de ruedas, sus dedos golpetean un telegrama invisible. Llenas de venas y de arrugas, sus manos huesudas se ven borrosas de tanto que tiemblan.

—Guionista —dice Miss América. Con un puño apoyado en cada cadera enfundada en lycra.

Él la mira, alta y esbelta.

—Claro —dice el señor Whittier—. Pues escribe un guión de cine sobre estar cansada.

No, Miss América necesita un ginecólogo. Que le hagan análisis de sangre. Necesita vitaminas prenatales.

—Y necesito ver a una persona —dice. A su novio.

Y el señor Whittier dice:

—Es por esto que Moisés condujo a las tribus de Israel al desierto...

Porque aquella gente llevaba generaciones enteras viviendo como esclavos. Habían aprendido a no valerse por ellos mismos.

A fin de crear una raza de amos a partir de una raza de esclavos, dice el señor Whittier, a fin de enseñar a un grupo controlado de gente a crear sus propias vidas, Moisés tuvo que ser un cabrón.

Sentada en el borde de un sillón de terciopelo azul, Miss América se dedica a asentir con su cabeza rubia. Con el pelo ondeando. Lo entiende. Lo entiende. Luego dice:

—¿La llave?

Y el señor Whittier dice:

—No.

El anciano tiene apoyada en el regazo una bolsa plateada de Mylar llena de pollo al vino de Marsala y a su alrededor la moqueta azul está toda pegajosa y manchada de moho azul. Cada manchón húmedo es una sombra de la que sobresalen brazos y piernas. Un fantasma mohoso. Comiendo pollo al Marsala con una cuchara, el señor Whittier dice:

—Hasta que puedas prescindir de tus circunstancias, y simplemente hacer lo que prometes —dice—, siempre estarás controlada por el mundo.

—¿Y a esto cómo lo llama usted? —dice Miss América agitando el aire polvoriento con las manos.

Y el señor Whittier dice por primera vez lo que repetirá un millón de veces:

—Solamente os estoy obligando a cumplir vuestra palabra. —Y—: Lo que os detiene aquí es lo que detiene vuestra vida entera.

El aire siempre estará demasiado cargado de algo. Tu cuerpo siempre estará dolorido o demasiado cansado. Tu padre, demasiado borracho. Tu mujer será demasiado fría. Siempre tendrás alguna excusa para no vivir tu vida.

—¿Pero y si nos pasa algo? ¿Y si se nos acaba la comida? —dice Miss América—. En ese caso, usted abriría la puerta, ¿verdad?

—Pero no es así —dice el señor Whittier con la boca llena de pollo con alcaparras a medio masticar—. No se nos está acabando la comida.

Y no, no se está acabando. Todavía no.

Durante la primera semana que pasamos dentro, comemos curry vegetal con arroz. Y salmón teriyaki. Todo liofilizado.

Para comer tenemos judías verdes envasadas en bolsas de Mylar que no se pueden abrir con las manos desnudas. Mimeografiado en tinta negra en todas las bolsas plateadas pone: «A prueba de roedores». Tenemos judías verdes a prueba de roedores y estofado de pollo cubierto de masa hojaldrada y maíz integral dulce. Dentro de cada bolsa hay algo que traquetea, ramitas sueltas y piedras y arena. Todas las bolsas están infladas con un chorrito de nitrógeno, como almohadas plateadas, para mantener los contenidos muertos. La lasaña con salsa de carne o los raviolis de queso.

A prueba de roedores o no, nuestro Eslabón Perdido es capaz de rasgar una bolsa

con sus manos desnudas y cubiertas de vello púbico.

Para hacerse la cena, la mayoría de la gente abre la bolsa con tijeras o con un cuchillo. Hay que meter la mano y hurgar hasta que uno encuentra la bolsita de óxido de hierro, que está ahí para absorber cualquier rastro de oxígeno. Se saca esa bolsita parecida a una bolsita de té y se añaden las tazas que sea de agua hirviendo. Tenemos un microondas. Tenemos cucharas y tenedores de plástico. Platos de cartón. Y agua corriente.

En el tiempo en que uno lee diez páginas de una novela de vampiros, la cena queda lista. En vez de palitos y agua caliente, ahora la almohada plateada está llena de pan de carne estilo casero o de ternera Stroganoff.

Nos sentamos en la moqueta azul de las escaleras del vestíbulo, una cascada azul y ondulada, con unos escalones tan amplios que podemos compartir todos el mismo sin que nuestros codos se toquen. Se trata de la misma ternera Stroganoff que van a comer el presidente y los miembros del Congreso muy por debajo de la superficie de la tierra en caso de guerra nuclear. Es del mismo fabricante.

Otras bolsas plateadas tienen mimeografiado: «Tarta esponjosa de chocolate» y «Plátanos al licor flameado». Puré de patatas. Macarrones con queso. Patatas fritas liofilizadas.

Todo apetitoso pero poco saludable.

En todas las bolsas pone «Consúmase antes de» y una fecha que no llegará hasta que estemos todos muertos. Un período de conserva en buen estado hasta que la mayor parte de los bebés de hoy día estén muertos.

Magdalenas de fresa en buen estado durante cien años.

Comemos cordero liofilizado con jalea de menta liofilizada mientras la Dama Vagabunda descubre en el fondo de su corazón que en realidad sí que amaba a su marido muerto. Lo amaba, dice llorando y tapándose la cara con las manos. Con los hombros encogidos y estremeciéndose por los sollozos dentro de su abrigo de visón. Mientras acaricia el diamante enorme en la palma de la mano, dice que necesita salir a enterrar a su marido de tres quilates en la parcela familiar del cementerio.

Comemos tortilla de jamón y verduras mientras el Duque de los Vándalos pierde los nervios y escupe su chicle de nicotina y dice que este es un pésimo momento para dejar de fumar. Y San Destripado ha perdido la sensibilidad de la mano izquierda, una lesión de estrés muscular, de tanto intentar conseguir un orgasmo sin fotos.

La gata de la Directora Denegación, esa gata llamada Cora Reynolds, se come unos restos de lubina rayada mientras la Condesa Clarividencia y el Reverendo Sin Dios se preocupan por que no estemos del todo a salvo. Por que nos hayamos metido en una trampa. Se preocupan por que alguien pueda encontrarlos y... Ya le dijeron al señor Whittier que para estar a salvo necesitan cambiar de sitio, esconderse, seguir corriendo.

El Reverendo Sin Dios, con un álbum de Barbra Streisand en la mano, moviendo sus labios partidos y parecidos a morcillas de sangre mientras lee las letras en la funda del disco, le dice a la grabadora del Conde de la Calumnia:

—Simplemente di por sentado que aquí habría un equipo de música.

En el visor de la cámara de vídeo del Agente Chivatillo, el Chef Asesino se lleva a su gorda cara una cucharada rebosante de suflé verde de espinacas y dice:

—Soy chef profesional y no crítico culinario. Pero no puedo pasarme tres meses bebiendo café instantáneo...

Por supuesto, todo el mundo sigue diciendo que va a escribir su obra, sus poemas y sus relatos. Que va a completar su obra maestra. Pero aquí no, dicen. Ni ahora. Más adelante, y fuera.

Nadie hace nada durante nuestra primera semana aquí. Nada más que quejarse.

—No es una excusa —dice Miss América sosteniéndose su vientre plano con las dos manos—. Es una vida humana.

La Señorita Estornudos tose con el puño delante de la cara. Se sorbe la nariz, con los ojos hinchados e inyectados en sangre tras las lágrimas, y dice:

—Aquí mi vida está en peligro. —Y se hurga en el bolsillo en busca de otra pastilla.

Y por supuesto, el señor Whittier niega con la cabeza.

Allí sentado en su sillón de terciopelo azul, en medio del vestíbulo todo decorado con volutas doradas y terciopelo, el señor Whittier come con cuchara el guiso de almejas de una de las bolsas de Mylar y dice:

—Cuéntame una historia sobre el padre de la criatura —le dice a Miss América—. Descríbeme la escena de cómo lo conociste.

Y la cámara del Agente Chivatillo hace un zoom sobre la cara de Miss América para obtener un plano que capte su reacción.

MEJORAS DEL PRODUCTO

Un poema sobre Miss América

«Siempre estoy buscando —dice Miss América— algo que pueda
NO gustar.»

Cada vez que se mira al espejo.

Miss América en el escenario, sus rizos y espirales de pelo

rubio ondean y se elevan,

haciendo que su cara se vea lo más pequeña posible.

Con un zapato de tacón alto colocado justo delante del otro, pegaditos,

para que sus piernas se superpongan

y sus caderas parezcan más

estrechas. Se pone de lado y tuerce los hombros

para mirar al público de frente. Todas esas contorsiones resollantes para que su
cintura se vea chiquitita.

En el escenario, en vez de un foco, un fragmento de película:

su cara velada por vídeos de ejercicios.

Sus rasgos, sus ojos y labios, maquillados con leotardos y

calentadores de color rojo intenso.

Una multitud de mujeres salta y baila sobre su piel de Miss América,

y cada una de esas mujeres se está mirando en un espejo.

La película: una sombra de un reflejo de una imagen de una ilusión.

Y ella dice: «Cada vez que me miro al espejo, es una

investigación secreta de mercado».

Ella es su propio test de audiencia.

Que valora el atractivo de su fachada en una escala del uno al diez.

Y cada día ejecuta la prueba beta de una nueva versión mejorada de ella misma
punto cinco.

Ajustándose para seguir las tendencias de mercado.

Su vestido, ceñido como un bañador, como unas mallas,
sus medias surcadas de mujeres pedaleando en bicicletas que no van a ningún sitio
a mil calorías por hora. «Para la parte de actuaciones de mi programa —dice—, os
enseñaré a destruir.»

Una panza llena de helado de melocotón,
una bolsa de Halloween llena de chocolatinas en miniatura,
seis donuts con baño de azúcar glaseado,
dos hamburguesas dobles con queso.

Lo normal.

Y a veces, esperma.

Con el aeróbic flotando y parpadeando sobre su cara, su ambición inmediata es
reducir la resistencia inicial del comprador.

Con la meta a largo plazo de convertirse en la inversión a largo plazo de alguien.

Como un bien de consumo duradero.

SALA DE ESPERA

Un relato de Miss América

No es nada personal que exploten las bombas. O que un pistolero coja a alguien como rehén en un estadio deportivo. Pero cuando el Monitor de la Red muestra una alerta especial, todas las emisoras de televisión locales van a pasar la pelota al presentador de la emisión nacional que empieza.

Si uno está mirando el televisor, verá que primero el productor y el director locales pasan al formato de caja doble. Lo que la mayoría de la gente llama pantalla partida. Entonces el presentador local dice algo del tipo: «Con las últimas noticias sobre el transatlántico naufragado, les pasamos a Joe Blow en Nueva York». Es por eso que se dice «pasar la pelota». O «dar la patada de saque».

La señal de la cadena nacional ocupa la banda de emisión y los chavales de la emisora local se quedan repantigados y esperan a que la cortinilla de la red señale el final de la emisión informativa especial.

A ningún publicista se le ocurre explicar todo esto a cada novato al que mandan por ahí a vender un vídeo para inversores, un libro o el último grito en peladores de zanahorias.

Así pues, sentado en la sala de espera de invitados, entre bastidores durante la emisión de ¡*Despierta, Chattanooga!*, un tipo joven con el pelo engominado hacia atrás le está impartiendo algunas lecciones de la vida a una rubia.

Lo que le está diciendo es que su pelo es demasiado rubio, que no puede ser. Que esa clase de rubio oxigenado vuelve locos a los productores de estudio, porque no se puede iluminar bien sin que deslumbre. Algunos productores de estudio dicen que «quema los fusibles». Parece que la cabeza rubia esté ardiendo.

—Hagas lo que hagas —le dice el tipo engominado a la rubia—, si tienes notas, no las consultes o la cámara te encuadrará la coronilla.

Los productores de estudio, le dice, odian a los invitados que traen notas. Odian a los invitados que no intentan esconder lo que han venido a decir. Los productores siempre te dicen: «Sé tu propio producto. No intentes colocarlo».

Es irónico, pero ese mismo productor de estudio te llama «Rueda para hacer fitness» porque eso es lo que dice en la casilla de tu bloque de programación. En el caso del tipo engominado, dice «Vídeo para inversores». En el caso del anciano, en la casilla pone «quitamanchas».

La rubia y el tipo engominado están sentados en el sofá de cuero reciclado que hay en la sala de espera de invitados, con varios vasos de café viejo abandonados en la mesilla que tienen delante, y encima de ellos hay un par de monitores de vídeo que

parpadean en la parte superior de la pared, en las esquinas, cerca del techo. En un monitor se ve al presentador de la cadena nacional hablando del transatlántico e introduciendo el vídeo que muestra un barco panza arriba y las manchas de los chalecos salvavidas de color naranja que flotan a su alrededor. En el segundo monitor, dice la rubia, hay algo todavía más triste.

En esa esquina se ve al tipo del Bloque A de la programación, ese vejestorio con el pelo peinado de un lado a otro de la calva que ha salido de su cama en un Motel 6 a las cinco de la mañana para venir aquí y tratar de vender el cepillo quitamanchas especial que ha inventado. Pobre capullo. Le ponen un micrófono y lo colocan ante las cámaras, en el «set sala de estar» con su selva tropical de plantas falsas. Se sienta bajo esos focos que dan tanto calor mientras la presentadora da su «charla» de apertura.

El set sala de estar se distingue del «set cocina» y del «set principal» en que tiene más plantas falsas y más cojines.

Este sujeto cree que tiene un segmento enorme de diez minutos porque la emisora hace jugar el tiempo a su favor y no pasa a publicidad hasta que han pasado diez minutos. La mayoría de las emisoras lo hacen a los ocho o nueve minutos. De esa forma, se evita que el público empiece a hacer zapping y se consiguen supuestos índices de audiencia máximos para todo el bloque de quince minutos.

—No es bonito de ver —le dice el tipo engominado a la rubia, y se santigua rápidamente como un buen católico—, pero mejor él que uno de nosotros.

Un segundo después de empezar la demostración del quitamanchas, el Bloque A es interrumpido por la noticia del transatlántico naufragado.

Sentado en la sala de espera de invitados, sobre un sofá de cuero gastado en una AID de dos dígitos, el tipo engominado dice que tiene tal vez siete minutos para enseñarle todo lo que necesita saber a nuestra Miss América.

AID quiere decir Área de Influencia Directa. Boston, por ejemplo, es el Área de Influencia Directa número tres del país porque sus medios de comunicación llegan al tercer mercado más grande de consumidores. Nueva York es el AID número uno. Los Ángeles es el número dos. Dallas es el número siete.

El sitio en el que están sentados está muy abajo en el ranking de AID. *Amanece en Lincoln o Buenos días, Tulsa*. Un punto de venta mediático que llega a un mercado demográfico de consumidores totalmente insignificante.

Otro buen consejo es: no te vistas de blanco. Nunca lles nada que tenga un dibujo blanco y negro porque «centellea» en la pantalla. Y pierde siempre un poco de peso.

—El mero hecho de mantener este peso —le dice la rubia al tipo engominado— ya es un trabajo a tiempo completo.

La conductora de este programa de Chattanooga, dice el tipo engominado, la

presentadora de aquí, es un loro puro y duro. Le digan lo que le digan por el ARI que lleva en la oreja, esas palabras exactas son las que le van a salir de la boca pintada con carmín. El director puede decirle: «¡Joder, llevamos retraso! Pasa a “Adopta un perro” y luego a publicidad...», y eso es lo que ella dirá ante las cámaras en directo.

Un loro puro y duro.

Nuestra rubia, que lo está escuchando, no se ríe. Ni siquiera sonríe.

Así que el tipo engominado le habla de otra periodista que él vio, una vez que se estaba transmitiendo en directo, con el incendio de un almacén rugiendo de fondo, y en pleno directo aquella enviada se toqueteó el pelo, mirando fijamente a la cámara activa, y dijo: «¿Puedes repetir la pregunta? Se me ha caído el IRA».

La periodista se refería al ARI. El Aparato de Respuesta Interna, dice el tipo engominado. Señala a la presentadora que aparece en el monitor y dice que todas las presentadoras llevan siempre el pelo peinado hacia un lado. Con el pelo cayéndoles a un lado para taparles una oreja. Es porque tienen un aparatito inalámbrico metido en la oreja para oír los apuntes y las instrucciones del director.

La rubia está de gira promocionando una especie de rueda de ejercicios sobre la que uno se revuelca para perder peso. Lleva unos leotardos de color rosa y unas mallas ajustadas.

Sí, es rubia y delgada, pero cuantos más salientes y cavidades tenga tu cara, le dice el tipo engominado, mejor sales por televisión.

—Es por eso que tengo que guardar mi foto de antes —dice. Se inclina en su silla, doblándose más y más hacia delante hasta que los pechos le tocan las rodillas, y hurga en una bolsa de deporte que hay en el suelo. Y dice—: Esta es la única prueba real de que no soy una rubia delgada del montón. —Saca un papel de la bolsa, sosteniendo el borde entre dos dedos. Es una fotografía, y la rubia le dice al tipo engominado—: A menos que la gente vea esto, pueden pensar que nací así. Nunca se imaginarían lo que he hecho con mi vida.

Si sales en televisión aunque sea un poquito regordeta, le dice él, ya no se te ve. Eres una máscara. Una luna llena. Un cero enorme sin rasgos que la gente pueda recordar.

—Perder toda esa grasa es la única cosa realmente heroica que he hecho en mi vida —dice—. Si la vuelvo a ganar, será como si nunca hubiera vivido.

Lo que pasa, le explica el tipo engominado, es que la televisión coge algo tridimensional —tú— y lo convierte en algo bidimensional. Es por eso que uno sale gordo en la televisión. Plano y gordo.

Mientras sostiene la foto entre dos uñas, mirando a la chica que era antes, nuestra rubia dice:

—No quiero ser una chica delgada del montón.

Sobre el hecho de que su pelo es demasiado «brillante», el tipo engominado le

dice:

—Es por eso que nunca se ven a pelirrojas naturales en las pelis porno. Porque no se las puede iluminar bien, al lado de gente de verdad.

Eso es lo que este tipo quiere ser: la cámara tras la cámara tras la cámara que emite la verdad última y final.

Todos queremos ser el que está detrás de todo. El que tiene poder para decir qué está bien y qué está mal. Quién tiene razón y quién se equivoca.

Nuestra chica demasiado rubia, la que va a quemar los fusibles de las cámaras, escucha cómo el tipo engominado dice que estos programas de producción local están divididos en seis segmentos separados por anuncios. El Bloque A, el Bloque B, el Bloque C, y así sucesivamente. Estos programas como *Levántate y anda*, *Fargo* o *Amanece Sedona* son una especie en extinción. Producirlos resulta demasiado caro en comparación con limitarse a comprar un programa nacional de tertulias para rellenar la franja.

Las giras promocionales como esta son el nuevo vodevil. Ir de población en población, de hotel en hotel, haciendo bolos de una sola noche en televisiones y radios locales. Vendiendo tu nuevo rizador mejorado para el pelo o tu quitamanchas o tu rueda de ejercicios.

Lo que te dan son siete minutos para presentar tu producto. Eso si no te ponen en el Bloque F: el último bloque, donde en la mitad de las AID te quedas fuera del programa porque algún bloque anterior se ha extendido demasiado. Porque algún invitado es tan gracioso y encantador que lo retienen durante los anuncios. Le dan «bloque doble». O bien porque la cadena interrumpe con la noticia de un barco naufragado.

Por eso todo el mundo quiere el Bloque A. Empieza el programa, los presentadores hacen su segmento de «charla» y allá vas tú.

No, muy pronto todos estos conocimientos adquiridos con tanto esfuerzo que el tipo engominado ha ido reuniendo ya no servirán de nada a nadie.

Tal vez sea por eso que él la está instruyendo gratis. La verdad, dice, es que tendría que escribir un maldito libro. Ese es el Sueño Americano: convertir tu vida en algo que puedas vender.

Sin dejar de mirar la fotografía de cuando era gorda, la rubia dice:

—Es bastante siniestro, pero esta foto de gordita vale más para mí que nada en el mundo —dice—. Antes me ponía triste mirarla. Pero ahora es lo único que me anima.

Extiende la mano y dice:

—Como tanto aceite de pescado que se puede oler. —Agita la foto en dirección al tipo engominado y dice—: Huéleme la mano.

Su mano huele a mano, a piel, a jabón y a su esmalte de uñas de color claro.

Él le huele la mano y coge la foto. Aplanada sobre el papel, convertida en nada

más que altura y anchura, la chica es una vaca vestida con un top cortado sobre unos vaqueros bajos. Su pelo de antes era normal, de un color marrón común.

Si miras lo que lleva puesto el tipo engominado, una camisa de color rosa pálido con una corbata de color azul pastel y una americana azul marino, es perfecto. El rosa le da a su piel un tono más cálido. El azul le resalta los ojos. Antes incluso de abrir la boca, le dice, tienes que estar presentable. Tienes que ser contenido de emisión acicalado y presentable. Si llevas la camisa arrugada o tienes una mancha en la corbata, serás el invitado que dejen fuera si van mal de tiempo.

Todas las emisoras de televisión quieren que seas contenido encantador, limpio y acicalado. Contenido que luzca en televisión. Una cara agradable, porque los quitamanchas o las ruedas de ejercicios no pueden hablar. Nada más que contenido feliz y lleno de energía.

En el monitor, la piel que le cuelga al viejo del cuello está llena de pliegues y amontonada allí donde se tiene que embutir por dentro del cuello azul abotonado de su camisa. Aun así, cuando traga saliva, allí sentado, todavía hay piel extra que se le derrama por encima del cuello de la camisa, igual que a la chica de la foto *de antes* le sobresale la grasa del vientre sobre la cintura de los vaqueros.

La chica de la foto ni siquiera parece la misma chica. Sobre todo porque en la foto está sonriendo.

Mirando el monitor de la sala de espera para invitados, el tipo engominado señala que la cámara activa nunca hace panorámicas del público y nunca muestra planos largos. Eso quiere decir que en el estudio no hay más que ancianas con la dentadura hecha polvo. El encargado de reclutar al público debe de haber hecho un trato. Traen a rastras a estas tontainas a las siete de la mañana y montan un público, y a cambio la emisora les saca imágenes de su Feria de Artesanía de la Tercera Edad. Así es como llenan estos programas locales de gente que aplauda. Para Halloween, es todo gente joven la que viene, a cambio de que la emisora saque imágenes de la casa encantada que han construido para recaudar fondos. En Navidad, en esas gradas no hay más que vejstorios que quieren publicidad para sus ventas benéficas. Aplausos falsos a cambio de publicidad falsa.

En el monitor de la emisión, el presentador nacional devuelve la pelota al presentador local, que da entrada a un anuncio ya montado sobre el programa de maquillaje del día siguiente, y luego la cortinilla: una bonita imagen de la lluvia que cae fuera, un poco de fanfarria y a publicidad.

El barco se ha hundido y ha habido cientos de muertos. Película a las once.

El tipo engominado está reescribiendo mentalmente su discurso para inversores para incluir en el mismo los Actos Divinos. Los desastres que no se pueden predecir. Y lo vitalmente importante que puede ser un plan de inversiones fiable para la gente que depende de uno. Él mismo es su producto. Y esconde lo que ha venido a decir.

Él es la cámara tras la cámara.

Debido a lo mucho que ha tardado el transatlántico en hundirse, parece que el pelo de la rubia oxigenada la va a dejar fuera del programa.

Antes de que vuelvan de la publicidad, sin embargo, usando como cortinilla un informe del tráfico, consistente en una voz en off e imágenes en directo de una cámara de la autopista, antes de todo eso el productor acompañará al quitamanchas de vuelta a la sala de espera. La productora de estudio le entregará el micrófono inalámbrico al vídeo de inversiones. Y le dirá a la rueda de ejercicios: «Gracias por venir pero lo sentimos. Hemos traído a demasiada gente y vamos con retraso».

Y hará que seguridad acompañe a nuestra rubia a la calle.

Para que así puedan cerrar el tenderete y recibir la señal de la cadena —los culebrones y los programas de entrevistas a famosos— a las diez en punto.

El vejestorio del monitor lleva la misma camisa y la misma corbata que el tipo engominado. Tiene los mismos ojos azules. Ha entendido bien la idea. Pero ha elegido el momento equivocado.

—Déjame que te haga un favor —le dice el tipo engominado a la rubia. Con la foto de antes de ella gorda todavía en las manos, le dice—: ¿Quieres que te dé un buen consejo?

Claro, dice ella, lo que sea. Y mientras escucha, coge de la mesa un vaso de café frío con una mancha de carmín en el borde de plástico que coincide con el carmín rosa que tiene en la boca.

Esta rubia con el pelo demasiado brillante, en este preciso momento, es el AID personal y privada del tipo engominado.

En especial, le dice, no dejes que ninguno de esos donjuanes de programa matinal de entrevistas se te lleve a la cama. Y no se refiere a los presentadores. Con quien hay que tener cuidado es con los vendedores, los mismos tipos a los que te encuentras vendiendo sus fregonas para el polvo y sus planes para hacerse rico en una ciudad tras otra. Con los que te van a sentar en salas de espera de AID de todo el país. Tú y ellos sintiéndooos solos de tanto tiempo que lleváis de gira. Sin nada más que una habitación de motel al final de la jornada.

Hablando por experiencia personal, esos romances de sala de espera para invitados no van a ninguna parte.

Y la chica rubia asiente con la cabeza.

—Le pasó a mi madre —dice el tipo engominado.

Sus padres se conocieron mientras estaban los dos en giras comerciales, a base de encontrarse una y otra vez en salas de espera como esta. La verdad es que su padre nunca se casó con su madre. La dejó tirada en cuanto se enteró. Y como ella estaba embarazada, perdió el contrato de vendedora de medias. Y el tipo engominado creció viendo programas como *Sal de la cama*, *Boulder* o *Despierta, Tampa*, intentando

adivinar cuál de aquellos hombres sonrientes que hablaban tan deprisa era su viejo.

—Es por eso que me dedico a esto —le dice a nuestra rubia.

Y es por eso que su primera norma es: nada de relaciones personales.

La rubia le dice:

—Tu madre es muy, muy guapa.

Su madre... Y él dice: Aquellas Medias Irrompibles debían de llevar amianto. Pilló un cáncer hace un par de meses.

—Daba asco de lo fea que era —dice él— cuando murió.

En cualquier momento se abrirá la puerta de la sala de espera para invitados y entrará la productora de estudio diciendo que lo siente pero que quizá tengan que dejar fuera a otra invitada. La productora mirará el pelo rubio resplandeciente de la chica. Y luego mirará la americana azul marino del tipo engominado.

El Bloque F se ha ido a hacer puñetas en el momento en que la cadena ha interrumpido con lo del transatlántico. Luego el Bloque E —una asesora de colores, según su casilla en la programación— ha saltado al hacerse evidente que el programa llevaba retraso. Luego se ha ido volando un libro infantil que ocupaba el Bloque D.

La triste verdad es que aunque tengas el pelo del tono correcto de rubio y te hagas la graciosa y finjas que estás llena de energía y que eres contenido de calidad, aun así un terrorista armado con un cúter se puede llevar tu segmento de siete minutos. Claro, siempre te pueden grabar y pasarte enlatado al día siguiente, pero es muy poco probable que eso pase. Tienen contenido programado para toda la semana, y pasarte a ti enlatado mañana quiere decir dejar fuera a otro...

En su último minuto a solas, sin nadie más que ellos en la sala de espera, el tipo engominado le pregunta a nuestra rubia si puede hacer algo más por ella.

—¿Quieres cederme tu bloque? —dice ella. Y sonrío, igual que en la foto. Y no tiene la dentadura nada mal.

—No —dice él—. Pero cuando alguien esté siendo encantador contigo... cuando te cuenten un chiste... —dice el tipo engominado, y le rompe por la mitad su fea foto de antes. Luego junta las dos mitades y las rompe en cuartos. Luego en octavos. Luego en lo que sea. En trocitos muy pequeños. En confeti. Y le dice—: Si quieres triunfar en la televisión, por lo menos necesitas fingir bien una sonrisa.

Por lo menos haz ver que te cae bien la gente.

Allí en la sala de espera, la boca pintada de carmín rosa de la rubia se abre más y más hasta estar completamente abierta. Sus labios se abren y se cierran dos, tres veces, de esa forma en que boquean los peces fuera del agua, y dice:

—Hijo de...

Y es entonces cuando la productora de estudio entra con el vejstorio.

La productora dice:

—Muy bien, creo que vamos a hacer entrar el vídeo para inversores en el último

segmento...

El vejestorio se queda mirando al tipo engominado, igual que se mira a un comprador de unos grandes almacenes que acaba de pedir medio millón de unidades, y dice:

—Thomas...

La rubia permanece allí sentada, con su vaso de café solo y frío en la mano.

La productora de estudio le está desenganchando al hombre el micrófono inalámbrico de la parte de atrás del cinturón. Y se lo da al tipo engominado.

Y este le dice al vejestorio:

—Buenos días, papá.

El vejestorio le coge la mano al tipo engominado y se la estrecha y le dice:

—¿Cómo está tu madre?

La Chica de Medias Irrompibles. La chica a la que dejaste tirada.

Nuestra Señorita Rubia se levanta. Se pone de pie, para rendirse, para irse a casa, para fracasar.

Y cogiendo el micrófono inalámbrico, comprobando el interruptor, para asegurarse de que no está recalentado, el tipo engominado dice:

—Ha muerto.

Está muerta y enterrada y nunca le piensa decir dónde. Y si lo hace, le dirá una ciudad que no es.

Y entonces, ¡plas!

El tipo tiene la cara y el pelo completamente fríos y mojados.

Y está todo pringado de café. De café frío. La camisa y la corbata, echadas a perder. Con todo el pelo engominado pegado ahora a la cara.

Nuestra rubia extiende la mano para coger el micrófono inalámbrico y dice:

—Gracias por el consejo. —Ella dice—: Creo que esto me convierte en la siguiente...

Y lo que es muchísimo peor que ser demasiado rubia, peor que estropearle al tipo su ropa elegante y su pelo engominado, que nuestra chica flaca se ha enamorado de él, joder.

En el vestíbulo de terciopelo azul, algo baja las escaleras dando porrazos desde las sombras del primer rellano. Peldaño a peldaño, los porrazos se van volviendo cada vez más fuertes y por fin el estruendo da paso a algo redondo y negro que baja rodando desde la penumbra del segundo piso. Es una bola de bolera, que baja rebotando por el centro de la escalera. Rodando en silencio por la moqueta azul del vestíbulo, la bola de bolera de la Hermana Justiciera pasa al lado de Cora Reynolds, que se está lamiendo las patas, después pasa al lado del señor Whittier, que está bebiendo café instantáneo en su silla de ruedas, y después al lado de la Dama Vagabunda y de su marido de diamante. Por fin la bola golpea, negra y pesada, contra las puertas dobles, y desaparece dentro del auditorio.

—Packer —le dice la Dama Vagabunda a su diamante—. Hay algo aquí encerrado con nosotros —dice en voz baja, casi un murmullo, y le pregunta al diamante—: ¿Eres tú?

Ese cuadradito de cristal que se supone que solamente puedes romper en caso de incendio, Miss América ya lo ha roto. Cada vez que se encuentra una ventanita con un marco de metal pintado de rojo y un martillito colgando de una cadena al lado, ella rompe el cristal y pulsa el interruptor de dentro. Miss América hace esto en el vestíbulo. Luego en la galería estilo restaurante chino con su decoración en laca roja y todos sus budas esculpidos en yeso. Luego en el foyer estilo templo maya del sótano con sus caras talladas de guerreros lascivos. Luego en la galería estilo mil y una noches que hay detrás de los palcos del segundo rellano. Luego en la cabina de proyección que hay embutida debajo del techo.

Y no pasa nada. No suena ningún timbre. Nadie viene a abrir a hachazos las salidas de incendios cerradas con llave para rescatarla. Para rescatarnos.

No pasa nada y sigue sin pasar nada.

El señor Whittier está sentado en un sofá de terciopelo azul del vestíbulo, bajo las hojas de cristal de una lámpara de araña tan grande como una nube gris resplandeciente.

El Casamentero ya está llamando «árboles» a las lámparas de araña. Que cuelgan alineadas en el centro del techo de cada salón alargado o galería o lounge. Los llama arboledas frutales de cristal que crecen de cadenas envueltas en terciopelo y plantadas en el techo.

Ya estamos todos viendo nuestra propia realidad privada y casera en estos mismos salones.

El Conde de la Calumnia está escribiendo en su cuaderno. El Agente Chivatillo,

grabando en vídeo. La Condesa Clarividencia lleva su turbante puesto. San Destripado está comiendo.

Usando todo el brazo, la Directora Denegación lanza un ratón falso que aterriza a medio camino de las puertas del auditorio. Con la otra mano se frota el hombro del primer brazo mientras la gata, Cora Reynolds, le trae el ratón de vuelta, levantando con las patas un remolino de polvo de la moqueta.

Mirándolos, con un brazo doblado delante del torso para sujetarse los pechos, y con una mano retorcida para frotarse la nuca, la señora Clark dice:

—En la Villa Diodati tenían cinco gatos.

San Destripado usa una cuchara de plástico para comer *crêpe suzette* instantánea de una bolsa de Mylar.

Limándose las uñas con una lima de esmeril, la Dama Vagabunda contempla cómo las cucharadas de líquido rosado se desplazan desde la bolsa hasta su boca, y le dice:

—Eso no puede ser bueno.

Y no pasa nada más. O bien: sigue pasando nada.

Hasta que Miss América se planta en medio de nosotros y dice:

—Esto es ilegal.

Lo que ha hecho el señor Whittier es secuestro, dice. Está reteniendo a gente en contra de su voluntad, y eso es un delito grave.

—Cuanto antes hagáis lo que prometisteis —dice el señor Whittier—, antes se os pasarán estos tres meses.

La Directora Denegación lanza el ratón falso y dice:

—¿Qué es la Villa Diodati?

—Es una casa junto al lago Como —le dice la Dama Vagabunda a su enorme diamante.

—Junto al lago Lemán —dice la señora Clark.

Tal como recordaremos después, el señor Whittier tiene la postura de que siempre estamos en lo cierto.

—No se trata de tener razón o no —dice el señor Whittier.

La verdad es que nada está equivocado. No en nuestras mentes. En nuestra realidad.

Nunca puede uno ponerse a hacer algo equivocado.

Nunca puede uno decir algo equivocado.

En tu mente, siempre tienes razón. Cada acción que emprendes —lo que haces o dices o la forma en que decides que te vean los otros— es automáticamente acertada en el momento en que actúas.

Con las manos temblando mientras sostiene su taza, el señor Whittier dice:

—Aunque te dijeras a ti mismo: «Hoy voy a beber café de la forma *incorrecta*...

bebiendo de una bota sucia». Aun así, eso estaría bien, porque tú has decidido beber café de esa bota.

Porque no se puede hacer nada mal. Uno siempre tiene razón.

Hasta cuando dices «Pero qué idiota soy. Qué equivocado estoy...», tienes razón. Tienes razón en que estás equivocado. Tienes razón hasta cuando eres un idiota.

—No importa lo estúpida que sea tu idea —dice el señor Whittier—, estás condenado a tener razón porque es tuya.

—¿El lago Lemán? —dice la Dama Vagabunda con los ojos cerrados. Se pellizca las sienes y se las frota con los dedos índice y pulgar de una mano y dice—: La Villa Diodati es donde Lord Byron violó a Mary Shelley...

Y la señora Clark dice:

—Pues no.

Estamos condenados a tener todos razón. Sobre cualquier cosa que nos planteemos.

En este mundo líquido y cambiante donde todo el mundo tiene razón y cualquier idea es correcta desde el momento en que la llevas a la práctica, diría el señor Whittier, lo único que es seguro es lo que uno promete.

—Tres meses, lo prometisteis —dice el señor Whittier a través del humo de su café.

Es entonces cuando sucede algo, aunque no mucho.

En la siguiente mirada, notas que se te encoge el agujero del culo. Que tu mano vuela para tapar tu boca.

Miss América tiene un cuchillo en una mano. Con la otra mano tiene agarrado el nudo de la corbata del señor Whittier y tira de la cara de este hacia la de ella. El café del señor Whittier se ha derramado y ahora forma un charco humeante sobre el suelo. Las manos del anciano cuelgan, temblorosas, agitando el aire polvoriento de sus costados.

A San Destripado se le cae la bolsa plateada de *crêpe suzette* instantánea y el contenido se derrama sobre la moqueta de color azul lavanda: las guindas rojas y pegajosas y la nata montada reconstituida.

Y la gata va corriendo a probarlo.

Con sus ojos casi tocando los del señor Whittier, Miss América dice:

—Entonces, ¿tengo razón si lo mato?

El cuchillo es uno de los del juego que el Chef Asesino ha traído en su maletín de aluminio.

Y el señor Whittier le devuelve la mirada, tan pegado a ella que sus pestañas se tocan al parpadear.

—Pero seguirás estando atrapada —dice, con sus escasos pelos grises colgando de la parte de atrás de su cráneo. Con la voz estrangulada por la corbata hasta no ser

más que un graznido.

Miss América hace un gesto con el cuchillo en dirección a la señora Clark y dice:
—¿Y ella? ¿Ella tiene llave?

Y la señora Clark niega con la cabeza. No. Con los ojos abiertos como platos pero con los morros de muñeca paralizados por efecto de la silicona.

No, la llave está escondida en alguna parte del edificio. En un lugar donde solamente miraría el señor Whittier.

Con todo, aun si lo mata ella tendrá razón.

Si ella decide pegar fuego al edificio confiando en que los bomberos verán el humo y la rescatarán antes de que todos nos asfixiemos, también tendrá razón.

Si ella clava la punta del cuchillo en el globo ocular blanco por las cataratas del señor Whittier y se lo saca y lo tira al suelo para que la gata juegue con él, seguirá teniendo razón.

—A la vista de lo cual —dice el señor Whittier, con la corbata tensada en el puño de ella, con la cara de color rojo oscuro y con la voz convertida en un susurro—, empecemos a hacer lo que hemos prometido.

Los tres meses. Escribid vuestra obra maestra. Punto final.

La silla de ruedas de acerocromo traquetea cuando él se desploma en ella al soltarlo la mano de Miss América. El polvo de la moqueta llena el aire y las dos ruedas delanteras de la silla se levantan de la moqueta de tan fuerte como él cae. El señor Whittier se lleva las dos manos al cuello de la camisa para aflojarse la corbata. Se inclina para recoger su taza de café del suelo. Sus pelos grises normalmente peinados hacia un lado de la cabeza ahora le cuelgan sueltos a ambos lados de su calva llena de manchas de la edad.

Cora Reynolds sigue comiéndose las guindas y la crema de la moqueta polvorienta junto a la silla de San Destripado.

Miss América dice:

—Esto no se ha terminado ni en coña...

Y blande la hoja de su cuchillo en dirección a todos los que están en el vestíbulo. Con un movimiento rápido de su brazo, con un temblor y una contracción de sus músculos, el cuchillo vuela hasta clavarse en el respaldo de una butaca palaciega que hay al otro lado de la sala. El filo queda clavado y vibrando en el terciopelo azul, con el mango tembloroso.

Desde detrás de su cámara de vídeo, el Agente Chivatillo dice:

—Públícalo.

Cora Reynolds sigue lamiendo que te lame la moqueta pegajosa con su lengua de ante rosado.

El Conde de la Calumnia escribe algo en su cuaderno.

—Así pues, señora Clark —dice la Dama Vagabunda—, ¿la Villa Diodati?

—Allí tenían cinco gatos —dice el señor Whittier.

—Cinco gatos y ocho perros grandes —dice la señora Clark—, tres monos, un águila, un cuervo y un halcón.

Fue una reunión estival que tuvo lugar en 1816, y en la que un grupo de jóvenes se pasaron casi todo el tiempo encerrados en casa por culpa de la lluvia. Algunos de ellos estaban casados y otros no. Hombres y mujeres. Se leían cuentos de fantasmas entre ellos, pero los libros que tenían eran espantosos. Así que acordaron escribir todos una historia. Cualquier clase de historia de miedo. Para entretenerse los unos a los otros.

—¿Como la Mesa Redonda del Algonquin? —le pregunta la Dama Vagabunda al diamante que tiene en el dorso de la mano.

Nada más que un grupo de amigos sentados en una sala, intentando asustarse los unos a los otros.

—¿Y qué escribieron? —dice la Señorita Estornudos.

Aquella gente aburrida de clase media no intentaba más que matar el tiempo. Gente encerrada en su casa de veraneo llena de humedades.

—No mucho —dice el señor Whittier—. Solamente la leyenda de *Frankenstein*.

La señora Clark dice:

—Y de *Drácula*.

La Hermana Justiciera baja las escaleras procedente del segundo piso. Cruza el vestíbulo y se pone a mirar debajo de las mesas y detrás de los sillones.

—Está ahí dentro —dice el señor Whittier levantando un dedo tembloroso para señalar las puertas dobles del auditorio.

La Dama Vagabunda mira de reojo las puertas del auditorio por donde han desaparecido tanto la bola de bolera como Miss América.

—Mi difunto marido y yo éramos expertos en aburrirnos —dice la Dama Vagabunda, y nos hace esperar mientras da tres, cuatro, cinco pasos cruzando el vestíbulo para arrancar el cuchillo del respaldo de la butaca.

Con el cuchillo en la mano, mirando la hoja, palpándola con el dedo para ver cómo está de afilada, dice:

—Os lo puedo contar todo sobre cómo mata el tiempo la gente rica y aburrida...

GABINETE ESTRATÉGICO

Un poema sobre la Dama Vagabunda

«Solamente hacen falta tres médicos —dice la Dama
Vagabunda— para hacerte desaparecer.»
Durante el resto de tu vida natural.

La Dama Vagabunda en el escenario, sus piernas depiladas a la cera. Las pestañas
pintadas con rímel negro y espeso.

Los dientes tan blanqueados como sus perlas. La piel, masajead.

Su anillo de diamante centellea, luminoso como un faro.

Su traje de lino, marcado con alfileres y tizas y luego doblado y cortado
hasta que no le queda bien a nadie más en el mundo.

Toda ella es un monumento al acto de estar quieta y sentada mientras un gabinete de
expertos formados trabaja largo y tendido
a cambio de mucho dinero.

En el escenario, en vez de un foco, un fragmento de película:

un velo de mujeres que arrastran abrigo de pieles. El tacto de la seda se aposenta
sobre su cara.

En la película, la armadura de joyas de oro y platino te avisa,

con el destello rojo de los rubíes y los zafiros de color amarillo canario.

La Dama Vagabunda dice: «No es divertido que tu padre sea un genio».

O tu madre o tu marido o tu esposa, pregúntale a cualquiera. A cualquiera que sea
rico.

Con todo, dice ella, solamente hacen falta tres médicos.

Gracias al Gabinete Estratégico Sanitarium.

«Gente brillante de verdad —dice ella—. La verdad es que
les encanta...
darlo todo.»

Si Thomas Edison estuviera vivo. O madame Curie.

O Albert Einstein.

Sus maridos, esposas, hijos o hijas firmarían todos los documentos necesarios.
sin pensarlo.

«Para proteger su caudal de ingresos», dice la Dama Vagabunda.

Ese flujo de dinero de los honorarios y los royalties de las patentes y los inventos.

Con su velo de tratamientos en centros de salud y de
pedicuras, de bailes de caridad y palcos de la ópera,
frotándose

la cara suave, la Dama Vagabunda

dice: «Incluyendo a mi padre. Por su propio bien».

«Se estaba... portando mal —dice—. Veía a una mujer más joven. Llevaba
peluquín.»

No compartía los ingresos de su línea de productos.

Descuidaba su trabajo.

Así que, tres médicos más tarde, allí estaba:

con todos los demás genios inventores. Encerrado bajo llave.

Sin teléfono.

Durante el resto de su vida natural.

Desde detrás de su velo de islas privadas... de exhibiciones equinas... de subastas
inmobiliarias,

la Dama Vagabunda dice: «De tal palo, tal astilla».

Dice: «Todos somos... genios de alguna clase».

«Lo que pasa —dice—, es que algunos lo somos de otra forma.»

VACACIONES EN EL ARROYO

Un relato de la Dama Vagabunda

Después de dejar la televisión y los periódicos, lo peor son las mañanas: esa primera taza de café. Es verdad, durante esa primera hora que pasas despierto quieres ponerte al corriente de lo que pasa en el mundo. Pero la nueva norma de ella es: nada de radio. Nada de televisión. Nada de periódicos. A pasar el mono.

Enséñale un ejemplar de la revista *Vogue* y la señora Keyes todavía se atraganta.

Llega el periódico y ella se limita a reciclarlo. Ni siquiera le quita la goma elástica. Nunca se sabe cuándo el titular va a ser: «Asesino sigue acechando a la gente sin hogar».

O: «Vagabunda víctima de una carnicería».

Casi todas las mañanas a la hora del desayuno la señora Keyes lee catálogos. No hace falta encargarse más que una horma milagrosa por teléfono y todas las semanas durante el resto de tu vida recibes una pila de catálogos. Artículos para el hogar. Para el jardín. Para ahorrar tiempo. Cachivaches para ahorrar espacio. Herramientas y nuevos inventos.

Allí donde solía estar el televisor, sobre la encimera de la cocina, ha puesto un acuario con uno de esos lagartos que cambian de color para hacer juego con la decoración. Si tienes un acuario y le das al interruptor que enciende la lámpara de calor, no te va a decir que otro vagabundo borracho de paso ha sido asesinado a tiros ni que han tirado su cuerpo al río, ni que es la decimoquinta víctima en una ola de asesinatos que se está cebando en la gente sin techo de la ciudad, cuyos cuerpos son encontrados apuñalados y tiroteados y quemados con líquido para encendedor, ni que la gente de la calle ya es presa del pánico y luchan por refugiarse de noche en los albergues para indigentes, a pesar de la nueva tuberculosis. Los vagones de carga que salen de la ciudad van atestados. Los defensores sociales aseguran que la ciudad ha puesto a los mendigos en el punto de mira. De todo esto se entera uno solamente mirando un quiosco. O entrando en un taxi que tenga la radio puesta.

Así que coges un tanque de cristal, lo pones donde antes estaba la tele y lo único que ves es un lagarto: un ser tan estúpido que cada vez que la empleada doméstica mueve una piedra el lagarto cree que lo han trasladado a varios kilómetros de distancia.

Se llama «tejer un capullo», eso de convertir tu casa en todo tu mundo.

El señor y la señora Keyes —Packer y Evelyn— antes no eran así. Antes no se podía morir un delfín en una red para pescar atunes sin que ellos corrieran a firmar un cheque. A montar una fiesta. O a dar un banquete para las víctimas de las minas

terrestres. O una cena con baile para la gente con traumatismo craneal masivo. Para la fibromialgia. Para la bulimia. O un cóctel y una subasta benéfica para el síndrome de colon irritable.

Cada noche tenía su tema: «Paz universal para todos los pueblos».

O: «Esperanza para nuestro futuro nonato».

Imagínate ir a tu baile de graduación del instituto todas las noches durante el resto de tu vida. Cada noche hay otro escenario montado con flores cortadas de Sudamérica y millones de lucecitas blancas parpadeantes. Una escultura de hielo y una fuente de champán y una orquesta con esmoquin blanco que toca una canción de Cole Porter. Todos los escenarios contruidos para ostentar a miembros de la realeza árabe y a niños prodigio de la industria de internet. Demasiada gente enriquecida deprisa por el capital de riesgo. Esa gente que nunca se demora en ninguna masa continental durante más tiempo del necesario para avituallar su jet. Esa gente sin imaginación, que se limita a abrir un ejemplar de *Town & Country* y a decir:

Quiero esto.

En todas las fiestas benéficas por los abusos a menores, todo el mundo camina sobre dos piernas y come *crème brûlée* con una boca, con los labios rellenos de las mismas inyecciones de colágeno. Mirándose el mismo reloj de pulsera Cartier, la misma hora rodeada de los mismos diamantes. El mismo collar Harry Winston alrededor de un cuello largo y esbelto esculpido mediante el hatha yoga.

Todo el mundo sale del mismo sedán Lexus en distintos colores.

Nadie está impresionado. Todas las noches son un impasse social total y absoluto.

La mejor amiga de la señora Keyes, Elizabeth Ethbridge Fulton Whelps, «Inky», suele decir que en todos los campos solamente hay una cosa que sea «la mejor». Una noche, Inky dice:

—Cuando todo el mundo se puede permitir lo mejor, la verdad es que, sí, queda un poco... ordinario.

Toda la Vieja Sociedad ha desaparecido. Cuantos más magnates recién acuñados de los medios de comunicación aparecen en un evento, menos potentados de la industria ferroviaria o de los transatlánticos con dinero viejo se presentan.

Inky siempre dice que estar ausente es la nueva forma de estar presente.

Es después de una recepción con cóctel en beneficio de las víctimas de la violencia con arma de fuego cuando los Keyes salen a la calle. Packer y Evelyn están bajando las escaleras del museo de arte, y se encuentran con la habitual cola de don nadies esperando con sus abrigos de pieles a los aparcacoches. Justo en la acera, al lado del banco de una parada de autobús. Sentados en el banco hay un vagabundo y una vagabunda a los que todo el mundo está intentando no ver.

Ni oler.

Ninguno de los dos es joven, y llevan ropa de esa que se puede encontrar en la

basura. Con todas las costuras deshilachadas, con la tela acartonada y toda llena de manchas. La vagabunda lleva zapatillas de tenis con la lengüeta fuera y sin cordones. El pelo de verdad, apelmazado y aplastado, le asoma por debajo de la cincha de una peluca, cuyo pelo falso de plástico es tan áspero y gris como un estropajo metálico.

El vagabundo lleva un gorro tejido largo de punto marrón calado hasta las cejas. Está manoseando a la vagabunda, metiéndole una mano por la parte de delante de sus pantalones de poliéster elásticos y la otra por detrás de su sudadera. La vagabunda se está retorciendo dentro de su ropa, gimiendo y relamiéndose los labios abiertos con la lengua.

A la vagabunda, allí donde tiene levantada la sudadera, se le ve un vientre plano y musculado, con la piel masajeadada de color rosado.

Los pantalones de chándal anchos del vagabundo están inflados por delante por el bulto de su erección. La punta del bulto alargado tiene una mancha oscura de humedad que ha traspasado la tela.

Packer y Evelyn deben de ser los únicos que están mirando cómo esos dos se magrean. Los aparcacoches corren entre aquí y el aparcamiento que hay al otro lado de la manzana. La turba de nuevos ricos observa cómo el segundero gira y gira en sus relojes de diamantes.

El vagabundo empuja la cara de la vagabunda hasta el bulto de sus pantalones. La vagabunda frota sus labios encima de la mancha oscura que tiene allí.

Evelyn le dice a Packer que conoce esos labios, los labios de la vagabunda.

Se oye un ruidito, esa clase de zumbido estridente que hace que todo el mundo que está esperando un aparcacoches se meta la mano en el bolsillo del abrigo de piel en busca de su teléfono móvil.

Oh, Dios mío, dice la señora Keyes. Y le dice a Packer que esa vagabunda a la que está magreando el vagabundo casi podría ser Inky. Elizabeth Ethbridge Fulton Whelps.

El zumbido estridente vuelve a sonar y la vagabunda baja un brazo. Se levanta los bajos de la pernera del pantalón, unos bajos de poliéster beige sin dobladillo y deshilachados, dejando ver una pierna toda envuelta en vendaje elástico y sucio. Sin despegar los labios de la entrepierna del vagabundo, sus dedos sacan de entre varias capas de vendajes un objeto negro lo bastante pequeño como para caberle en la mano.

El zumbido estridente suena de nuevo.

Por lo que Evelyn tiene entendido, Inky dirige una revista. Tal vez la revista *Vogue*. Se pasa la mitad del año en Francia, decidiendo cuál va a ser la línea de la temporada siguiente. Se sienta en primera fila de las pasarelas de Milán y graba un comentario de moda que se emite en una cadena de noticias por cable. Se planta sobre las alfombras rojas y explica qué lleva cada cual en la ceremonia de los Oscar.

Y la vagabunda de la parada del autobús se lleva el objeto negro a un lado de su

peluca de plástico gris. Lo toca con un dedo y dice:

—¿Hola?

Aparta la boca del bulto húmedo de los pantalones del vagabundo y dice:

—¿Estás apuntando esto? —dice—. El lima es el nuevo rosa.

La señora Keyes le dice a su marido que conoce esa voz, la voz de la vagabunda.

Y dice:

—¿Inky?

La vagabunda se vuelve a meter el diminuto teléfono entre los vendajes de su pierna.

—Ese vagabundo apestoso —dice Packer— es el presidente de Global Airlines.

Es entonces cuando la vagabunda levanta la vista y dice:

—¿Muffy? ¿Packer? —Con la mano del vagabundo todavía palpando el interior de sus pantalones elásticos le da unos golpecitos al banco que tiene a su lado y dice —: Qué sorpresa tan agradable.

El vagabundo saca los dedos, que se ven relucientes de humedad bajo la farola, y dice:

—¡Packer! Ven a decir hola.

Y por supuesto, Packer siempre tiene razón.

La pobreza, dice Inky, es la nueva riqueza. El anonimato es la nueva fama.

—Los que se pasean por el arroyo —dice Inky— son los nuevos arribistas.

La alta sociedad fue la primera gente sin hogar, dice Inky. Puede que tengamos una docena de casas, cada una en una ciudad distinta, pero seguimos viviendo con una maleta y lo puesto.

Lo cual tiene sentido, aunque solamente sea porque Packer y Evelyn nunca están en la vanguardia de nada. Toda esta temporada social se la han pasado yendo a concursos hípicas, inauguraciones de galerías y subastas, diciéndose entre ellos que todas las demás caras conocidas de la Vieja Guardia de la vida social estaban en programas de desintoxicación o pasando operaciones de cirugía estética.

Inky dice:

—No importa que lo hagas con un carrito de la compra o con un Gulfstream G550, es el mismo instinto. Estar siempre de camino a otra parte. Rechazar las ataduras.

Al final, dice, lo único que necesitas es dinero en metálico y ya puedes ser miembro del Comité Directivo de la Ópera. Haces una donación cuantiosa y ya puedes formar parte del Comité de la Fundación del Museo.

Extiendes un cheque y ya eres una celebridad.

Te matan a puñaladas en una película de éxito y ya eres famoso.

En otras palabras: ataduras.

Inky dice:

—Los don nadies son los nuevos famosos.

El vagabundo de Global Airlines tiene una botella de vino, envuelta en una bolsa de papel marrón. El vino, dice, está mezclado a partes iguales con enjuague bucal, jarabe para la tos y colonia Old Spice, y después de un trago los cuatro se van de paseo por la oscuridad, por el parque, allí donde nunca hay que ir de noche.

Lo bueno que tiene la bebida es que cada trago es una decisión irrevocable. Uno avanza al ataque, dueño de la situación. Lo mismo pasa con las pastillas, los sedantes y los calmantes, cada trago es un paso firme por un camino que has elegido.

Inky dice:

—Los lugares públicos son la nueva intimidad.

Y dice que aunque te alojes en el hotel más exquisito, uno de esos sitios de albornoz blanco donde hay orquídeas temblando junto al bidet en los cuartos de baño de mármol blanco, aun así lo más probable es que haya una cámara diminuta conectada para vigilarte. Dice que el único sitio que queda para tener relaciones sexuales son los lugares públicos. Las aceras. El metro. Que la gente solamente quiere mirar si les parece prohibido.

Además, dice, todo ese estilo de vida de champán y caviar ha perdido la garra. Ir en Lear Jet de aquí a Roma en seis horas hace que escapar sea demasiado fácil. Que el mundo se quede pequeño y gastado. Recorrer mundo no es más que la posibilidad de aburrirse en más lugares y más deprisa. Un desayuno aburrido en Bali. Un almuerzo predecible en París. Una cena tediosa en Nueva York, y quedarse dormido, borracho, durante otra mamada en Los Ángeles.

Demasiadas experiencias límite y demasiado juntas.

—Como el museo Getty —dice Inky.

—Enjabonar, aclarar y repetir —dice el vagabundo de Global Airlines.

En el aburrido nuevo mundo donde todo el mundo es de clase media-alta, Inky dice que nada lo ayuda a uno a disfrutar de su bidet tanto como pasarse unas horas meando en la calle. Tú deja de bañarte hasta que apestes y una simple ducha caliente te resultará tan agradable como un viaje a Sonoma para darte un enema desintoxicante de barro.

—Piensa en ello —dice Inky— como en una especie de sorbete de pobreza.

Un pequeño oasis de infelicidad que te ayuda a disfrutar de tu vida real.

—Uníos a nosotros —dice Inky. Con la mancha verde y pegajosa de jarabe para la tos pringándole las comisuras de la boca, y varios mechones del pelo de plástico de su peluca pegados a la misma, dice—: El viernes que viene por la noche.

Tener mal aspecto, dice, es la nueva forma de tener buen aspecto.

Dice que estará allí toda la gente bien. La Vieja Guardia. Las mejores partes del Almanaque de Sociedad. A las diez de la noche debajo de las rampas que suben al puente por el oeste.

No pueden, dice Evelyn. El miércoles por la noche Packer y ella se han

comprometido para asistir al Vals por la Erradicación del Hambre en América Latina. El jueves es el Banquete por los Aborígenes Necesitados. El viernes hay una subasta benéfica para las trabajadoras sexuales adolescentes escapadas de sus hogares. Estos acontecimientos, con todos los bruñidos trofeos acrílicos que entregan, le hacen a uno echar de menos los tiempos en que el miedo número uno de América era hablar en público.

—Id al Sheraton del Midtown —dice Inky— y coged una habitación.

Evelyn debe de fruncir la nariz en una mueca, porque entonces Inky le dice:

—Tranquila.

Le dice:

—Claro que no nos alojamos allí. No estamos en un Sheraton. No es más que un sitio para cambiarse de ropa.

A partir de las diez del sábado por la noche, dice, debajo de las rampas del puente.

El primer problema que tienen siempre Packer y Evelyn Keyes es qué van a ponerse. Para un hombre parece fácil. Lo único que tiene que hacer es ponerse la chaqueta del esmoquin y los pantalones del revés. Cambiarse los zapatos de pie. Y *voilà*: parece lisiado y loco.

«La locura —diría Inky— es la nueva cordura.»

El miércoles, después del vals por el hambre, Packer y Evelyn abandonan el salón de baile del hotel y mientras van por la calle oyen a alguien cantar: «Oh, Amherst, Brave Amherst». En la calle, Frances «Frizzi» Dunlop Colgate Nelson está bebiendo latas enormes de licor de malta en compañía de Schuster «Shoe» Frasier y de Weaver «Bones» Pullman, las tres sentadas con los pantalones sucios remangados y los pies descalzos dentro de una fuente. Frizzi lleva el sujetador por fuera.

Ir tirado, dice Inky, es la nueva forma de ir elegante.

En casa, Evelyn se prueba una docena de bolsas de basura, bolsas de plástico verdes y negras lo bastante grandes para meter detritos de obra, pero todas la hacen parecer gorda. Para solucionarlo, se queda finalmente con una bolsa blanca y estrecha para basura de cocina. Hasta queda elegante, ceñida como un vestido ajustado de Diane von Furstenberg, con un viejo cable eléctrico quemado haciendo las veces de cinturón, un toque de ese color naranja brillante de los chalecos de seguridad, con los hilos sueltos y los enchufes colgando a un lado.

Esta temporada, Inky dice que todo el mundo lleva la peluca del revés. Zapatos que no son los apropiados. Haz un agujero en el centro de una manta sucia, dice, pónstela como si fuera un poncho y ya estás lista para una noche de diversión en las calles.

Para estar seguros, la tarde que cogen una habitación en el Sheraton del Midtown, Evelyn se lleva tres maletas llenas de ropa de la tienda de excedentes del ejército. Sujetadores amarillentos y con el elástico gastado. Jerséis llenos de bolas de pelusa.

Y coge un frasco de máscara facial a base de arcilla para ensuciarlo todo. Bajan a escondidas por la escalera de incendios del hotel, catorce pisos hasta una puerta que da a un callejón, y son libres. Ya no son nadie. Anónimos. Sin la responsabilidad de dirigir nada.

Nadie los mira ni les pide dinero ni trata de venderles nada.

Mientras caminan hacia el puente son invisibles. Están a salvo en su pobreza.

Packer empieza a cojear un poco como resultado del hecho de que tiene los zapatos cambiados de pie. Evelyn deja que se le quede la boca abierta. Entonces escupe. Sí, la chica a la que enseñaron que nunca tenía que rascarse en público escupe en la calle. Packer se tambalea, choca contra ella y ella le agarra del brazo. Él le da la vuelta a ella y se besan, reducidos a nada más que dos bocas húmedas mientras la ciudad desaparece a su alrededor.

Esa primera noche en las calles, Inky les viene con algo que apesta dentro de un bolso negro de charol todo agrietado. Es como el olor de la marea baja en un día caluroso en la costa. El olor «es el nuevo símbolo de antiestatus», les dice. Dentro del bolso hay una caja de cartón de comida para llevar de Chez Héloïse. Dentro de la caja hay un trozo del tamaño de un puño de pez reloj anaranjado.

—De hace cuatro días —dice Inky—. Agítalo un poco. El olor mantiene a la gente alejada mejor que un guardaespaldas.

El hedor para que nadie se acerque es la nueva forma de proteger tu espacio personal. Intimidación olfativa.

Uno se puede acostumbrar a cualquier olor, dice, por malo que sea. Inky dice:

—¿Tú te acostumbraste a Eternity de Calvin Klein...?

Las dos, Inky y Evelyn, dan la vuelta a la manzana, alejándose de la fiesta en busca de un momento de tranquilidad. Delante de ellas, el séquito de un figurín con minifalda está saliendo a trompicones de una limusina, gente delgada con intercomunicadores de diadema entre la boca y la oreja, cada uno de ellos manteniendo una conversación con alguien que está lejos de allí. Mientras las dos pasan a su lado con andares de pato, Inky se tambalea y se dedica a frotar el bolso lleno de pescado podrido contra las mangas de las chaquetas de cuero y los abrigos de piel. Contra los guardaespaldas vestidos con trajes negros. Contra los asistentes personales con trajes negros a medida.

El séquito se apelotona, alejándose de ellas, todos gimiendo y tapándose la boca y la nariz con sus manos manicuradas.

Inky prosigue su camino. Y dice:

—Me encanta hacer esto.

A la vista de tanto dinero nuevo, Inky dice que es hora de cambiar las normas. Dice:

—La pobreza es la nueva nobleza.

Delante de ellas tienen a un rebaño de millonarios de la industria de internet y de jeques petroleros árabes, todos ellos fumando delante de una galería de arte, e Inky dice:

—Vamos a molestarlos pidiéndoles unas monedas...

Estas son sus vacaciones de ser Packer y Muffy Keyes, el presidente de una compañía textil y la heredera de una tabacalera. Su pequeño fin de semana de retiro en la red de cobertura social.

El vagabundo de Global Airlines resulta ser Webster «Scout» Banners. Él, Inky y Muffy se reúnen con Skinny y Frizzi. Luego se les unen Packer y Boater. Luego Shoe y Bones. Están todos borrachos y jugando a las charadas, y en un momento dado Packer grita:

—¿Hay alguien debajo de este puente que no tenga una fortuna personal de por lo menos cuarenta millones de dólares?

Y por supuesto, solamente se oye el tráfico que pasa por encima de ellos.

Más tarde, están empujando carritos de la compra por alguna zona industrial. Inky y Muffy empujan un carrito mientras Packer y Scout pasean un poco por detrás. E Inky dice:

—¿Sabes?, yo antes pensaba que lo único peor que perder en amores era ganar... —dice—. Antes estaba muy enamorada de Scout, ya desde el instituto, pero ya sabes que los acontecimientos... decepcionan.

Inky y Muffy llevan en las manos esos guantes que no tienen dedos para hurgar mejor entre las latas viejas. Inky dice:

—Antes pensaba que el secreto de un final feliz era hacer bajar el telón en el momento preciso. Un momento después de la felicidad, todo vuelve a ir mal.

Esos arribistas que creen que lo tienen difícil —con su miedo a usar el tenedor incorrecto, o con su pánico cuando les pasan los aguamaniles—, comparada con ellos la gente sin hogar tiene muchas más preocupaciones. Está el botulismo. Está el peligro de congelación. Un vislumbre momentáneo de la funda de los dientes te puede delatar. Una ráfaga de Chanel N.º 5.

Hay un millón de detalles que pueden delatarte.

Se han convertido en lo que Inky llama «la gente sin hogar que va a trabajar».

Y dice:

—¿Ahora? Ahora amo a Scout. Lo quiero como si nunca me hubiera casado con él.

Tal como viven en las calles, sienten que son pioneros que empiezan una vida nueva en un páramo lejano. Pero en lugar de tener que preocuparse de los lobos y los osos, lo que tienen, dice Inky con un encogimiento de hombros, son camellos y gente que dispara desde sus coches.

—Esta es todavía la mejor época de mi vida —dice—. Pero sé que no puede durar

para siempre...

Su nuevo calendario social ya se le está llenando. Todo este revolcarse en el arroyo. El martes es imposible hacer nada, porque tiene planeado ir a buscar harapos con Dinky y Cheetah. Después de eso, Packer y Scout han quedado para ir a encontrar latas de aluminio. Después, todos van a ir a la clínica gratuita para que les mire los pies algún médico joven y de ojos oscuros con acento de vampiro.

Packer dice que la lata de aluminio es la reserva de oro suizo de las calles.

De pie encima de una rampa, allí donde los coches salen de la autopista, Inky dice:

—Piensa a lo grande. Finge que estás vendiendo una idea en pocas palabras para una película a una gran cadena de televisión.

Sobre un trozo de cartón marrón, usando un rotulador negro, Inky escribe: Madre soltera. Diez hijos. Cáncer de mama.

—Tú haces esto, ¿vale? —dice—. Y la gente va y te da dinero...

Muffy escribe: Veterana de guerra lisiada. Tengo Hambre. Necesito volver a casa.

E Inky dice:

—Perfecto. —Dice—: Acabas de vender *Cold Mountain*.

Esta es su pequeña excursión de acampada urbana.

Este esconderse en lugares públicos. Este esconderse a la vista de todos.

No hay nada más fácil que no prestar atención a la gente sin hogar. Puede que seas Jane Fonda o Robert Redford, pero si estás empujando un carrito de la compra por alguna avenida a mediodía, vestido con tres capas de ropa sucia y murmurando palabrotas por lo bajo, nadie se va a fijar en ti.

Podrían hacer esto durante el resto de sus vidas. Scout e Inky están planeando apuntarse a la lista para pedir un apartamento para gente de ingresos bajos. Quieren sentarse en salas de espera y recibir atención odontológica gratuita de jóvenes y atractivos estudiantes de medicina. Se apuntarán a la lista de la metadona y luego ya se engancharán a la heroína. Formación profesional para adultos. Hamburguesas gratuitas. Aprender a conducir y a lavar la ropa y luego progresar hasta llegar a la clase media-baja.

Por las noches, cuando Packer y Evelyn se abrazan, debajo de un puente, o bien sobre un cartón extendido sobre una boca de alcantarilla cálida y humeante, y él le mete las manos por debajo de la ropa a ella y la lleva al orgasmo mientras a su lado van pasando desconocidos, los dos nunca han estado tan enamorados.

Pero Inky tiene razón. Esto no puede durar para siempre. El final llega tan deprisa que nadie está seguro de qué ha pasado hasta que sale en los periódicos al día siguiente.

Están durmiendo en la entrada de un almacén, sintiéndose más cómodos de lo que se han sentido nunca en Banff o en Hong Kong. Llegado este punto, sus mantas ya

huelen a ellos. Su ropa —sus cuerpos— es para ellos como una casa. Los simples brazos de Packer alrededor de su mujer podrían ser un dúplex en Park Avenue. O una villa en Creta.

Es esa noche cuando una limusina negra invade la acera, con los frenos chirriando, y uno de sus neumáticos se sube al bordillo. Los faros, dos haces circulares de luz cegadora, iluminan al señor y la señora Keyes y los despiertan. La portezuela de atrás se abre de golpe y se oyen gritos procedentes del asiento trasero. Una chica sale despedida de cabeza hacia la acera, agitando las manos y los brazos. La melena larga y oscura le tapa la cara, va desnuda y se pone a gatear para alejarse del coche.

La chica está gateando hacia Packer y Evelyn, que permanecen sepultados en su casa de harapos viejos y mantas húmedas.

Detrás de ella, un zapato negro de hombre asoma por la portezuela abierta del coche. Le sigue la pernera de un pantalón oscuro. Un hombre con guantes negros de piel sale del asiento trasero del coche mientras la chica se pone de pie gritando. Gritando «Por favor». Pidiendo ayuda a gritos. Está tan cerca que se le ven uno, dos y tres aros dorados en una oreja. Su otra oreja ha desaparecido.

Lo que parece una larga trenza de pelo oscuro es en realidad sangre que le cae por un lado del cuello. Allí donde estaba la oreja solamente se ve una protuberancia irregular de carne.

La chica llega a donde están los Keyes, de quienes solamente se ven los ojos debajo de las mantas.

Mientras el hombre la agarra del pelo, la chica agarra los harapos de ellos. Mientras el hombre la levanta en vilo, pataleando ella y llorando, y la mete en el coche, la chica tira de las mantas y los revela a los dos allí, todavía medio dormidos, parpadeando bajo los potentes faros del coche.

El hombre tiene que haberlos visto. Cualquiera que vaya al volante del coche los tiene que haber visto.

La chica grita:

—Por favor. —Grita—: La matrícula...

Y el hombre la vuelve a meter en el coche. La portezuela se cierra de golpe y los neumáticos chirrían, dejando en la acera un reguero de sangre de la chica y las huellas de los patinazos del caucho negro. En la alcantarilla, entre los vasos de plástico de los restaurantes de comida rápida, arrojada allí o caída en medio del forcejeo, hay una oreja pálida y desgarrada con dos aros dorados todavía ensartados.

Es mientras están desayunando, comiendo una tortilla de champiñones grasientos del servicio de habitaciones, magdalenas inglesas, café tibio y beicon frío en su suite del Sheraton, cuando ven el periódico. En las noticias locales, la heredera de un magnate del petróleo brasileño ha sido secuestrada. La persona de la foto es la chica

desnuda del pelo largo y oscuro de la noche anterior, pero sonriente y sosteniendo un trofeo que tiene un pequeño jugador de tenis dorado en la parte superior.

De acuerdo con el periódico, la policía no tiene un solo testigo.

Por supuesto, los Keyes podrían enviar una nota, pero la verdad es que no vieron ninguna cara. No pudieron ver la matrícula. Lo único que vieron fue a la chica. La sangre. La verdad es que Packer y Evelyn no pueden ayudar de ninguna manera. Si van a la policía, lo único que van a conseguir es humillarse. Uno ya se puede imaginar los titulares: «Pareja de la alta sociedad se divierte en el arroyo».

O: «Multimillonarios juegan a ser pobres».

Dios les libre de decir algo de Inky y de Scout, o de Shoe y Bones.

El que Packer y Evelyn se expongan al escarnio público no va a salvar a esa pobre chica. Su sufrimiento no paliaría ni un momento el de ella.

La semana siguiente en el periódico, la heredera secuestrada es encontrada muerta.

Con todo, Inky no está preocupada. La gente pobre y sucia no tiene nada de que preocuparse en las calles. La chica a la que han matado era joven. Era guapa y parecía limpia y rica.

—No tener nada que perder —dice Inky— es la nueva riqueza.

Y Packer dice:

—Enjabonar, aclarar y repetir.

No, Inky no va a renunciar a su felicidad para volver a ser rica y famosa. Y cada vez más, durante esas noches, Packer se va con ella. Para protegerla, dice.

Una de esas noches, Evelyn está en la Cena y Baile de Caridad Contra el Cáncer de Colon cuando le suena el teléfono móvil. Es Inky, y de fondo hay un hombre gritando. Es la voz de Packer. La voz de Inky en el teléfono jadea y dice:

—Muffy, por favor. Muffy, por favor, nos hemos perdido y alguien nos está persiguiendo —dice—. Hemos intentado hablar con la policía, pero... —Y la llamada se corta.

Como si estuviera llamando desde un túnel. O desde un paso subterráneo.

Al día siguiente el titular del periódico dice: «Encuentran apuñalados a una editora y al presidente de una compañía textil».

Ahora, casi todas las mañanas, hay un titular nuevo que evitar: «Encuentran a una vagabunda destripada».

O: «El asesino de la gente sin hogar sigue matando».

En alguna parte, todas las noches, la limusina negra sigue buscando a la señora Keyes, la única testigo de un crimen. Alguien está matando por las calles a cualquiera que pueda ser ella. A todo el que va vestido con harapos y duerme debajo de un montón de mantas.

Es entonces cuando Evelyn decide pasar el mono. Cancela la suscripción al

periódico. Para reemplazar el televisor, se compra un tanque de cristal provisto de un lagarto que cambia de color para hacer juego con cualquier combinación de pinturas.

Hoy día la señora Keyes es lo contrario de alguien sin hogar. Tiene demasiado hogar. El hogar le pesa. Está sepultada en su hogar. Se dedica a leer sus catálogos. A mirar las fotografías satinadas de adornos para el jardín. Las joyas con diamantes hechos a partir de las cenizas de tus seres queridos muertos.

Por supuesto, sigue echando de menos a sus amigas. A su marido. Pero es lo que solía decir Inky: Estar ausente es la nueva forma de estar presente.

Y sigue comprando entradas para los eventos de caridad. Para las subastas benéficas y los recitales de danza. Es importante saber que está haciendo algo para mejorar un poco el mundo. Su próximo proyecto de futuro es irse a nadar con las ballenas grises en peligro de extinción.

Dormir bajo las ramas de una selva amazónica en pleno proceso de deforestación.

Fotografiar algunas cebras en vías de extinción. Ir de vacaciones al arroyo ecológico.

Es importante estar concienciado. Y ella todavía quiere aportar su granito de arena.

Aquel verano en la Villa Diodati, nos cuenta la señora Clark, no había más que cinco personas:

Lord Byron, el poeta.

Percy Bysshe Shelley y su amante, Mary Godwin.

La hermanastra de Mary, Claire Claremont, que estaba embarazada de Byron.

Y el médico de Byron, John Polidori.

La escuchamos sentados alrededor de la chimenea eléctrica del salón de fumar del segundo rellano. El salón de fumar gótico. Todos hemos acercado sillones de brazos de cuero amarillo o sofás de bordado en cañamazo o confidentes de tela de tapicería que hemos traído a rastras de alguna parte, dejando rastros ondulados con las patas labradas y puntiagudas en las moquetas polvorientas y apelmazadas.

Todos estamos aquí salvo la Dama Vagabunda, que se ha ido a la cama temprano. Y Miss América, que está intentando forzar cerraduras.

La chimenea eléctrica no es más que una luz rotatoria bajo un lecho de pedazos de cristal rojo y amarillo pegados entre sí. Luz sin calor. Con todos los árboles de cristal colgantes apagados, y con el reflejo de la luz roja y amarilla bailando sobre nuestras caras, las formas que proyecta la luz roja y amarilla se mueven por los paneles de madera y por el suelo de losas de piedra encajadas.

Nada más que esas cinco personas, dice la señora Clark, aburridas y atrapadas dentro de casa por la lluvia. Shelley y compañía. Se turnaban para leerse entre ellos relatos de una antología alemana de cuentos de fantasmas titulada *Fantasmagoriana*.

—Lord Byron —dice la señora Clark— no soportaba aquel libro.

Byron decía que había más talento en aquella sala que en el libro que estaban leyendo. Dijo que cada uno de ellos podía escribir una historia de terror que fuera mejor. Que tenían que hacerlo todos. Escribir una historia.

Aquello fue casi un siglo antes de *Drácula* de Bram Stoker, pero de aquel verano salió el libro del doctor John Polidori *El vampiro*, y nuestra idea moderna de un demonio que chupa la sangre.

Durante una de aquellas noches de lluvia, mientras estallaban los truenos y los relámpagos sobre el lago Lemán, Mary Godwin, de dieciocho años, tuvo el sueño que se convertiría en la leyenda de Frankenstein. Los dos monstruos que servirían como base para incontables libros y películas.

Hasta la reunión en aquella casa se convirtió en una leyenda en sí misma. A orillas del lago Lemán, los hoteles donde la gente pasaba sus vacaciones ponían telescopios en las ventanas que daban al lago para que los clientes pudieran ver lo que

todo el mundo decía que era una orgía incestuosa en la villa. Los turistas de clase media, aburridos en su gira de verano, proyectaban sus peores miedos bajo el techo de Lord Byron. No eran más que un puñado de jóvenes que intentaban vivir fuera del millón de normas de su cultura y la gente los espiaba con telescopios, esperando ver a unos monstruos.

Aquí somos el equivalente moderno de la gente que estaba en Villa Diodati.

Somos la versión moderna de la gente de la Mesa Redonda del Algonquin.

Nada más que gente que se cuenta historias los unos a los otros.

Gente en busca de una idea que produzca ecos que nunca se apaguen. Ecos en forma de libros, de películas, obras de teatro, canciones, series de televisión, camisetas, dinero.

Éramos estas mismas caras —entre un grupo tres veces mayor, una auténtica multitud— cuando nos conocimos en persona, en la parte de atrás de un café. Nosotros: las caras que entramos en la selección final. Ya entonces, la Condesa Clarividencia llevaba puesto su turbante característico. El Duque de los Vándalos iba con su cola de caballo rubia. El Eslabón Perdido, con su nariz larga y colgante y su barba oscura y enmarañada.

Igual que la gente cotillea hoy día sobre la Villa Diodati, en el futuro hablarán de aquel café. Gente que nunca vio el anuncio jurarán que estaban allí. Que fueron listos y no quisieron sumarse a la colonia. De haberlo hecho, podrían estar muertos. O ser ricos. Con el tiempo, el café, con sus expositores de periódicos gratuitos y su tablón de anuncios lleno de tarjetas de visita sujetas con chinchetas que anunciaban irrigaciones de colon y terapia holística para mascotas, resultará que tendría que haber sido del tamaño de un estadio para albergar a toda la gente que asegurará que estuvo allí aquella noche.

Aquella noche se convertirá en leyenda.

La Mitología de Nosotros.

Los porretas y los poetas y las amas de casa y nosotros, de pie con nuestros cafés en vasitos de plástico, escuchábamos mientras hablaba la señora Clark. Con sus pechos absurdos y con aquellos morros de silicona que hacían que alguna gente soltara risitas. Cuando alguien preguntó si había un número de teléfono para que el mundo de fuera pudiera contactar con la gente del retiro, la señora Clark les dijo que sí. Les dijo:

—Es el 1-800-JÓDANSE.

Y en aquel momento hubo gente que se marchó.

Lo cual quería decir que no. Que nada de contacto con el mundo de fuera. Que nada de televisión ni radio ni internet. Nada más que lo que uno pudiera llevar en una maleta.

Después de lo cual hubo más gente que se marchó.

La gente que se marchó fueron los supervivientes de la primera ronda. Los listos que conseguirán contar su historia. La cámara tras la cámara tras la cámara, como diría el señor Whittier. Tendrán su verdad final, pero solamente acerca de aquella noche.

Aquellos pobres idiotas se malvendieron.

Todos vimos el anuncio, pero de formas distintas. Colgado en distintos tabloncillos de anuncios por la ciudad, decía:

RETIRO PARA ESCRITORES:
ABANDONE SU VIDA DURANTE TRES MESES

Desaparezca sin más. Deje atrás todo lo que le impide crear su obra maestra. Su trabajo y su familia y su casa, todas esas obligaciones y distracciones, déjelas en suspenso durante tres meses. Viva con gente afín en un entorno que promueve la inmersión total en su trabajo. Incluyendo comida y alojamiento gratuito para todos los que sean aceptados. Apueste una pequeña fracción de su vida por la posibilidad de crear un nuevo futuro como poeta, novelista o guionista profesional. Antes de que sea demasiado tarde, viva la vida con la que sueña. Plazas muy limitadas.

El anuncio estaba impreso en una ficha. Una de esas fichas para apuntar recetas. Rodeado de una línea discontinua igual que los cupones para recortar. Y en la parte de abajo había un número de teléfono. Era el número de la señora Clark, grapado al tablón de anuncios de corcho del vestíbulo de la biblioteca. Junto a los lavabos de la parte de atrás del supermercado. En la lavandería automática. Aquel anuncio impreso en una ficha se pasó una semana en todas partes. Y a la semana siguiente no estaba en ninguna parte.

Todas las fichas habían desaparecido.

La gente que veía el anuncio y llamaba al número de teléfono se encontraba una grabación de la señora Clark diciendo el nombre del café, el día y la hora en que teníamos que reunirnos.

En nuestras mentes, aquí frente a la chimenea falsa de color rojo y amarillo, ya nos podemos imaginar el futuro: la escena en que estamos contándole a la gente que emprendimos una pequeña aventura y un chiflado nos tuvo tres meses atrapados en un viejo teatro. Y ya estamos poniendo las cosas peores de lo que son. Exagerando. Diciendo que en aquel sitio hacía un frío de muerte. Que no había agua corriente. Que teníamos que racionar la comida.

Nada de lo cual es cierto, pero hace que la historia sea buena. Deformaremos la historia, sí. La inflaremos. La estiraremos. Para hacerla espectacular.

Los pequeños camerinos situados detrás del escenario que nos han dado a cada uno, cuando contemos la historia, los llenaremos de arañas venenosas. De ratas hambrientas. De pelos por todas partes que no solamente pertenecen a la gata de la Directora Denegación.

Un fantasma. Pondremos un fantasma en el viejo teatro para embellecer la

historia, que haya sitio para los efectos especiales. Oh, encantaremos este sitio nosotros mismos, lo atiborraremos de almas perdidas.

Convertiremos nuestras vidas en una aventura terrible. Una historia de horror real con final feliz. Una prueba de que sobrevivimos para contar.

Salvo la Dama Vagabunda con su marido muerto en la mano, Miss América con su feto que crece y crece como una bola de nieve, célula a célula, dentro de ella, y la Señorita Estornudos con su alergia al moho, todos los demás queremos más. Más dolor y sufrimiento que sacar a la luz después, en los programas de entrevistas de las cadenas de televisión. En esos programas de la tele de los que habla Miss América. Aunque nunca nos salga una buena idea, aunque nunca escribamos nuestra obra maestra, estos tres meses atrapados aquí juntos pueden bastar para unas memorias. O una película. Un futuro que no consista en tener un trabajo normal. Sino en ser famoso.

Una historia que valga la pena vender.

Por ahora, sentados alrededor de la chimenea de cristales, estamos marcando los detalles que necesitamos para recrear esta escena en las cadenas de televisión. Para que podamos aconsejar «en el plató» sobre cómo hacer la película «auténtica». La historia de cómo fuimos secuestrados y vivimos como rehenes y de cómo cada día que pasaba la Señorita Estornudos se ponía más enferma y el bebé que llevaba dentro Miss América se hacía más grande.

Nadie lo mencionará, pero la muerte de la Señorita Estornudos sería un clímax perfecto para el tercer acto. Nuestro momento más oscuro.

El final perfecto sería el casero apareciendo de golpe después de que finalizara el contrato de alquiler, justo a tiempo de rescatar a la frágil Miss América. Y a la demente Dama Vagabunda. Unos cuantos de nosotros saldríamos cojeando, llorando y bizqueando a la luz del sol. Al resto los pondrían en camillas y los meterían en ambulancias para llevarlos al hospital en medio del estruendo de las sirenas. La película podría entonces dar un salto hacia delante para mostrarnos a todos de pie junto a la cama de hospital mientras Miss América da a luz. Y luego otro salto para mostrarnos en el funeral de la Señorita Estornudos. El fantasma de la pobre Señorita Estornudos, sacrificada para darle vidilla a la trama.

Tendríamos la cámara del Agente Chivatillo para proveernos de imágenes. Los casetes de audio del Conde de la Calumnia para las voces en off.

Luego, para rematarlo, Miss América le pondría de nombre a su recién nacida Señorita Estornudos, o como fuera que esta se llamara en realidad. Una sensación de círculo cerrado. De vida que continúa, renovada. Pobre, frágil Señorita Estornudos.

En la historia de la película-libro-camisetitas, todos queremos mucho a la Señorita Estornudos... su profunda valentía... su humor jovial...

Suspiro.

No, a menos que uno de nosotros se invente un Frankenstein moderno, o un nuevo Drácula, nuestra historia va a tener que volverse mucho más dramática si queremos venderla. Necesitamos que todo empeore mucho, mucho antes del final.

A la mierda la idea de crear algo original. Para qué escribir una pieza inventada de ficción. Demasiado esfuerzo para lo poco que saca uno en metálico.

Sobre todo si hay que dividir entre diecisiete. Me refiero a los royalties. O entre dieciséis, si quitamos a la predestinada Señorita Estornudos.

Nadie dice nada, pero todos le ordenamos: Tose.

Date prisa y muérete ya.

No, cuando todos los demás se marcharon de aquella reunión en el café, nosotros fuimos los listos. Sí, parecía una aventura descabellada que nos metería en problemas graves, pero, eh, parecía una aventura descabellada que podía darnos mucho dinero.

Todos aquí sentados en silencio, pero ordenándole a la Señorita Estornudos: Tose.

Todos nos morimos de ganas de que nos ayude a hacernos famosos.

Es por eso que el Reverendo Sin Dios se cargó los cables de todas las alarmas de incendios. Nada más llegar aquí. Por lo menos eso es lo que le dijo al Casamentero. Sin Dios aprendió a manipular cables en el ejército, y el Eslabón Perdido lo ayudó aguantando la linterna. Para estar más seguros, comprobaron todas las líneas telefónicas. La única que descubrieron que todavía funcionaba, la arrancó de la pared el Eslabón Perdido con sus músculos peludos.

Es por eso que la Condesa Clarividencia clavó dientes de tenedores de plástico en todas las cerraduras y luego los partió. Para que nadie pudiera meter llaves dentro. En caso de que su agente de la libertad condicional pudiera encontrar su rastro usando la pulsera. No, ninguno de nosotros quería que lo rescataran: todavía no.

Así es como protegemos nuestras apuestas. Unas escenas que no van a salir en la película. Dará la impresión de que todo es obra del señor Whittier. Del maligno y sádico señor Whittier.

Nuestro equipo ya está formando frente al equipo de la señora Clark y del señor Whittier.

Miss América y la Señorita Estornudos ya se han convertido en simples puntos de la trama. En nuestro sacrificio. Predestinadas.

En las formas rojas y amarillas de la chimenea eléctrica, en los paneles de madera labrada del salón de fumar gótico, apoltronada en el cojín de su sillón de orejas de cuero, la señora Clark baja más y más la barbilla, hasta casi apoyarla en su escote. Y pregunta si la Hermana Justiciera ha encontrado su bola de bolera.

Y la Hermana niega con la cabeza. No. Se da unos golpecitos en la esfera de su reloj de pulsera y dice:

—El crepúsculo civil llega dentro de cuarenta y cinco... de cuarenta y cuatro minutos.

La Señorita Estornudos tose —una tos larga, estruendosa, como de grava mojada— y tenemos que controlarnos para no aplaudir. Hurga en su bolsillo en busca de una pastilla, de una cápsula, pero su mano sale vacía.

La Hermana Justiciera se excusa y empieza a bajar las escaleras hacia el vestíbulo, hacia la cama, desapareciendo peldaño a peldaño, haciéndose más bajita, hasta que la parte superior de su pelo teñido de negro desaparece.

Nuestra Miss América está en otra parte, arrodillada frente al pomo de una puerta, intentando forzar la cerradura. O accionando una alarma de incendios que sabemos que no funcionará.

Gracias al Reverendo Sin Dios.

La grabadora del Conde de la Calumnia tiene encendida la lucecita roja. El Agente Chivatillo se pasa la cámara de vídeo de un ojo al otro.

Y de las escaleras sube un grito. El largo lamento de una mujer. Y la voz de la Hermana Justiciera diciéndonos que bajemos de prisa. Que ha tropezado con algo.

La Dama Vagabunda. Una nueva mancha. Los dedos de una mano cerrados en torno a un cuchillo. A su alrededor, un lago negro de su sangre fundiéndose con la moqueta azul del vestíbulo.

El pelo largo y negro parece bajar enroscándose por un lado de su cara y desaparecer dentro del cuello de su abrigo de piel. Pero cuando llegamos al pie de las escaleras y podemos verla a tamaño real, ese pelo oscuro y trenzado resulta ser sangre. Debajo del pelo esculpido de ese lado de su cara, le ha desaparecido la oreja. Despatarrada en el suelo, tiene algo de color rojo y rosado dentro de una mano extendida, y en el centro de ese algo, algo parecido a una ostra, un pendiente de perla resplandeciente en el que se refleja la luz de la falsa chimenea. En la palma de su mano, junto a la oreja rosada, el diamante hecho con su marido muerto.

Mientras todos la contemplamos desde las escaleras, la Dama Vagabunda sonrío. Gira la cabeza hacia un lado para mirarnos, y dice:

—Estoy sangrando... muchísimo. —Más allá de su cara y sus manos pálidas, parece que el rastro de sangre no se acaba nunca. Los dedos se le relajan, el cuchillo se le cae en la moqueta y dice—: Ahora, señor Whittier, me tiene que dejar que me vaya a casa...

La Camarada Sobrada le da un codazo al Conde de la Calumnia y le dice:

—¿Qué te dije? Mira. —Señala con la cabeza la parte superior de la trenza de sangre y dice—: Ahora se le puede ver la cicatriz del lifting.

Y la Dama Vagabunda muere. La Hermana Justiciera lo certifica después de ponerle un dedo en el cuello. El dedo de la Hermana se queda manchado de sangre.

Llegado este punto, nuestro futuro está decidido. Este será nuestro modo de subsistencia, contarle a la gente que presenciamos cómo a un ser humano inocente se le llevó hasta el suicidio, añadiendo, además, la historia de las vacaciones en el

arroyo de la Dama Vagabunda. La tragedia de su marido. La heredera del petróleo brasileña, secuestrada. A la mierda la idea de inventarse monstruos. Aquí no tenemos más que mirar a nuestro alrededor. Y prestar atención.

En el visor de su cámara, el Agente Chivatillo rebobina y observa cómo la Dama Vagabunda cuenta su historia sobre el escenario. Cómo la cuenta una y otra vez.

Nuestra marioneta. Nuestra acción de la trama.

El Conde de la Calumnia rebobina su grabadora y oímos el grito de la Hermana Justiciera una y otra vez.

Nuestro loro.

Y bajo la luz roja y amarilla de la chimenea de cristales, el señor Whittier dice:

—Así que ya ha empezado...

—¿Señor Whittier? —dice la señora Clark.

El señor Whittier, nuestro villano, nuestro amo, nuestro demonio, a quien amamos y adoramos porque se dedica a torturarnos, suspira. Mientras observa el cadáver de la Dama Vagabunda, levanta una de sus manos temblorosas, convulsas y palpitantes para taparse la boca y suelta un bostezo.

Mientras observa el cadáver, la Directora Denegación se dedica a acariciar a la gata que tiene en brazos, con su pelo atigrado y naranja que se le cae y se queda en todas partes.

La Baronesa Congelación y la Condesa Clarividencia se arrodillan junto al cadáver. No lloran, pero abren tanto los ojos que se les puede ver un montón de blanco alrededor del iris, igual que los ojos de alguien que está mirando un billete de lotería premiado.

Mientras observa el cadáver, San Destripado se dedica a comer espaguetis fríos con cuchara de una bolsa plateada. En cada cucharada atiborrada de mejunje rojo hay mechones de pelo de gato.

Somos nosotros los que vamos a luchar contra nosotros mismos durante los próximos tres meses.

Desde lo alto de las escaleras, sentado en su silla de ruedas, el señor Whittier observa. A su lado, el Conde de la Calumnia sigue tomando notas con el bolígrafo en su cuaderno.

Señalando con un dedo tembloroso, el señor Whittier dice:

—Tú, ¿estás apuntando esto?

Sin levantar la vista de su versión de la verdad, el Conde asiente: sí.

—Pues cuéntenos una historia —dice el señor Whittier—. Vuelve al fuego —dice, y hace un gesto con su mano trémula—. Por favor.

Y el Conde de la Calumnia sonrío. Pasa a la siguiente página en blanco de su cuaderno y pone el capuchón a su bolígrafo. Levanta la vista y dice:

—¿Alguien se acuerda de aquella vieja serie de televisión *Mi vecino Danny*? —

Empieza a hablar despacio y poniendo la voz muy grave y dice—: Un día... —Dice —: Un día mi perra se come unos desperdicios envueltos en papel de aluminio...

SECRETOS COMERCIALES

Un poema sobre el Conde de la Calumnia

«Esa gente que hace cola —dice el Conde—, cuando falta una semana para que estrenen una película...»

A esa gente les pagan para que hagan cola.

El Conde de la Calumnia en el escenario, con una mano levantada, sostiene una hoja de papel, y el papel blanco le tapa la cara.

El resto de él lleva un traje azul, con corbata roja.

Zapatos marrones bien lustrados.

En la muñeca de la mano levantada, un reloj de oro, con la palabra «Enhorabuena» grabada.

En el escenario, en vez de un foco, en vez de una cara, sobre el papel se proyecta el titular a setenta y dos puntos:

Periodista local gana premio Pulitzer.

Detrás de este titular, el Conde dice: «Esa gente se pasa la vida haciendo cola...».

Un éxito de taquilla detrás de otro.

Los estudios de cine llevan en autobús a esos supuestos fans de un pueblo a otro.

De una película de ciencia ficción a una de superhéroes.

Cada semana un pueblo nuevo, un motel nuevo, una nueva película para todos los públicos que pueden fingir que adoran.

Esos disfraces de cartón y papel de aluminio, que parecen realmente hechos en casa, el Departamento de Vestuario los fabrica y los envía por adelantado.

Todo ese esfuerzo para engañar a los medios locales y que publiquen una crónica con sucesos reales y obtener publicidad gratis.

Y construir un rumor creíble de cuánto le encanta a la gente esa película.

Todo ese tiempo y dinero se llama «plantar el público».

En el bolsillo de su camisa parpadea la lucecita roja de una grabadora que está registrando cada palabra.

Mientras el Conde pregunta: «¿Quién es más tonto aquí?».

¿El periodista que se niega a inventar un sentido para la vida?

¿O el lector que lo quiere

y que está dispuesto a aceptar ese sentido presentado en palabras de un desconocido?

Hablando desde detrás del periódico, el Conde de la Calumnia dice: «El periodista tiene el derecho...

y el deber de destruir

esos terneros de oro que él mismo ayuda a crear».

CANTO DEL CISNE

Un relato del Conde de la Calumnia

Un día mi perra se come unos desperdicios envueltos en papel de aluminio y hay que hacerle unas radiografías que cuestan mil dólares. El patio que hay detrás de mi bloque de apartamentos está lleno de basura y cristales rotos. En el sitio donde la gente aparca sus coches hay charcos de anticongelante esperando para envenenar a cualquier perro o gato.

Aunque está completamente calvo, el veterinario que la atiende se parece a un viejo amigo íntimo. A un chaval con el que crecí. Con una sonrisa que yo veía todos los días de mi infancia. El hoyuelo de su barbilla y cada peca de su nariz, los conozco perfectamente. Sé que puede usar el hueco que tiene entre los dientes de delante para silbar.

Aquí y ahora le está poniendo una inyección a mi perra. De pie frente a una mesa de acero plateado que hay en una sala fría con baldosas blancas, aguantando a la perra por el pellejo del cuello, menciona la filariosis.

Cuando encontré su nombre en la guía telefónica me cegaban las lágrimas de tanto miedo que tenía de que se me fuera a morir la perra. Con todo, allí lo encontré: Kenneth Wilcox, Veterinario. Por alguna razón me encantó aquel nombre. No sé por qué. Mi salvador.

Ahora, mientras tira hacia atrás de las orejas de la perra y mira dentro de las mismas, menciona el moquillo. En el bolsillo de la pechera de su bata blanca hay bordadas las palabras: «Doctor Ken».

Hasta el sonido de su voz me trae ecos de hace mucho tiempo. Le he oído cantar: «Cumpleaños feliz». Le he oído gritar «¡Strike uno!» en partidos de béisbol.

Se trata de él, de un viejo amigo mío, pero demasiado alto, con la piel de los párpados lívida y colgante. Con demasiada papada. Tiene los dientes un poco amarillos y los ojos de un azul no tan brillante como antaño. Me dice:

—Tiene buen aspecto.

Le pregunto a quién se refiere.

—A su perra —dice él.

Sin dejar de mirarlo, de mirar su calva y sus ojos azules, le pregunto:

—¿A qué universidad fue?

Él dice que a una universidad de California. Una de la que no he oído hablar nunca.

Él era pequeño cuando yo era pequeño, y de alguna manera crecimos juntos. Él tenía un perro que se llamaba Skip y se pasaba el verano descalzo, yendo a pescar o

construyendo una casa en un árbol. Ahora que lo miro, me lo imagino una tarde de invierno construyendo el muñeco de nieve perfecto mientras su abuela lo mira desde la ventana de la cocina. Y digo:

—¿Danny?

Y él se ríe.

Esa misma semana le intento vender un artículo sobre él al jefe de sección del periódico. Sobre cómo lo he encontrado, cómo he encontrado al pequeño Kenny Wilcox, el actor infantil que interpretaba a Danny en la serie de televisión *Mi vecino Danny* hace un millón de años. El pequeño Danny, el niño con el que todos crecimos, ahora es veterinario. Vive en una casa adosada en una urbanización de los suburbios. Se corta su propio césped. Es él en persona, calvo y de mediana edad, un poco gordo y anónimo.

Una estrella olvidada. Ahora es feliz y vive en una casa de dos dormitorios. Le han salido patas de gallo. Toma pastillas para controlarse el colesterol. Es el primero en admitir que después de aquellos años siendo el centro de atención, ahora le gusta estar solo. Pero es feliz.

Y lo importante es que el doctor Ken ha aceptado. Dice que me va a dar una entrevista, que claro que sí. Un pequeño perfil para la sección de Ocio del Suplemento Dominical del periódico.

El jefe de sección al que le estoy proponiendo el artículo se hurga una oreja con el extremo de un bolígrafo y se dedica a sacar cera. Con aspecto de estar mortalmente aburrido.

El jefe de sección me dice que los lectores no quieren leer un artículo sobre alguien que nació guapo y con talento, que cobró una fortuna por aparecer en la televisión y que después vivió feliz el resto de su vida.

No, la gente no quiere finales felices.

La gente quiere leer sobre Rusty Hamer, el niño de *Make Room for Daddy*, que se suicidó pegándose un tiro. O sobre Trent Lehman, el niño guapo de *The Nanny and the Professor*, que se colgó de la verja de un parque infantil. O sobre la pequeña Anissa Jones, que interpretaba a Buffy en *Mis adorables sobrinos* y que se abrazó a una muñeca llamada señora Beisley y se tragó la sobredosis de barbitúricos más grande de toda la historia del condado de Los Ángeles.

Eso es lo que quiere la gente. Por la misma razón que vamos a las carreras para ver cómo chocan los coches. Como dicen los alemanes: «Die reinste Freude ist die Schadenfreude». Nuestro placer más puro viene del dolor de la gente a la que envidiamos. La forma más genuina de placer. El placer que uno siente cuando una limusina gira en el sentido incorrecto en una calle de sentido único.

O cuando Jay Smith, el miembro de *La pandilla* conocido como Pinky, fue encontrado muerto a puñaladas en el desierto a las afueras de Las Vegas.

Es la clase de placer que sentimos cuando Dana Plato, la niña de *Arnold*, fue detenida, posó desnuda en *Playboy* y tomó demasiados somníferos.

La gente que hace cola en el supermercado, que recorta cupones y que envejece... Estos son los titulares que hacen comprar periódicos a esa gente.

La mayoría de la gente quiere leer sobre Lani O'Grady, la guapa hija de *Con ocho basta*, que fue encontrada muerta en una caravana con la barriga llena de Vicodin y de Prozac.

Si no hay derrumbe, me dice el jefe de sección, no hay artículo.

El feliz Kenny Wilcox con sus patas de gallo cuando se ríe no vende.

El jefe de sección me dice:

—Sorprende a Kenny Wilcox con pornografía infantil en su ordenador. Encuentra cadáveres debajo de su casa. Y tendrás un artículo.

El jefe de sección me dice:

—Mejor todavía, encuéntralo con todo eso que te he dicho y, además, encuéntralo muerto.

La semana siguiente, mi perra se bebe un charco de anticongelante. Mi perra se llama Skip como el perro de *Mi vecino Danny*, el perro que tenía Danny. Mi querida Skip es blanca con manchas grandes y negras y un collar rojo igual que el perro de la televisión.

La única cura para lo del anticongelante es hacerle un lavado de estómago a la perra. Luego llenarle la tripa de carbón activado. Encontrarle una vena y ponerle un suero de etanol. Alcohol etílico para limpiarle los riñones. Para salvar a mi perrita querida tengo que emborracharla como una cuba. Eso quiere decir otra visita al doctor Ken, que me dice: Claro, la semana que viene me va bien para la entrevista. Pero me avisa de que su vida no es muy emocionante.

Yo le digo: Confíe en mí. El talento periodístico consiste en coger datos normales y transmitirlos de forma atractiva. No se preocupe por la historia de su vida, le digo: Eso es trabajo mío.

Hace tiempo que ando necesitado de que me encarguen una buena historia. Ya llevo un par de años haciendo de periodista freelance. Desde que me quitaron de hacer reportajes para la sección de ocio. Aquello sí que lo pagaban bien, los viajes pagados, hinchar citas para promocionar películas, compartir a una estrella de cine con una mesa llena de otros periodistas durante diez minutos, todos esforzándose por no bostezar.

Estrenos de películas. Lanzamientos de discos. Lanzamientos de libros. Era un flujo constante de trabajo, pero de pronto das una opinión indebida y te quedas sin chollo. Un estudio cinematográfico amenaza con retirar sus expositores de las tiendas y —abracadabra— tu firma desaparece.

Ahora estoy sin blanca porque intenté avisar a la gente. Refiriéndome a cierta

película, escribí que la gente haría mejor gastándose el dinero en otra cosa y desde entonces estoy fuera de circulación. Bastó con una película de terror de esas que se estrenan en verano y el poder que había detrás de la misma, y ahora ando suplicando que me dejen escribir necrológicas. Escribir pies de foto. Lo que sea.

Es una estafa pura y simple que te dejen construir un castillo de naipes y luego te quiten la opción de derribarlo. Te pasas un montón de años acumulando nada, creando una ilusión. Convirtiendo a un ser humano en una estrella de cine. Cuando tu verdadera recompensa está al final del camino. Es entonces cuando puedes tirar de la manta. Enseñar las cartas. Mostrar al atractivo mujeriego metiéndose un jerbo por el culo. Revelar a la vecinita de al lado robando en una tienda y colocada con calmantes. A la diosa pegando a sus hijos con una percha de alambre.

El jefe de sección tiene razón. Y Ken Wilcox también. Su vida es una entrevista que no compraría nadie.

A modo de deberes, durante toda la semana antes de que hablemos, me dedico a navegar por internet. Allí encuentro una clase distinta de estrella infantil: escolares rusos sin vello púbico que se la chupan a viejos gordos. Niñas checas a las que todavía no les ha venido la primera regla y que son folladas por el culo por monos. Guardo todos los archivos en un fino disco compacto.

Otra noche, le pongo una correa a Skip y me arriesgo a dar un largo paseo por mi vecindario. Al regresar a mi apartamento, tengo los bolsillos llenos de bolsas de plástico de bocadillos y de sobrecitos de papel. Cuadrados de papel de aluminio doblado. Cápsulas de Percodan. De OxyContin. De Vicodin. Ampollas de cristal de crack y heroína.

Escribo todo el texto de catorce mil palabras de la entrevista antes de que Ken Wilcox abra la boca. Antes de que nos sentemos juntos.

Con todo, para mantener las apariencias, llevo conmigo la grabadora. Llevo un cuaderno y finjo que tomo notas con un par de bolígrafos gastados. Llevo una botella de vino en la que he echado Vicodin y Prozac.

En la casita que tiene Ken en los suburbios, uno esperaría una vitrina atiborrada de trofeos polvorientos, fotos satinadas y premios al civismo. Un memorial de su infancia. Pero no hay nada así. Si tiene algo de dinero, está en el banco, produciendo intereses. En su casa no hay más que alfombras marrones, paredes pintadas y cortinas a rayas en todas las ventanas. Un baño con azulejos de color rosa.

Le sirvo vino tinto y le dejo que hable. Le pido que haga pausas y finjo que estoy cogiendo todas las citas al pie de la letra.

Y tiene razón. Su vida es más aburrida que una reposición estival de una serie en blanco y negro.

Por otro lado, el artículo que ya he escrito es genial. Mi versión trata íntegramente de la larga decadencia del pequeño Kenny desde la fama hasta la mesa de autopsias.

De cómo perdió la inocencia con una larga lista de ejecutivos de la cadena de televisión a fin de convertirse en Danny. Para tener contentos a los patrocinadores, se lo prestaban para que se divirtieran teniendo relaciones sexuales con él. Tomaba drogas para mantenerse delgado. Para retrasar el inicio de la pubertad. Para mantenerse despierto toda la noche, mientras filmaban una escena tras otra. Nadie, ni siquiera su familia y sus amigos, conocía lo enorme que eran su adicción a las drogas y su necesidad perversa de atención. Aun después de que su carrera se hundiera. Hasta el hecho de hacerse veterinario no fue más que una treta para obtener drogas de calidad y sexo con animales pequeños.

Cuanto más vino bebe Ken Wilcox, más dice que su vida no empezó hasta que se canceló *Mi vecino Danny*. Ser el pequeño Danny Bright durante ocho temporadas solamente es real del mismo modo que los recuerdos de segundo curso de escuela primaria le parecen a uno reales. Al final no quedan más que momentos borrosos e inconexos. Día tras día, cada línea de diálogo no era más que algo que se aprendía solamente el tiempo suficiente para aprobar un examen. La bonita granja de Heartland, Iowa, no era más que una fachada falsa. Al otro lado de las ventanas, detrás de las cortinas de encaje, no había más que polvo sembrado de colillas. La actriz que interpretaba a la abuela de Danny, si estaban hablando en la misma toma, lo rociaba de saliva. Una saliva esterilizada: tenía más ginebra que saliva.

Mientras da sorbos de vino tinto, Ken Wilcox dice que ahora su vida es mucho más importante. Curar animales. Salvar perros. Con cada trago que da, su discurso se va descomponiendo en palabras sueltas y cada vez más alejadas entre sí. Justo antes de cerrar los ojos, me pregunta cómo está Skip.

Mi perra Skip.

Y yo le digo que bien, que Skip está de maravilla.

Y Kenny Wilcox dice:

—Bien, me alegra saberlo...

Está dormido, sin dejar de sonreír, cuando le introduzco la pistola en la boca.

Un tipo «feliz» no le sirve de nada a nadie.

Una pistola sin registrar a nombre de nadie. Mi mano enguantada, la pistola en su mano con el dedo apoyado en el gatillo. El pequeño Kenny en su sofá, desnudo, con la polla untada de grasa para hornear, y un vídeo de su vieja serie puesto en el televisor. El factor decisivo es la pornografía infantil que tiene descargada en el disco duro de su ordenador. Y las impresiones de fotos de niños siendo follados que hay pegadas con cinta adhesiva a las paredes de su dormitorio.

Las bolsas de calmantes están escondidas debajo de su cama. La heroína y el crack, enterrados en su lata para el azúcar.

En el curso de un solo día, el mundo pasará de amar a Kenny Wilcox a odiarlo. Danny el pequeño vecino pasará de icono de infancia a monstruo.

En mi versión de esa última velada, Kenneth Wilcox va por la casa con la pistola en la mano. Gritando que a quién le va a importar. Que el mundo lo ha usado y después se ha librado de él. Se pasa toda la tarde bebiendo y tomando pastillas y dice que no le da miedo morir. En mi versión, muere después de que yo me vaya a casa.

La semana siguiente vendo el artículo. La última entrevista con una estrella infantil amada por millones de personas en todo el mundo. Una entrevista hecha horas antes de que su vecino lo encontrara muerto, víctima del suicidio.

La otra semana me nominan para el premio Pulitzer.

Y unas semanas después, lo gano. No son más que dos mil dólares, pero la verdadera ganancia llega a largo plazo. En adelante, ya no pasa un día sin que tenga que rechazar encargos. Sin que mi agente rechace ofertas para mí. No, solamente hago encargos muy importantes y que den mucho dinero. Historias de portada para revistas de primera fila. Nada de medios locales.

En adelante, mi nombre significa Calidad. Mi firma significa la Verdad.

Si miras mi agenda de teléfonos, son todos nombres que conoces de los pósters de películas. Estrellas del rock. Autores de *best sellers*. Todo lo que toco se vuelve famoso. Me mudo de mi apartamento a una casa con jardín para que Skip pueda correr. Tenemos jardín y piscina. Pista de tenis. Televisión por cable. Pagamos la deuda de mil dólares que tenemos por la radiografía y el carbón activado.

Por supuesto, todavía se puede encender alguna cadena de televisión por cable y ver a Kenneth Wilcox, de niño, silbando y lanzando pelotas de béisbol, antes de convertirse en un monstruo con la cara cubierta de saliva mezclada con ginebra. El pequeño Danny y su perro, caminando descalzos por Heartland, Iowa. Su fantasma en las reposiciones mantiene viva mi historia, aunque sea por contraste. A la gente le encanta conocer la verdad sobre aquel niño que parecía tan feliz.

«Die reinste Freude ist die Schadenfreude.»

Esta semana, mi perra desentierra una cebolla y se la come.

Yo me dedico a llamar a un veterinario tras otro, intentando encontrar a alguien que la salve. Llegado este punto, el dinero no es problema. Puedo pagar cualquier cosa.

Mi perra y yo tenemos una vida magnífica. Somos muy felices. Es mientras estoy al teléfono, hojeando las páginas amarillas, cuando mi querida perrita Skip deja de respirar.

—Empecemos por el final —diría el señor Whittier.

Diría:

—Empecemos contando el final.

El sentido de la vida. Una teoría de campos unificada. La gran razón de todo.

Estamos todos sentados en la galería estilo mil y una noches, sentados con las piernas cruzadas sobre los cojines de seda y los almohadones tachonados de manchas de moho. En sillas y sofás que apestan a ropa sucia cuando uno se sienta en ellos y les saca el aire de dentro. Allí, bajo la cúpula alta y llena de ecos, pintada de colores resplandecientes que nunca verán la luz del día y que nunca palidecerán, entre las lámparas de metal que cuelgan, cada una con su bombilla roja o azul o anaranjada brillando a través de la jaula de dibujos tallados en el metal, el señor Whittier está sentado, comiendo algo desecado y crujiente a puñados de una bolsa de Mylar.

Como él diría:

—Desvelemos la gran sorpresa de una vez y acabemos con esto.

La Tierra, diría él, no es más que una gran máquina. Una gran planta procesadora. Una fábrica. Esa es vuestra gran respuesta. La gran verdad.

Imaginaos un pulimentador de piedra, una de esas muelas, que gira y gira, que gira veinticuatro horas al día y siete días a la semana, llena de agua y de rocas y de grava. Moliéndolo todo. Dando vueltas y vueltas. Puliendo las feas piedras hasta convertirlas en piedras preciosas. Eso es la tierra. Y la razón de que gire es que nosotros somos las piedras. Y lo que nos pasa a nosotros —el drama y el dolor y el placer y la guerra y la enfermedad y la victoria y los malos tratos—, pues bueno, no es más que el agua y la arena que nos erosionan. Que nos muelen. Que nos pulimentan hasta que resplandecemos.

Eso es lo que diría el señor Whittier.

Brillante como el cristal, así es nuestro señor Whittier. Abrillantado por el dolor. Pulimentado y resplandeciente.

Es por eso que nos encantan los conflictos, dice. Amamos odiar. Para detener una guerra, le declaramos la guerra. Tenemos que aniquilar la pobreza. Tenemos que combatir el hambre. Hacemos campaña y desafiamos y derrotamos y destruimos.

En tanto que seres humanos, nuestro primer mandamiento es:

Algo tiene que pasar.

El señor Whittier no tiene ni idea de cuánta razón tiene.

Cuanto más habla la señora Clark, más claro vemos que esto no puede ser la Villa Diodati. La chavala que escribió *Frankenstein* era hija de dos escritores: profesores

famosos por libros de gran influencia en su tiempo como *La justicia política y Reivindicación de los derechos de las mujeres*. Tenían gente famosa quedándose a dormir en su casa todo el tiempo.

Nosotros no somos ninguna reunión estival de cerebritos y ratas de biblioteca.

No, la mejor historia que sacaremos de este edificio es la historia de cómo sobreviviremos. De lo loca que ha muerto la Dama Vagabunda en nuestros brazos desconsolados. Con todo, esa historia tendría que bastar. Tendría que ser lo bastante emocionante. Dar el bastante miedo y resultar lo bastante peligrosa. Tendremos que asegurarnos de todo eso.

El señor Whittier y la señora Clark están demasiado ocupados charloteando. Necesitamos que se pongan duros con nosotros. Nuestra historia necesita que nos azoten y nos golpeen.

No que nos maten de aburrimiento.

—Todo llamamiento a la paz mundial —diría el señor Whittier— es mentira. Una mentira muy bonita... nada más que otra excusa para luchar.

No, nos encanta la guerra.

La guerra. Las hambrunas. La peste. Nos llevan a la iluminación por la vía rápida.

—Intentar arreglar el mundo —suele decir el señor Whittier— es señal de un alma muy, muy joven. Intentar salvar a cualquiera de la ración de tristeza que le pertoca.

Siempre nos ha encantado la guerra. Nacemos sabiendo que la guerra es la razón de que estemos aquí. Y nos encanta la enfermedad. El cáncer. Nos encantan los terremotos. En este parque de atracciones que llamamos planeta Tierra, el señor Whittier dice que nos encantan los incendios forestales. Los vertidos de petróleo. Los asesinatos en serie.

Nos encantan los terroristas. Los secuestradores. Los dictadores. Los pederastas.

Joder, cómo nos gustan las noticias de la televisión. Las imágenes de gente haciendo cola al lado de una fosa enorme y abierta, esperando a ser ejecutados por un nuevo pelotón de fusilamiento. Las fotos en revistas satinadas de más gente normal y corriente hecha pedacitos sanguinolentos por un suicida cargado de explosivos. Los boletines de la radio sobre choques múltiples en la autopista. Los corrimientos de tierras. Los hundimientos de barcos.

Con las manos trémulas escribiendo un telegrama en el aire, el señor Whittier diría:

—Nos encanta que se estrellen aviones.

Nos encanta la polución. La lluvia ácida. El calentamiento global. El hambre.

No, el señor Whittier no tiene ni idea...

El Duque de los Vándalos ha encontrado todas las bolsas de cualquier cosa que tenga remolacha. Cualquier almohada plateada de Mylar que tenga dentro rodajas de

remolacha, secas como fichas de póquer.

San Destripado ha hecho agujeros en todas las bolsas que tuvieran alguna clase de cerdo o pollo o ternera. Porque la carne es algo que nunca puede digerir.

Todas las bolsas de Mylar hinchadas con nitrógeno están organizadas según el tipo de comida y metidas dentro de cajas marrones de cartón corrugado. En las cajas donde pone «postre» hay bolsas de galletas desecadas, que hacen un ruido parecido al ruido de las semillas dentro de una calabaza seca. Dentro de las bolsas donde pone «aperitivos», las alas de pollo liofilizadas traquetean como huesos viejos.

Por miedo a engordarse, Miss América ha localizado todas las bolsas donde pone «postre» y ha usado el cuchillo de trinchar del Chef Asesino para hacer agujeros en cada bolsa.

A fin de acelerar nuestro sufrimiento. De llevarnos a la iluminación por la vía rápida.

Un solo agujero y el nitrógeno se escapa. Y entran el aire y las bacterias. Las mismas esporas de moho que están matando a la Señorita Estornudos, y que viajan por el aire cálido y húmedo, se ponen a comer y a reproducirse dentro de todas las bolsas plateadas de cerdo agridulce, de hipogloso empanado y de ensalada de pasta.

Antes de que el Agente Chivatillo vaya a escondidas al vestíbulo para estropear todas las *crêpes suzette*, se asegura de que no haya nadie.

Antes de que la Condesa Clarividencia se cuele en el vestíbulo para apuñalar todas las bolsas que puedan contener el más pequeño rastro de cilantro, se asegura de que el Agente Chivatillo se haya marchado.

Solamente estropeamos la comida que odiamos.

Sentado en la galería estilo mil y una noches, entre las columnas de yeso talladas en forma de elefantes erguidos sobre las patas traseras para sostener el techo con las patas delanteras, el señor Whittier mastica otro bocado de palos y piedras secos y dice:

—En el corazón secreto de nuestro corazón, nos encanta ir en contra del equipo local.

Contra la humanidad. Somos nosotros contra nosotros. Cada uno es su propia víctima.

Nos encanta la guerra porque es la única forma en que terminaremos nuestro trabajo aquí. La única forma en que completaremos nuestras almas aquí en la tierra: la gran planta procesadora. La pulidora de piedras. El dolor, la rabia y el conflicto son el único camino. Adónde, eso no lo sabemos.

—Pero olvidamos muchas cosas al nacer —dice.

Al nacer es como si entraras en un edificio. Te encierras a ti mismo en un edificio sin ventanas que den al exterior. Y después de pasar el tiempo suficiente en el edificio, te olvidas de qué aspecto tenía el mundo de fuera. Sin espejo, te olvidas de

tu propia cara.

Nunca parece darse cuenta de que falta uno de nosotros en la galería. No, el señor Whittier se limita a hablar y hablar, y entretanto siempre hay alguien abajo destruyendo cualquier bolsa de Mylar que incluya el pimiento verde entre sus ingredientes.

Así es como sucede. Porque nadie sabe que todos los demás tienen el mismo plan. Todos queremos simplemente hacer subir un poco las apuestas. Asegurarnos de que nuestro equipo de rescate no nos encuentre cómodamente apoltronados entre bolsas plateadas de comida deliciosa, sin sufrir nada más que aburrimiento y gota. Y de que cada superviviente no pese veinticinco kilos más que cuando el señor Whittier nos hizo rehenes.

Por supuesto, todos queremos dejar comida suficiente como para que dure *casi* hasta que nos vengán a rescatar. Esos últimos dos días que pasaremos realmente ayunando, hambrientos y sufriendo, cuando luego contemos la historia los podemos estirar hasta que sean dos semanas.

El libro. La película. La miniserie de televisión.

Pasaremos hambre lo justo hasta tener lo que la Camarada Sobrada llama «pómulos de campo de exterminio». Cuantos más recovecos tenga tu cara, Miss América dice que sales mejor en televisión.

Las bolsas a prueba de roedores son tan duras que todos le suplicamos al Chef Asesino que nos preste un cuchillo de su hermosa colección de cuchillos de mondar, cuchillos de chef, cuchillos de carnicero, cuchillos de hacer filetes y tijeras de cocina. Salvo el Eslabón Perdido, con esa boca que parece un cepo para osos: él puede usar los dientes.

—Vosotros sois permanentes, pero esta vida no lo es —dice el señor Whittier—. Uno no espera visitar un parque de atracciones y pasarse en él el resto de su vida.

No, solamente estamos de visita, y el señor Whittier lo sabe. Y hemos nacido para sufrir.

—Si podéis aceptar eso —dice—, podéis aceptar cualquier cosa que pase en el mundo.

La ironía es que si uno puede aceptar eso, ya nunca más sufrirá.

Lo que uno hará es correr hacia la tortura. Disfrutar del dolor.

El señor Whittier no tiene ni idea de cuánta razón tiene.

En un momento dado de esa misma tarde, el Chef Asesino entra en el salón, con un cuchillo de deshuesar todavía en la mano. Se queda mirando a Whittier y dice:

—La lavadora está rota. Ahora tiene que dejarnos marchar...

El señor Whittier levanta la vista, sin dejar de masticar un bocado de pavo Tetrazzini desecado, y dice:

—¿Qué le pasa a la lavadora?

Y el Chef Asesino enseña algo que tiene en la otra mano, no el cuchillo, sino algo suelto y colgante. Y dice:

—Algún cocinero secuestrado y desesperado ha cortado el cable del enchufe...

El objeto que cuelga de su mano.

Y después de eso ya no podemos lavar ropa, otro punto de la trama para la historia que va a ser nuestra gallina de los huevos de oro.

Llegado ese punto, el señor Whittier gime y se mete los dedos de una mano por dentro de la parte superior de sus pantalones. Y dice:

—¿Señora Clark?

Se aprieta con los dedos el lugar que le queda por debajo del cinturón y dice:

—Pero *cómo* duele...

Mirándolo, y retorciendo su trozo de cable cortado con el enchufe, el Chef Asesino dice:

—Espero que sea cáncer.

Con los dedos metidos por debajo del pantalón, apoltronado entre sus cojines árabes, el señor Whittier se dobla por la cintura hasta ponerse la cabeza entre las rodillas.

La señora Clark da un paso adelante y dice:

—¿Brandon?

Y el señor Whittier se desploma en el suelo, con las rodillas pegadas al pecho y gimiendo.

En nuestras cabezas, para la escena de la película, esa escena donde una estrella de cine se retorcerá de dolor falso sobre la moqueta oriental azul y roja, apuntamos mentalmente: «¡Brandon!».

La señora Clark se agacha para levantar la bolsa de Mylar vacía del sitio donde el anciano la ha dejado caer entre los cojines de seda. Su mirada recorre las palabras mimeografiadas en la bolsa y dice:

—Oh, Brandon.

Todos intentamos ser la cámara tras la cámara tras la cámara. La última historia de la fila. La verdad.

En la futura versión de cine y miniserie televisiva de esta escena, todos estamos dando instrucciones a una famosa actriz de cara bonita para que diga:

—¡Oh, Dios mío, Brandon! ¡Oh, Dios mío bendito de mi alma!

La señora Clark le sostiene la bolsa delante de los ojos y le dice:

—Te acabas de comer el equivalente a diez platos de pavo... —Y dice—: ¿Por qué?

Y el señor Whittier gime.

—Porque —dice— soy un chico en edad de crecer.

En la versión futura, la actriz de cara bonita chilla:

—¡Te están estallando las tripas! ¡Vas a reventar como un apéndice roto!

En la versión cinematográfica, el señor Whittier está gritando, con la camisa muy tensa sobre la barriga inflada y abriendo los botones como puede con las uñas. En ese preciso momento la piel tensada empieza a rasgarse igual que se hace una carrera en una media de nailon. Y le sale un chorro de sangre igual que una ballena suelta un chorro de agua. Una fuente de sangre que hace que todos se pongan a gritar.

En la realidad, su camisa solamente parece un poco prieta. El señor Whittier se desabrocha el cinturón con las manos. Y suelta un pedo.

La señora Clark le da un vaso de agua y le dice:

—Ten, Brandon. Bebe algo.

Y San Destripado dice:

—Agua no. Hará que se hinche más.

El señor Whittier retuerce el cuerpo hasta quedar tumbado boca abajo sobre la moqueta roja y azul. La respiración le sale rápida y entrecortada como los jadeos de un perro.

—Es el diafragma —dice San Destripado. La comida que se le está expandiendo en el estómago ya está absorbiendo humedad y bloqueando el duodeno por la parte de abajo. Las diez cenas de pavo Tetrizzini se están expandiendo hacia arriba, comprimiéndole el diafragma y provocando que sus pulmones no puedan tomar aire.

San Destripado dice esto sin dejar de comer puñados de algo desecado de su bolsa plateada. Hablando y masticando al mismo tiempo.

Otra cosa que le podría pasar ahí dentro es que el estómago se le partiera y le contaminara la cavidad abdominal con sangre y bilis y trozos en expansión de carne de pavo. Que las bacterias se salieran del intestino delgado. Lo cual provocaría una peritonitis, dice San Destripado, una infección de la pared de la cavidad.

En nuestra versión cinematográfica, San Destripado es un tipo alto con la nariz recta y unas gafas de montura gruesa. Con una mata de pelo despeinado. Mientras dice «duodeno» y «peritoneo» le cuelga un estetoscopio sobre el pecho. Y no habla con la boca llena. En la película levanta una mano con la palma hacia arriba y pide en voz alta: «¡Escalpelo!».

En la versión basada en hechos reales, hervimos agua. Le damos al señor Whittier chupitos de brandy y una bala para que la muerda. Secamos la frente de San Destripado con una esponjita mientras un reloj hace tictac, tictac, tictac, muy fuerte.

Las nobles víctimas salvando a su villano. Igual que contribuimos a aliviar el dolor de la pobre Dama Vagabunda.

En la realidad nos limitamos a quedarnos mirando. Agitando las manos para disipar el olor de su pedo. Tal vez nos estamos preguntando cómo va a interpretar Whittier esta escena, si va a vivir o a morir. Realmente necesitamos un director. Alguien que le diga a cada uno de nosotros qué haría su personaje.

El señor Whittier se limita a gemir y a acariciarse los costados con las manos.

La señora Clark se inclina a su lado. Con los pechos colgando, dice:

—Que alguien me ayude a llevarlo a su habitación...

Pero nadie se mueve para ayudarla. Necesitamos que se muera. Aún estamos a tiempo de hacer que la señora Clark sea el villano malvado.

Luego Miss América lo dice. Se acerca al vientre hinchado de Whittier, a su cuerpo tumbado boca abajo con los faldones de la camisa por fuera y con el elástico de los calzoncillos que le ha quedado al descubierto al deslizarse hacia abajo la cintura de sus pantalones. Miss América se acerca y, ¡umpf!, le da una patada en el costado hinchado del vientre al anciano. Es entonces cuando ella dice:

—Y ahora, ¿dónde está la llave de los cojones?

Y la señora Clark dobla un brazo y la aparta con el codo del cuerpo tumbado en el suelo. La señora Clark dice:

—Sí, Brandon. Tenemos que llevarte a un hospital.

A su manera, el señor Whittier lo ha hecho. Nos ha dado la llave. Con su estómago rompiéndose en su interior, con sus cavidades llenándose de sangre, con las virutas secas de pavo todavía expandiéndose, hinchándose de sangre y agua y bilis, haciéndose cada vez más grandes hasta que la piel de su barriga parece la de una embarazada. Hasta que el ombligo se le proyecta hacia fuera, tan rígido como un pequeño dedo.

Y todo esto tiene lugar bajo el foco de la cámara del Agente Chivatillo, que está grabando encima de la muerte de la Dama Vagabunda. Sustituyendo la escena trágica de ayer por la de hoy.

El Conde de la Calumnia sostiene su grabadora muy cerca, usando el mismo casete, apostando a que este horror será peor que el anterior.

Este momento es un punto de la trama que nunca nos habríamos atrevido a soñar. El clímax del primer acto que hará que nuestras vidas se transformen en dinero. El señor Whittier reventando, el acontecimiento que podemos presenciar para volvernos famosos, autoridades famosas. Igual que la oreja de la Dama Vagabunda, el reventar de la barriga del señor Whittier será nuestro tíquet. Nuestro cheque en blanco. Nuestro pase gratuito.

Todos nos estamos empapando. Absorbiendo el acontecimiento. Digiriendo la experiencia para convertirla en una historia. En un guión. En algo que pudiéramos vender.

Luego su barriga parecida a una calabaza se destensa un poco, aplanándose ligeramente cuando la presión le colapsa el diafragma. Examinamos su cara y su boca que se abre, sus dientes que muerden el vacío en un intento de coger más aire. Más aire.

—Una hernia inguinal —dice San Destripado. Y todos repetimos esas palabras en

voz baja para recordarlas mejor.

—Al escenario... —dice el señor Whittier, con la cara sepultada en la moqueta polvorienta.

Y dice:

—Estoy listo para recitar...

«Una hernia inguinal...», repetimos todos mentalmente. Lo que ha sucedido hasta ahora sería una buena broma. A una panda de idiotas los engañan para meterse en un edificio y quedan atrapados. Luego el cabecilla se llena de gas y nos escapamos. Una historia que NO va a funcionar.

La Madre Naturaleza ya está planeando quitarse el collar de campanillas y pasarle un poco de agua a escondidas.

La Directora Denegación está planeando sacar a pasear a Cora Reynolds por delante del camerino del anciano y meter a escondidas una jarra grande de agua.

El Eslabón Perdido se imagina a sí mismo yendo de puntillas durante toda la noche al vestidor del señor Whittier y echándole agua por la boca hasta que el anciano haga: pumbaaa.

—¿Por favor, Tess? —dice el señor Whittier.

Dice:

—¿Me puedes meter en la cama?

Y todos tomamos nota mentalmente: Tess y Brandon, nuestros carceleros.

—Deprisa, al escenario... tengo frío —dice el señor Whittier mientras la Madre Naturaleza lo ayuda a ponerse de pie.

—Probablemente esté sufriendo un shock —dice San Destripado.

En la versión que vamos a vender, el tío ya la está palmando. Un villano morirá y su compañera villana nos torturará a los demás movida por la rabia. La señora Tess, manteniéndonos prisioneros. Privándonos de la comida. Obligándonos a ir vestidos con trapos sucios. A nosotros, sus víctimas inocentes.

San Destripado se levanta para ponerle un brazo en los hombros al señor Whittier. La Madre Naturaleza le ayuda. La señora Clark los sigue con su vaso de agua. El Conde de la Calumnia con su grabadora. El Agente Chivatillo con su cámara de vídeo.

—Confiad en mí —dice San Destripado—. Resulta que sé mucho de las entrañas humanas.

Como si todavía nos hiciera falta que se muriera, la Señorita Estornudos estornuda con un puño frente a la boca. La Señorita Estornudos, el futuro fantasma de este sitio.

Limpiándose los mocos del brazo, la Camarada Sobrada dice:

—¡Qué asco!

Dice:

—¿Qué pasa, que te criaste dentro de una burbuja de plástico o qué?

Y la Señorita Estornudos dice:

—Pues casi.

El Casamentero se excusa, diciendo que está cansado y que necesita dormir. Y se escabulle hacia el subsótano para sabotear la caldera de la calefacción.

No tiene forma de saberlo, pero el Duque de los Vándalos ya se le ha adelantado.

Lo cual nos deja al resto de nosotros sentados entre los cojines de seda y los almohadones manchados de moho bajo la cúpula estilo mil y una noches. Con la bolsa plateada vacía de pavo Tetrizzini sobre la moqueta. Con las columnas talladas en forma de elefantes.

Y todos estamos apuntando mentalmente las palabras: «Resulta que sé mucho de las entrañas humanas».

Y no pasa nada más. O: sigue pasando nada.

Hasta que el resto de nosotros descruzamos las piernas y nos sacudimos el polvo de la ropa. Y nos encaminamos al auditorio, cruzando los dedos con la esperanza de que estemos a punto de oír las últimas palabras del señor Whittier.

EROSIÓN

Un poema sobre el señor Whittier

«Los mismos errores que cometíamos en las cavernas —dice el señor Whittier—, los seguimos cometiendo.»

Así que tal vez se supone que debemos luchar entre nosotros y odiarnos y torturarnos...

El señor Whittier avanza con su silla de ruedas hasta el borde del escenario, con manchas de la edad en las manos y con su calva.

Los pliegues de su cara flácida parecen colgar de sus ojos demasiado grandes, sus ojos vidriosos y de color gris acuoso.

El piercing en su aleta nasal, los auriculares de su reproductor de compactos cuelgan en torno a las arrugas y pliegues de su cuello parecido a tasajo de res.

En el escenario, en vez de un foco, un fragmento de película en blanco y negro: la cabeza del señor Whittier cubierta de ejércitos marchando en las noticias como papel de pared.

Su boca y ojos perdidos entre las botas sombrías y las bayonetas que le recorren las mejillas.

Dice: «Tal vez el sufrimiento y la tristeza sean el sentido de la vida».

Pensad que la vida es una planta procesadora, una fábrica.

Imaginad un tambor giratorio para pulir piedras:

un tambor lleno de agua y de arena.

Pensad que vuestra alma es echada dentro como una fea roca, un material en bruto o un recurso natural, como petróleo crudo, o mena mineral.

Y todos los conflictos y el dolor son los abrasivos que nos frotan, que pulen nuestras almas y nos refinan, que nos enseñan y nos completan durante una vida tras otra.

Y pensad que habéis elegido saltar dentro, una y otra vez, sabiendo que ese sufrimiento es la verdadera razón de que hayáis venido a la tierra.

El señor Whittier, con los dientes apelotonados en su mandíbula estrecha,
con sus cejas como plantas rodadoras muertas, con sus orejas de murciélago
extendidas

y con las sombras de ejércitos desfilándole encima,

Dice:

«La única alternativa es que todos seamos eternamente estúpidos».

Libramos guerras. Luchamos por la paz. Combatimos el hambre. Nos encanta luchar.

Luchamos y luchamos y luchamos, con armas o palabras o dinero.

Y el planeta nunca es una pizca mejor de lo que era antes de nosotros.

Inclinándose hacia delante, cogiendo los brazos de su silla de ruedas con unas manos
como garras,

mientras los ejércitos de las noticias desfilan sobre su cara, como tatuajes en
movimiento

de sus metralletas y tanques y artillería,

el señor Whittier dice: «Tal vez estemos viviendo exactamente como se supone que
hemos de vivir».

Tal vez nuestro planeta fábrica esté procesando nuestras almas... bien.

AL RITMO DE LOS PERROS

Un relato de Brandon Whittier

Estos ángeles se contemplan a sí mismas. Estas agentes de la piedad.

Montándose mucho mejor en la vida de lo que Dios había planeado para ellas, con sus maridos ricos y su material genético de calidad y su ortodoncia y sus tratamientos dermatológicos. Estas madres que no trabajan con hijos adolescentes que van al instituto. Que no trabajan, pero que tampoco trabajan en la casa. Que no son amas de casa.

Con estudios, sí, pero no demasiado listas.

Disponen de ayuda para todo el trabajo duro. De expertos a sueldo. Si se equivocan de polvo limpiador, se cargan sus encimeras de granito o sus baldosas de piedra caliza. Si se equivocan de fertilizante, se les quema el jardín. Si se equivocan de color de pintura, todos sus meticulosos esfuerzos y toda su inversión se ven afectados. Con los niños en el instituto y Dios en su oficina, los ángeles tienen todo el día desocupado.

Así que aquí están. Voluntarias.

Donde no pueden estropear nada demasiado importante. Empujando el carrito de la biblioteca por un centro para jubilados. Entre el yoga y su grupo de lectura. Colgando los adornos de Halloween en un asilo de ancianos. Las encontrarás en cualquier centro para la Tercera Edad, a estos ángeles del aburrimiento.

A estos ángeles con sus zapatos planos hechos a mano en Italia. Con sus buenas intenciones y sus licenciaturas en historia del arte y sus largas tardes desocupadas hasta que las criaturas vuelven a casa después del fútbol o de las clases de ballet que tienen al salir de la escuela. A estos ángeles, tan guapas con sus vestidos de verano con estampado de flores, con su pelo limpio y recogido.

Con una palabra amable para cada paciente. Con un comentario sobre la bonita colección de tarjetas de tus familiares que tienes colocadas sobre la cómoda. Qué bonitas violetas africanas te han salido en las macetas de tu repisa.

El señor Whittier ama a estos ángeles.

Siempre que se dirigen al señor Whittier, el anciano calvo y lleno de manchas de la edad que vive al final del pasillo, ellas le dicen: Qué pósters fosforescentes de conciertos de rock duro tan bonitos tiene usted pegados con cinta adhesiva encima de su cama. Qué monopatín tan colorido tiene apoyado al lado de la puerta.

Y el viejo señor Whittier, el enano de mirada vidriosa del señor Whittier, les pregunta:

—¿Qué pasa con vuestro rollo, señoritas?

Y los ángeles se ríen.

Y ese anciano que todavía juega a ser joven. Qué mono, que sea tan joven de espíritu.

El tontorrón del señor Whittier, tan mono él, siempre navegando por internet y leyendo revistas de snowboard. Con sus cedés de música hip-hop. Con una gorra de visera que se pone del revés. Como un chaval de instituto.

Una versión vetusta de los hijos adolescentes de ellas. Y ellas no pueden evitar devolver el flirteo. No pueden evitar que les caiga un poco bien, con su cabeza llena de manchas de la edad y tocada con una gorra del revés, con sus auriculares puestos y escuchando música metal tan fuerte que se oye por toda la sala.

El señor Whittier en el pasillo, apoltronado en su silla de ruedas con la mano abierta y la palma hacia arriba, diciendo:

—Choca esos cinco...

Y todas las señoras voluntarias le palmean la mano al pasar.

Sí, por favor. Así es como los ángeles quieren estar cuando lleguen a los noventa. Todavía en la onda. Todavía abiertas a nuevas tendencias. No fosilizadas, que es como se sienten ahora...

En muchos sentidos, ese anciano parece más joven que todas esas voluntarias de treinta y tantos o cuarenta y tantos. Que estos ángeles que han llegado a la mediana edad aunque solamente tengan la mitad o un tercio de los años de él.

El señor Whittier con las uñas pintadas de negro. Con un aro plateado sobresaliéndole de una aleta nasal enorme de anciano. Alrededor del tobillo, se le ve un tatuaje en forma de alambre de espinas por encima de su zapatilla hospitalaria de cartón.

Un anillo en forma de calavera le traquetea suelto alrededor de un dedo rígido y fino como un palito.

Parpadeando con sus ojos lechosos por culpa de las cataratas, el señor Whittier les dice:

—¿Quieres ser mi pareja para el baile del instituto?

Y todos los ángeles se ruborizan. Dedicándole risitas traviesas a ese anciano gracioso e inofensivo. Se sientan sobre su regazo en la silla de ruedas, con sus muslos bien musculados gracias a la ayuda de entrenadores personales apoyados en las rodillas huesudas y afiladas de él.

Es perfectamente comprensible que, algún día, uno de los ángeles se deshaga en elogios. Que dirigiéndose a la jefa de enfermeras o a un camillero, una de las voluntarias se deshaga en elogios sobre el maravilloso espíritu juvenil que tiene el señor Whittier. Sobre lo lleno de vida que está.

Al oírlo, la enfermera se la queda mirando, sin parpadear, boquiabierta durante un momento, sin decir nada durante un momento, y luego dice:

—Pues claro que actúa como un chaval...

El ángel dice:

—Todos deberíamos estar así de llenos de vida.

Tan llenos de buen humor. Tan llenos de energía. Tan animados.

El señor Whittier es toda una inspiración. Eso lo dicen mucho.

Estos ángeles de la piedad. Estos ángeles de la caridad.

Estos ángeles tontos de remate.

Y la enfermera o el camillero dicen:

—La mayoría de la gente... teníamos esa energía.

Dice la enfermera, mientras se aleja:

—Cuando teníamos la edad que él tiene.

Porque no es viejo.

Así es como siempre sale a la luz la verdad.

El señor Whittier sufre progeria. La verdad es que tiene dieciocho años y es un adolescente a punto de morir de viejo.

Uno de cada ocho millones de niños desarrolla el síndrome de progeria de Hutchinson-Gilford. Un defecto genético en la proteína lámina A provoca que las células se les descompongan. Y les hagan envejecer a un ritmo siete veces más rápido de lo normal. Que es lo que hace que el adolescente señor Whittier, con sus dientes protuberantes y sus orejas enormes, con su cráneo surcado de venas y sus ojos saltones, tenga el cuerpo de un hombre de ciento veintiséis años.

—Se puede decir... —les dice siempre él a los ángeles, desdeñando la preocupación de ellas con un gesto de la mano arrugada—, se puede decir que envejezco al ritmo de los perros.

Dentro de un año estará muerto de alguna enfermedad coronaria. O de pura vejez, antes de cumplir los veinte.

Después de esto, el ángel se pasa una temporada sin aparecer. La verdad es que resulta demasiado triste. No es más que un chaval, quizá más joven que alguno de sus hijos adolescentes, y se está muriendo solo en un asilo. Un chaval, todavía tan lleno de vida y pidiendo ayuda a gritos, a la única gente que tiene al lado... a ella... antes de que sea demasiado tarde.

Es demasiado.

Con todo, en cada clase de yoga, en cada reunión de padres de alumnos, cada vez que mira a un adolescente, a este ángel le vienen ganas de llorar.

Tiene que hacer algo.

Así que acaba volviendo, con la sonrisa un poco más apagada. Y le dice:

—Yo te entiendo.

Le trae una pizza a escondidas. Un videojuego nuevo. Le dice:

—Pide un deseo y yo lo haré realidad.

Este ángel lo saca con su silla de ruedas por una salida de incendios para que pueda pasar el día en la montaña rusa. O lo lleva a dar vueltas por el centro comercial. Este vejstorio adolescente y una mujer preciosa que tiene edad para ser su madre. Ella lo deja machacarla al paintball y deja que la pintura le estropee el pelo. Y la silla de ruedas de él. Ella prueba una partida de pistolas láser. Se pasa toda una tarde tórrida y soleada cargando prácticamente con el cuerpo arrugado y semidesnudo de él hasta lo alto de un tobogán de agua, una y otra vez.

Como él nunca se ha colocado, el ángel roba marihuana de la cajita donde la esconde su hijo y enseña al señor Whittier a usar una pipa de agua. Charlan. Comen patatas fritas.

El ángel le cuenta que su marido ya solamente piensa en el trabajo. Que sus hijos se están distanciando de ella. Que su familia se está viniendo abajo.

El señor Whittier le dice que sus padres no lo pudieron soportar. Que tienen otros cuatro hijos que criar. Que la única forma en que se pudieron permitir meterlo en un asilo fue poniéndolo bajo tutela judicial. Después de aquello, empezaron a visitarlo cada vez menos.

Y diciendo esto, mientras suena una suave balada de guitarra, el señor Whittier rompe a llorar.

El único deseo que realmente tiene es amar a alguien. Hacer el amor de verdad. No morir virgen.

Y en ese momento, con las lágrimas cayéndole de los ojos enrojecidos por la marihuana, él dice:

—Por favor...

Ese chaval todo arrugado se sorbe las narices y dice:

—Por favor, deja de llamarme «señor».

Mientras el ángel le acaricia la cabeza calva y llena de manchas de la vejez, él le dice:

—Me llamo Brandon.

Y se queda esperando.

Y ella lo dice.

Brandon.

Por supuesto, después de eso follan.

Ella es delicada y paciente. La virgen y la puta. Con sus largas piernas acondicionadas mediante el yoga extendidas hacia ese trasgo desnudo y arrugado.

Ella es el altar y el sacrificio.

Nunca ha sido tan hermosa como lo es ahora al lado de la piel venosa y llena de manchas de la vejez de él. Nunca se ha sentido tan poderosa como se siente ahora mientras él le babea y le tiembla encima.

Y anda que él no se toma su tiempo, sobre todo teniendo en cuenta que es virgen.

Empiezan en la postura del misionero, luego él le levanta una de las piernas y se la pasa por encima de la cabeza. Luego con las dos piernas de ella, agarradas con fuerza por los tobillos, enmarcando la cara jadeante de él.

Gracias a Dios por el yoga.

Endurecido por el viagra, él la monta a cuatro patas, estilo perro, y hasta se sale y se la intenta meter por el culo, obligándola a ella a pedirle que pare. Ella está dolorida y colocada, y aun cuando él le dobla las piernas para obligarla a pasarse los pies por detrás de la cabeza, para entonces la sonrisa falsa de ángel le ha regresado a la cara.

Después de todo eso, él se corre. En los ojos de ella. En su pelo. Luego le pide un cigarrillo que ella no tiene. Coge la pipa de agua que hay en el suelo junto a la cama, llena otra cazoleta y no le ofrece una calada a ella.

El ángel se viste y se mete la pipa de agua de su hijo debajo del abrigo. Se ata un pañuelo sobre el pelo todo pegajoso y se dispone a marcharse.

A su espalda, mientras ella abre la puerta de la habitación, el señor Whittier está diciendo:

—¿Sabes? Tampoco me la han chupado nunca...

Y mientras ella sale de la habitación, él se echa a reír. A reír.

Después, mientras ella está conduciendo, le suena el teléfono móvil. Y es Whittier, que le sugiere que hagan sadomasoquismo, que tomen mejores drogas, que le haga mamadas. Y el ángel finalmente le dice:

—No puedo...

—Brandon —le dice él—. Me llamo Brandon.

Brandon, dice ella. No puedo volver a verte.

Es entonces cuando él le dice que le ha mentado. Sobre su edad.

Y ella le pregunta por teléfono:

—¿No tienes progeria?

Y Brandon Whittier le dice:

—No tengo dieciocho años.

No tiene dieciocho años, y tiene su certificado de nacimiento para demostrarlo. Tiene trece años, y ahora es víctima de un delito de abusos sexuales a un menor.

Pero por el suficiente dinero en metálico, no va a cantarle a la pasma. Diez mil dólares y ella no tendrá que sufrir ningún feo drama judicial. Titulares en las portadas. Toda una vida de buenas acciones e inversiones reducida a nada. Todo por un polvo rápido con un chavalín. Peor que nada: va a ser una pedófila, una delincuente sexual que tendrá que registrar su paradero durante el resto de su vida. Tal vez tendrá que divorciarse y perderá a sus hijos. El sexo con un menor de edad acarrea una sentencia obligatoria de cinco años de cárcel.

Por otra parte, dentro de un año él seguramente habrá muerto de viejo. Diez mil dólares es un precio insignificante cuando se tiene la vida por delante.

Diez mil dólares y tal vez alguna mamadita por los viejos tiempos...

Así que, por supuesto, ella paga. Todas pagan. Todas las voluntarias. Los ángeles.

Ninguna de ellas regresa nunca al asilo, así que nunca se conocen entre sí. Cada una de los ángeles cree que es la única. La verdad es que hay más de una docena.

¿Y el dinero? Simplemente se va acumulando. Hasta que el señor Whittier sea demasiado viejo y esté demasiado cansado y aburrido para follar.

—Mira las manchas de la moqueta —dice—. ¿Ves que esas manchas tienen brazos y piernas?

Igual que las mujeres voluntarias, nosotros hemos caído en la trampa de un chaval con cuerpo de anciano. De un chaval de trece años que se está muriendo de viejo. Lo de que su familia lo abandonó, eso sí que es cierto. Pero Brandon Whittier ya no se está muriendo olvidado y solo.

Y así como se ha cepillado a un ángel detrás de otro, ese no es su primer experimento. No hemos sido su primer lote de cobayas. Y hasta que una de esas manchas vuelva para atormentarlo, nos ha dicho, tampoco vamos a ser el último.

La mañana empieza con una mujer gritando. La voz que grita es la voz de la Hermana Justiciera. Entre grito y grito se oye cómo alguien golpea con el puño sobre madera. Se oye cómo una puerta de madera retumba y tiembla en su marco. Y luego se reanudan los gritos.

La Hermana Justiciera grita:

—¡Eh, Whittier!

Chilla la Hermana Justiciera:

—¡Te estás retrasando con el puto amanecer...!

Y el puño vuelve a golpear.

Frente a nuestras habitaciones, a nuestros camerinos situados detrás del escenario, el pasillo está a oscuras. Más allá, el escenario y el auditorio están a oscuras. Completamente a oscuras salvo por la luz para fantasmas.

Nos estamos levantando todos, poniéndonos algo de ropa, sin saber a ciencia cierta si llevamos dormidos una hora o toda la noche.

La luz para fantasmas es una sola bombilla desnuda en un poste que hay en el centro del escenario. La tradición dice que impide que se acerquen los fantasmas cuando el teatro está vacío y a oscuras.

En los teatros de antes de la electricidad, diría el señor Whittier, la luz para fantasmas actuaba como válvula de escape para la presión. Centelleaba y brillaba con más fuerza, para evitar que el lugar explotara si había algún escape en los conductos del gas.

En cualquier caso, la luz para fantasmas quería decir buena suerte.

Hasta esta mañana.

Primero son los gritos los que nos despiertan. Luego el olor.

Es el olor dulzón de la mugre negra que la Dama Vagabunda podría encontrar en el fondo de un contenedor de basura mientras andaba de vacaciones en el arroyo. Es el olor del fondo pegajoso y viscoso de la garganta de un camión de basura. Un olor a caca de perro y comida vieja tragadas. Masticadas y tragadas y bien mezcladas entre sí. Un olor a patatas viejas deshaciéndose en un charco negro bajo el fregadero de la cocina.

Conteniendo la respiración, intentando no oler, salimos a tientas de nuestros camerinos respectivos y avanzamos por el pasillo negro, completamente a oscuras, en dirección a los gritos.

Aquí el día y la noche están sujetos a opinión. Hasta ahora, simplemente hemos acordado confiar en el señor Whittier. Sin él, la cuestión de si es antes o después de

mediodía es objeto de debate. Del exterior no viene ninguna luz. Ninguna señal de teléfono. Ningún sonido.

Sin dejar de golpear la puerta, la Hermana Justiciera grita:

—¡El amanecer civil fue hace ocho minutos!

No, los teatros están diseñados para excluir la realidad y permitir a los actores que construyan la suya propia. Las paredes son muros dobles de cemento con relleno de serrín en el medio. De forma que ninguna sirena de la policía o retumbar del metro pueda romper el hechizo de la muerte falsa de alguien sobre el escenario. Que ninguna alarma de coche o martillo neumático puedan convertir un beso romántico en una risotada.

La puesta de sol llega simplemente cuando el señor Whittier se mira el reloj de pulsera y da las buenas noches. Sube a la cabina de proyección y cierra los interruptores, lo cual apaga las luces del vestíbulo, de los foyers, del salón y por fin de las galerías y de los lounges. La oscuridad nos hace retirarnos al auditorio central. Este crepúsculo va extendiéndose de una sala a otra hasta que no queda más luz que la de los camerinos situados detrás del escenario. Ahí es donde dormimos todos. Cada camerino tiene una cama, un cuarto de baño, una ducha y un retrete. El sitio justo para una persona y una maleta. O una cesta de mimbre. O una caja de cartón.

La mañana llega cuando oímos al señor Whittier gritar buenos días en el pasillo frente a nuestros camerinos. El nuevo día llega cuando se vuelven a encender las luces.

Hasta esta mañana.

La Hermana Justiciera grita:

—Es la ley de la naturaleza lo que está violando...

Aquí, sin ventanas ni luz del día, el Duque de los Vándalos dice que podríamos estar atrapados en una estación espacial estilo Renacimiento italiano. Que podríamos estar en el fondo oceánico a bordo de un submarino estilo maya antiguo. O en lo que el Duque llama un refugio antiaéreo o mina de carbón estilo Luis XV.

Aquí, en medio de alguna ciudad, a pocos centímetros de todos esos millones de personas que caminan y trabajan y comen perritos calientes, estamos aislados del mundo.

Aquí, todo lo que parece una ventana, cubierta de cortinas de terciopelo y tela de tapicería, o bien decorada con vidrieras, es falso. Es un espejo. O bien la tenue luz del sol de detrás de la vidriera viene de unas bombillas lo bastante pequeñas como para hacer que siempre esté atardeciendo en las altas ventanas rematadas con arcos del salón de fumar gótico.

Seguimos buscando vías de salida. Seguimos plantándonos delante de las puertas cerradas y pidiendo ayuda a gritos. Aunque no demasiado fuerte. No hasta que nuestra historia dé para una buena película. Hasta que cada uno de nosotros se

convierta en un personaje lo bastante flaco como para que lo interprete una estrella de cine.

Una historia que nos salve de todas las historias del pasado.

En el pasillo frente a la puerta del camerino del señor Whittier, la Hermana Justiciera da un puñetazo en la puerta y grita:

—¡Eh, Whittier! Esta mañana tienes mucho que responder.

Y con cada palabra se ve salir el aliento de la Hermana en forma de una nubecilla de vapor.

El sol no ha salido.

El aire está helado y apesta.

Ya no hay comida.

Los demás, todos juntos, le decimos a la Hermana Justiciera: Más bajo. La gente de fuera puede oírnos y venir a rescatarnos.

Se oye el clic de una cerradura y la puerta del camerino se abre para mostrar a la señora Clark vestida con un albornoz que le va pequeño. Con los párpados rojos y abiertos a medias, sale al pasillo y cierra la puerta tras de sí.

—Escuche, señora —dice la Hermana Justiciera—. Tiene que tratar mejor a sus rehenes.

El Duque de los Vándalos se planta a su lado. El mismo Duque de los Vándalos que anoche bajó al sótano y serró con un cuchillo para el pan todos los cables que iban a parar al calefactor de la caldera.

La señora Clark se frota los ojos con una mano.

Desde detrás de su cámara, el Agente Chivatillo dice:

—¿Se da cuenta de la hora que es?

Acercando la boca a la grabadora del Conde de la Calumnia, la Camarada Sobrada dice:

—¿Sabe que no hay agua caliente?

La Camarada Sobrada es quien localizó las tuberías de cobre en el techo del sótano y las fue siguiendo hasta dar con la caldera del agua caliente, donde apagó el gas. Así que debería saberlo. Arrancó la manivela de la válvula del gas y la tiró por un desagüe del suelo de cemento.

—Vamos a la huelga —dice el flaco San Destripado—. No vamos a escribir ningún rollo brillante y asombroso tipo *Frankenstein* hasta que nos ponga calefacción.

Esta mañana: no hay calefacción. No hay agua caliente. No hay comida.

—Escuche, señora —dice el Eslabón Perdido.

Su barba casi le restriega la frente a la señora Clark, de tan cerca que está el tipo en el estrecho pasillo que hay frente a los camerinos. Pasa los dedos de una mano por debajo de la solapa del albornoz de ella. Inclinandose para pegar su pecho al de ella,

el Eslabón Perdido cierra el puño y dobla el codo para levantarla del suelo por el montón de franela que tiene agarrado.

La señora Clark patalea en el aire con sus zapatillas de estar por casa, agarrando con ambas manos la muñeca peluda que la sostiene en vilo, con los ojos como platos, echando la cabeza hacia atrás hasta que su pelo toca la puerta cerrada. Hasta que su cabeza golpea ruidosamente la puerta.

El Eslabón Perdido la zarandea con el puño y le dice:

—Dígale al viejo Whittier que tiene que traernos comida. Y ponernos calefacción. O eso, o sacarnos de aquí, ahora mismo.

Nosotros: las víctimas inocentes de ese loco dormilón, maligno y secuestrador.

En el vestíbulo de terciopelo azul no tenemos nada para desayunar.

Las bolsas donde hay alguna comida a base de hígado son coladores con diez o quince agujeros cada una. Todo el mundo ha coincidido en ello.

En el vestíbulo, todas las bolsas de Mylar están desinfladas. Todos hemos tenido la misma idea.

Hasta con la caldera apagada, y con el aire ya helado, la comida se ha estropeado.

—Necesitamos amortajarlo —dice la señora Clark. Envolverlo y llevar el cuerpo al subsótano más profundo donde está la Dama Vagabunda.

—Ese olor —nos dice— no es la comida.

No preguntamos los detalles de cómo ha muerto.

Es mejor que el señor Whittier haya muerto fuera de escena. Eso nos deja margen para que escribamos nosotros lo peor: sus ojos girando para observarse la barriga que crece cada vez más y más en plena noche, hasta que no le deja verse los pies. Hasta que alguna membrana o músculo se parte en su interior y él nota la oleada de la comida caliente que le inunda los pulmones. Que le baña el hígado y el corazón. Justo después siente los escalofríos del shock. El sudor le cubre la cara. Los brazos y las piernas le tiemblan de frío. Las primeras señales del coma.

Nadie creerá a la señora Clark, ahora que es nuestro nuevo villano. Nuestra nueva opresora maligna y tetuda.

No, tenemos que montar esta escena. Tenemos que ponerlo a delirar y a gritar. El señor Whittier tiene que estar blanco como el papel y tapándose la cara con los dedos extendidos y diciendo que el diablo le persigue. Tiene que estar pidiendo ayuda a gritos.

Luego entrará en coma. Y morirá.

San Destripado con sus palabrejas complicadas, como el peritoneo y el duodeno y el esófago, conocerá el término oficial para denominar lo que le ha pasado.

En nuestra versión, nos arrodillaremos junto a la cama de Whittier para rezar por él. Pobres, inocentes de nosotros, aquí atrapados y muriéndonos de hambre, pero aun así rezando por el alma eterna de nuestro diablo. Luego hay un fundido lento y

pasamos a publicidad.

Eso sí es una escena de una película de éxito. Una escena que está diciendo a gritos: «Nominación para un Emmy».

—Eso es lo mejor de los muertos —dice la Baronesa Congelación poniéndose pintalabios encima del pintalabios—. Que no te pueden corregir.

Con todo, una buena historia comporta que no haya calefacción. Y morir de hambre quiere decir que no hay desayuno. Que la ropa está sucia. Tal vez no seamos unos cerebritos tan brillantes como Lord Byron y Mary Shelley, pero sí somos capaces de tolerar algún que otro mal rollo a fin de que nuestra historia funcione.

El señor Whittier, nuestro monstruo anciano y muerto.

La señora Clark, nuestro nuevo monstruo.

—Hoy —dice el Casamentero— va a ser un día muy, muy largo.

Y la Hermana Justiciera levanta una mano y muestra su reloj de pulsera, que emite un resplandor de color verde radio en la penumbra del pasillo. La Hermana Justiciera agita el reloj para arrancar destellos de él y dice:

—Hoy va a ser un día tan largo como yo diga...

Y le dice a la señora Clark:

—Ahora enséñeme cómo encender las malditas luces.

Y el Eslabón Perdido la baja hasta que sus pies enfundados en zapatillas tocan el suelo.

La señora Clark y la Hermana se adentran a tientas en la oscuridad, palpando las paredes húmedas del pasillo, avanzando hacia el brillo gris de la luz para fantasmas del escenario.

El señor Whittier, nuestro nuevo fantasma.

Hasta a San Destripado le gruñe el estómago.

Miss América dice que hay mujeres que beben vinagre para encogerse el estómago. Así de fuerte pueden doler los retortijones del hambre.

—Contadme una historia —dice la Madre Naturaleza. Acaba de encender una vela de manzana y canela con mordeduras en la cera—. Cualquiera —dice—. Contadme una historia que me quite el hambre para siempre...

La Directora Denegación abraza a su gata y dice:

—Puede que una historia te quite el apetito a ti, pero Cora sigue estando hambrienta.

Y Miss América dice:

—Dile a esa gata que dentro de un par de días ya estaremos dispuestos a comérsela a ella.

Ya da la impresión de que le han crecido las tetas por debajo de la tela de lycra rosa.

Y San Destripado dice:

—Por favor, ¿puede alguien hacer algo que me distraiga de mi estómago?

Su voz suena distinta, seca y suave, hablando por primera vez sin la boca llena de comida.

El hedor es tan espeso como la niebla. Ese olor que nadie quiere respirar.

Y mientras caminan hacia el escenario, hacia el círculo de luz que rodea la lámpara para fantasmas, el Duque de los Vándalos dice:

—Cuando nunca había vendido un cuadro aún...

Mira hacia atrás para asegurarse de que lo estamos siguiendo y luego dice:

—Solía ser lo contrario de un ladrón de obras de arte...

Y entretanto, sala a sala, el sol empieza a salir.

Y nosotros apuntamos mentalmente: «Lo contrario de un ladrón de obras de arte...».

SE ALQUILA

Un poema sobre el Duque de los Vándalos

«Nadie llama a Miguel Ángel la puta del Vaticano», dice el Duque de los Vándalos, solamente porque le suplicó al papa Julio que le diera trabajo.

El Duque en el escenario, su mandíbula desaliñada, con la barba pálida asomando como maleza, se mueve sin cesar, mascando y amasando un chicle de nicotina. Su sudadera gris y sus pantalones de lona tienen salpicaduras como pasas secas de pintura roja, rojo oscuro, azul y verde, marrón, negra y blanca. El pelo le cae sobre la espalda, un revoltijo de alambres, oscurecido por la grasa y espolvoreado de copos pegajosos de caspa.

En el escenario, en vez de un foco, un fragmento de película:
un pase de diapositivas de retratos y alegorías, naturalezas muertas y paisajes.

Todo ese arte antiguo usa su cara, su torso y sus pies con sandalias y calcetines como si fuera la pared de una galería.

El Duque de los Vándalos dice: «Nadie llama a Mozart esbirro de las empresas» porque trabajara para el arzobispo de Salzburgo. Y después escribiera *La flauta mágica* y *Eine kleine Nachtmusik*, gracias al dinero que le llovió de Giuseppe Bridi y su lucrativa industria de la seda.

Ni tampoco llamamos vendido a Leonardo da Vinci, ni sicario, porque pintara a cambio de oro para el papa León X y Lorenzo de Médicis.

«No —dice el Duque—. Miramos *La última cena* y la *Mona Lisa* y nunca sabemos quién pagó las facturas para crearlas.» Lo que importa, dice, es lo que el artista deja atrás, la obra de arte.
No cómo pagaste el alquiler.

AMBICIÓN

Un relato del Duque de los Vándalos

Un juez lo llamó «vandalismo». Otro juez lo llamó «destrucción de la propiedad pública».

En Nueva York, después de que los vigilantes lo pillaran en el Museum of Modern Art, el juez redujo la acusación a «tirar desperdicios», lo que le faltaba por oír. Después del Museo Getty de Los Ángeles, el juez llamó a lo que había hecho Terry Fletcher «graffiti».

En el Getty o en la Frick Collection o en la National Gallery, el delito de Terry siempre era el mismo. La gente simplemente no se ponía de acuerdo en cómo llamarlo.

A ninguno de los jueces de esta historia hay que confundirlo con el honorable Lester G. Myers del Juzgado de Distrito del Condado de Los Ángeles, coleccionista de arte y todo un buen tipo. El crítico de arte no es Tannity Brewster, escritora y conocedora de todo lo que tenga que ver con la cultura. Y relájense, de ninguna manera el galerista es Dennis Bradshaw, famoso por su Galería Pell/Mell, donde solamente por coincidencia a la gente la tirotean por la espalda. De vez en cuando.

No, cualquier parecido entre estos personajes y alguien vivo o muerto es un completo accidente.

Lo que se explica aquí está todo inventado. Nadie es nadie salvo el señor Terry Fletcher.

Repítanse a ustedes mismos que esto no es más que una historia. Que nada de esto es real.

La idea básica vino de Inglaterra, donde los estudiantes de arte iban a la oficina de correos y se llevaban montones de esas etiquetas baratas para escribir la dirección que te dan gratis. Todas las oficinas tienen montones y montones de esas etiquetas, cada una del tamaño de una mano con los dedos extendidos pero puestos todos juntos. Un tamaño fácil de esconder en la palma de la mano. Las etiquetas tienen en el dorso una lámina de papel de cera que se despega. Debajo de la misma hay una capa de pegamento diseñada para pegarse a cualquier cosa para siempre.

Ese era su verdadero encanto. Los jóvenes artistas —en realidad, se trataba de don nadies— podían sentarse en su estudio y pintar una miniatura perfecta. O esbozar un estudio a carboncillo después de pintar la etiqueta con una capa base de blanco.

Luego, con el adhesivo en la mano, se iban a colgar su propia exposición. En los pubs. En los vagones del tren. En los asientos traseros de los taxis. Y su obra se pasaba más tiempo allí «colgada» del que uno imaginaría.

La oficina de correos hacía los adhesivos con un papel tan barato que nunca se podía despegar. El papel se rompía en jirones y se deshacía en los bordes pero aun así el pegamento no se iba. Y el pegamento crudo, que quedaba todo amarillo y lleno de grumos como si fuera moco, iba cogiendo polvo y humo hasta convertirse en una mancha negra mucho peor que el pequeño cuadrado de facultad de bellas artes que había sido. La gente pensaba que cualquier obra de arte era mejor que aquel feo pegamento que dejaba atrás.

Así pues, la gente dejaba las obras pegadas. En los ascensores y en los cubículos de los lavabos. En los confesionarios de iglesias y en los probadores de los grandes almacenes. En su mayoría, sitios donde no iban mal unos cuantos cuadrillos. La mayoría de los pintores se contentaban con que su arte se pudiera ver. Eternamente.

Con todo, si quieres llevar las cosas demasiado lejos, confía en los americanos.

A Terry Fletcher la gran idea le vino mientras hacía cola para ver la *Mona Lisa*. Por mucho que se acercara, el cuadro nunca se hacía más grande. Pero si tenía libros de texto de arte que eran más grandes. Allí estaba el cuadro más famoso del mundo y era más pequeño que un cojín de sofá.

En cualquier otra parte, sería muy fácil metértelo debajo del abrigo y cruzar los brazos. Robarlo.

Mientras la cola se acercaba al cuadro, tampoco parecía un milagro tan grande. Allí estaba la obra maestra de Leonardo da Vinci y no daba la impresión de que valiera la pena malgastar un día entero esperando como un tonto en París, Francia.

Fue la misma decepción que sintió Terry Fletcher después de ver ese antiguo petroglifo del flautista que baila, el Kokopelli, después de verlo pintado en collares y glaseado en cuencos de comida para perros. Cuando por fin fue a Nuevo México y vio el original, esculpido y pintado en la pared de un acantilado, lo primero que pensó fue: Pero qué trillado...

A la vista de todas aquellas obras maestras de la pintura antigua tan cutres y con las reputaciones tan infladas, la idea básica que le dieron los adhesivos británicos de oficina de correos era que él podía hacerlo mejor. Que él podía pintar mejor y colar su obra en los museos, enmarcada y envuelta debajo de su abrigo. Nada muy grande, claro, pero podía poner cinta adhesiva de cara doble en la parte de atrás y cuando llegara el momento oportuno... limitarse a pegar el cuadro en la pared. Allí a la vista de todo el mundo, entre el Rubens y el Picasso... una obra original de Terry Fletcher.

En la Tate Gallery, haciendo sombra al cuadro de Turner *Tormenta de nieve: Aníbal y su ejército cruzan los Alpes*, estaría la madre de Terry, sonriente. Secándose las manos en un trapo de cocina a rayas rojas y blancas. En el Museo del Prado, infiltrada junto al retrato de la infanta de Velázquez, estaría su novia, Rudy. O su perro, Boner.

Claro, era la obra de él, su firma, pero el sentido de todo sería cubrir de gloria a la

gente que él amaba.

Era una lástima que la mayoría de su obra acabara colgada en los baños de los museos. Era el único sitio donde no había vigilantes ni cámaras de seguridad. Durante las horas de poca afluencia, hasta podía colarse en el baño de señoras a colgar un cuadro.

No todos los turistas entraban en la galería de un museo, pero todos pasaban por el baño.

Casi parecía que no importaba el aspecto que tuviera el cuadro. Lo que lo convertía en arte, en una obra maestra, parecía ser el sitio en el que estaba colgado... lo elegante que fuera el marco... y qué otras obras había colgadas al lado. Si investigaba lo bastante, si encontraba el marco de anticuario adecuado y colgaba su cuadro en el centro de una pared abarrotada, se podía pasar allí días enteros, tal vez semanas, antes de que lo llamara alguien del museo. O de la policía.

Luego llegaron las acusaciones: vandalismo, destrucción de la propiedad pública, graffiti.

«Dejar desperdicios», llamó un juez a su arte, y abofeteó a Terry con una multa y una noche en el calabozo.

En la celda que la policía asignó a Terry Fletcher, todos los ocupantes anteriores habían sido artistas, y habían rascado la pintura verde para hacer dibujos en las paredes. Luego habían firmado con sus nombres. Petroglifos más originales que el Kokopelli. Que la *Mona Lisa*. Con nombres que no eran Pablo Picasso. Fue aquella noche, mirando aquellos dibujos, cuando Terry estuvo a punto de rendirse.

A punto.

Al día siguiente se presentó un hombre en su estudio, donde había una nube de moscas negras volando alrededor de un montón de fruta que Terry estaba intentando pintar antes de que lo detuvieran. Se trataba del crítico de arte más importante de una cadena de periódicos. Era amigo del juez de la noche anterior, y le dijo que sí, que toda la historia le parecía para partirse de risa. Una historia perfecta para su columna de difusión nacional sobre el mundo del arte. A pesar del olor dulzón de la fruta podrida, y del zumbido de las moscas, el hombre dijo que le encantaría ver la obra de Terry.

—Muy bueno —dijo el crítico mirando un lienzo detrás de otro, todos lo bastante pequeños como para caber dentro de una gabardina—. Muy, muy buenos.

Las moscas negras seguían volando en círculos, posándose sobre las manzanas moteadas y los plátanos negros y luego zumbando alrededor de los dos hombres.

El crítico llevaba unas gafas que tenían los cristales tan gruesos como el ojo de buey de un barco. Cuando hablabas con él te venían ganas de gritar, igual que uno le grita a alguien que está detrás de una ventana del piso superior, dentro de una casa grande, y que no baja a abrir la puerta cerrada con llave.

Con todo, lo que estaba claro, sin lugar a dudas, cien por cien claro, es que NO era Tannity Brewster.

La mayoría de sus mejores cuadros, le dijo Terry, seguían bajo custodia policial como pruebas para juicios futuros.

Pero el crítico dijo que eso no importaba. Al día siguiente trajo a un galerista y a una coleccionista, los dos famosos porque sus opiniones figuraban todo el tiempo en revistas de tirada nacional. Todos ellos se dedicaron a mirar su obra. No paraban de repetir el nombre de un artista famoso por sus grabados desaliñados que retrataban a famosos muertos y por estampar su firma enorme en su obra con un bote de pintura roja en espray.

Repito que este galerista no era Dennis Bradshaw. Y cuando hablaba, la coleccionista tenía acento texano. Su pelo de color anaranjado era exactamente del mismo tono anaranjado repulsivo que el bronceado de sus hombros y su cuello, pero no era Bret Hillary Beales.

Se trata de un personaje totalmente inventado. Pero mientras se dedicaba a contemplar sus cuadros, no paraba de usar la palabra «taquillero».

Hasta tenía un pequeño tatuaje que decía «Cariño» con caligrafía ensortijada en el tobillo, justo encima de su sandalia, pero de verdad que no era, para nada, de ninguna manera, nanay, NO era la señorita Bret Hillary Beales.

No, este trío falso e inventado de crítico, coleccionista y galerista, le dijo a nuestro artista: Te ofrecemos un trato. Tenían millones invertidos en la obra de un grabador que era un desastre, y sucedía que su volumen actual de trabajo estaba saturando el mercado del arte. Él estaba ganando dinero por una mera cuestión de volumen, pero estaba devaluando la obra de sus comienzos. Y perjudicando el valor de la inversión de ellos.

El trato era que si Terry Fletcher mataba al grabador, entonces el crítico de arte, el galerista y la coleccionista harían famoso a Terry. Lo convertirían en una buena inversión. Su obra se vendería por una fortuna. Los cuadros de su madre y de su novia, de su perro y de su hámster, obtendrían el empuje que necesitaban para convertirse en un clásico como la *Mona Lisa*. Igual que el Kokopelli, el dios hopi de las travesuras.

En su estudio, las moscas negras seguían volando en círculos en torno al mismo montón de manzanas reblandecidas y plátanos mustios.

Y por si le ayudaba a decidirse, le dijeron que Fletcher, el grabador, solamente era famoso porque había asesinado a un famoso escultor, que a su vez había asesinado a un pintor pesado, que a su vez había asesinado a un artista de collage que se había vendido al mercado.

Toda aquella gente seguía muerta pero su obra estaba en el museo, como una cuenta bancaria que crecía a cada minuto en plan bola de nieve. Y no es que su valor

residiera en su belleza, ya que los colores se marchitaban igual que el girasol de Van Gogh, la pintura y el barniz se agrietaban y se volvían amarillos. Y las obras siempre eran mucho más pequeñas de lo que la gente esperaba después de hacer cola durante un día entero.

El mercado del arte llevaba siglos funcionando así, dijo el crítico. Si Terry decidía no aceptar aquello, su primer «encargo» de verdad, no había problema. Pero seguía teniendo por delante un largo futuro de vistas judiciales sin resolver y de acusaciones pendientes contra él. Aquella gente del mundo del arte podía borrar todo aquello con una sola llamada telefónica. O lo podían empeorar. Aunque no hiciera nada, Terry Fletcher podía ir a la cárcel durante una temporada muy, muy larga. A aquella celda verde con las paredes raspadas.

Después de eso, ¿quién creería la palabra de un presidiario?

Así que Terry Fletcher aceptó.

El hecho de que no conociera de nada al grabador ayudó. El galerista le dio una pistola y le dijo que llevara una media de nailon en la cabeza. La pistola era del tamaño de una mano con los dedos extendidos pero puestos todos juntos. Una herramienta fácil de esconder en la palma de la mano, no más grande que la etiqueta de un paquete, pero con un efecto que duraba para siempre. El desastre de grabador iba a estar en la galería hasta la hora de cerrar. Después se iría andando a casa.

Esa noche Terry Fletcher le pegó tres tiros —pop, pop, pop— en la espalda. Un trabajo más rápido que colgar a su perro, Boner, en el Museo Guggenheim.

Un mes más tarde, Fletcher llevó a cabo su primera exposición de verdad en una galería.

Que NO era la galería Pell/Mell. Tenía las mismas baldosas rosas y negras estilo tablero de ajedrez, y un baldaquino a rayas a juego sobre la puerta, y mucha gente elegante iba allí a invertir en arte, pero se trataba de una galería distinta, una ficticia. Llena de gente elegante de mentira.

Fue después de aquello cuando la carrera de Terry se puso complicada. Podía decirse que había hecho su trabajo demasiado bien, porque el crítico de arte lo mandó a matar a un artista conceptual en Alemania. A un artista de performance en San Francisco. A un escultor cinético en Barcelona. Todo el mundo cree que Andy Warhol murió en una operación de vesícula biliar. Se cree que Jean-Michel Basquiat murió de sobredosis de heroína. Que Keith Haring y Robert Mapplethorpe murieron de sida.

La verdad es... que acabas creyendo lo que la gente quiere que creas.

Y ahora el crítico le dijo a Fletcher que si se echaba atrás, el mundo del arte lo acusaría del primer asesinato. O de algo peor.

Terry preguntó qué podía ser peor.

Y no se lo dijeron.

Si quieres llevar las cosas demasiado lejos, confía en los americanos.

Como resultado de tener que matar a todos los artistas que se habían vendido al mercado, a todos los artistas que eran perezosos o eran un desastre, Terry Fletcher ya no tenía tiempo para su propio arte. Hasta los cuadros de Rudy y de su madre se veían apresurados, desaliñados, como si el autor hubiera perdido todo interés en ellos. Cada vez más se dedicaba a producir como churros versiones distintas del flautista bailarín Kokopelli. Se dedicaba a ampliar fotos de la *Mona Lisa* hasta el tamaño de un mural y luego a pintarlas a mano con colores populares en la decoración de habitaciones de esa temporada. Con todo, si su firma estaba debajo, la gente lo compraba. Los museos lo compraban.

Y después de aquel año de ser famoso...

Después de aquel año estaba en una galería de arte, hablando con el dueño. El mismo hombre que le había prestado una pistola el año anterior. NO Dennis Bradshaw. La calle estaba oscura fuera de la galería. Su reloj de pulsera marcaba las once en punto. El galerista le dijo que tenía que cerrar e irse a casa él solo. Terry no sabía qué había sido de la pistola.

El galerista abrió la puerta principal y al otro lado había un callejón oscuro. El baldaquino a rayas negras y rosas. La larga caminata a casa.

Fuera, las farolas están cubiertas de cuadros pegados de gente a la que ustedes nunca conocerán. La calle está toda cubierta de su arte pegado y sin firmar. Es esta larga caminata hacia la oscuridad lo que tendrá lugar, si no esta noche, entonces alguna otra. Con este paso adelante, todas las noches serán una caminata hacia el mundo en que todo artista quiere la oportunidad de ser conocido.

Estamos en el foyer estilo maya, el que tiene las paredes cubiertas de yeso picado que imita roca volcánica. La falsa roca volcánica está tallada en forma de guerreros con taparrabos y tocados de plumas. Los guerreros llevan capas de pieles moteadas para parecer leopardos. La sala entera te cuenta la historia que ella quiere que aceptes como la verdad.

Hay loros de yeso tallados cuyas plumas de las colas forman arco iris de colores rojo y naranja.

De los falsos hoyos y grietas de la roca de yeso, tallados para que parezca un lugar antiguo, muy por encima de nuestras cabezas, brotan guirnaldas de enormes orquídeas de color púrpura hechas de papel.

—El señor Whittier tenía razón —dice la señora Clark mirando a su alrededor—. Nosotros creamos el drama que llena nuestras vidas.

Solamente el polvo deslucе las plumas de color naranja y las flores de color púrpura. Los sofás de madera negra están cubiertos de pieles con manchas de leopardo falsas. Los sofás, las cabezas de guerreros con expresiones lascivas y la falsa roca volcánica, todo está cubierto de telarañas de filamentos grises.

La señora Clark dice que a veces parece que nos pasemos la primera mitad de nuestra vida en busca de algún desastre. Y se echa un vistazo a su pecho erecto: una mirada que sus labios siliconados hacen casi imposible. De jóvenes, dice, queremos que algo nos haga frenar nuestro avance y nos mantenga atrapados en un mismo sitio durante el tiempo suficiente como para mirar qué hay debajo de la superficie del mundo. Ese desastre es un accidente de coche o una guerra. Que nos haga quedarnos quietos. Puede ser coger un cáncer o quedarse embarazada. Lo importante es que parezca cogernos por sorpresa. Que ese desastre nos impida vivir la vida que habíamos planeado de niños: una vida de ir corriendo a todas partes.

—Seguimos creando el drama y el dolor que necesitamos —dice la señora Clark—. Pero ese primer desastre es una vacuna, una inoculación.

Uno se pasa la vida entera, dice ella, en busca de desastres, haciendo pruebas de aptitud a los distintos desastres, para tenerlo todo bien ensayado cuando llegue por fin el desastre último.

—Para cuando te mueras —dice la señora Clark.

Aquí en el foyer de estilo maya, los sofás y las sillas de madera negra están tallados en forma de altares parecidos a los que había en lo alto de las pirámides y a los que iban las víctimas de sacrificios humanos para que les arrancaran el corazón.

La moqueta es un calendario lunar con círculos concéntricos, esquema de color

negro sobre naranja, y pegajosa por los refrescos derramados. A nuestros pies se extiende una mancha de moho de la que sobresalen brazos y piernas.

Si te sientas en los cojines de piel falsa, todavía puedes notar el olor a palomitas.

Esa es la teoría de ella. La extensión de la señora Clark de la teoría del señor Whittier.

Que en el mundo tenemos dolor y odio y amor y placer porque es lo que queremos. Y que queremos que todo el drama nos prepare para la prueba que será afrontar algún día la muerte.

La Madre Naturaleza, sentada con los dos brazos extendidos hacia delante, estilo sonámbulo, extiende los dedos y se mira los dibujos oscuros y desvaídos de henna que tiene pintados en la piel. Con los dedos de una mano se palpa la base de todos los dedos de la otra mano. Palpando el hueso para apreciar su densidad, la Madre Naturaleza dice:

—¿Cree usted que la Dama Vagabunda estaba lista?

Dice:

—¿Cree que lo estaba el señor Whittier?

Y la señora Clark se encoge de hombros. Y dice:

—¿Acaso importa?

Sentada sobre la piel falsa al lado de la Madre Naturaleza, la Directora Denegación se ha enrollado una media de nailon en la muñeca de la mano izquierda. Con la mano derecha se dedica a retorcer la media y a apretarla más y más hasta que los dedos de la mano izquierda se le ponen blancos. Tan blancos que hasta los pelos claros de la gata parecen oscuros sobre su piel lívida. Hasta que esos dedos blancos e insensibles se ponen mustios y quedan colgando inertes de su muñeca.

San Destripado se manosea el pulgar de la mano derecha sobre el regazo, masajeando el pulgar de arriba abajo con el puño de la mano izquierda. Palpando los bultos y nudillos del pulgar para no olvidarlos nunca. Para cuando no estén.

Todos permanecemos allí sentados, mirándonos los unos a los otros. Esperando el siguiente punto de la trama o fragmento de diálogo que cuaje y salga correteando en dirección a nuestra versión comercial de la verdad.

El Agente Chivatillo desplaza el foco de su cámara de una persona a la siguiente. La retícula del micrófono de la grabadora del Conde de la Calumnia le sobresale del bolsillo de la camisa.

Este momento que anuncia el horror real del siguiente. Este momento que ya se está grabando encima de la muerte del señor Whittier, que a su vez se grabó encima de la muerte de la Dama Vagabunda, que se grabó encima de la imagen de Miss América poniéndole un cuchillo en la garganta al señor Whittier.

La Madre Naturaleza le dice a la señora Clark:

—Entonces, ¿por qué le amaba?

—No vine aquí porque lo amara a él —dice la señora Clark. Le dice al Agente Chivatillo—: No me apuntes con esa cámara. Salgo terrible en vídeo... —Con todo, bajo el calor del foco de la cámara, la señora Clark sonríe con los dientes apretados, con una sonrisa de payaso en sus labios parecidos a globos de agua, y dice—: Vine aquí porque vi un anuncio...

¿Y se confió a aquel hombre al que no conocía? ¿Lo siguió y lo ayudó? ¿Aun a sabiendas de que la iba a encerrar entre cuatro paredes? No tiene sentido.

El Reverendo Sin Dios, con esa cara que parece un montón de bistecs cosidos, con sus cejas afeitadas y con las uñas tan largas que no le dejan cerrar el puño, dice:

—Pero ha llorado usted...

—Todo apóstol o discípulo —dice la señora Clark—, cuando está corriendo detrás de su salvador, también está corriendo para escapar de otra cosa.

Bajo las miradas de los guerreros tallados, bajo las orquídeas de papel teñidas y dobladas para parecer naturales, la señora Clark dice que antes tenía una hija. Y un marido.

—Cassie tenía quince años —dice.

Y dice:

—Se llamaba Cassandra.

La señora Clark dice que a veces cuando la policía encuentra una fosa o el cuerpo abandonado de la víctima de un asesinato, los detectives esconden un micrófono en el lugar del hallazgo. Que es un procedimiento habitual.

Le hace una señal con la cabeza al Conde de la Calumnia, en dirección a la grabadora que tiene en el bolsillo.

La policía se esconde en las inmediaciones y se pasa días enteros o semanas escuchando. Porque casi siempre el asesino vuelve para hablar con la víctima. Prácticamente siempre. Necesitamos contarle a alguien la historia de nuestra vida, y el asesino solamente puede hablar de su crimen con una persona que no lo vaya a castigar. Su presa.

Hasta los asesinos necesitan hablar, contar la historia de su vida, y lo necesitan tanto que acuden a sentarse al lado de una tumba y de un cadáver medio podrido y se pasan horas y horas charlando. Hasta decir algo con sentido. Hasta que el asesino se puede convencer a sí mismo de la historia de su nueva realidad. La realidad de que... tenía razón.

Es por eso que la policía espera.

Sin dejar de sonreír, la señora Clark dice:

—Y es por eso que estoy aquí.

Dice:

Igual que el resto de vosotros, yo solamente quería una forma de contar mi historia...

Todavía bajo el círculo caliente del foco del Agente Chivatillo, la señora Clark dice:

—Por favor.

Se tapa la cara con las dos manos ahuecadas y a través de los dedos muy apretados dice:

Fue una cámara de vídeo la que destruyó mi matrimonio...

MIRAR HACIA ATRÁS

Un poema sobre la señora Clark

«Se trata de formar a una empleada nueva —dice la señora Clark— para que ocupe tu tedioso antiguo trabajo.»

En eso consiste criar a una hija.

La señora Clark en el escenario, con los brazos cruzados
sobre el pecho, y ambos codos apoyados en la mano
opuesta
para sostenerse unos pechos elegidos por una mujer mucho más valiente.
Y con una espalda mucho más fuerte.

Un pecho que ahora le recuerda todos los errores que ella creía que la iban a salvar.
Sus párpados tatuados de aquel color naranja que parecía tan
chic hace dos décadas,
sus labios tan llenos de silicona que tienen tamaño y forma de ventosas,
y luego tatuados de un tono ya olvidado de melocotón glaseado.

El peinado y la ropa de la señora Clark, congelados en una época
en que perdió las agallas y dejó de asumir cualquier nuevo riesgo.

En el escenario, en vez de un foco, un fragmento de película:
películas caseras que muestran a una niña con un gorro de fiesta de papel, atado
bajo la barbilla con una goma elástica,
apagando cinco velas de cumpleaños de un soplido.

«Antes de que te despidan —dice la señora Clark—,
impartes formación a esa nueva persona diciéndole...»

No toques eso. ¡Quema!

¡Quita los pies del sofá!

Y... nunca compres nada con cremallera de nailon.

Con cada sermón te ves obligada a revisar todas las
decisiones que tú tomaste
a lo largo de la cadena de lecciones de tu vida entera. Y después de tantos años, ves
el escaso material que te queda,

lo limitadas que han sido tu vida y tu educación.
Lo escasos que fueron tu valor y tu curiosidad.
Por no mencionar tus expectativas.

La señora Clark en el escenario, suspira y los pechos se le elevan como suflés o bollos de pan, y luego bajan, se aposentan y descansan.

Y dice que tal vez el mejor consejo sea lo que no le puedes decir en absoluto:

que te pongas siempre en el centro del mundo,
que seas tu principal autoridad sobre todo,
tu principal experto en todos los temas,
infalible,
omnisciente.

Y siempre, en cualquier momento del mes, y para siempre:
usa anticonceptivos.

POSPRODUCCIÓN

Un relato de la señora Clark

Los primeros dos días, Tess y Nelson Clark siguieron viviendo como si no hubiera pasado nada. Aquello quería decir ponerse la ropa de trabajo y desbloquear la portezuela de su coche. Ir en coche a la oficina. Aquella noche, se sentaron sin decir nada a la mesa de la cocina. Comieron algo.

Y qué.

La agencia de alquiler los llamó para que devolvieran el equipo de filmación.

Nelson estaba en casa, con Tess, o no estaba.

Al tercer día ella solamente salió de la cama para usar el baño. No se molestó en llamar al trabajo para avisar de que estaba enferma. Su corazón seguía latiendo y latiendo, no importaba lo que ella intentara. Lo cual no quiere decir que ella intentara nada.

No valía la pena empezar a beber ni empezar a medir el coche para hacerse con una manguera lo bastante larga como para conectar el tubo de escape con la ventanilla del lado del conductor. Y de ninguna manera valía la pena ir a ver a un médico de su firma de atención sanitaria y mentir para que le recetara un buen somnífero. Cualquier otra cosa que pudiera hacer, como cortarse la muñeca con una cuchilla de afeitar o emprender alguna acción de esa clase, simplemente parecía otro estúpido plan para resolver todos sus problemas una vez más.

Las luces y la cámara seguían amontonadas al lado de la cama de los Clark.

Suicidarse parecía nada más que otro plan agresivo para arreglar su vida. Si encendía las luces de cine y la cámara, podían filmar la muerte. Una *snuff movie* en dos partes. Una miniserie. Otro Gran Proyecto. Matarse no sería más que: Tess Clark, pasándose de la raya. Otro principio, parte intermedia y final.

Ir a trabajar parecía una locura. Volver a sentarse para comer alguna vez tenía más o menos tanto sentido como ponerse a plantar bulbos de tulipán a la sombra de una bomba atómica en pleno descenso.

Lo que viene a continuación es un flashback, pero fue Nelson el que echó un vistazo a su cuenta de ahorro. Fue él quien dijo que la única forma en que podían permitirse tener un bebé era filmando una película para adultos.

—Un día —dice la señora Clark—, esto os pasará a vosotros, y a raíz de ese mero segundo la vida os parecerá cien años demasiado larga...

En su quinto día de quedarse en la cama, ya habrían jurado que llevaban toda la vida juntos. Pasarse día tras día en la cama producía probablemente la misma sensación que ser un vampiro. Imagínate estar viva durante un millar de años y seguir

cometiendo el mismo estúpido error. Durante miles de años sigues yendo a bares y discotecas y creyendo que te lo estás pasando en grande. Te imaginas que eres el centro de atención. Tienes un marido que te parece guapo. Crees que los dos estáis buenísimos.

Los Clark creían que muchas parejas se hacían ricas filmando películas para adultos. La industria del vídeo casero solamente era popular porque el porno en vídeo había creado la demanda. Todas las parejas salvo ellos estaban ganando un dinero extra en su tiempo libre. El resto de las parejas casadas no estaban desperdiciando sus relaciones sexuales, haciéndolo sin público, sin que pudieran ser apreciadas por desconocidos. Primero alquilarían una cámara y la mesa de edición. Después encontrarían una distribuidora para la película. Como estaban casados, dijo Nelson, ni siquiera sería pecado.

Ahora ya no tenía sentido salir de la cama y borrar la cinta de vídeo. Sería como romper un espejo porque te enseña la verdad. Como matar al mensajero que trae malas noticias.

—Cuando te pasas día tras día en la cama —dice la señora Clark—, te das cuenta de que lo que mata a los vampiros no son las estacas de madera. Es toda la carga emocional y las decepciones que tienen que llevar encima siglo tras siglo.

Te conviene pensar que cada vez te vuelves más listo y gracioso. Que mientras te sigas esforzando, vas lanzado a ese Gran Éxito. Así es como te sentirías siendo un vampiro durante tal vez los primeros dos centenares de años. Después, lo único que tendrías sería la misma relación fracasada multiplicada por doscientos.

Y qué.

El problema de la eterna juventud es que uno tiende a dejar las cosas para más adelante. Así que los Clark estudiaron la forma de filmar un vídeo. Lo cual incluía el hecho de que Nelson se afeitara la base de la polla para que esta pareciera más grande. Tess se puso los implantes de silicona en los pechos más grandes de lo que su columna vertebral podía soportar. Durante el tiempo que se tarda en echar una siesta, consiguió esa clase de busto siempre erguido que solamente se ve en las películas para adultos. En cuanto a sus labios, se los rellenó con tubos de espuma inflada que le dieron unos morros de mamada para el resto de su vida. Los dos miembros del matrimonio Clark se apuntaron a sesiones de bronceado, de veinte minutos, dos veces al día. Se leyeron en voz alta el uno al otro que editar un vídeo se hace siguiendo el código de tiempo exacto asignado a cada momento de la cinta.

Cada momento tiene asignada una hora, un minuto, un segundo y un número exacto de fotograma. El código 01:34:14:25 quiere decir la primera hora, el minuto treinta y cuatro, el segundo catorce y el fotograma veinticinco de una cinta de vídeo. Hasta para editar un vídeo para adultos tienes que crear una falsa realidad. Tienes que dar a entender una relación colocando unos acontecimientos junto a otros. Este

sendero de imágenes tiene que conducir al espectador de un acto sexual a otro. Hay que simular una continuidad. La ilusión debe tener sentido.

Rodaron la mayoría del material oral antes de 10:22:19:02.

Luego filmaron un montón de metraje genital hasta 25:44:15:17.

Después hicieron algunas secuencias perianales y perivaginales hasta 31:25:21:09.

Y terminaron con el material anal en 46:34:07:15.

Como esas películas siempre terminan de la misma manera, la historia de cómo se llega allí, el viaje al gran orgasmo, es lo más importante. El orgasmo en sí es una pura formalidad. Imágenes de archivo.

Otra cosa que hay que recordar es que el plano medio en un vídeo dura de ocho a quince segundos. Tess y Nelson tendrían que trabajar juntos durante períodos de veinte segundos cada vez. Después se levantarían y pulsarían el botón de PAUSA. Moverían la cámara a un nuevo ángulo y volverían a iluminar la toma. Y filmarían otros veinte segundos. Su matrimonio todavía estaba en esa fase en el que el sexo era divertido, pero después del primer día de rodaje, lo único que los motivaba a seguir era el dinero que iban a ganar. El dinero y el bebé.

—Estábamos los dos —dice la señora Clark— llenos de esa energía que hace bailar a los perros justo antes de que les des de comer.

Tess y Nelson nunca habían estado tan atractivos como cuando se pusieron a filmar aquella película. Eso era lo peor. La mayor parte de aquella semana se la pasaron metidos en el dormitorio. Aunque solamente estuvieran físicamente juntos a intervalos de veinte segundos, tuvieron que pasarse cuarenta y ocho horas seguidas teniendo relaciones sexuales. Con las luces calientes chupando el sudor de sus pieles bronceadas.

Para mantener la excitación, colocaron un televisor justo fuera de plano y pasaron películas para adultos que ellos podían mirar mientras eran filmados. Y aquellas películas se convirtieron en un apuntador o un TelePrompTer que podían imitar. Igual que hacían los Clark, la gente de todas aquellas películas parecían estar mirando otra película situada fuera de plano. Aquella cadena de voyeurismo, donde los Clark miraban a otra gente que miraba a otra gente que miraba a otra gente, les resultaba agradable. El vídeo que Tess y Nelson miraban era por lo menos de cinco años atrás. Los hombres llevaban patillas largas y las mujeres pendientes colgantes y sombra de ojos con purpurina azul. Era imposible adivinar cómo de vieja sería la película que aquella gente estaba mirando, pero resultaba reconfortante saber que todos ellos estaban unidos por una cadena de relaciones sexuales a lo largo de la historia.

Daba la impresión de que aquellas gentes del vídeo habían tenido la edad de los Clark mientras eran filmados, así que ahora ya debían de estar acercándose a la mediana edad. Parecían jóvenes, con músculos alargados y prominentes en los brazos

y piernas, pero se movían deprisa, como si lo que estuvieran mirando fuera de plano fuese un reloj.

A fin de ayudarse entre ellos a sonreír, Tess y Nelson se turnaban para decir qué harían con su dinero.

Se comprarían una casa.

Viajarían a México.

Harían películas de verdad. Largometrajes. Montarían su propia productora independiente de cine y nunca trabajarían para otra gente, nunca más.

A su hija la llamarían Cassie si era niña.

Y Baxter si era niño. Y en lugar de una vieja grabación de su nacimiento, lo que le enseñarían alguna vez a su hijo sería su concepción. Baxter podría ver qué buenos habían sido sus viejos y qué enrollados. Aquello les parecía muy progresista.

Y después de aquello, ya nunca, nunca tendrían que volver a tener relaciones sexuales.

Cuanto peor se volvía el trabajo, más dinero esperaban ganar. Cuanto más les dolía tocarse la piel irritada, o tumbarse en el colchón frío y empapado de sudor, más luminoso era el futuro que se tenían que inventar. Les dolía la cara de tanto sonreír. Tenían la piel inflamada de tanto acariciarse. A medida que continuaba la maratón, su recompensa tenía que volverse más y más imposible.

Y luego, tan deprisa como cuando un médico te dice que tienes una enfermedad mortal, tan deprisa como cuando un juez pronuncia una sentencia de muerte, acabaron.

Los Clark se habían hecho el uno al otro todo lo que podían imaginar. Ya solamente les quedaba editar la cinta.

Lo cual se suponía que era la parte divertida.

La diferencia entre el aspecto que tienes y la forma en que te ves a ti mismo basta para matar a la mayoría de la gente.

Y tal vez la razón de que los vampiros no puedan morir es que nunca se pueden ver en fotografías ni en espejos.

—Todo el montaje del mundo —dice la señora Clark— no nos iba a salvar.

Todo el aeróbic del mundo o toda la cirugía plástica no podría haberles dado el aspecto que se imaginaban que tendrían antes de empezar a ver la cinta. Lo único que vieron fue a dos animales casi desprovistos de pelo, pelones y de color rosa oscuro y completamente desproporcionados, parecidos a esos perros mestizos sin raza, que tienen las patas cortas y los cuellos largos y unos torsos gruesos sin cintura visible. No paraban de dedicarse entre ellos unas sonrisas enormes como cepos para osos mientras las miradas se les iban a la cámara para asegurarse de que había alguien todavía prestándoles atención. Y no paraban de meter barriga.

Y peor que su fealdad cotidiana era la prueba de que estaban envejeciendo. Sus

labios actuaban como ventosas, y la piel flácida les hacía bolsas y se les amontonaba alrededor de todos los orificios. Sus cuerpos se mecían juntos como si fueran alguna máquina antigua y terrible obligada a funcionar a máxima velocidad hasta romperse en pedazos.

La erección de Nelson parecía torcida y oscura de suciedad, como algo rescatado del cubo de la basura de la parte de atrás de una tienda de comestibles china. Los labios y el pecho de Tess eran tan grandes que parecían una atracción de feria, y sus cicatrices seguían inflamadas.

Y qué.

Tess Clark lloró mientras se miraban a sí mismos desde todos los ángulos y en todas las posiciones. Y contemplaron todas y cada una de las partes de sus cuerpos, desde las plantas de los pies hasta el cuero cabelludo, los secretos que guardaban entre las piernas y el pelo que escondían bajo los brazos, hasta que la cinta llegó a su fin y los dejó allí sentados a oscuras.

Aquello era todo lo que eran.

Después, incluso llorar les pareció otra forma predestinada al fracaso de superar aquel momento. Cualquier emoción parecía una forma tonta e inútil de negar lo que ambos habían visto. Cualquier cosa que hicieran significaba volver a empezar otro sueño estúpido y condenado.

Podían filmar otra película. Montar su productora. Pero ahora, hicieran lo que hicieran, sabrían que no era real. Que nunca serían como imaginaban ser.

Y que no importaba lo mucho que se esforzaran, no importaba cuánto dinero ganaran, los dos iban a morir.

En dos días con una cámara de alquiler, habían gastado toda su asignación de interés en el otro. Ninguno de ellos guardaba ya ningún misterio.

Respecto a las luces y la cámara, Alquileres ABC no paraba de llamarles para que los devolvieran. La compañía de alquiler no dejó de cargar las facturas a su tarjeta de crédito hasta que los Clark debieron más dinero del que habían tenido nunca ahorrado.

El día que Nelson Clark salió cansinamente de la cama para empaquetar la cámara y las luces y devolverlas, ya no volvió a casa.

La semana siguiente, a la señora Clark no le vino la regla.

—Estos pechos gigantescos —dice la señora Clark— se suponía que me iban a desgravar. Nada más que la apariencia de algo grande y maternal. Y ahora había un bebé de camino.

Nelson Clark nunca regresó a casa. En una ciudad de aquel tamaño, cientos de maridos se van de casa todos los años. Los niños se van de casa. Las esposas se fugan. La gente desaparece.

Y qué.

Tess Clark quemó la cinta de vídeo, pero la vuelve a ver cada vez que cierra los ojos. Incluso ahora, después de dieciséis años. Incluso ahora que su hija ya ha nacido y ha crecido y ha muerto.

El bebé al que pusieron de nombre Cassandra.

Es en el lounge estilo Renacimiento italiano donde la señora Clark encuentra a la Directora Denegación desplomada sobre una voluminosa mesa de madera negra. Por todos los bordes de la mesa cae la sangre a chorros. La sangre pegajosa ya está recubierta de una capa de pelo de gato. La Directora Denegación tiene una cuerda hecha con una media de nailon retorcida y atada alrededor de la muñeca. Hay un cuchillo de carnicero clavado en la mesa. Por encima de la media de nailon, la mano de la Directora yace pálida en medio de un charco de color rojo oscuro.

En el suelo de debajo de la mesa, Cora Reynolds está masticando un dedo índice cortado.

—Querida —dice la señora Clark, mirando el muñón sanguinolento y cubierto de una costra mientras la Directora se lo envuelve una y otra vez con un trozo de seda amarilla. Y la sangre traspasa el amarillo.

La señora Clark da un paso adelante para ayudar, para apretar más el trozo de seda, y le dice:

—¿Quién te ha hecho esto?

La Directora Denegación se aprieta más el torniquete de nailon y dice:

—Usted.

Llegado este punto, todo el mundo está buscando un toque especial.

Todos queremos una forma de reforzar nuestro papel. De poner a nuestro personaje en primer plano después de que nos rescaten.

Además, es una forma de alimentar al gato.

Quien pueda mostrar el sufrimiento más intenso, el mayor número de cicatrices, será el protagonista en la mente del público. Si el mundo de fuera entrara a rescatarnos en este preciso momento, la Directora Denegación sería nuestra mayor víctima: mostrando los muñones de sus dedos cortados en las manos y en los pies, haciendo ostentación de los mismos para obtener compasión. Convirtiéndose en la protagonista. En el primer bloque de cualquier programa de entrevistas de la tele.

Convirtiéndonos al resto en su plantilla de secundarios.

Para no ser menos, el flaco San Destripado ha pedido prestado un cuchillo de carnicero del Chef Asesino y se ha cortado el pulgar de la mano derecha. Una pulgarectomía radical.

Para no quedar eclipsado, el Reverendo Sin Dios ha pedido que le prestaran el cuchillo de carnicero y se ha cortado el dedo pequeño de cada pie.

—Para ser famoso —dice—. Y después me pondré zapatos de tacón estrechos de verdad.

En el papel de pared verde y en los cortinajes de seda del lounge estilo Renacimiento italiano, el verde está lleno de salpicaduras de sangre que se ven negras bajo la luz eléctrica. La moqueta está tan pegajosa que a cada paso le intenta chupar a uno los zapatos.

El Eslabón Perdido dice que perder un dedo lo distrae a uno del hambre. El Eslabón Perdido lleva vestiduras de obispo, con pelos negros del pecho asomándole por el cuello, todas de brocado blanco y con bordados dorados en los dobladillos. Lleva una peluca empolvada que hace que su cabeza cuadrada y su barba enmarañada parezcan el doble de grandes.

Con su cola de caballo, el Duque de los Vándalos lleva una camisa de gamuza y pantalones con flecos largos que ondean en todas las costuras. Y se dedica a masticar su chicle de nicotina. La Madre Naturaleza está coja y se dedica a renquear por ahí con unas sandalias de tacón alto que exhiben sus dedos de los pies cortados, con su collar de campanillas tintineando a cada paso renqueante. Mordisqueando una vela de aromaterapia de clavo y nuez moscada.

Estamos todos luchando contra el frío con blusas de poeta estilo Lord Byron llenas de volantes. O con faldas largas a lo Mary Shelley llenas de enaguas. Con capas de Drácula con forro de satén rojo. Con pesadas botas de Frankenstein.

Llegado este punto más o menos, San Destripado pregunta si puede ser él quien se enamore.

Toda epopeya necesita una subtrama romántica, dice, aguantándose los pantalones con la mano para que no se le caigan. Para cubrir todas las bases de mercado necesitamos a dos personas jóvenes víctimas de un amor profundo y desesperado, pero a quienes un cruel villano impide estar juntos.

San Destripado y la Señorita Estornudos, conversando en el lounge estilo Renacimiento italiano con sus sillas bordadas y sus colgantes de seda verde entre altas ventanas de espejo, han dado con el lugar para urdir un romance.

—Yo estaba pensando en enamorarme de la Camarada Sobrada —dice San Destripado.

A su lado, el cuchillo de carnicero está clavado en la larga mesa de madera. El fantasma del señor Whittier esperando a su siguiente víctima.

Limpiándose la nariz de lado, la Señorita Estornudos le pregunta al Santo si le ha preguntado a la Camarada Sobrada qué le parece estar enamorada de él. Después de que nos rescaten, durante la fase de marketing y promoción en los medios, cualesquiera dos personas que hayan estado luchando por estar juntos tendrán que fingir por lo menos que están enamorados. No importa cómo actúen aquí dentro, pero en cuanto se abran esas puertas van a tener que estar besándose y abrazándose cada vez que una cámara apunte en su dirección. La gente esperará una boda. Tal vez incluso hijos.

Parpadeando con sus ojos inyectados de sangre, la Señorita Estornudos dice:
—Elige a una chica a la que puedas fingir que amas durante el resto de tu vida.

Y San Destripado dice:

—¿Qué te parece la Condesa Clarividencia y yo?

Tal como lo ve San Destripado, estar falsamente casada con él tiene que ser como para cortarse los dedos. Cualquier mujer de las de aquí tendría que correr para aprovechar la oportunidad.

Y sonriendo, con la cara muy pegada a la de él, la Señorita Estornudos dice:

—¿Qué te parece tú y yo?

Y San Destripado dice:

—¿Y la Baronesa Congelación?

—No tiene labios —dice ella—. O sea, no tiene labios de verdad.

¿Y Miss América?

—Ella ya va a ser famosa por estar embarazada —dice la Señorita Estornudos.

Y dice:

—Yo no estoy embarazada, y sí que tengo labios...

La Directora Denegación ya se ha cortado algunos dedos de las manos. También la Hermana Justiciera, además de varios de los pies, usando el mismo cuchillo de mondar que tomó prestado la Dama Vagabunda para mutilarse. Su plan, después de que los rescaten, es contarle al mundo que el señor Whittier los torturó cortándoles un trocito cada día si no producían una gran obra de arte. O bien era la señora Clark la que cortaba mientras el señor Whittier sostenía a la víctima inmovilizada y gritando sobre la larga mesa de madera oscura del lounge estilo Renacimiento italiano.

La mesa ya tiene marcas de tajos de práctica y tajos nerviosos y tajos exitosos con el cuchillo de carnicero del Chef Asesino.

—Muy bien —dice San Destripado—. ¿Y la Madre Naturaleza?

Está claro que solamente quiere un masaje en los pies, una nueva forma de pasar un buen rato en la cama. Una reflexopaja. Otro método sin manos que supere a la zanahoria invisible, la cera de vela y la piscina. No tanto una subtrama romántica como una necesidad sexual.

Mejor, dice la Señorita Estornudos. Y dice:

—Sabes lo que se ha hecho Madre en la nariz, ¿verdad?

La pobre Señorita Estornudos sigue tosiendo y tosiendo por culpa de las esporas de moho que tenemos que respirar, pero su sufrimiento se queda en nada comparado con el de la Madre Naturaleza, que ha pedido prestado un cuchillo de hacer filetes y se ha rajado los orificios nasales hacia arriba hasta llegar al caballete de la nariz: ahora cada vez que se tiene que reír le tintinean las campanillas y le caen costras por todas partes.

Con todo, necesitamos la subtrama romántica. Cualquier historia romántica.

La verdad es que ha sido el señor Whittier el que le ha rajado la nariz a la Madre Naturaleza.

—Pero si está muerto —dice la señora Clark.

El señor Whittier lo hizo antes de morir, dice el Eslabón Perdido. Ahora que todo el mundo se está cortando los dedos de las manos y los dedos de los pies y las orejas, de ninguna manera nadie va a salir de aquí sin una buena cicatriz. Sin un muñón que puedan exhibir en primer plano en la televisión. El señor Whittier lo hizo para evitar que San Destripado y la Madre Naturaleza estuvieran juntos. Para castigarlos por enamorarse.

En nuestra versión de lo sucedido, todo dedo de una mano o de un pie ha sido devorado por los villanos a quienes nadie va a creer.

El Casamentero ha estado haciendo preguntas, intentando encontrar a alguien dispuesto a cortarle el pene. Porque es perfecto: se trata de una tortura que coincide con una vieja broma de su familia.

Un solo tajo, dice, y se acabaron tus problemas. No hay más que un pene cortado en el suelo.

—Además, no lo uso para nada —dice el Casamentero, y sonrío. Guiño, guiño.

Por ahora no se ha presentado nadie voluntario para blandir el cuchillo de carnicero. No porque sea algo demasiado asqueroso o demasiado horrible, sino porque hacerlo pondría al Casamentero en el asiento del conductor. Un pene cortado es algo que ninguno de los demás podemos superar.

Con todo, si lo hace —y se desangra— eso significaría que los royalties solamente se dividirán entre quince. Entre catorce si la Señorita Estornudos se da prisa y se asfixia con el moho. Entre trece si Miss América es lo bastante considerada como para morirse al dar a luz.

Como todo el mundo le está dando sus trocitos a la gata, Cora Reynolds se está poniendo enorme.

—Si te cortas la polla —dice la Directora Denegación—, no se la des a mi gata.

Dice:

—No quiero tener que estar pensando en eso cada vez que Cora me lama la cara...

Fue mientras buscábamos vendas cuando encontramos los disfraces. Fuimos detrás del escenario en busca de tela limpia para rasgarla y conseguir vendas y nos encontramos montones de vestidos de noche y capas sobrantes de vodeviles y operetas. Dobladas entre papel de seda y bolas de naftalina, en baúles y bolsas para la ropa, encontramos faldas de aros y togas. Quimonos y faldas escocesas. Botas y pelucas y armaduras.

Gracias al hecho de que la señora Clark cortó el cable de la lavadora, toda la ropa que hemos traído apesta y está llena de polvo y de sudor. Gracias al hecho de que el

señor Whittier se cargara la caldera, el edificio está cada día más frío. Así que empezamos a llevar estas túnicas y sarongs y chalecos. Estas prendas de terciopelo y brocados de satén. Sombreros de colonos con hebillas plateadas. Guantes hasta el codo de cuero blanco.

—Estas salas... —dice la Condesa Clarividencia, tocada con su turbante y dando tumbos, después de haberse cortado los dedos de los pies pero no la pulsera de seguridad que permite rastrearla y que lleva en la muñeca—. Esta ropa... toda esta sangre... —dice—. Es como si estuviera en un cuento de hadas espantoso de los hermanos Grimm...

Llevamos estolas de pieles hechas de animalitos que se muerden el culo entre sí. Visonos y hurones y comadreja. Muertos pero con los dientes todavía bien hincados.

Aquí, en el lounge estilo Renacimiento italiano, apoyado en una rodilla, sosteniéndole la mano ensangrentada y mirándola desde debajo de la nariz rajada de ella, San Destripado le dice a la Madre Naturaleza:

—¿Puedes fingir que me amas durante el resto de tu vida?

Y allí arrodillado, le pone el diamante de tres quilates embadurnado de rojo pegajoso que ha cortado de la mano de la Dama Vagabunda, San Destripado pone los restos muertos y resplandecientes de Lord Vagabundo en el dedo pintado con henna rojo de la Madre Naturaleza.

Y le gruñe el estómago.

Y ella se ríe, soltando sangre y costras por todas partes.

Llegado este punto, todas las camisas de seda y la ropa blanca están apelmazadas y embadurnadas de sangre. Los dedos de los guantes cuelgan vacíos. Los zapatos y las botas están rellenos con calcetines hechos unas bolas para reemplazar los dedos de los pies que faltan.

Las estolas de pieles, las comadreja y los hurones, suaves como el pelo de la gata.

—Seguid dando de comer a ese gato —dice Miss América— y podrá ser nuestro pavo del día de Acción de Gracias.

—No lo digas ni en broma —le dice la Directora Denegación, rascando el estómago gordo de la gata—. La pequeña Cora es mi nenita...

Con las raíces de su pelo oxigenado asomando, marrones, como una especie de varilla de medir que indica el tiempo que llevamos encerrados, Miss América mira cómo el gato arranca la carne de otro dedo. Levanta la vista para mirar a la Directora Denegación y dice:

—Si has sido tú la que me ha robado mi rueda de ejercicios, quiero que me la devuelvas.

Miss América pone las manos un poco separadas y dice:

—Es de plástico rosa, y más o menos así de grande. Ya te acuerdas.

Cepillando la capa de pelos de gato que cubre sus vendas de seda amarilla y pegajosa, la Directora dice:

—¿Qué pasa con el hijo que esperas?

Y acariciándose su barriga diminuta, Miss América dice:

—El Casamentero tendría que darme de comer su pene a mí.

Dice:

—Soy yo la que no está comiendo por dos...

CARACTERÍSTICAS DEL PUESTO

Un poema sobre la Directora Denegación

«Un agente de policía —dice la Directora Denegación— tiene que proteger hasta a los adoradores de Satanás.»

No se le permite elegir.

La Directora Denegación en el escenario, las mangas de tweed de su blazer le desaparecen tras la espalda, donde se está cogiendo las manos escondidas, tal como se pone uno delante de un pelotón de fusilamiento. El pelo salpicado de canas y cortado para que parezca erizado a propósito.

En el escenario, en vez de un foco, un fragmento de película: la imagen de una cámara de seguridad, borrosa y en blanco y negro, de unos sospechosos detenidos, en medio de una ronda de identificación por parte de un testigo.

Sospechosos que forcejean con sus esposas o que llevan los abrigos subidos para cubrirse la cara mientras entran en el tribunal.

Sobre el escenario está la Directora Denegación, con el contorno de la pistolera que lleva al hombro abultándole a un lado del blazer.

La falda de tweed le llega casi hasta las zapatillas de deporte blancas todas raspadas y con doble nudo en los cordones.

Y dice: «Un agente de policía tiene que dar la vida por el primero que pase».

Morir por gente que da patadas a los perros.

Por drogadictos. Comunistas. Luteranos.

Morir en defensa de niños ricos con fondos fiduciarios.

Pederastas. Pornógrafos. Prostitutas.

Si la siguiente bala lleva su nombre.

Con hordas de víctimas y criminales sobre la cara, en blanco y negro,

La Directora Denegación dice: «Puedes morir por parásitos de la asistencia social...».

O por travestidos.

Por gente que te odia o por gente que te llama héroe.

Cuando te llega la hora no tienes oportunidad de decidir.

«Y si eres muy estúpido —dice la Directora Denegación—,
te mueres aún con esperanzas.»

De haber mejorado un poquito el mundo.

Y quizá, solamente quizá, de que tu muerte
vaya a ser la última.

ÉXODO

Un relato de la Directora Denegación

Por favor, entiendan.

Nadie está defendiendo lo que hizo Cora.

Tal vez hace dos años fue la única vez que pasó algo parecido. En primavera y en otoño, el personal de la oficina del condado tenía que hacer un curso de repesca de boca a boca. De reanimación cardiopulmonar. Los grupos se reunían en la enfermería para practicar masajes cardíacos sobre el maniquí. Formaban parejas, la directora de la división se dedicaba a hacer presión sobre el pecho mientras la otra persona se arrodillaba, presionaba las aletas nasales para mantenerlas cerradas e insuflaba aire dentro de la boca. El maniquí era un modelo Breather Betty, nada más que un torso con cabeza. Sin brazos ni piernas. Con unos labios azules de goma. Con los ojos moldeados abiertos, mirando fijamente. Unos ojos verdes. Con todo, quien fabricara aquellos maniqués les pegaba pestañas largas. Les pegaba una peluca glamorosamente femenina, un pelo rojo y tan suave que uno no se daba cuenta de que lo estaba cepillando con los dedos hasta que alguien decía:

—Ya basta...

Mientras permanecía arrodillada junto al maniquí y extendía sus uñas pintadas de rojo sobre el pecho del mismo, la directora de la división, la directora Sedlak, dijo que todos los maniqués Breather Betty estaban moldeados a partir de la máscara mortuaria de la misma chica francesa.

—Es una historia verídica —les dijo a todos.

Aquella cara que había en el suelo era la cara de una suicida a la que habían sacado del agua hacía más de un siglo. Los mismos labios azules. Los mismos ojos vidriosos y muy abiertos. Todos los maniqués Breather Betty están moldeados a partir de la cara de la misma joven que se tiró al río Sena.

Nunca sabremos si la chica murió de amor o de soledad. Pero los detectives de la policía usaron yeso para hacer una máscara de su cara muerta, para ayudar a descubrir su identidad, y décadas más tarde un fabricante de juguetes poseía aquella máscara y la usó para moldear la cara del primer maniquí Breather Betty.

A pesar del riesgo de que alguien en una escuela o en una fábrica o en una unidad del ejército pudiera algún día agacharse y reconocer el cuerpo muerto hacía mucho tiempo de su hermana, de su madre, de su hija o su mujer, aquella misma chica muerta seguía siendo besada por millones de personas. Durante generaciones enteras, millones de desconocidos habían puesto sus labios sobre los de ella, sobre aquellos mismos labios ahogados. Durante el resto de la historia, y por todo el mundo, la gente

seguiría intentando salvar a aquella misma mujer muerta.

Aquella mujer que solamente quería morir.

La chica que se convirtió a sí misma en un objeto.

Nadie dijo esto último. Pero no hacía falta que nadie lo dijera.

Así pues, el año pasado, Cora Reynolds estaba en un grupo que fue a la enfermería y sacó al maniquí Breather Betty de su maleta de plástico azul. La extendieron sobre el suelo de linóleo. Le limpiaron la boca con agua oxigenada. Otra norma de la oficina del condado. Procedimiento higiénico estándar. La directora Sedlak se inclinó para poner las palmas de las dos manos en medio del pecho de Betty. Sobre su esternón. Alguien se arrodilló a su lado para cerrarle la nariz con los dedos al maniquí. La directora empezó a hacer presión sobre el pecho de plástico. Y el tipo que estaba de rodillas, el que tenía la boca sobre la boca de goma de Betty, se puso a toser.

Se echó hacia atrás, tosiendo, sentado sobre sus talones. Luego escupió. Plaf, allí en medio del suelo de linóleo de la enfermería, escupió. Luego el tipo se limpió los labios con el dorso de la mano y dijo:

—Joder, qué peste.

La gente se agolpó a su alrededor, Cora Reynolds entre ellos, el resto de la clase, todos se acercaron.

Todavía en cuclillas allí, el tipo del boca a boca dijo:

—Tiene algo dentro.

Se tapó la boca y la nariz con una mano ahuecada. Apartando la cara a un lado, apartándola de la boca de goma pero sin dejar de mirarla, dijo:

—Adelante. Golpéela otra vez. Golpéela fuerte.

La directora, inclinada con el dorso de las manos sobre el pecho de Betty, con las uñas pintadas de color rojo oscuro, hizo presión.

Y una burbuja de gran tamaño se hinchó entre los labios de goma azules de Betty. Un líquido, parecido a salsa para ensaladas, claro y lechoso, una burbuja enorme del mismo. Una perla gris grasienta. Luego una pelota de ping-pong. Una pelota de béisbol. Hasta que reventó. Salpicándolo todo de aquella sopa grasienta y blanquecina. De aquel cultivo claro y acuoso que llenó la sala de una nube de hedor.

Hasta aquel día, cualquiera podía usar la enfermería. Cerrar la puerta con llave. Estirar el catre plegable y echarse una siesta durante la hora del almuerzo. Si les dolía la cabeza. O si tenían dolores menstruales. Allí era donde podían encontrar el botiquín. Todas las vendas y las aspirinas. No hacía falta el permiso de nadie. Lo único que había allí dentro era el catre plegable, un armarito con una pileta metálica para lavarse las manos y un interruptor en la pared para encender la luz. La maleta de plástico azul donde iba guardado el Breather Betty no tenía cerradura.

Los miembros del grupo hicieron rodar el maniquí hasta ponerlo de lado, y de la

comisura de la boca blanda de goma del mismo cayó primero una serie de gotas y luego un hilo de mejunje cremoso. Una parte de aquella porquería líquida le mojó la mejilla de goma rosada. Otra parte formó una película entre sus labios y sus dientes de plástico. La mayor parte formó un charco sobre el embaldosado de linóleo.

Ahora aquel maniquí era una persona francesa. Una chica que se había ahogado. Una víctima de sí misma.

Todo el mundo estaba allí de pie, tapándose la boca y la nariz con una mano ahuecada o con un pañuelo. Parpadeando para protegerse de aquel hedor que les hacía llorar los ojos. La nuez les subía y les bajaba por debajo de la piel del cuello mientras tragaban saliva una y otra vez para mantener en su sitio sus huevos revueltos y su beicon y su café y su avena con leche desnatada y su yogur de melocotón y sus magdalenas inglesas y su queso fresco, allí abajo en sus tripas.

El tipo del boca a boca agarró el botellín de agua oxigenada y echó la cabeza hacia atrás. Se llenó la boca de un par de tragos e infló las mejillas. Miró el cielo, con los ojos cerrados, la boca abierta, haciendo gárgaras de agua oxigenada. Luego se echó bruscamente hacia delante para escupir el líquido que tenía en la boca dentro de la pileta de metal.

Todo el mundo en la sala pudo inhalar el olor a lejía para la ropa del agua oxigenada y, por debajo del mismo, el olor a retrete de los pulmones del maniquí Breather Betty. La directora dijo que alguien trajera un kit de investigación de delitos sexuales. Los frotis y los portaobjetos para el microscopio y los guantes.

Cora Reynolds era uno de los miembros de aquel grupo, y se encontraba tan cerca que se llevó en los zapatos un poco de aquella porquería resbaladiza cuando regresó a su mesa. Fue después de aquel día cuando la oficina del condado puso una cerradura en aquella puerta y le entregó la llave a Cora. Desde entonces, si alguien tenía dolores menstruales tenía que poner su nombre en una lista, con la fecha y la hora, antes de que le dieran aquella llave. Si a alguien le dolía la cabeza, le pedía dos aspirinas a Cora.

El equipo de los laboratorios estatales, cuando recibieron los frotis y analizaron las muestras y los cultivos, preguntaron si aquello era una broma.

Sí, dijo el equipo del laboratorio, aquel pringue era esperma. Una parte del mismo tal vez tuviera seis meses. Era de la época de la sesión anterior de los cursos de boca a boca. Pero es que, además, había muchísimo. Cuando se le hizo la prueba del ADN, los índices genéticos mostraron que aquello era obra de doce, tal vez quince hombres distintos.

Y los chicos de aquí de la oficina del condado dijeron: Sí. Es una broma sin gracia. Olvidadlo todo.

Esto viene a ser lo que hacen los seres humanos: convertir objetos en gente y convertir a la gente en objetos.

Nadie mencionó que era el equipo del condado el que la había cagado. La había cagado por todo lo alto.

No sorprendió a nadie que Cora se llevara a casa el maniquí Breather Betty. Que se las apañara para limpiarle los pulmones. Que le lavara y le arreglara el pelo rojo glamorosamente femenino. Cora le compró un vestido nuevo para su torso sin brazos ni piernas. Un collar de perlas falsas para ponérselo en el cuello. Cora simplemente no podía tirar a la basura algo tan indefenso. Le puso pintalabios en los labios azules. Rímel en sus largas pestañas. Colorete. Colonia, mucha colonia, para tapar el olor. Unos bonitos pendientes de esos que no necesitan agujero. A nadie le sorprendería descubrir que se pasaba todas las noches sentada en el sofá de su apartamento, mirando la televisión y charlando con el maniquí.

Nadie más que Cora y Betty. Charlando en francés.

Con todo, nadie llamaba chiflada a Cora Reynolds. Como mucho un poquito para allá.

La normativa de la oficina del condado decía que tendrían que haber metido al maniquí en una bolsa de plástico negro y dejarlo en una estantería recóndita de la sala de pruebas. Dejarla allí olvidada. A Betty, no a Cora. Fermentando. Olvidada junto con las bolsas numeradas de marihuana y cocaína. Con las ampollas de crack y las pelotas de heroína. Con las pistolas y cuchillos que esperaban su momento de aparecer en algún tribunal. Con todas las bolsitas y las papelas que se iban encogiendo, volviéndose cada vez más pequeñas, hasta que solamente quedaba lo bastante para una pena de cárcel por delito mayor.

Pero no, rompieron las normas. Dejaron que Cora se llevara el maniquí a casa.

Nadie quería que envejeciera sola.

Cora. Era de esa clase de personas que no pueden comprar un solo animal de peluche. Parte de sus tareas asignadas consistía en comprar muñecos de peluche para todos los niños que venían a prestar declaración. Todos los niños a los que el tribunal cogía bajo su tutela. Todos los niños a los que se traía por abandono y se mandaba a un hogar de acogida. En la juguetería, Cora cogía un mono todo suavcito de una cubeta llena de animales... pero es que parecía muy solo en su carrito de la compra. Así que elegía una jirafa peluda para que le hiciera compañía. Luego un elefante de peluche. Un hipopótamo. Una lechuza. Llegaba un punto en que había más animales en su carro de la compra que en la cubeta de venta al público. Y todos los animales que quedaban atrás eran aquellos a los que les faltaba un ojo, que tenían una oreja rota o una costura abierta. A los que se les salía el relleno. Eran los animales que nadie quería.

Nadie se podía imaginar cómo el corazón de Cora se caía desde lo alto de un acantilado en aquel momento. Aquella larga caída desde la cima de la montaña rusa más alta del mundo, aquella sensación dejaba a Cora convertida en nada más que

piel. En nada más que un tubo de piel con un agujero diminuto en cada extremo. Un objeto.

Aquellos tigrecitos todos sucios, que dejaban tras de sí un rastro de hilos sueltos. Los renos de peluche aplastados. Tenía el apartamento lleno de aquellos osos panda rotos y de aquellos pequeños búhos manchados y aquel maniquí Breather Betty. Una sala de pruebas de una naturaleza distinta.

A eso se dedican los seres humanos...

Pero la pobre, pobre Cora. Después se dedicaría a cortarle la lengua a la gente. A infectarlos con parásitos. Obstruir la justicia. A robar artículos de propiedad pública. Y nadie está hablando de apropiación indebida de artículos de oficina: bolígrafos, grapadoras, papel de la fotocopidora.

Era Cora la que ordenaba el material de oficina. La que los viernes recogía la tarjeta de fichar de todo el mundo. La que los jueves repartía los cheques de la paga. La que enviaba todos los informes de gastos a contabilidad para que se los reembolsaran. La que contestaba el teléfono diciendo: «Servicio de atención familiar y al menor». La que compraba un pastel y hacía circular una tarjeta de felicitación por el departamento cuando era el cumpleaños de alguien. Aquel era su trabajo.

Nadie tuvo ningún problema con Cora Reynolds antes de que la niña y el niño llegaran de Rusia. El problema de verdad era que Cora nunca veía a ninguna niña, a ninguna niñita con pecas y coletas, a menos que alguien se la hubiera follado.

A todos aquellos granujillas, a todos aquellos bribonzuelos con sus petos y un tirachinas sobresaliendo del bolsillo de atrás, Cora solamente los conocía porque alguien los había obligado a chuparle la polla. Allí todas las sonrisas infantiles con dientes caídos eran máscaras. Todas las rodillas manchadas de hierba eran pistas. Todos los moretones eran indicadores. Todos los guiños o chillidos o risitas tenían una casilla para marcarlos en los formularios de ingreso de las víctimas. Y tener controlados aquellos formularios de entrevistas era trabajo de Cora. Tener controlados a los niños y todos los expedientes y todas las investigaciones en curso. Hasta lo que sucedió, Cora Reynolds fue la mejor directora de oficina de la Historia.

Con todo, lo que hacían allí no eran más que cuidados paliativos. No se puede desfollar a una criatura. En cuanto te tiras a un niño, ya no se puede sacar a ese genio de la botella. Ese niño ya está jodido para el resto de su vida.

No, la mayoría de los niños y niñas iban allí sin decir nada. Con estrías. Ya en su mediana edad. Sin sonreír.

Las criaturas iban allí, y el primer paso era la entrevista de evaluación con un muñeco anatómicamente detallado. Que no es lo mismo que un muñeco anatómicamente correcto, pero hay mucha gente que los confunde. Como Cora. Cora los confundía.

El muñeco anatómicamente detallado típico está hecho de trapo y cosido como si

fuera un animal de peluche. Con el pelo hecho de hebras de hilo. Lo que lo distingue principalmente de la muñeca Raggedy Ann son los detalles: un pene y unas pelotas blanditos de peluche o bien una vagina de tela de encaje. Un cordón bien prieto en la parte de atrás para formar un ano apretado. Dos botones cosidos al pecho para representar pezones. Estos muñecos sirven para que los niños y niñas que ingresan puedan representar los hechos. Para demostrar lo que les han hecho papá y mamá o el nuevo novio de mamá.

Los niños y niñas metían los dedos dentro de los muñecos. Los arrastraban por el pelo de hilo. Los agarraban del cuello y los zarandeaban hasta que se les caía la cabeza de peluche. Pegaban a los muñecos y los lamían y los mordían y los chupaban, y luego le correspondía a Cora el trabajo de volver a coserles los pezones. Era Cora quien buscaba un par de canicas nuevas cuando alguien tiraba demasiado fuerte del pequeño escroto de felpa.

Todo lo que se hacía a aquellos niños y niñas se les hacía después a los muñecos.

Nadie llegaba a aquel tipo de trabajo por casualidad.

Los hilos se soltaban como resultado de que demasiados niños víctimas de abusos sometían a los muñecos a abusos. Demasiados niños engañados chupaban el mismo pene rosado de fieltro. Demasiadas niñas habían metido a la fuerza un dedo, dos dedos y tres dedos en la misma vagina de labios de satén. Rasgándola por encima y por debajo. Hasta que sobresalían pequeñas hernias de relleno de algodón. Debajo de su ropa, los muñecos estaban manchados y sucios. Pegajosos y malolientes. La tela estaba rozada hasta hacer bolas y llena de cicatrices de enganchones allí donde faltaban los hilos.

Aquellos muñecos y muñecas de los que el mundo entero abusaba.

Y por supuesto, Cora hacía lo que podía para mantenerlos limpios. Los remendaba cuando se rompían. Pero un día se metió en internet para encontrar otro par. Una pareja nueva.

En alguna parte había mujeres que se ganaban la vida cosiendo pequeñas vaginas en forma de bolsillo o escrotos en forma de monedero. Mujeres que vestían a aquellos muñecos y muñecas con vestiditos floreados de algodón o con pantalones de peto. Pero aquella vez, Cora quería algo que durara. Se metió en internet. Encargó una pareja nueva de un fabricante del que nunca había oído hablar. Pero aquella vez confundió detallado con correcto.

Lo que pidió fue muñecos de niño y niña anatómicamente correctos. Los más baratos que hubiera. Que duraran. Fáciles de lavar.

Un buscador de internet le ofreció una pareja de muñecos. Hechos en la antigua Unión Soviética. Con brazos y piernas flexibles. Anatómicamente correctos. Como eran los más baratos, y aquella era la política de compra de la oficina del condado, encargó la compra.

Más tarde, nadie llegó a preguntar por qué había encargado aquellos muñecos. Cuando llegó la caja, que era de cartón marrón y tan grande como un archivador de cuatro cajones, cuando el repartidor la trajo con una carretilla y la dejó al lado de la mesa de ella, cuando le hizo firmar el impreso que llevaba en un sujetapapeles, fue entonces cuando Cora sospechó por primera vez que aquello podía haber sido una equivocación.

En cuanto abrieron la caja, en cuanto vieron lo que había dentro, ya fue demasiado tarde.

Fueron Cora y un detective del condado los que sacaron las grapas de metal y luego hurgaron entre las láminas de plástico de burbujas, los que hurgaron hasta encontrar un pie. Un pie rosado de niño, con cinco dedos perfectos sobresaliendo, asomando de las bolitas de espuma de poliestireno y del plástico de burbujas.

El detective movió uno de los dedos del pie. Miró a Cora.

—Eran los más baratos —dijo Cora.

Y añadió:

—No había mucho donde elegir.

El pie era de goma rosado y estaba acabado con unas uñas de color claro y duras. La piel era lisa y no tenía pecas ni lunares ni venas. Después el detective cogió el tobillo con la mano y tiró del mismo hasta dejar al descubierto una rodilla rosada y lisa. Luego un muslo rosado. Luego una lluvia de bolitas de embalar. Una cascada de plástico de burbujas. Y por fin apareció una niña desnuda y rosada suspendida del puño en alto del detective. Los rizos de pelo rubio le colgaban de la cabeza, rozando el suelo. Los brazos desnudos le colgaban a ambos lados de la cabeza. Permanecía boquiabierta, en un jadeo silencioso, dejando ver los dientes blancos y pequeños como perlas y el paladar liso y rosado. Una niña en la edad de ir a cazar huevos de Pascua y de hacer la primera comunión y de sentarse en el regazo de Santa Claus.

Mientras el detective la sostenía de un tobillo, la otra pierna de la niña permanecía doblada por la mitad, a la altura de la rodilla. Entre sus piernas, allí abierta, no solamente correcta sino... perfecta, estaba su vagina rosada. Con sus labios de un tono rosado más oscuro curvados hacia dentro.

Todavía en la caja, mirándola, mirándolos a todos, había un niño desnudo.

Un folleto impreso cayó revoloteando al suelo.

Luego Cora rodeó a la niña con sus brazos, abrazando su cuerpo blando como una almohada, y agarró una lámina de papel de embalar para envolver con ella su cuerpecillo.

El detective sonrió, negando con la cabeza, cerrando los ojos con fuerza, y dijo:

—Muy buen trabajo de adquisición, Cora.

Cora estaba abrazando a la niña, con una mano ahuecada para taponar las nalgas rosadas. Con una mano ahuecada sujetándole la cabeza rubia contra su pecho, y dijo:

—Esto es una equivocación.

El folleto decía que los muñecos eran de silicona blanda moldeada, de la misma que se usa para los implantes de pechos. Que se podían dejar debajo de una manta eléctrica y permanecerían calientes durante varias horas de placer. Su piel cubría un esqueleto de fibra de vidrio con articulaciones de acero. Su pelo había sido injertado mechón a mechón, plantado en la piel de su cuero cabelludo. No tenían vello púbico. El muñeco del niño tenía un prepucio opcional que se le podía poner sobre la punta del pene. La niña tenía un himen de plástico reemplazable que uno podía pedir por correo. Ambos muñecos, decía el folleto, tenían gargantas y rectos profundos y estrechos «para facilitar una vigorosa entrada oral o anal».

La silicona tenía memoria y regresaba a su forma original, sin importar lo que uno hiciera. Uno les podía estirar de los pezones hasta que estos tenían cinco veces su longitud original sin que se les rompieran. Los labios vaginales, el escroto y los rectos se podían ensanchar para «acomodar casi cualquier deseo». Los muñecos, decía el folleto, podían soportar «años de disfrute violento y vigoroso».

Para lavarlos solamente había que usar agua y jabón.

Dejar los muñecos bajo la luz directa del sol podía decolorarles los ojos y los labios, decía el folleto en francés, español, inglés, italiano y en algo que parecía chino.

Había garantía de que la silicona era inodora e insípida.

A la hora del almuerzo, Cora salió a comprar un vestidito y un juego de pantaloncitos y camisa. Cuando regresó a su mesa, la caja estaba vacía. A cada paso crujían bajo sus pies bolitas de espuma de poliestireno y plástico de burbujas. Los muñecos habían desaparecido.

En intendencia, le preguntó al encargado de los envíos si sabía algo. El encargado se encogió de hombros. En la sala de descanso, un detective dijo que tal vez alguien los necesitara para un caso. Se encogió de hombros y dijo:

—Están para eso...

Fuera, en el pasillo, le preguntó a otro detective si los había visto.

Preguntó dónde estaban los muñecos de los niños.

Le rechinaban los dientes. Le dolía el entrecejo de tanto juntar las cejas en medio de la frente. Notaba que le ardían las orejas. Que las tenía a punto de derretirse de tanto que ardían.

Encontró los muñecos en el despacho de la directora. Sentados en el sofá. Sonrientes y desnudos. Pecosos y sin vergüenza de nada.

La directora Sedlak estaba estirando un pezón del pecho del niño. Con los dedos, con el índice y el pulgar, con nada más que las uñas oscuras, la directora retorció y estiró del pezón oscuro. Con la otra mano, la directora pasó las yemas de los dedos de arriba abajo por entre las piernas de la niña y dijo:

—Joder, parece de verdad.

Cora le dijo a la directora que lo sentía. Se inclinó para apartarle un mechón de pelo de la frente al niño y dijo que no tenía ni idea. Cruzó los brazos de la niña por encima de sus pezones rosados. Luego le cruzó las piernas de plástico a la altura de la rodilla. Extendió las dos manos del niño sobre su regazo. Los dos muñecos se quedaron allí sentados, sonrientes. Los dos tenían ojos de cristal azules y pelo rubio. Dientes brillantes de porcelana.

—¿Qué es lo que sientes? —dijo la directora.

Malgastar el presupuesto de la oficina del condado, dijo Cora. Comprar algo tan caro a ciegas. Pensaba que estaba comprando una ganga. Y ahora la oficina del condado se vería obligada a pasarse un año más usando los muñecos viejos. La oficina del condado se quedaba sin nada y aquellos muñecos habría que destruirlos.

Y la directora Sedlak dijo:

—No digas tonterías.

Peinó el pelo rubio de la niña con las uñas de los dedos y dijo:

—No veo dónde está el problema.

Dijo:

—Podemos usar estos.

Pero estos muñecos, dijo Cora, son demasiado reales.

Y la directora dijo:

—Son de goma.

De silicona, dijo Cora.

Y la directora dijo:

—Si te ayuda, piensa en cada uno como en un condón de treinta y cinco kilos...

Aquella tarde, incluso mientras Cora les estaba poniendo la ropa al niño y a la niña, vinieron varios detectives a su mesa a pedirle que les dejara llevárselos. Para entrevistas de admisiones. Para investigaciones. Pidiendo reservarlos para cierta evaluación supersecreta fuera del terreno. Pidiendo llevárselos a casa esa noche para usarlos a primera hora de la mañana. Llevárselos el fin de semana. Preferiblemente la niña, pero si no estaba disponible, entonces el niño. Al final del primer día, los dos muñecos ya estaban reservados para todo el mes siguiente.

Si alguien quería un muñeco urgentemente, ella le ofrecía los muñecos de trapo viejos.

La mayor parte de las veces, el detective le decía que prefería esperar.

Y a pesar de toda aquella avalancha de casos que se abrían, nadie le enviaba ni un solo expediente nuevo.

Durante casi todo aquel mes, Cora solamente vio al niño y a la niña de vez en cuando, durante el tiempo que tardaba en entregárselos al siguiente detective. Y luego al siguiente. Y al siguiente. Y nunca estaba claro qué estaba haciendo cada cual, pero

la niña llegaba y se marchaba, un día con las orejas perforadas, otro día con un piercing en el ombligo, luego con carmín en los labios, luego apestando a colonia. En un momento dado, el niño llegó tatuado. Con una cadena de espinas tatuada alrededor del músculo de la pequeña pantorrilla. Un poco más tarde, con los pezones atravesados por pequeños aros plateados. Luego el pene. En una ocasión, con el pelo rubio despidiendo un olor acre.

Un olor como a caléndulas.

Como las bolsas de marihuana de la sala de pruebas. Aquella sala llena de pistolas y de cuchillos. Las bolsas de marihuana y de cocaína que siempre pesaban un poco menos de lo que debían. La sala de pruebas que siempre era la siguiente parada de los detectives después de llevarse en préstamo uno de los muñecos. Con la chica debajo de un brazo, se dedicaban a hurgar en las bolsas de las pruebas. A meterse cosas en el bolsillo.

En el despacho de la directora, Cora mostró los recibos de gastos que los detectives enviaban para que se los reembolsaran. Un recibo de una habitación de hotel de la misma noche en que un detective se había llevado la niña a su casa para hacer una entrevista al día siguiente. La habitación de hotel era una operación de vigilancia, le había dicho el detective. Y la noche siguiente otro detective volvió a sacar a la chica, y otra habitación de hotel, y otra cena para uno. Una película para adultos comprada en el televisor. Otra operación de vigilancia, dijo el tipo.

La directora Sedlak se la quedó mirando. A Cora, allí de pie, inclinada sobre la mesa de la directora, temblando tanto que los recibos le revoloteaban en el puño.

La directora se limitó a mirarla y a decir:

—¿Qué intentas decirme?

Es obvio, dijo Cora.

Y sentada detrás de su mesa de madera, la directora se echó a reír.

Y dijo:

—Considera esto una represalia.

—Todas esas mujeres —dijo la directora— que hacen manifestaciones y cánticos en contra de la revista *Hustler*, y que dicen que la pornografía convierte a las mujeres en objetos... Bueno —dijo—. ¿Qué crees que es un consolador? ¿O un donante de esperma de una clínica?

Puede que algunos hombres solamente quieran fotos de mujeres desnudas. Pero hay mujeres que solamente quieren la polla de un hombre. O su esperma. O su dinero.

Los dos sexos tienen el mismo problema con la intimidad.

—Deja de dar la vara por un par de puñeteros muñecos de goma —le dijo a Cora la directora Sedlak—. Si estás celosa, sal y cómprate un buen vibrador.

Una vez más, es a esto a lo que se dedican los seres humanos.

Nadie podía prever adónde iba aquello.

Aquel mismo día Cora salió a almorzar y compró un tubo de Superglue.

Y la siguiente vez que los muñecos volvieron a ella, y antes de dárselos a otro hombre, Cora embutió Superglue dentro de la vagina de la niña. Dentro de las bocas de ambos niños, sellándoles la lengua al paladar. Luego les embutió pegamento en el interior a los dos, por detrás, para soldarles los culos. Para salvarlos.

Y aun así, al día siguiente, un detective le vino a preguntar a Cora si le podía prestar una cuchilla de afeitar. O un cúter. O una navaja automática.

Y cuando ella le preguntó ¿por qué? ¿Para qué lo necesitaba?

Entonces él dijo:

—Para nada. Olvídalo. Ya encontraré algo en la sala de pruebas.

Y al día siguiente, tanto a la niña como al niño los habían abierto a cuchilladas, seguían siendo blandos pero ahora estaban llenos de cicatrices. Abiertos a navajazos. Vaciados a puñaladas. Todavía oliendo a pegamento, pero cada vez oliendo más a la porquería que tenía dentro Breather Betty y que seguía goteando y dejando manchas en el sofá de casa de Cora.

Unas manchas que la gata de Cora se pasaba horas oliendo. No las lamía, sino que las olía como si fueran Superglue. O cocaína de la sala de pruebas.

Fue entonces cuando Cora salió a almorzar y compró una cuchilla de afeitar. Dos cuchillas. Tres cuchillas. Cinco.

Y la siguiente vez que la niña regresó a su mesa, Cora la metió en el cuarto de baño y la sentó en el borde del lavabo. Con un pañuelo de papel, Cora le limpió el colorete de las mejillas rosadas. Le lavó el pelo rubio y mustio y se lo peinó. Mientras el siguiente detective ya llamaba a la puerta cerrada con llave del cuarto de baño, Cora le dijo a la niña:

—Lo siento. Lo siento. Lo siento...

Le dijo:

—No te va a pasar nada malo.

Y Cora le metió una cuchilla de afeitar en el interior de la blanda vagina de silicona. En el agujero vaciado por un hombre a cuchilladas. Echando hacia atrás la cabeza de la niña, Cora le metió otra cuchilla en lo más hondo de su garganta de silicona. Y la tercera cuchilla, Cora la metió dentro del culo abierto a navaja, desbloqueado a machetazos, de la niña.

Cuando el niño le llegó a su mesa, simplemente dejado allí por alguien, tirado boca abajo sobre el brazo de su silla de oficina, Cora se lo llevó al baño junto con las dos últimas cuchillas.

Una represalia.

Al día siguiente entró un detective arrastrando a la niña del pelo. La dejó en el suelo al lado de la mesa de Cora. Se sacó un cuaderno y un boli del bolsillo interior

de la chaqueta y escribió: «¿Quién la tuvo ayer?».

Y levantando a la chica del suelo, atusándole el pelo, Cora le dio un nombre. Un nombre al azar. De otro detective.

Con los ojos fruncidos y negando con la cabeza, el tipo cogió su bolígrafo y su papel y dijo:

—¡Eze higo de la gandíziba buda!

Y se vio que tenía las dos mitades de la lengua sujetas con puntos negros.

El detective que trajo al niño iba cojeando.

Las cinco cuchillas habían desaparecido.

Fue después de eso cuando Cora tuvo que hablar con alguien del dispensario del condado.

Nadie supo cómo había conseguido aquella muestra de residuos tóxicos del laboratorio.

Después de aquello, todos los hombres del departamento caminaban agarrándose la piel de las pelotas a través de los pantalones. Levantando el codo como los monos para rascarse el pelo del sobaco. Tal como lo veían ellos, no habían tenido relaciones sexuales con nadie. No era posible que hubieran cogido ladillas.

Tal vez fue entonces cuando la esposa de un detective vino al centro. Después de encontrar esos puntitos de sangre que le salen a uno con las ladillas. Esas salpicaduras como de pimienta roja que uno se encuentra en los calzoncillos ajustados o en la parte de dentro de la camisa blanca, en cualquier sitio donde la ropa toque el vello corporal. Manchitas de sangre, sangre, sangre. Tal vez la mujer las encontrara en los pantalones cortos de su marido. O tal vez en los de ella. Se trataba de gente universitaria, que vivía en los barrios residenciales y compraba en el centro comercial, sin verdadera experiencia con las ladillas. Y ahora la mujer por fin entendía todos aquellos picores.

Y ahora aquella mujer estaba cabreada de verdad.

Y de ninguna manera podía imaginarse ninguna esposa que aquella era la versión con muñeco de goma de coger ladillas en la taza de un retrete. Que era sin duda la historia que contaría el marido. Pero es que era lo único que Cora había podido manganar en el dispensario. No se podía conseguir que las espiroquetas sobrevivieran en la silicona. La hepatitis no se podía contagiar a menos que hubiera contacto con la sangre. O con la saliva. No, los muñecos eran realistas, pero no tanto.

Cualquier esposa dejaba pasar aquello y a la semana siguiente su marido traía a casa un herpes y se lo contagiaba a ella y a los niños. O una gonorrea. O la clamidia. O el sida. Así que la esposa se puso a perseguir a Cora y a preguntarle:

—¿A quién se está tirando mi marido en la pausa del almuerzo?

Una sola mirada a Cora, con su peinado enlacado y sus perlas y sus medias de nailon hasta las rodillas y su traje pantalón, bastaba para disipar las sospechas de la esposa en su dirección. Cora con sus pañuelos de papel usados metidos en la manga

de su cárdigan. Cora con un plato de cintas de caramelo duro sobre su mesa. Con las tiras cómicas de *Family Circus* sujetas con chinchetas a su panel de corcho.

Con todo, nadie está diciendo que Cora Reynolds careciera de atractivo.

Luego la esposa fue a ver a la directora Sedlak, la de las uñas de color rojo intenso.

No hubo nadie que no se asombrara de ver que a Cora la llamaban para tener una pequeña charla.

Nadie pudo decirle a Cora Reynolds que sus días estaban contados.

La directora hizo sentarse a Cora al otro lado de su enorme mesa de madera. En el despacho de la directora con su ventana alta. El contorno de la directora sentada se recortaba sobre el fondo de la luz del sol y del paisaje de los coches aparcados en el aparcamiento de la oficina del condado. Con los dedos de una mano le hizo un gesto a Cora para que se acercara.

—No ha sido nada fácil —dijo la directora— decidir si toda mi plantilla se ha vuelto loca o si tú estás... reaccionando de forma exagerada.

Nadie podía imaginarse cómo el corazón de Cora se despeñó desde un acantilado en aquel momento. Permaneció sentada, paralizada. A eso nos dedicamos: a convertirnos en objetos. A convertir objetos en lo que somos nosotros.

Todos esos millones de personas, por todo el mundo, que todavía intentan salvar al maniquí Breather Betty. Tal vez lo que tendrían que hacer es no meterse donde no les llaman. Tal vez sea demasiado tarde.

Son las criaturas, dijo la directora, quienes se cargan los muñecos. Siempre ha sido así. Los niños y niñas que han sufrido abusos abusan de todo lo que pueden. Todas las víctimas encuentran una víctima. Es un ciclo. Y le dijo:

—Creo que deberías tomarte unas vacaciones.

Si les ayuda, piensen en Cora Reynolds como en un condón de sesenta kilos...

Nadie dijo esto último. Pero no hacía falta que nadie lo dijera.

Nadie le dijo que se fuera a su casa y se preparara para lo peor.

Como condición para conservar su empleo, Cora tenía que devolver el maniquí Breather Betty que constaba que se había llevado. Tenía que entregar los muñecos de peluche que había comprado con el presupuesto de la oficina del condado. Tenía que devolver las llaves de la enfermería. Inmediatamente. Y poner la enfermería y los muñecos anatómicamente correctos a la disposición de todos los miembros de la plantilla. El primero que los pidiera era el primero que se los llevaba. De inmediato.

Lo que se sentía Cora era lo que siente alguien que llega a su primer semáforo después de conducir un millón de billones de kilómetros, demasiado deprisa y sin el cinturón de seguridad puesto. Resignación mezclada con alivio fatigado. Cora, nada más que un tubo de piel con un agujero en cada extremo. Era una sensación terrible, pero hizo que se le ocurriera un plan.

Al día siguiente, cuando llegó al trabajo, nadie la vio entrar a escondidas en la sala de pruebas. Dentro de la cual había cuchillos que olían a sangre y a Superglue para quien los quisiera.

Ya se estaba formando cola junto a su mesa. Todos esperando a que el último detective que lo había usado devolviera a uno de los niños. A cualquiera. Los dos eran iguales si se ponían boca abajo.

Cora Reynolds no era una tonta del bote. Nadie se iba a reír de ella.

Llegó un detective con el niño debajo de un brazo y la niña debajo del otro. El hombre los tiró a los dos sobre la mesa y la multitud se abalanzó hacia delante, agarrando las piernas de silicona rosada.

Nadie sabe quiénes son los verdaderos locos.

Y Cora apareció con una pistola en la mano, con la etiqueta de las pruebas policiales todavía colgando de un cordel. Con el número de caso escrito en la misma. Hizo un gesto con la pistola en dirección a los dos muñecos.

—Recógelos —dijo—. Y ven conmigo.

El niño no llevaba más que sus calzoncillos blancos, manchados de grasa en la parte del trasero. La niña, unas braguitas blancas de satén, apelmazadas de tantas manchas. El detective los recogió a los dos, todo el peso de dos niños, con un solo brazo y los abrazó contra su pecho. Con sus piercings en los pezones y sus tatuajes y sus ladillas. Con su hedor a humo de marihuana y a aquello que goteaba de Breather Betty.

Cora le hizo un gesto con la pistola y lo acompañó a la puerta del despacho.

Con los hombres siguiéndola, rodeándola, Cora hizo retroceder al detective por el pasillo, llevando a rastras a la niña y al niño más allá del despacho de la directora y más allá de la enfermería. Hasta el vestíbulo. Luego hasta el aparcamiento. Allí, los detectives esperaron a que ella abriera el coche.

Con el niño y la niña sentados en el asiento trasero de su coche, Cora pisó el acelerador y roció a los hombres de gravilla. Antes de que llegara siquiera a la cancela de la alambrada, ya se oían sirenas que se acercaban.

Nadie se imaginaba que Cora Reynolds estaría tan preparada. Breather Betty ya estaba en el coche, en el asiento del pasajero, con un pañuelo atado sobre el pelo rojo y unas gafas de sol sobre su cara de goma. Con un cigarrillo colgando de entre los labios muy rojos. Aquella chica francesa regresada de entre los muertos. Rescatada y con el cinturón de seguridad para mantenerle el torso erguido.

Aquella persona convertida en objeto y ahora nuevamente convertida en persona.

Los animales de peluche lisiados, los tigres raídos y los osos y pingüinos huérfanos, están todos desplegados en el cristal trasero del coche. Con la gata entre ellos, dormida bajo el sol. Todos diciendo adiós con la mano.

Cora se metió en la autopista, con los neumáticos traseros coleando y alcanzando

ya el doble de la velocidad límite indicada. Su sedán marrón de cuatro puertas ya llevaba detrás un séquito de coches patrulla, con las luces azules y rojas parpadeando. Helicópteros. Detectives furiosos en coches de la oficina del condado sin distintivos. Unidades móviles de televisión, todas en furgonetas blancas con números de gran tamaño pintados a un costado.

Ya no había forma de que Cora pudiera ganar.

Tenía a la niña. Tenía al niño. Y tenía la pistola.

Aunque se le acabara la gasolina, nadie se follaría a sus niños.

Aunque la policía del estado le disparara a los neumáticos. En ese caso, ella les tirotearía los cuerpos de silicona. Cora les volaría las caras. Los pezones y las narices. Los dejaría sin nada donde un hombre pudiera meter la polla. Y le haría lo mismo a Breather Betty.

Y luego se pegaría un tiro. Para salvarlos.

Por favor, entiendan. Nadie dice que lo que hizo Cora estuviera bien.

Nadie está diciendo ni siquiera que Cora Reynolds estuviera cuerda. Pero aun así, ganó ella.

A esto se dedican los seres humanos. A convertir objetos en gente y a convertir a la gente en objetos. En un sentido y en otro. A modo de represalia.

Aquello era lo que la policía encontraría si se acercaban demasiado. A los niños mutilados. A todos muertos. A los animales empapados de la sangre de ella. A todos muertos y juntos.

Pero hasta que llegara aquel momento, Cora tenía el depósito de gasolina lleno. Tenía una bolsa llena de cocaína de la sala de pruebas para mantenerse despierta. Una bolsa de bocadillos. Unas cuantas botellas de agua y a la gata, dormida y ronroneando.

No le quedaban más que unas cuantas horas de autopista para llegar a Canadá.

Pero por encima de todo, Cora Reynolds tenía a su familia.

La Madre Naturaleza se pone una especie de abrigo negro. Es de un uniforme militar o bien un traje para patinar sobre hielo, de lana negra con una hilera doble de botones de hojalata en la parte delantera. Una *majorette* de terciopelo negro, con su nariz partida que se mantiene de una pieza gracias a las costras de color rojo oscuro. Mete los brazos en las largas mangas y le dice a San Destripado:

—¿Me abrochas los botones?

Menea lo que le queda de las manos y dice:

—Me faltan los dedos que necesito.

Sus dedos no son más que muñones y nudillos. Solamente se ha dejado los dedos índice para marcar números de teléfono cuando sea famosa. Para pulsar los botones de los cajeros automáticos. La fama ya la está reduciendo de algo tridimensional a algo plano.

La Madre Naturaleza, San Destripado, el Reverendo Sin Dios, todos nos vestimos de negro antes de cargar con el señor Whittier hasta el subsótano. Antes de interpretar la siguiente escena importante.

No importa que nuestro funeral sea un simple ensayo. Que no seamos más que suplentes de los participantes del funeral verdadero, que serán estrellas de cine actuando delante de las cámaras después de que nos descubran. Al hacer esto, al envolver al señor Whittier y hacer un fardo con su cuerpo y luego llevarlo al subsótano para llevar a cabo una ceremonia, de esta forma todos estamos viviendo la misma experiencia. Todos les podremos contar la misma historia trágica a los periodistas y a la policía.

No es fácil saber si el señor Whittier huele mal o no. La Señorita Estornudos y el Reverendo Sin Dios transportan las bolsas plateadas de comida en mal estado y cada bolsa va dejando un reguero de jugo maloliente. Dejando detrás de sí sendos rastros de gotas y manchas apestosas, se dedican a llevar las bolsas a los lavabos del otro lado del vestíbulo y echarlas por el retrete.

—El no poder oler nada —dice la Señorita Estornudos sorbiéndose con fuerza la nariz— me está yendo bien.

La cosa funciona bien mientras llevan una bolsa cada vez. Hasta que el Reverendo Sin Dios intenta darse prisa, porque el olor se ha vuelto asfixiante. Un olor que provoca arcadas. Un hedor que les impregna la ropa y el pelo. La primera vez que intentan echar dos bolsas al retrete y tirar de la cadena, el retrete empieza a atascarse y el agua empieza a salirse. Luego se atasca otro retrete. El agua ya lo está inundando todo, empantanando la moqueta azul del vestíbulo. Las bolsas, atascadas

en alguna tubería del sumidero principal, absorben el agua y se hinchan de la misma forma que el pavo Tetrizzini mató al señor Whittier, obturando la tubería principal de forma que hasta los retretes que parecen funcionar bien empiezan a inundarse.

Por fin se estropean todos los retretes. La caldera y el calentador del agua están rotos. Todavía tenemos bolsas de comida pudriéndose. El señor Whittier no es el mayor de nuestros problemas.

De acuerdo con el reloj calendario de la Hermana Justiciera y con las raíces marrones del pelo de Mis América, llevamos aquí un par de semanas.

Mientras le abrocha el último de los botones de hojalata, San Destripado se inclina para besar a la Madre Naturaleza y le dice:

—¿Me quieres?

—Pues casi que no tengo otro remedio —dice ella— si queremos que funcione la subtrama romántica.

Con el cadáver de Lord Vagabundo resplandeciendo en su dedo, la Madre Naturaleza se limpia los labios con el dorso de la mano y dice:

—Tu saliva tiene un sabor terrible...

San Destripado se escupe en la palma de la mano y chupa la saliva para tragarla de nuevo. Se huele la mano vacía y dice:

—¿Terrible como qué?

—Cetonas —dice la señora Clark sin dirigirse a nadie. O dirigiéndose a todo el mundo.

—Amarga —dice la Madre Naturaleza—. Como una vela de aromaterapia con aroma a limón y a cola de aeromodelismo.

—Es el hambre —dice la señora Clark atando una cuerda de seda dorada alrededor del fardo del señor Whittier—. Cuando quemas la grasa de tu cuerpo, te aumenta la concentración de acetona en la sangre.

San Destripado se huele la mano, con los mocos haciendo ruido dentro de su cabeza.

El Reverendo Sin Dios levanta un brazo para olerse el sobaco. El tafetán húmedo de su sobaco es de un negro más oscuro por el sudor de sus poros, el recuerdo de demasiado Chanel N.º 5.

Al cargar con un cadáver escaleras arriba y escaleras abajo estamos malgastando nuestra valiosa grasa corporal.

Con todo, hemos de tener un gesto de duelo, dice la Hermana Justiciera, todavía con la Biblia en la mano. Con el señor Whittier amortajado y siendo llevado a cuevas hasta el subsótano, fuertemente envuelto en una cortina de terciopelo rojo de la galería estilo China imperial y atado con cuerdas de seda doradas cogidas del vestíbulo, tenemos que colocarnos a su alrededor para decir cosas profundas. Tenemos que cantar un himno. Nada demasiado religioso, simplemente lo que suene

mejor.

Nos jugamos a la pajita más corta quién tiene que llorar.

Cada vez más, cuando estamos juntos nos acostumbramos a dejar un espacio abierto para la cámara del Agente Chivatillo. Hablamos de forma que la grabadora del Conde de la Calumnia capte cada palabra. Usando una y otra vez la misma cinta o la misma tarjeta de memoria o el mismo disco compacto. Borrarnos nuestro pasado con nuestro presente, apostando a que el siguiente momento será más triste, más horrible o más trágico.

Cada vez más, necesitamos que pasen cosas peores.

El señor Whittier lleva muerto varios días o varias horas. No es fácil saberlo desde que la Hermana Justiciera se hizo cargo de encender y apagar las luces. Por las noches oímos caminar a alguien, con un estruendo tremendo de pasos, como un gigante que baja las escaleras del vestíbulo en la oscuridad.

Con todo, necesitamos que pase algo más terrible.

Para captar más mercado. Para conseguir un mayor dramatismo.

Necesitamos que pase algo más espantoso.

En su camerino de detrás del escenario, cogemos al señor Whittier y cargamos con él a través del escenario y por el pasillo central del auditorio. Lo llevamos por el vestíbulo de terciopelo azul y por las escaleras que bajan al foyer de estilo maya en tonos naranjas y dorados que hay en el primer sótano.

La Hermana Justiciera dice que su reloj no para de reajustarse a sí mismo. Y que eso es una señal clásica de que el lugar está encantado. La Baronesa Congelación asegura que ha encontrado un punto frío en el salón de fumar gótico. En la galería estilo mil y una noches podemos ver cómo nuestra respiración se convierte en vapor en el aire frío que hay sobre el cojín donde solía sentarse el señor Whittier. La Condesa Clarividencia dice que lo que oímos caminar después de que se apaguen las luces es el fantasma de la Dama Vagabunda.

En la cola de la procesión funeraria la Directora Denegación dice:

—¿Alguien ha visto a Cora Reynolds?

La Hermana Justiciera dice:

—Quien sea que me ha robado la bola de bolera, que me la devuelva y prometo no partirla la cara...

A la cabeza de la procesión, llevando en brazos el bulto que debe de ser la cabeza del señor Whittier, la señora Clark dice:

—¿Alguien ha visto a Miss América?

Cuando esto se acabe, no va a funcionar filmar la película aquí. Cuando nos descubran, este lugar se convertirá en un centro de interés. En un Tesoro Nacional. En el Museo de Nosotros.

No, la productora que se haga cargo tendrá que construir decorados que copien

cada una de estas salas. El vestíbulo de terciopelo azul estilo Luis XV francés. El auditorio estilo egipcio de mohair negro. El lounge estilo Renacimiento italiano de satén verde. El salón de fumar gótico de cuero amarillo. La galería púrpura estilo mil y una noches. El foyer naranja estilo maya. La galería roja estilo China imperial. Cada sala de un color intenso y distinto, pero todas con los mismos resaltes dorados.

No son salas, diría el señor Whittier, sino escenarios. Cargamos con su cuerpo amortajado por entre estos palcos grandes y llenos de ecos donde la gente se convertía en reyes o en emperadores o en duquesas por el precio de un billete de cine.

Encerrados bajo llave en la oficina de detrás del bar del vestíbulo, ese cuartucho con las paredes de pino barnizado y el techo inclinado bajo la escalera, los archivadores están atiborrados de programas impresos y de facturas, de horarios de reserva y de fichas perforadas por el reloj de fichar. En esas hojas de papel cuyos bordes ya se están desintegrando, en la cabecera de cada página dice: Cine Liberty. En otras hay impreso: Teatro Capital. En otras: Vodevil Neptune. En otras: Iglesia Holy Convention. En otras: Templo de la Redención Cristiana. O bien: Asamblea de los Ángeles. O bien: Cine para Adultos Capital. O bien: Cabaret Diamond.

Todos esos sitios distintos tenían la misma dirección.

Aquí es donde la gente se arrodillaba para rezar. Y donde se arrodillaban sobre charcos de semen.

Todos los gritos de placer y de horror y de salvación siguen encerrados y sofocados dentro de estas paredes de cemento. Todavía arrancando ecos, entre nosotros. Aquí, en nuestro paraíso polvoriento.

Todas estas distintas historias terminarán con nuestra historia. Después de sus mil realidades distintas de obras teatrales y de películas, de religión y de bailarinas de striptease, este edificio se convertirá para siempre en el Museo de Nosotros.

El Casamentero llama a todas las lámparas de araña de cristal «melocotoneros». Al salón de fumar gótico, la Camarada Sobrada lo llama «el salón Frankenstein».

En el foyer maya, el Reverendo Sin Dios dice que las tallas de color naranja son tan luminosas como el reflector de una pista de aterrizaje brillando a través de los pétalos de seda de un tulipán cosido a un miriñaque antiguo de Christian Lacroix...

En la galería china, el papel de seda de las paredes es de un tono rojo que no ha existido nunca bajo la luz del sol. Rojo como la sangre de un crítico gastronómico, dice el Chef Asesino.

En el salón de fumar gótico, los sillones de brazos están cubiertos de un cuero amarillo y bueno que nunca se ha descolorido ni un momento bajo el sol. No desde que cubría a una vaca, dice el Eslabón Perdido.

Las paredes del lounge estilo Renacimiento italiano son de color verde oscuro, con vetas y grumos negros, una capa de pintura que si uno la mira con bastante atención se convierte en malaquita.

En el auditorio estilo egipcio, las paredes son de yeso y de cartón piedra, esculpidas y moldeadas con la forma de las pirámides y la esfinge. De faraones gigantes sentados. De chacales de hocico puntiagudo. De hileras y más hileras de jeroglíficos de ojos grandes. Por encima de todo esto cuelgan las frondas de las palmeras falsas hechas a base de cintas de papel negro y combadas por el peso del moho. Por encima de las copas polvorientas de las palmeras, el yeso negro del cielo nocturno está salpicado de un paraíso de estrellas eléctricas. Las Osa Mayor. Orión. Las constelaciones, simples historias que la gente se inventa para poder entender el cielo nocturno. Unas estrellas borrosas detrás de las nubes de telarañas.

El mohair negro cubre los asientos, áspero como el musgo reseco sobre la corteza de un árbol. Las moquetas son negras y están desgastadas hasta no quedar más que la retícula de lona gris del centro de cada pasillo.

Los adornos de todas las salas son dorados. De una pintura dorada tan reluciente como los tubos de neón. Todo lo que es negro en el auditorio, todo respaldo de asiento y contorno de moqueta, está bordeado del mismo dorado reluciente.

Si uno lo desea con la bastante fuerza, la decoración es de oro auténtico. Cada sala se basa en la fe de uno.

El grupo que formamos con nuestra ropa de cuento de hadas de seda y terciopelo y sangre seca es algo negro que se mueve sobre el fondo negro. Bajo la luz tenue, debe de parecer que el señor Whittier está flotando en su capullo de terciopelo rojo, envuelto con cuerdas doradas. El señor Whittier ha dejado de ser un personaje para convertirse en atrezzo. En nuestra marioneta. En una constelación en la cual podemos proyectar historias para fingir que entendemos.

Tapándose la cara con un pañuelo de encaje, la Camarada Sobrada dice:

—No sé por qué tenemos que llorar.

Se dedica a inhalar el viejo perfume del encaje, en un intento por eludir el hedor.

—Mi personaje no estaría llorando —dice—. Juro por el tatuaje que tengo en el culo que ese viejo intentó violarme.

Y en ese momento la procesión funeraria se detiene. En ese momento, la Camarada Sobrada es una víctima entre víctimas. El resto no somos más que su plantel de secundarios.

La señora Clark, que va a la cabeza, se gira y dice:

—¿Que hizo qué?

Y desde detrás de su cámara, el Agente Chivatillo dice:

—A mí también. A mí también me violó.

Y San Destripado dice:

—Bueno, qué demonios... A mí también me la metió.

Como si el pobre y flaco San Destripado tuviera suficiente culo como para que se la metieran.

Y la señora Clark dice:

—Esto no es gracioso. Ni por asomo.

—Se siente —le dice el Casamentero—. Tampoco fue gracioso cuando usted me violó.

El Duque de los Vándalos sacude su cola de caballo y le dice al Casamentero:

—A ti no te violarían ni aunque pagaras.

Y la Madre Naturaleza se ríe, soltando una lluvia de sangre y costras por todas partes.

El diablo ha muerto. Larga vida al diablo.

Este es nuestro funeral por Satanás. El señor Whittier es el demonio que hará que todos nuestros pecados pasados no parezcan nada en comparación. La historia de sus crímenes nos limpiará y nos sacará brillo hasta que tengamos el color blanco virginal de las víctimas.

Más víctimas del pecado que pecadores.

Con todo, el hecho de que esté muerto deja una plaza vacante en la base que nadie quiere.

Así pues, en la versión cinematográfica se nos verá a nosotros llorando y perdonando al señor Whittier mientras la señora Clark nos da latigazos.

El diablo ha muerto. Larga vida al diablo.

Sin alguien a quien culpar no duraríamos ni un minuto.

Por el pasillo recubierto de moqueta negra del auditorio, a través de la galería roja estilo chino, bajando por las escaleras azules estilo francés, cargamos con el señor Whittier. Mientras cruzamos el foyer maya de color naranja luminoso, la Madre Naturaleza se aparta unos mechones de pelo blanco de peluca de la frente haciendo tintinear sus campanillas. Lleva puesto un revoltijo de rizos grises sobrantes de alguna ópera. Los rizos le cuelgan mojados por el sudor de su frente, y la Madre Naturaleza dice:

—¿Alguien más tiene calor?

El Duque de los Vándalos está jadeando con el hombro bajo el peso del señor Whittier, jadeando y tirándose del cuello de la chaqueta de su esmoquin.

Hasta el fardo de seda roja está húmedo de sudor. El olor a cola de aeromodelismo de las cetonas. El olor del hambre.

Y el Reverendo Sin Dios dice:

—No me extraña que tengas calor. Llevas la peluca al revés.

Y el Casamentero dice:

—Escuchad.

Y más abajo vemos el subsótano a oscuras. Las estrechas escaleras de madera. Más allá de la oscuridad, algo retumba y gruñe.

Necesitamos que pase algo misterioso.

Necesitamos que pase algo peligroso.

—Es el fantasma —dice la Baronesa Congelación, con la arruga grasienta de su boca abierta.

Es la caldera, que está funcionando a pleno gas. El calefactor que bombea aire caliente en los conductos. El quemador de gas que resopla. La caldera que destruyó el señor Whittier.

Alguien la ha arreglado.

En algún lugar en la oscuridad, un gato suelta un solo chillido.

Tiene que suceder algo. Así que empezamos a bajar la escalera de madera con el cuerpo del señor Whittier a cuestas.

Todos estamos sudando. Malgastando todavía más energía por culpa de este nuevo calor imposible.

Siguiendo al cadáver en su descenso a la oscuridad, la Madre Naturaleza dice:

—¿Qué sabes tú de llevar peluca?

Con los muñones de ambas manos, con el anillo de diamante resplandeciendo, le da la vuelta a la peluca gris que lleva en la cabeza y le dice al Reverendo Sin Dios:

—Un ceporro como tú, ¿qué sabe de nada que sea ropa antigua de Christian Lacroix?

Y el Reverendo Sin Dios dice:

—¿De miriñaques con tulipán de Lacroix?

Dice:

—Te llevarías una sorpresa.

GALIMATÍAS

Un poema sobre el Reverendo Sin Dios

«Hasta Génesis, capítulo once —dice el Reverendo Sin Dios—, no teníamos guerras.»

Hasta que Dios nos puso a pelear entre nosotros durante el resto de la historia de la Humanidad.

El Reverendo Sin Dios en el escenario, sus cejas están depiladas y tienen forma de arcos gemelos trazados a lápiz, y debajo de cada una de ellas, un arco iris de sombra de ojos con brillo en tonos del rojo al verde.

Y sobre el músculo de un bíceps desnudo y protuberante, bajo el tirante de espagueti de un vestido de noche de lentejuelas rojas, hay tatuada una calavera debajo de cuya barbilla pone lo siguiente:
Muerte Antes Que Deshonor.

En el escenario, en vez de un foco, un fragmento de película:
un documental sobre viajes que muestra iglesias, mezquitas y templos.
Líderes religiosos con túnicas enjoyadas
saludando con la mano a las multitudes desde coches blindados.

El Reverendo Sin Dios dice: «En una llanura en la tierra de Shinar, todo el mundo trabajaba por un mismo fin».

La humanidad entera con una meta común,
un sueño grande y noble por cuya realidad trabajaban codo con codo
en aquella época previa a los ejércitos y las armas y las batallas.

Y Dios bajó la vista y vio la torre que estaban levantando,
aquel sueño común de la gente,
elevándose poco a poco, un poco demasiado alta para su gusto.

Y Dios dijo: «He aquí a un solo pueblo... y esto no es más que el principio de lo que van a hacer... Nada de lo que se propongan estará fuera de su alcance...».

Sus palabras, en Su Biblia. Libro del Génesis, capítulo once.

«Así que nuestro Dios», dice el Reverendo Sin Dios, con los

brazos desnudos y los músculos de las pantorrillas punteados,
con las marcas negras del pelo afeitado que le crece en todos los poros,
Dice: «Nuestro Dios todopoderoso se asustó tanto que dispersó a la especie
humana
por toda la Tierra,
y disgregó su idioma para mantener a sus hijos separados».

Parte transformista de cabaret y parte marine retirado, el Reverendo Sin Dios,
con sus lentejuelas rojas centelleantes, dice:

«¿Un Dios todopoderoso y es tan inseguro
como para enfrentar a sus hijos entre ellos y así debilitarlos?».

Dice: «¿Ese es el Dios al que se supone que tenemos que venerar?».

SONADO A GOLPES

Un relato del Reverendo Sin Dios

Webber mira a su alrededor, con la cara desencajada, con un pómulo más alto que el otro. Uno de sus ojos no es más que una bola blanca como la leche embutida en la hinchazón de color negro rojizo que tiene debajo de la ceja. Los labios de Webber están tan profundamente partidos por el medio que tiene cuatro labios en vez de dos. Y dentro de todos esos labios no parece que le quede ni un solo diente.

Webber contempla la cabina del pasaje del avión, el cuero blanco de las paredes y la madera de arce moteado tan barnizada que refleja las cosas como un espejo.

Webber mira la copa que tiene en la mano, el hielo que apenas se derrite por culpa de la potencia del aire acondicionado. Y dice, demasiado alto por culpa de su pérdida auditiva, casi gritando:

—¿Dónde estamos?

Están en un Gulfstream G550, el jet privado más cómodo que uno puede alquilar, dice Flint. Luego Flint se mete dos dedos en un bolsillo de los pantalones y le da algo a Webber a través del pasillo. Una pastillita blanca.

—Trágate esto —dice Flint—. Y bébete tu copa, ya casi hemos llegado.

—¿Llegado adónde? —dice Webber, y hace bajar la pastilla de un trago.

Todavía está girado hacia atrás para mirar los sillones de cuero blanco que giran y se pueden abatir. La moqueta blanca. Las mesas de arce moteado, tan brillantadas que parecen mojadas. Los sofás de ante blanco que bordean la cabina del pasaje. Los cojincitos a juego. Las revistas, cada una del tamaño de un póster de cine, llamadas *Elite Traveler*, con un precio de venta al público de cincuenta dólares. Los posavasos y los grifos del cuarto de baño con revestimiento de oro de veinticuatro quilates. La cocina con su máquina de café expreso y su luz halógena que arranca reflejos resplandecientes de la cristalería de cristal emplomado. El microondas y la nevera y la máquina de hielo. Todo esto mientras vuelan a quince mil metros de altura, a velocidad Mach cero coma ochenta y ocho en algún lugar por encima del Mediterráneo. Todos bebiendo whisky escocés. Todo más cómodo y agradable que ningún sitio en el que nunca vas a estar. Ningún sitio salvo quizá el ataúd.

Cuando Webber echa la cabeza hacia atrás para darle un trago a su copa, eleva su nariz enorme y parecida a una patata roja en medio del aire frío y se le puede ver el interior de los orificios nasales. Y se puede ver que no comunican con nada, ya no. A pesar de ello Webber dice:

—¿A qué huele?

Y Flint olisquea y dice:

—¿Te resulta familiar el nitrato de amonio?

Es el nitrato de amonio lo que su colega Jenson tenía listo para ellos en Florida. Su colega de la guerra del Golfo. Nuestro Reverendo Sin Dios.

—¿El fertilizante, quieres decir?

Y Flint dice:

—Media tonelada.

A Webber le tiembla tanto la mano que se oye tintinear el hielo dentro de su vaso vacío.

Los temblores de su mano no son más que Parkinson traumático. La encefalopatía traumática provoca eso, cuando se da una necrosis parcial de los tejidos cerebrales. Cuando las neuronas son reemplazadas por tejido cicatrizado y cerebralmente muerto. Te pones una peluca roja y rizada y pestañas postizas, haces playback con una canción de Bette Midler en el Rodeo y Feria del Condado de Collaris y le ofreces a la gente la posibilidad de pegarte puñetazos en la cara a diez pavos el golpe, y así se puede ganar pasta.

En otros sitios tienes que llevar una peluca rubia rizada, embutir el culo en un vestido ajustado con lentejuelas y meter los pies en el par de zapatos de tacón alto más grandes que puedas encontrar. Te pones a hacer playback con la canción esa de Barbra Streisand, «Evergreen», y será mejor que tengas a un amigo esperando para llevarte a urgencias. Antes de nada te tomas un par de cápsulas de Vicodin. Antes de pegarte esas uñas postizas largas de color rosa de Barbra Streisand, porque después de ponértelas ya no puedes coger nada más pequeño que una botella de cerveza. Si te tomas primero tus calmantes, puedes cantar tanto la cara A como la cara B de *Color Me Barbra* antes de que un puñetazo realmente bueno te deje fuera de combate.

Nuestra primera idea para recaudar fondos fue «Puñetazos al mimo por cinco pavos». Y funcionó, sobre todo en poblaciones universitarias. En las universidades agrícolas. En algunas poblaciones, nadie se iba a casa sin los nudillos manchados de ese maquillaje blanco de payaso. De maquillaje blanco de payaso y sangre.

El problema fue que la novedad se agota pronto. Alquilar un Gulfstream cuesta una pasta. Solamente comprar el carburante y el aceite para volar de aquí a Europa sale por treinta mil pavos. No sale tan caro si vuelas solamente de ida, pero no te conviene entrar en una agencia de alquiler de vuelos chárter y decir que planeas llevarte un avión en un viaje solamente de ida: no es manera de pasar desapercibido.

No, Webber se ponía esos leotardos negros y la gente empezaba a salivar por pegarle. Se pintaba la cara de blanco, se metía en su caja invisible, se ponía a hacer el mimo y el dinero empezaba a entrar a punta de pala. Sobre todo en universidades, pero también hacíamos buen negocio en ferias de condados y ferias estatales. Aunque la gente se lo tomara como alguna clase de número cómico como aquellos de antaño donde la gente se pintaba la cara de negro, seguían pagando para derribarlo. Para

hacerle sangrar.

Para los bares de carretera, después de que el número del mimo se agotara, probamos con «Puñetazos a una chica por cincuenta pavos». Flint tenía una chica que estaba dispuesta. Pero después de recibir un solo golpe en la cara, nos dijo:

—Ni hablar...

En el suelo, sentada sobre la alfombra de cáscaras de cacahuete y agarrándose la nariz, la chica dijo:

—Mandadme a la escuela de aviación. Dejadme que haga de piloto en vez de esto. Todavía quiero ayudar.

Todavía teníamos a lo que debía de ser la mitad del bar haciendo cola con su dinero. Padres divorciados, novios abandonados, tipos con viejos problemas para dejar de usar pañales, todos ellos deseosos de pegar con todas sus fuerzas.

Y Flint dijo:

—Esto lo arreglo yo.

Y ayudó a la chica a ponerse de pie. La cogió del codo y la llevó al lavabo de señoras. Mientras entraba con ella, Flint levantó la mano con los dedos extendidos y dijo:

—Dame cinco minutos.

Recién licenciados del ejército como estábamos, no sabíamos de qué otra forma ganar dinero. No de forma legal. Tal como lo veía Flint, todavía no hay ninguna ley que diga que no puedes cobrar a la gente por partírte la cara.

Y entonces Flint salió del lavabo de señoras, llevando la peluca de sábado noche de la chica y después de haberse puesto todo su maquillaje en su enorme cara recién afeitada. Se había desabotonado la camisa y se había atado los faldones de la misma por encima de la tripa y se había metido toallitas de papel para simular que tenía tetas. Con la boca embadurnada con varias barras de pintalabios, Flint dijo:

—Manos a la obra.

Y los tipos que estaban en la cola se pusieron a decir que cincuenta pavos por pegar a un tío era una estafa.

Así que Flint dijo:

—Bueno, pues diez pavos...

Pero los tipos seguían sin verlo claro, y miraban a su alrededor en busca de alguna forma mejor de malgastar su dinero.

Fue entonces cuando Webber fue a la máquina de discos. Metió una moneda de un cuarto de dólar. Pulsó un par de botones y... magia. Empezó a sonar la música y durante lo que duró un suspiro lo único que se oyó fue a todos los hombres del local soltando un gemido largo.

La canción que sonaba era la canción lacrimógena esa del final de la peli *Titanic*. La de la churri canadiense.

Y Flint, con su peluca rubia y su enorme boca de payaso, se subió a una silla, luego a una mesa, y se puso a cantar la canción. Mientras todo el bar miraba, Flint se dejó la piel cantando, acariciándose los costados de sus vaqueros con las manos de arriba abajo. Con los ojos cerrados, lo único que se veía era su sombra de ojos azul reluciente. Y aquella mancha roja que cantaba.

Justo a tiempo, Webber levantó una mano para ayudar a Flint a bajar. Flint se la cogió, con gesto femenino y sin dejar de hacer playback. Ahora se veía que tenía las uñas pintadas de color rojo caramelo. Y Webber le susurró:

—He metido cinco pavos en monedas de veinticinco centavos.

Webber ayudó a bajar a Flint para que hiciera frente al primer tipo de la cola y le dijo:

—Esta canción es lo único que van a oír durante toda la noche.

Con los cinco pavos de Webber, aquella noche ganaron casi seiscientos dólares. No quedó un solo puño en el bar que no pegara a fondo y que no quedara tatuado del azul y el rojo del maquillaje de la cara de Flint y del verde de su delineador de ojos. Hubo algunos tíos que le estuvieron arreando hasta que se les cansó la mano y luego volvieron a la cola para usar la otra.

Aquella canción lacrimógena de *Titanic* estuvo muy a punto de matar a Flint. La canción y los tipos que llevaban pedazos de anillos enormes.

Después de aquello instauramos una norma que decía que nada de anillos. Y también comprobábamos que nadie llevara dentro de la mano un tubo de monedas de diez centavos o una pesa de pesca de plomo para que los puñetazos hicieran más daño.

De toda la gente, las peores eran las mujeres. Algunas no quedaban satisfechas hasta que veían volar dientes del otro lado de tu boca.

Las mujeres, cuanto más borrachas se ponían, más y más y más ganas les venían de zurrar a un travestido. Sobre todo si iba mejor vestido y estaba más guapo que ellas. Dar bofetadas también valía, pero no arañar.

Y muy pronto aquel mercado se abrió. Webber y Flint empezaron a saltarse las cenas. A beber cerveza light. Cada vez que llegaban a un pueblo los podías pillar mirándose de lado en un espejo, examinándose la barriga, con los hombros echados hacia atrás y sacando culo.

En cada pueblo al que llegaban parecía que tenían una puñetera maleta más. Una maleta para los vestidos de noche, los de vestir. Luego bolsas especiales para que la ropa no se les arrugara mucho. Bolsas para zapatos y cajas para pelucas. Y un estuche de maquillaje nuevo y enorme para cada uno.

Llegó un punto en que sus trapos estaban afectando al balance final. Pero si alguien lo mencionaba, Flint le decía:

—Para ganar hay que gastar.

Y eso sin contar lo que gastaban en música. Canción arriba, canción abajo, habían descubierto que la gente te quiere partir la cara si pones algunos de los siguientes álbumes:

Color Me Barbra

Stoney End

The Way We Were

Thighs and Whispers

Broken Blossoms

O *Beaches*. De verdad, sobre todo *Beaches*.

Uno podía meter a Mahatma Gandhi en un convento, cortarle las pelotas, meterle un chute de Demerol y aun así si le ponías la canción esa de «Wind Beneath Your Wings» te intentaría arrear un puñetazo en medio de la cara. O por lo menos, esa era la experiencia de Webber.

No es que el ejército los hubiera entrenado para nada de todo aquello. Pero cuando uno volvía a casa, no se encontraba ningún anuncio para expertos en munición, para especialistas en selección de objetivos de artillería ni para hombres punta de misiones. De hecho, cuando llegaron a casa, no encontraron prácticamente ningún trabajo. Y nada que pagara tanto como lo que estaba ganando Flint, con las piernas asomándole por la raja lateral de un vestido de noche de satén verde, con los dedos de los pies enfundados en la rejilla de unas medias de nailon y asomando por la parte delantera de unas sandalias doradas. Entre canciones y puñetazos, Flint solamente se detenía el tiempo justo para ponerse más base de maquillaje encima de los hematomas, con una mancha roja de pintalabios alrededor de su cigarrillo. De pintalabios y de sangre.

Las ferias de los condados iban bien para sus negocios, pero las carreras de motocicletas se les acercaban bastante. Los rodeos tampoco estaban mal. O las exhibiciones de barcas. O los aparcamientos que había junto a esas convenciones enormes de armas blancas y de fuego. No, nunca tenían que ir muy lejos en busca de una buena clientela.

Una noche, mientras volvían en coche al motel, después de que Webber y Flint se dejaran la mayor parte de su maquillaje en forma de manchas sobre el asfalto de al lado de la Exposición de Armas y Munición de los Estados del Oeste, Webber movió el retrovisor para mirarse, sentado en el asiento del pasajero. Movié la cara para verla reflejada en el espejo desde todos los ángulos y dijo:

—No me queda mucho tiempo de dedicarme a esto.

Webber no tenía mal aspecto. Además, no importaba qué aspecto tuviera. Importaba más la canción. La peluca y el pintalabios.

—Nunca he sido lo que se dice guapo —dijo Webber—, pero por lo menos

siempre me mantuve más o menos... resultón.

Flint iba al volante, mirándose la pintura roja descascarillada de sus uñas cerradas en torno al volante. Mordisqueándose una uña rota con los dientes mellados, dijo:

—Estaba pensando en ponerme un nombre artístico.

Y sin dejar de mirarse las uñas, dijo:

—¿Qué os parece el nombre *Pepper Bacon*?

Para entonces, la chica de Flint ya estaba en la escuela de aviación.

Por suerte, porque la cosa ya estaba decayendo.

Por ejemplo, justo antes de que estuvieran listos, en el aparcamiento de la Exposición de Minerales y Piedras Preciosas de los Estados de las Montañas, Webber se quedó mirando a Flint y le dijo:

—Tienes las putas tetas demasiado grandes...

Flint llevaba una especie de vestido largo sin espalda, con unos tirantes que se ataban detrás del cuello para mantener la parte de delante en su sitio. Y sí, se le veían las tetas grandes, pero Flint dijo que era el vestido nuevo.

Y Webber dijo:

—No, no es eso. Hace cuatro estados que te están creciendo las tetas.

—Me criticas —dijo Flint— porque las tengo más grandes que las tuyas.

Y Webber dijo, muy flojito y con una parte de la boca pintada con pintalabios:

—Antiguo sargento de primera Flint Stedman, te estás volviendo una puta vaca horrorosa...

Y empezaron a volar lentejuelas y trozos de peluca por todas partes. Aquella noche no ganaron ni un centavo. Nadie quiere zurrar a alguien que ya está hecho una pena, todo lleno de arañazos y sangrando. Con los ojos inyectados de sangre y el rímel todo corrido de llorar.

Mirando hacia atrás, aquella pelea de locas a punto estuvo de hundirles la misión.

La razón de que este país no pueda ganar una guerra es que nos pasamos el tiempo peleando entre nosotros en lugar de con el enemigo. Es como cuando el Congreso no deja que el ejército haga su trabajo. Y así nunca se puede solucionar nada. Webber y Flint no son mala gente, solamente son típicos de lo que estamos intentando superar. Su misión no consistía más que en solucionar la situación de terrorismo. Solucionarla de una vez por todas. Y para eso hacía falta dinero. Para pagarle la escuela de aviación a la chica de Flint. Para poder hacerse con un jet. Conseguir las drogas que necesitaban para dejar fuera de combate al piloto de la compañía de alquiler. Y para todo eso hacía falta una buena tajada de dinero.

Si hay que ser sinceros, las tetas de Flint estaban empezando a dar un poco de miedo.

Ahora, en el avión, reclinados en asientos de cuero blanco a quince mil metros de altura, se dirigen al sur sobrevolando el mar Rojo, hasta llegar a Jedda, donde girarán

a la izquierda.

Los otros tipos que están ahora mismo en el aire, y que se dirigen todos a sus blancos asignados, uno no quiere ni imaginar de dónde han sacado el dinero. El dolor y las torturas que han tenido que soportar.

A Webber todavía se le ven los agujeros que se perforó en las orejas y lo estirados y caídos que tiene los lóbulos de llevar aquellos pendientes colgantes.

Mirando hacia atrás, la mayoría de las guerras de la historia fueron por la religión.

Esto no es más que el ataque que pondrá fin a todas las guerras. O por lo menos a la mayoría.

Después de que Flint recuperara el control de sus tetas, se fueron de gira por las universidades. Por cualquier parte donde la gente bebiera cerveza y no tuviera nada que hacer. Para entonces Flint ya tenía una retina desprendida y colgante que lo había dejado ciego de un ojo. Webber tenía una pérdida auditiva del sesenta por ciento como resultado de los porrazos que había recibido en el cerebro. En urgencias lo llamaban lesiones cerebrales traumáticas. Los dos tenían temblores y necesitaban las dos manos para sujetar con firmeza el cepillito del rímel. Los dos estaban demasiado agarrotados para subirse la cremallera de su propio vestido. Se tambaleaban hasta con los zapatos de tacón medio. Y sin embargo, seguían adelante.

Cuando llegara la hora, cuando los cazas de los Emiratos Árabes Unidos aparecieran detrás de ellos, es posible que Flint ya estuviera demasiado ciego para volar, pero estaría en la cabina del piloto con todos sus conocimientos aprendidos en el ejército del aire.

Aquí, en la cabina de cuero blanco de su Gulfstream G550, Flint se ha quitado las botas de un par de patadas y en los pies descalzos se le ven todavía las uñas pintadas de color pezón. Todavía se puede notar un rastro de Chanel N.º 5 mezclado con su olor corporal.

En uno de sus últimos espectáculos, en Missoula, Montana, una chica salió del público y les dijo que eran unos intolerantes asquerosos. Que estaban promoviendo crímenes violentos y odio contra los miembros desfavorecidos por su género de nuestra sociedad, por lo demás plural y pacífica...

Y Webber dejó de cantar «Buttons and Bows», en la versión pulida de Doris Day, no en la versión empalagosa de Dinah Shore, enfundado en un vestido tubo de satén azul sin tirantes, con todo el pelo del pecho, de los hombros y de los brazos ondeando de muñeca a muñeca como una fastuosa boa de plumas negras, y le preguntó a la chica:

—¿Quieres comprar un puñetazo o no?

Y Flint, que estaba a un paso de allí, al principio de la cola, recogiendo el dinero de la gente, dijo:

—Dale con todas tus fuerzas.

Dijo:

—Es mitad de precio para las chicas.

Y la chica se los quedó mirando, dando golpecitos en el suelo con una de sus zapatillas de tenis, con la boca fruncida y torcida hacia un lado de su cara.

Y por fin dijo:

—¿Puedes fingir que cantas la canción esa de *Titanic*?

Y Flint le cogió sus diez dólares y le dio un abrazo.

—Por ti —le dijo— podemos poner esa canción toda la noche...

Aquella fue la noche en que por fin llegaron a los cincuenta mil que necesitaban para la misión.

Ahora, mirando por las ventanillas del avión, se ve la costa rasgada de color marrón y dorado de Arabia Saudí. Las ventanillas de un Gulfstream son dos o tres veces más grandes que las de un avión de línea comercial. El mero hecho de mirar, de ver el sol, el océano y todo lo demás mezclado desde esta altura, casi le da a uno ganas de vivir. De cancelar la misión y volverse a casa, por negro que esté el futuro.

Los Gulfstream llevan combustible suficiente para volar 6.750 millas náuticas, con un viento en contra de hasta el ochenta y cinco por ciento. Para llegar al objetivo solo tenían que recorrer 6.701, lo cual les dejaba el combustible suficiente para soltar el equipaje: sus maletas más los montones de sacos que Jenson cargó en Florida, donde aterrizaron porque el piloto empezó a encontrarse mal. Después de que ellos le dieran una taza de café. Tres cápsulas de Vicodin machacadas y mezcladas con el café bastaban para dejar a cualquiera grogui, aturdido y mareado. Así que aterrizaron. Dejaron en tierra al piloto de la línea. Subieron los sacos. Y allí estaba la chica de Flint, Sheila, recién salida de la academia de aviación y lista para despegar.

En la puerta abierta de la cabina del piloto, ves cómo Sheila se quita los auriculares para poner el cuello a descansar. Mirando hacia atrás por encima del hombro, dice:

—Acabo de oírlo por la radio. Alguien ha vaciado un avión entero lleno de fertilizante encima del Vaticano...

Mira por dónde, dice Webber.

Mirando por su ventanilla, repantigado en su asiento abatible de cuero blanco, Flint dice:

—Tenemos compañía.

Desde su lado del avión se ven dos cazas. Flint los saluda con la mano. Los perfiles diminutos de los pilotos de los cazas no devuelven el saludo.

Y Webber mira el hielo que se está derritiendo en su vaso vacío y dice:

—¿Adónde vamos?

Desde la cabina del piloto, Sheila dice:

—Los hemos tenido con nosotros desde que giramos tierra adentro en Jeddah.

Y se vuelve a poner los auriculares.

Y Flint se inclina sobre el pasillo para volver a llenarle el vaso vacío de whisky, y dice:

—¿Te suena la Meca, coleguita? ¿El Al-Haram? —Dice—: ¿Y la Ka'ba?

Sheila, tocándose el auricular que tiene en la oreja, dice:

—Ellos se encargan del Tabernáculo de los Mormones... De la sede de la Convención Nacional Bautista... Del Muro de las Lamentaciones y de la Cúpula de la Roca de Jerusalén... Del Hotel Beverly Hills...

Nanay, dice Flint. El desarme no funcionó. Las Naciones Unidas tampoco. Y sin embargo, puede que esto funcione.

Y su amigo Jenson, nuestro Reverendo Sin Dios, será el único superviviente.

Webber dice:

—¿Qué hay en el hotel Beverly Hills?

Flint apura su vaso y dice:

—El dalai lama...

La chica de Missoula, Montana, Webber consiguió su nombre y su número de teléfono aquella noche. Y cuando llegó el momento de que todos hicieran testamento, Webber le dejó a la chica todo lo que tenía en el mundo, incluido el Mustang que tenía en el aparcamiento techado de la casa de sus padres, su juego de herramientas Craftsman y catorce bolsos de Coach con los zapatos y los vestidos a juego.

Aquella noche, después de que ella pagara cincuenta pavos para partirle la cara a Webber, la chica se quedó mirando su ojo blanco y ciego y tan hinchado que casi no podía abrirlo y sus labios partidos. Él tenía tres años más que ella, pero parecía su abuela, y ella le preguntó:

—¿Y por qué estás haciendo esto?

Y Webber se quitó la peluca, con todos los mechones y rizos de pelo rubio pegados a la sangre que tenía reseca alrededor de la nariz y de la boca. Y dijo:

—Todo el mundo quiere cambiar el mundo para mejor.

Bebándose su cerveza light, Flint miró a Webber. Negó con la cabeza y dijo:

—Cabrón... —Flint dijo—: ¿Esa peluca no es mía?

No todos los días están llenos de terror.

A este trabajo en concreto el Casamentero lo llama «coger melocotones blancos».

Uno arrastra dos sofás blancos llenos de volutas hasta juntarlos, el uno frente al otro, justo debajo del «árbol». En esa isla hecha de sofás, se construye una «escalerilla» poniendo mesillas labradas en dorado una encima de otra. Cada mesilla con su superficie pesada y gris de mármol surcado de venas rosadas. Encima de las mesillas, se amontonan butacas palaciegas frágiles y delicadas como cáscaras de huevo, para poder subir todavía más arriba. Hasta que uno puede ver desde lo alto los nidos grises de las pelucas polvorientas de todo el mundo, y las caras de todo el mundo tan echadas hacia atrás que las bocas se les abren hasta el cuello. Tan alto que se puede vislumbrar el foso que les queda detrás de las clavículas y ver cómo los peldaños de sus costillares desaparecen en sus vestidos o los cuellos de sus camisas.

Todo el mundo tiene las manos envueltas en trapos sanguinolentos. Los guantes cuelgan flácidos debido a la ausencia de dedos. Los zapatos están rellenos de calcetines hechos bolas en el lugar de los dedos de los pies que faltan.

Nos llamamos a nosotros mismos el Comité Popular para Conservar la Luz del Día.

El Casamentero coge un «melocotón», envolviéndolo en terciopelo para protegerse la mano, y se lo baja al flaco San Destripado. Que a su vez se lo da al Chef Asesino, a quien le cuelga la tripa enorme de la cintura de sus pantalones.

El Agente Chivatillo, con la cámara de vídeo frente a la cara, filma cómo el melocotón va pasando de mano en mano.

En los melocotones más antiguos, los que están ennegrecidos, uno se puede ver reflejado. El Casamentero dice que es por los filamentos de tungsteno. Si la electricidad pasara sin más por ellos, el cable finísimo se incendiaría. Es por eso que los melocotones están todos llenos de un gas inerte. En la mayoría de los casos, argón. Un gas que no se puede respirar y que evita que se incendie el filamento de tungsteno. Los más viejos están llenos de nada. De vacío.

El Casamentero, que tiene pecas rosadas en las mejillas y a quien se le ven más pecas rosadas en los antebrazos debido a que va remangado hasta el codo, nos dice:

—El punto de fusión del tungsteno es de tres mil trescientos grados centígrados.

El calor normal de un «melocotón» bastaría para fundir una sartén. Bastaría para hacer hervir peniques de cobre. A dos mil doscientos grados centígrados.

En lugar de incendiarse, el filamento de tungsteno se evapora, átomo a átomo. Algunos átomos rebotan en los átomos de argón y se vuelven a adherir al filamento

en forma de cristales diminutos como joyas perfectas. Otros átomos de tungsteno se adhieren al interior más frío del «melocotón» de cristal.

Los átomos «se condensan», dice el Casamentero. Recubren el interior del cristal de metal y convierten el exterior en un espejo.

Con el interior congelado y negro, las bombillas se convierten en espejitos redondos que nos hacen parecer gordos. Hasta al flaco San Destripado, a quien las perneras del pantalón y las mangas siempre se le doblan y le cuelgan alrededor de los tallos huesudos de los brazos y las piernas.

No, no todos nuestros días están llenos de asesinatos y torturas. Algunos son como sigue:

La Camarada Sobrada coge un melocotón y gira la cabeza para verse la cara reflejada en el cristal curvado desde distintos ángulos. Con los dedos de la mano que le queda libre, se estira de la piel flácida por encima de la oreja. Y cuando estira, le desaparece la cavidad oscura que tiene debajo del pómulo de ese lado.

—Esto va a sonar terrible —dice la Camarada Sobrada. Sus dedos sueltan la piel y esa mitad de su cara recupera las bolsas y las arrugas oscuras—. Antes veía fotografías de toda aquella gente encerrada entre alambradas en los campos de exterminio —dice—. De aquellos esqueletos vivientes. Y siempre pensaba: Esa gente podría ponerse cualquier cosa.

El Conde de la Calumnia extiende el brazo hacia ella para recoger sus palabras con la grabadora plateada de bolsillo.

La Camarada Sobrada le da el melocotón a la Baronesa Congelación...

Que dice:

—Tienes razón. —La Baronesa Congelación dice—: Ha sonado espantoso.

Y la Camarada Sobrada se acerca al micrófono y dice:

—Si estás grabando esto, eres gilipollas.

La Baronesa Congelación, con los dientes sueltos y castañeteándole en las encías, con sus enormes dientes blancos estrechándose hasta mostrar su fina raíz marrón, le da el melocotón al Duque de los Vándalos.

El Duque tiene la cola de caballo suelta y el pelo le cuelga delante de la cara. Su mandíbula se mueve en círculos lentos para masticar el mismo chicle de nicotina que lleva masticando desde el principio de los tiempos. El pelo le huele a cigarrillos de clavo.

El Duque le da el melocotón a Miss América, las raíces oscuras de cuyo pelo rubio oxigenado son un indicador del tiempo que llevamos aquí atrapados. Nuestra pobre y embarazada Miss América.

Por encima de nosotros, el árbol parpadea y se queda a oscuras un momento. Durante ese tiempo, no existimos. Nada existe. Un momento más tarde, la electricidad vuelve con un centelleo. Y volvemos a existir.

—El fantasma —dice el Agente Chivatillo, y su voz se oye débil desde detrás de su cámara.

—El fantasma —repite el Conde de la Calumnia dirigiéndose a la grabadora que lleva dentro del puño cerrado.

Cada vez que se va la luz por aquí, cada vez que hay una ráfaga de aire frío o se oye un ruido extraño o huele a comida, le echamos la culpa a nuestro fantasma.

Para el Agente Chivatillo, el fantasma es un detective privado asesinado.

Para el Conde de la Calumnia, el fantasma es un antiguo actor infantil olvidado.

Las ramas metálicas del árbol. Todas curvadas, retorcidas e intrincadas como enredaderas bañadas en oro deslustrado. De las cuales cuelgan las «hojas» de cristal del árbol. Que tintinean cuando uno mete la mano entre ellas. El olor a polvo quemado de todos los melocotones «maduros», que todavía emiten un resplandor blanco. Demasiado calientes para tocarlos sin envolverse la mano con tela, con un jirón de falda de terciopelo o de un chaleco de brocado, para protegerse. Los otros melocotones, los «podridos», oscuros y fríos, cubiertos de una capa de polvo y envueltos en hebras blancas de tela de araña. Las hojas de cristal, todas blancas y plateadas y grises al mismo tiempo. Cuando giran, sus bordes todavía centellean un momento, con un destello irisado, antes de volver a ser de ningún color.

Las ramas retorcidas y tan deslustradas que son de color marrón oscuro. De todas ellas cuelga un rastro de cagadas secas de ratón con aspecto de arroz integral.

Balanceando el cuerpo de detrás hacia delante, y conteniendo la respiración, el Casamentero mete la mano dentro del árbol y elige los melocotones. Luego los deja caer, todavía calientes, hacia el lugar donde el Eslabón Perdido los recoge entre dos almohadas de seda. Nuestro héroe de los deportes, el Eslabón Perdido. El señor Beca Deportiva, con su única ceja tan tupida como el vello púbico. El señor Campeón de Fútbol Americano, con un hoyo en la barbilla que hace que esta parezca un par de testículos en un escroto.

Ese simple lanzamiento corto basta para que el melocotón se enfríe y pueda tocarse. La Madre Naturaleza recoge el melocotón de entre las almohadas y lo empaqueta dentro de una sombrerera llena de viejas pelucas que la Señorita Estornudos transporta, envolviéndola con los dos brazos, delante de su cintura.

La Madre Naturaleza tiene dibujos borrosos de henna en el dorso de las manos y recorriéndole cada dedo hasta la punta. Cada vez que gira la cabeza o asiente, la cadena de campanillas que tiene alrededor del cuello tintinea. El pelo le huele a sándalo y pachuli y menta.

La Señorita Estornudos tose. La pobre Señorita Estornudos siempre está tosiendo, con la nariz roja y aplastada contra una mejilla de tanto limpiársela con la manga de la camisa. Con los ojos hinchados, bañados en lágrimas y atiborrados de venas rojas. La Señorita Estornudos tose y tose, con la lengua fuera y con una mano apoyada en

cada rodilla, inclinada hacia delante.

A veces el Casamentero agarra las patas de las sillas y las superficies de mármol venoso de las mesillas doradas para evitar que se mueva su escalerilla.

A veces la Condesa Clarividencia se pone de puntillas sosteniendo el mango de una escoba polvorienta y acartonada, por encima de su cabeza, y toca el árbol con la punta de la escoba, girándolo lo justo como para que se puedan alcanzar más melocotones «maduros». Los que siguen estando lo bastante calientes como para derretir cobre. De puntillas, y con los brazos extendidos, se le ve la pulsera de seguridad todavía sellada en torno a la muñeca. El artefacto de rastreo exigido por los términos de su libertad condicional.

Para la Condesa Clarividencia, el fantasma es un anciano anticuario al que han degollado con una navaja.

Y con cada melocotón que el Casamentero «recoge», el árbol se vuelve un poco más oscuro.

Para San Destripado, el fantasma es un bebé abortado con dos cabezas, las dos con su cara flaca.

Para la Baronesa Congelación, el fantasma lleva puesto un delantal blanco en la cintura y maldice a Dios.

A veces la Hermana Justiciera da unos golpecitos en la esfera de su reloj de pulsera negro y dice:

—Faltan tres horas, diecisiete minutos y treinta segundos para apagar las luces.

Para la Hermana Justiciera, el fantasma es un héroe con la mitad de la cara aplastada.

Para la Señorita Estornudos, el fantasma es su abuela.

Mirando desde lo alto, dice el Casamentero, se puede ver el techo como una frontera vacía donde nadie ha puesto nunca el pie. De la misma forma en que cuando uno era pequeño y se sentaba boca abajo en el sofá, con las piernas en los cojines del respaldo y la cabeza colgando de la parte de delante, la vieja sala de estar de la casa familiar se convertía en un sitio nuevo y extraño. Boca abajo, uno podía ponerse a andar por aquel suelo pintado y liso y levantar la vista para mirar el nuevo techo, recubierto por la moqueta y ocupado por unos muebles que colgaban como estalactitas.

Igual, dice el Duque de los Vándalos, que los artistas ponen sus cuadros del revés, por la misma razón, o los miran invertidos en un espejo, para verlos como los vería un desconocido. Como algo que no conocen. Algo nuevo y novedoso. La realidad de otra persona.

Es igual, dice San Destripado, que cuando un perverso pone su pornografía boca abajo para que le pueda resultar nueva y excitante durante un poco más.

Visto así, cada árbol con sus melocotones y sus hojas de cristal está arraigado en

el suelo mediante el tronco trenzado de una gruesa cadena, y ese tronco está recubierto de una funda de terciopelo rojo a modo de corteza.

Cuando el árbol queda casi a oscuras, nos llevamos nuestra escalerilla, silla a silla y sofá a sofá, hasta el siguiente árbol. Cuando el «huerto» entero se queda sin frutos, salimos por la puerta y nos vamos a la siguiente sala.

Los melocotones recolectados los guardamos en una sombrerera.

No, no todos los días que pasamos aquí están marcados por el secuestro y la humillación.

El Conde de la Calumnia se saca un cuaderno del bolsillo de la camisa. Garabatea algo en el papel con pautas azules y dice:

—Sesenta y dos bombillas todavía viables. Con veintidós en la reserva.

Nuestra última línea de defensa. Nuestro último recurso contra la idea de morirnos aquí, solos, abandonados en la oscuridad con todas las luces quemadas. Un mundo sin sol, con los supervivientes abandonados en el frío y andando a tientas por la oscuridad total. Con el papel húmedo de las paredes cada vez más resbaladizo por culpa del moho.

Nadie quiere eso.

Los melocotones maduros los vamos dejando atrás, a medida que se oscurecen y se pudren, mientras construimos de nuevo la escalerilla. Volvemos a subir por ella. Volvemos a poner la cabeza dentro de ese dosel de hojas de cristal, de ese bosque de ramas de metal deslustradas. De polvo y cagadas de ratón y telarañas. Y reemplazamos los melocotones oscuros con unos pocos todavía maduros y resplandecientemente calientes.

El melocotón muerto que tiene el Casamentero en la mano no nos enseña cómo somos. Más bien cómo éramos. El cristal oscuro nos refleja a todos, pero su curvatura exterior nos hace gordos. Es la capa de átomos de tungsteno precipitados en el interior, lo contrario de una perla, el reverso plateado de un espejo. Cristal soplado, fino como una burbuja de jabón.

Aquí está la señora Clark con sus nuevas arrugas camufladas detrás de un velo tan grueso como la tela de gallinero. Aunque flaca de no comer, sus labios siguen hinchados por la silicona, paralizados en mitad de una mamada. Sus pechos enormes pero sin nada dentro que uno quiera mamar. Su peluca, empolvada y blanca, está torcida a un lado. Su cuello correoso y surcado de tendones.

Aquí está el Eslabón Perdido, con el bosque negro de sus mejillas, con la maleza hundida en los profundos cañones que le bajan desde los ojos.

Necesitamos que pase algo.

Necesitamos que pase algo terrible.

Y pum.

Un melocotón se nos resbala y se rompe en el suelo. Un nido de agujas de cristal.

Un revoltijo de astillas blancas. La imagen de nosotros gordos, desaparecida.

El Conde de la Calumnia apunta una frase en su cuaderno y dice:

—Veintiuna bombillas viables en la reserva...

La Hermana Justiciera se da unos golpecitos en el reloj de pulsera y dice:

—Faltan tres horas y diez minutos para apagar las luces...

Es entonces cuando la señora Clark dice:

—Cuéntame una historia. —A través de su velo, mirando desde abajo al Casamentero que sigue dentro de su árbol de cristal reluciente, dice con sus labios de silicona—: Cuéntame algo que me haga olvidar que tengo tanta hambre. Cuéntame una historia que nunca le podrías contar a nadie.

Retorciendo un melocotón con la mano, envolviéndolo con un jirón pegajoso de terciopelo sanguinolento, el Casamentero dice:

—Había una broma. —En lo alto de su escalerilla de sillas apiladas, dice—: Había una broma que mis tíos solo hacían cuando estaban borrachos...

El Conde de la Calumnia levanta su grabadora.

Y el Agente Chivatillo, su cámara de vídeo.

EL CONSULTOR

Un poema sobre el Casamentero

«Si amas algo —dice el Casamentero—, libéralo.»

Pero no te sorprendas si vuelve con un herpes...

El Casamentero en el escenario, con la espalda encorvada y las manos hundidas en los bolsillos de su peto.

Con las botas cubiertas de una costra de mierda de caballo seca.

La camisa a cuadros. De franela. Con broches de perla en vez de botones.

En el escenario, en vez de un foco, un fragmento de película:

vídeos de bodas donde parejas de novias se cambian los anillos, se besan y corren fuera bajo una ventisca de arroz blanco.

Todo esto se desliza sobre su cara mientras el Casamentero

se estira el labio inferior para meterse dentro una mascada

de tabaco de mascar.

El Casamentero dice: «La chica a la que yo quería creía que podía casarse con alguien mejor».

Aquella chica quería un hombre más alto, muy bronceado, con el pelo largo y la polla más grande.

Que tocara la guitarra.

Así que le dijo «no» la primera vez que él se propuso de rodillas.

Y el Casamentero contrató a un chapero llamado Steed, un gigoló que se anunciaba así:

Pelo largo y una polla tan gruesa como un frasco de chile.

Y que podía aprender a tocar un par de acordes.

Y Steed fingió que se la encontraba por accidente, en la iglesia.

Y luego otra vez en la biblioteca.

El Casamentero le pagaba doscientos dólares por encuentro,

y tomaba apuntes cuando el chapero le contaba cuánto le gustaba a la chica que le

manosearan

los pezones desde detrás. Y la mejor manera de hacer que se corriera dos o tres veces.

Steed le mandaba rosas. Le cantaba canciones. Steed se la folló en asientos traseros y jacuzzis,

y allí le juró amor y devoción eternos.

Luego se pasó una semana sin llamarla. Dos semanas. Un mes.

Hasta que fingió que se la encontraba otra vez por accidente, otra vez en la iglesia.

Allí Steed le dijo que habían acabado... porque ella era demasiado guarrilla. Casi una puta.

«Os juro —dice el Casamentero— que el tipo la llamó puta a ella. Pero menuda jeta tenía el tío...»

Que Dios le bendiga.

Y este era el plan secreto del Casamentero para provocarle a su novia

un corazón roto prematuro y acelerado. Y luego atraparla antes de que se recuperara.

En su última reunión con Steed, le pagó cincuenta pavos extra por una mamada.

Steed de rodillas allí, trabajando entre sus rodillas.

Así, cuando su futura esposa tuviera sus perfectamente ensayados orgasmos múltiples,

el hombre en que ella pensara no sería un desconocido total para su marido,

el Casamentero.

RITUAL

Un relato del Casamentero

Había una broma que mis tíos solamente hacían cuando estaban borrachos.

La mitad de la broma era el ruido que hacían. Era el ruido de alguien que carraspeaba para recoger saliva del fondo de su garganta. Un ruido largo y rasposo. Después de todas las celebraciones familiares, cuando no quedaba nada que hacer salvo beber, los tíos sacaban sus sillas y las colocaban debajo de los árboles. Allí donde no podíamos verlos en la oscuridad.

Mientras las tías lavaban platos, y los primos corrían a sus anchas, los tíos estaban en el huerto de árboles frutales, empujando el codo y apoyando sus sillas sobre las dos patas de atrás. A oscuras, se oía a un tío hacer el ruido: *Suuu-ruuuc*. Aun a oscuras, uno sabía que se acababa de pasar una mano por delante del cuello, de un lado a otro. *Suuu-ruuuc*, y los demás tíos se echaban a reír.

Las tías oían el ruido y sonreían y negaban con la cabeza: Hombres. Las tías no conocían la broma, pero sabían que cualquier cosa que hiciera reír tanto a los hombres tenía que ser una tontería.

Los primos no conocían la broma, pero hacían el ruido. Y se pasaban una mano por delante del cuello, de un lado a otro, y se caían de la risa. Los chavales se pasaban toda su infancia haciéndolo. Diciendo: *Suuu-ruuuc*. Gritándolo. La fórmula mágica de la familia para hacerse reír los unos a los otros.

Los tíos se agachaban para enseñarles. Ya de niños pequeños, cuando apenas andaban, ya imitaban el ruido. *Suuuruuuc*. Y los tíos les enseñaban a pasarse una mano por delante del cuello, siempre de izquierda a derecha, surcando el aire de delante de sus cuellos.

Y ellos preguntaban —los sobrinos, subidos en brazos de un tío, pataleando en el aire— qué quería decir aquel ruido. Y aquel gesto con la mano.

Era una historia muy, muy antigua, les decía el tío. El ruido venía de la época en que los tíos eran todos jóvenes y estaban en el ejército. Durante la guerra. Los primos trepaban por los bolsillos de la chaqueta del tío, engancho el pie en un bolsillo y extendiendo una mano para alcanzar el siguiente bolsillo que había más arriba. Igual que uno trepa por un árbol.

Y suplicaban: Cuéntanoslo. Cuéntanos la historia.

Pero lo único que hacía el tío era prometerles: Más adelante. Cuando fueran mayores. El tío cogía a uno de los primos por las axilas y lo subía a hombros. Y lo llevaba así, corriendo, echando una carrera al resto de los tíos para entrar el primero en la casa, para besar a la tía y comerse otro trozo de tarta. Y tú hacías palomitas de

maíz y escuchabas la radio.

Era la contraseña de la familia. Un secreto que la mayoría de ellos no entendía. Un ritual para mantenerlos a salvo. Lo único que los primos sabían era que les hacía reírse juntos. Que era algo que solamente ellos sabían.

Los tíos decían que el ruido era la prueba de que los peores miedos de uno podían simplemente desaparecer. No importaba lo terrible que pareciera algo, era posible que ya no estuviera al día siguiente. Si se moría una vaca, y el resto del ganado parecía enfermo, inflado por el meteorismo y a punto de morir, si no se podía hacer nada, los tíos hacían el ruido: *Suuu-ruuuc*. Si los melocotoneros estaban dando fruto en el huerto y esa noche el parte meteorológico había previsto helada, los tíos lo decían. *Suuu-ruuuc*. Lo cual quería decir que algo terrorífico que uno no podía detener de ninguna forma podía simplemente detenerse por sí solo.

Cada vez que se reunía la familia, aquel era su saludo: *Suuu-ruuuc*. El que todos los primos se pusieran a hacer aquel ruido tonto hacía poner los ojos bizcos a las tías. *Suuu-ruuuc*. Con todos los primos pasándose una mano por delante del cuello. *Suuu-ruuuc*. Y los tíos se echaban a reír tan fuerte que se tenían que inclinar hacia delante y apoyarse las manos en las rodillas. *Suuu-ruuuc*.

Alguna tía, casada con un miembro de la familia, podía preguntar qué significaba todo aquello. Qué historia había detrás. Pero los tíos negaban con la cabeza. Uno de los tíos, el que estaba casado con ella, le pasaba la mano por la cintura y le daba un beso en la mejilla y le decía: Cariño, no te conviene saberlo.

El verano en que cumplí dieciocho años, uno de los tíos me lo dijo a mí, a solas. Y aquella vez no se rió.

Me habían llamado a filas y nadie sabía si yo iba a volver alguna vez.

No estábamos en guerra, pero había cólera en el ejército. Siempre estaban las enfermedades y los accidentes. Me estaban haciendo una maleta para que me la llevara y mi tío lo dijo: *Suuu-ruuuc*. Tú acuérdate, me dijo, no importa lo negro que parezca el futuro, todos tus problemas pueden desaparecer mañana mismo.

Y mientras llenaba la maleta, se lo pregunté. Qué quería decir.

Era de la última gran guerra, me dijo. Cuando todos los tíos formaban parte del mismo regimiento. Los capturaron y los obligaron a trabajar en un campo de concentración. Allí, un oficial del ejército enemigo los obligaba a trabajar a punta de pistola. Todos los días esperaban que aquel hombre los matara, y no había nada que pudieran hacer al respecto. Todas las semanas llegaban trenes llenos de prisioneros de países ocupados: soldados y gitanos. La mayoría de ellos iban directamente del tren a morir, tras caminar doscientos pasos. Los tíos cargaban con sus cuerpos. El oficial al que odiaban dirigía el pelotón de fusilamiento.

El tío que estaba contando aquella historia dijo que cada día que los tíos se presentaban voluntarios para llevarse a rastras a los muertos —con la sangre

manando todavía de los agujeros de su ropa—, el pelotón de fusilamiento ya estaba esperando a la siguiente tanda de prisioneros que ejecutar. Cada vez que los tíos pasaban por delante de aquellas armas, esperaban que el oficial abriera fuego.

Hasta que un día uno de los tíos dijo: *Suuu-ruuuc*.

Sucedió, tal como sucede el destino.

Si aquel oficial veía a una mujer gitana que le gustaba, la sacaba de la fila. Cuando los prisioneros de aquella tanda ya estaban muertos, y mientras los tíos se llevaban los cadáveres, el oficial obligaba a aquella mujer a desnudarse. Allí de pie vestido con su uniforme, lleno de cordeles dorados bajo el sol de justicia, y rodeado de fusiles, el oficial obligaba a la gitana a arrodillarse sobre el suelo de tierra y a abrirle la cremallera. La obligaba a abrir la boca.

Los tíos habían visto aquello demasiadas veces como para olvidarse. La gitana hundía los labios en la bragueta de los pantalones del oficial. Con los ojos cerrados, chupaba y chupaba y no le veía sacar un cuchillo de la parte de atrás de su cinturón.

En el momento en que llegaba al orgasmo, el oficial agarraba a la gitana del pelo y le sujetaba la cabeza muy fuerte con una mano. Y con la otra la degollaba.

Siempre hacía el mismo ruido: *Suuu-ruuuc*. Mientras estaba todavía eyaculando, el oficial apartaba el cuerpo desnudo de la mujer de un empujón antes de que empezara a manarle la sangre a chorros del cuello.

Era un ruido que siempre significaba el final. El destino. Un ruido del que nunca podrían escapar. Que nunca podrían olvidar.

Hasta que un día el oficial cogió a una gitana y la hizo arrodillarse desnuda sobre la tierra. Con el pelotón de fusilamiento mirando, con los tíos mirando y caminando por la alfombra de cuerpos muertos, el oficial hizo que la gitana le abriera la bragueta. La mujer cerró los ojos y abrió la boca.

Aquello era algo que los tíos habían presenciado tan a menudo que ya podían mirar sin verlo.

El oficial agarró el pelo largo de la gitana y se lo enrolló en el puño. El cuchillo centelleó y se oyó el ruido. Aquel ruido. Que se convertiría en el código secreto para hacer reír a mi familia. En nuestra forma de saludarnos los unos a los otros. La gitana cayó hacia atrás, con la sangre manando a chorros de debajo de su barbilla. Tosió una vez y algo cayó sobre la tierra al lado de donde ella moría.

Todos se quedaron mirando, el pelotón de fusilamiento y los tíos y el oficial, y allí sobre la tierra había media polla. *Suuu-ruuuc*, y el oficial se había cortado su propia erección mientras la tenía metida en la boca de la mujer muerta. De la bragueta de los pantalones del oficial seguía manando su esperma y saliendo un chorro de sangre al mismo tiempo. El oficial extendió un brazo hacia donde su polla estaba ahora sucia de tierra. Y le fallaron las rodillas.

Luego nuestros tíos arrastraron su cuerpo para enterrarlo. El oficial que llegó

después para dirigir el campo de prisioneros no era tan malo. Luego la guerra se terminó y los tíos volvieron a casa. Sin aquello que había pasado, puede que su familia nunca hubiera existido. Si aquel oficial no hubiera muerto, puede que ahora yo no existiera.

Aquel ruido, su código familiar secreto, me lo explicó mi tío. El ruido quiere decir: Sí, pasan cosas terribles, pero a veces esas cosas terribles... te salvan.

Al otro lado de la ventana, entre los melocotoneros que había detrás de la casa, los primos corrían. Las tías estaban sentadas en el porche de delante, desvainando guisantes. Los tíos estaban de pie, con los brazos cruzados, discutiendo sobre la mejor forma de pintar una cerca.

Puede que vayas a la guerra, me dijo el tío. O puede que pilles el cólera y te mueras. O tal vez, me dijo, y movió una mano de lado, de izquierda a derecha, cortando el aire de debajo de la hebilla de su cinturón: *Suuu-ruuuc...*

Es la Hermana Justiciera la que encuentra el cadáver. Está bajando las escaleras del vestíbulo, procedente del foyer del primer rellano, viniendo de encender las luces de la cabina de proyección, cuando se tropieza con la rueda de ejercicios de color rosa de Miss América, agarrada entre dos manos pálidas y muertas.

Allí, en el pequeño visor de la cámara de vídeo, el Duque de los Vándalos está tirado en el suelo al pie de la escalera del vestíbulo, con los faldones de la camisa con flecos de gamuza por fuera, con el pelo rubio abierto en abanico, boca abajo sobre la moqueta azul. Con la rueda de ejercicios rosa en las manos. Tiene un lado de la cara aplastado y el pelo embadurnado de sangre y pegado por todas partes.

Uno menos a dividir los royalties de nuestra historia.

La Hermana Justiciera tiene la cámara de vídeo. Para moverse en la oscuridad, el señor Whittier usaba una linterna, pero las pilas de la misma ya están tan muertas como él y la Dama Vagabunda. Ahora la Hermana Justiciera usa el foco de la cámara, con sus pilas recargables, para orientarse escaleras arriba y escaleras abajo, antes del amanecer y después de que anochezca.

—Hemorragia subaracnoide —dice la Hermana Justiciera grabando sus palabras mientras hace una panorámica del cadáver con la cámara—. Con avulsión parcial del hemisferio izquierdo del cerebelo.

Y añade que se trata de la secuela más común del trauma craneal masivo. Y hace un zoom para obtener un primer plano de la fractura craneal compuesta, de la hemorragia que hay dentro de las capas externas del cerebro.

—Cuando presionas el cráneo en un punto —dice—, los contenidos se hinchan alrededor de ese punto y revientan el cráneo en un área circular irregular.

Mientras la cámara recorre los bordes afilados del cráneo y la sangre seca que hay sobre los mismos, la voz de la Hermana Justiciera dice:

—La deformación hacia fuera es muy amplia...

La cámara pasa a mostrarnos al resto de nosotros, mientras entramos dando tumbos en el vestíbulo, bostezando y mirando el foco con los ojos entornados.

La señora Clark observa el cuerpo tumbado y cubierto de gamuza del Duque, con su chicle de nicotina —además de todos sus dientes— escupido hasta la otra punta del suelo del vestíbulo. Y sus labios inflados sueltan un pequeño chillido.

Miss América dice:

—Hijo de puta. —Se acerca al cadáver y se arrodilla para separarle los dedos muertos y rígidos de las asas de goma negra de la rueda de ejercicios—. Estaba intentando perder más peso que los demás —dice—. El muy cabrón estaba haciendo

aerobic para tener... peor aspecto.

Mientras Miss América forcejea con los dedos rígidos y les da patadas, la señora Clark dice:

—Rigor mortis.

Cuando Miss América tira del cadáver hacia un lado, retorciendo la rueda para soltársela de las manos, el cuerpo se pone boca arriba como resultado de sus tirones. La cara del Duque de los Vándalos está oscura como si la hubiera quemado el sol, y la punta de la nariz es la única parte que no está morada. Las puntas de su nariz y de su barbilla y la parte plana de su frente son de un blanco azulado.

—Livor mortis —dice la señora Clark. La sangre se acumula en las partes más bajas del cuerpo. Salvo allí donde la cara estaba apoyada en la moqueta: en esos puntos el peso del cuerpo ha mantenido los capilares colapsados de forma que no se ha podido acumular sangre en ellos.

Desde detrás de la cámara de vídeo, la Hermana Justiciera dice:

—Parece que sabe usted mucho de cadáveres...

Y la señora Clark dice:

—¿Qué querías decir tú exactamente con eso de «avulsión parcial del hemisferio izquierdo del cerebelo»?

Sin dejar de hacer una panorámica del cuerpo con la cámara, y grabando encima de la muerte del señor Whittier, la voz de la Hermana Justiciera dice:

—Quiere decir que se le han salido los sesos.

La rueda de color rosa se despega de las manos del Duque y los dedos parecen relajarse. El rigor mortis solamente se va, dice la señora Clark, cuando el cuerpo se empieza a descomponer.

Para entonces ya ha aparecido el Agente Chivatillo, con un aspecto extraño debido a que se le ven los dos ojos. El Reverendo Sin Dios está de pie junto al cuerpo. La Madre Naturaleza, con su olor a pachuli. El Casamentero, masticando sin parar con las muelas un bocado de saliva y tabaco de mascar, se acerca para ver mejor.

El Casamentero dice:

—¿Descomponer?

Y la señora Clark asiente, frunciendo sus labios de silicona. Después de la muerte, dice, los filamentos de actina y miosina de los músculos se acomplejan debido a la falta de producción de adenosín trifosfato... Dice:

—No lo entenderías.

—Pues es una lástima —dice el Chef Asesino—. Si la cosa no estuviera tan avanzada, podríamos desayunar por todo lo grande.

La Madre Naturaleza dice:

—Estás de broma.

Y el chef dice:

—No, la verdad es que no.

El Casamentero está con los ojos abiertos como platos, agachado junto al cuerpo y hurgándole en el bolsillo de atrás de los pantalones.

Frotándose las manos pintadas con henna y bostezando, la Madre Naturaleza dice:

—¿Cómo puedes estar tan despierto?

Y el Casamentero abre mucho la boca, se señala el mejunje marrón que tiene dentro y dice:

—Tabaco de mascar... —Saca la cartera del cuerpo, quita los billetes y la vuelve a meter en el bolsillo, diciendo—: Bésame y tú también te pondrás acelerada.

Y la Madre Naturaleza niega con la cabeza y dice:

—No, gracias.

—Niña —dice el Casamentero. Suelta un salivazo marrón sobre la moqueta azul y dice—: Vas a tener que ser un personaje un poco más sexy si quieres que alguna actriz que se cotice vaya a querer interpretarte...

Y San Destripado se la lleva aparte.

La Hermana Justiciera apaga la cámara y se la devuelve al Agente Chivatillo.

Dirigiéndose a nadie en particular, o dirigiéndose a todos, la señora Clark dice:

—¿De quién sospecháis?

Y el Agente Chivatillo dice:

—De usted.

La señora Clark se ha levantado en plena madrugada. Ha encontrado al Duque de los Vándalos solo, haciendo un ejercicio de abdominales. Y le ha aplastado el cráneo. Fin de la historia oficial.

—¿Alguna vez os habéis preguntado —dice la señora Clark— qué vais a hacer cuando hayáis vendido vuestra vieja vida?

Y el Casamentero se relame la saliva de los labios y dice:

—¿Qué quiere decir?

Y se pasa los dedos pulgares como si fueran ganchos por debajo de los tirantes de su peto.

—Cuando hayáis vendido esta historia —dice la señora Clark—, ¿simplemente buscaréis otro villano? —Dice—: Durante el resto de vuestras vidas, ¿os dedicaréis a buscar a alguien a quien echar la culpa de todo?

Y el Agente Chivatillo sonríe y dice:

—Tranquilícese. No tiene sentido culpar a uno de nosotros de esto. Hay víctimas —dice, y se señala el pecho con un dedo—. Y hay villanos —dice, y la señala con el dedo a ella—. No cree usted matices intermedios que pueden confundir a las grandes audiencias.

Y la señora Clark dice:

—Yo no he matado a este joven.

Y el Agente se encoge de hombros. Se echa la cámara al hombro y dice:

—Si a estas alturas quiere usted la compasión del público, va a tener que hacer campaña para conseguirla. —Su foco se enciende con fuerza, iluminándola a ella, y el Agente Chivatillo dice—: Cuéntenos algo. Denos un buen flashback que haga que la gente en sus casas sienta un poquito de lástima por usted...

LA CAJA DE PESADILLAS

Un relato de la señora Clark

La noche antes de desaparecer, Cassandra se corta las pestañas.

Con tanta facilidad como si estuviera haciendo los deberes, Cassandra Clark saca un par de tijeritas de su bolso, unas tijeritas metálicas para las uñas, se acerca mucho al espejo de gran tamaño que hay sobre la pileta del cuarto de baño y se mira. Con los ojos medio cerrados y con la boca abierta como cuando se pone rímel, Cassandra apoya una mano sobre la encimera del baño y usa las tijeritas para cortar. Sus pestañas largas y negras caen una tras otra, quedándose en la pileta o revoloteando por el desagüe de la misma, y ella evita mirar el reflejo de su madre, de pie detrás de su espalda, en el espejo.

Esa noche, la señora Clark la oye salir a hurtadillas de la cama cuando todavía está oscuro. Cuando todavía no hay tráfico en las calles, va desnuda hasta la sala de estar con todas las luces apagadas. Se oye el chirrido de los muelles del interior del viejo sofá. Se oye el rascar y el clic de un encendedor. Luego un suspiro. Una bocanada de humo de cigarrillo.

Después de que salga el sol, Cassandra sigue allí, desnuda y sentada en el sofá con las cortinas abiertas y los coches pasando al otro lado. Con los brazos y las piernas encogidos por culpa del frío. En una mano sostiene el cigarrillo, consumido hasta el filtro. Con ceniza en el cojín del sofá a su lado. Está despierta y mirando la pantalla vacía del televisor. Tal vez mirándose a sí misma reflejada en ella, desnuda sobre el cristal negro. Se le ve el pelo todo lleno de nudos de no peinárselo. La pintura de labios de hace dos días sigue allí, corrida de un lado a otro de su mejilla. Su sombra de ojos resigue las arrugas que los rodean. Ahora que no tiene pestañas, sus ojos verdes tienen un aspecto apagado y falso porque nunca se la ve parpadear.

Su madre le dice:

—¿Sueñas con ello?

La señora Clark le pregunta si quiere torrijas. La señora Clark enciende el calefactor de la pared y coge la bata de Cassandra de la parte de dentro de la puerta del cuarto de baño.

Cassandra se abraza a sí misma bajo la fría luz del sol, sentada con las rodillas muy juntas, y la presión de sus brazos le levanta los pechos. Encima de los muslos tiene copos de ceniza gris de cigarrillo. Copos de ceniza gris enredados en el vello púbico. Los tendones de los pies le tiemblan bajo la piel. Los pies juntos y con las plantas apoyadas sobre el suelo de madera lustrada son la única parte de ella que no está quieta como una estatua.

La señora Clark dice:

—¿Te acuerdas de algo? —Su madre dice—: Llevabas puesto el vestido negro nuevo... —Dice—: Ese tan corto.

La señora Clark va a ponerle la bata sobre los hombros a su hija, cerrándosela bien alrededor del cuello. Y le dice:

—Pasó en aquella galería. Delante de la tienda de antigüedades.

Cassandra no aparta la vista de su reflejo oscuro en el televisor apagado. No parpadea, y la bata se escurre hacia abajo, exponiendo sus pechos otra vez al aire frío.

Y su madre le pregunta qué es lo que ha visto.

—No lo sé —dice Cassandra. Dice—: No te lo sé decir.

—Déjame ir a buscar mis apuntes —le dice la señora Clark. Le dice—: Creo que ya lo tengo resuelto.

Es al volver del dormitorio, con su gruesa carpeta marrón de apuntes en la mano, con la carpeta abierta para poder hurgar en ella con la otra mano, cuando escruta la sala de estar y ve que Cassandra se ha ido.

En ese momento, la señora Clark está diciendo:

—El funcionamiento de la Caja de Pesadillas es el siguiente: la parte de delante...

Pero Cassandra no está en la cocina ni en el cuarto de baño. Cassandra no está en el sótano. Y ya no hay más sitios en su casa. No está en el jardín de atrás ni tampoco en las escaleras. Su bata sigue en el sofá. No faltan ni su bolso ni sus zapatos ni su abrigo. Su maleta sigue sobre la cama, a medio hacer. Lo único que falta es Cassandra.

Al principio, Cassandra dijo que no era nada. De acuerdo con los apuntes, era la inauguración de una galería de arte.

En los apuntes de la señora Clark dice: «Temporizador de Intervalo Aleatorio...».

En los apuntes dice: «El hombre se suicidó colgándose...».

Todo empezó la noche en que todas las galerías inauguraban sus exposiciones y el centro de la ciudad estaba lleno de gente, todo el mundo todavía vestido con la ropa de la oficina o la facultad y cogidos de la mano. Parejas tirando a jóvenes vestidas con ropa oscura donde no se quedaba la suciedad del asiento de los taxis. Llevando las joyas buenas que no podrían llevar en el metro. Con los dientes blancos, como si no usaran los dientes para nada más que para sonreír.

Estaban todos mirando cómo los demás miraban las obras de arte antes de mirar cómo los demás se comían la cena.

El vestido aquel era negro y tenía lentejuelas y cuentas negras cosidas. Era como una corteza de material negro áspero y brillante con sus pechos rosados y carnosos en el interior.

La forma en que sus uñas pintadas de ambas manos se entrelazaban daba la impresión de que tenía las manos esposadas alrededor del pie de su copa de vino. Su

pelo enroscado y recogido sobre la coronilla era muy tupido y denso. Tenía varios mechones y rizos sueltos y colgando, pero no se atrevía a levantar la mano para arreglarse el pelo. Con los hombros desnudos, con el peinado deshaciéndose, los tacones altos le oprimían los músculos de las piernas y le empujaban el culo hacia arriba, trazando una curva prominente en la parte baja de una larga cremallera.

Sus labios perfectamente pintados. Nada de manchas rojas en la copa que no se atrevía a levantar. Sus ojos se veían enormes bajo sus largas pestañas. Sus ojos verdes eran la única parte de ella que se movía en la sala atestada.

De pie y sonriente en el centro de una galería de arte, era la única mujer que se quedaba en la memoria. Cassandra Clark, de tan solo quince años.

Aquello fue menos de una semana antes de que desapareciera, solamente tres noches antes.

Sentada ahora en el sitio todavía caliente y sobre las cenizas que Cassandra ha dejado en el sofá, la señora Clark repasa la carpeta de apuntes.

El propietario de la galería estaba hablando con ellas, con ellas y con la gente que se había congregado alrededor.

«Rand», decían sus apuntes. El propietario se llamaba Rand.

El propietario de la galería les estaba enseñando una caja apoyada sobre tres patas altas. Un trípode. La caja era negra, del tamaño de una cámara antigua. De esas cámaras donde el fotógrafo se ponía detrás, encorvado debajo de una lona negra para proteger la placa de cristal cubierta con productos químicos del interior. Una de esas cámaras de la época de la guerra civil que te hacían una foto en medio de un flash de pólvora. Provocando una nube en forma de seta de humo gris que hacía daño en la nariz. La primera vez que entraste en la galería, eso es lo que parecía, aquella caja con tres patas.

La caja estaba pintada de negro.

«Barnizada», dijo el propietario de la galería.

Estaba barnizada en negro, encerada y llena de manchas grises dejadas por los dedos.

El propietario de la galería estaba mirando con una sonrisa el torso rígido y sin tirantes del vestido de Cassandra. Tenía un bigote fino, tan perfectamente recortado y depilado que parecía un par de cejas. Tenía una barbita de diablo que hacía que su barbilla pareciera puntiaguda. Llevaba un traje azul de banquero y un solo pendiente, demasiado grande y con un brillo demasiado falso como para ser otra cosa que un diamante auténtico.

La caja tenía una serie de complejas molduras, surcos y regatas en todas sus juntas que la hacían parecer tan pesada como la caja fuerte de un banco. No había ninguna junta que no estuviera oculta bajo un montón de detalles y una gruesa capa de pintura.

—Es como un ataúd pequeño —dijo alguien en la galería. Un hombre con coleta que masticaba chicle.

A los lados de la caja había sendas asas metálicas. Había que cogerla por las dos, les dijo el propietario de la galería. Para completar un circuito. Si se quería que la caja funcionara bien, había que coger las dos asas. Había que pegar el ojo a la mirilla metálica que había en la parte de delante. El ojo izquierdo. Y mirar dentro.

En conjunto, alrededor de un centenar de personas debieron de asomarse al interior aquella noche, pero no pasó nada. Esperaron y miraron el interior, pero lo único que vieron fue su propio ojo reflejado en la oscuridad que había detrás de la pequeña lente de cristal. Lo único que oyeron fue un ruidito. Un reloj que hacía tictac. Tan lento como las gotas... drip... drip... drip... de un grifo que gotea. Aquel pequeño tictac procedente de la caja pintada de negro y sucia.

La capa de suciedad de la caja era pegajosa.

El propietario de la galería levantó un dedo. Golpeó un lado de la caja con los nudillos y dijo:

—Es alguna clase de temporizador de intervalo aleatorio.

Podía funcionar durante un mes sin dejar de hacer tictac. O podía funcionar durante una hora nada más. Pero el momento en que se parara sería el momento de mirar dentro.

—Aquí —dijo el propietario de la galería, dijo Rand, y dio un golpecito en un pequeño botón de metal, tan pequeño como un timbre, que había a un lado de la caja.

Había que agarrar las asas y esperar. Cuando paraba el tictac, dijo, había que mirar y pulsar el botón.

En una plaquita metálica identificativa, una placa atornillada a la parte superior de la caja, si uno se ponía de puntillas podía leer «La Caja de Pesadillas». Y el nombre «Roland Whittier». Las asas metálicas estaban verdes de tanto que la gente las agarraba y se quedaba esperando. El accesorio que rodeaba la mirilla estaba deslustrado por la respiración de la gente. El exterior negro estaba untado de grasa de tanta gente que lo rozaba y se apoyaba en él.

Cuando cogías las asas, lo podías notar en el interior. El tictac. El temporizador. Regular y eterno como los latidos de un corazón.

En el momento en que se paraba, dijo Rand, el botón desencadenaba un flash de luz dentro. Un solo parpadeo de luz.

Rand no sabía qué veía la gente entonces. La caja procedía de la tienda de antigüedades cerrada del otro lado de la calle. Se había pasado nueve años allí y nunca había parado de hacer tictac. El dueño de la caja, el anticuario, siempre les había dicho a los clientes que era posible que estuviera rota. O que fuera una broma.

La caja se pasó nueve años haciendo tictac en una estantería, hasta quedar sepultada en polvo. Hasta que un día el nieto del anticuario la encontró cuando no

estaba haciendo tictac. El nieto tenía diecinueve años y estaba estudiando derecho. Y durante todo el día entraban chicas en la tienda para echar un vistazo a aquel adolescente sin un solo pelo en el pecho. Un buen chaval con una beca para jugar al fútbol, cuenta bancaria y coche propio, que tenía un trabajo de verano en la tienda de antigüedades quitando el polvo. Cuando la encontró, la caja estaba en silencio: lista y esperando. Agarró las asas. Pulsó el botón y miró el interior.

El anticuario lo encontró, con una mancha de polvo todavía alrededor del ojo izquierdo. Parpadeando. Con la mirada perdida. Estaba simplemente sentado sobre un montón de polvo y de colillas de cigarrillo que había barrido del suelo. Aquel nieto suyo nunca volvió a la universidad. Su coche se quedó aparcado en la acera hasta que se lo llevó la grúa municipal. Y todos los días, después de aquello, se los pasó sentado en la acera de delante de la tienda. Tenía veinte años y se pasaba el día sentado en la calle, lloviera o hiciera sol. Le preguntabas cualquier cosa y él se reía. Aquel chaval, que a estas alturas ya tendría que ser abogado, que ya tendría que estar ejerciendo, ahora te lo encontrabas alojado en un hotel de mala muerte. O en una vivienda de protección oficial, cobrando el subsidio de la seguridad social por depresión mental completa. Sin ni siquiera drogas.

Rand, el galerista, dijo:

—Un caso de colapso total.

Si uno iba a visitar a aquel chaval, se lo encontraba sentado en la cama todo el día, con las cucarachas entrándole y saliéndole de la ropa, de las perneras de los pantalones y del cuello de la camisa. Tenía las uñas de las manos y de los pies tan largas y amarillas como lápices.

Uno le preguntaba cualquier cosa: ¿Cómo le iba? ¿Estaba comiendo? ¿Qué era lo que había visto? Y el chaval se limitaba a reírse. Con los bultitos de las cucarachas correteándole por debajo de la camisa. Con una nube de moscas en torno a la cabeza.

Otra mañana el anticuario llegó a su tienda a la hora de abrir y se encontró con que el desorden polvoriento del interior había cambiado. Con que daba la impresión de que nunca había estado allí. Y con que la caja había vuelto a dejar de hacer tictac. Había detenido aquella sosegada cuenta atrás. Y ahora la Caja de Pesadillas estaba allí, esperando a que él mirara.

El anticuario no abrió la tienda en toda la mañana. La gente llegaba y ahuecaba las manos contra el escaparate para echar un vistazo al interior. Para buscar algo entre las sombras. Para buscar la razón de que la tienda no estuviera abierta.

Igual que ellos, el anticuario podría haber echado un vistazo al interior de la caja. Para ver por qué. Para saber qué había pasado. Qué podía despojar de su alma a un chaval de apenas veinte años, a un chaval que tenía toda la vida por delante.

El anticuario se pasó la mañana entera viendo cómo la caja no hacía tictac.

Y en lugar de mirar dentro, el anticuario limpió el retrete de la parte de atrás de la

tienda. Cogió una escalera y recogió las moscas muertas y resacas de todas las lámparas de los techos. Sacó brillo a los metales. Dio aceite a las maderas. Sudó hasta que la camisa blanca almidonada se le llenó de arrugas blandas. Hizo todo lo que odiaba hacer.

La gente del vecindario, sus clientes de toda la vida, llegaban a la tienda y se encontraban la puerta cerrada. Tal vez llamaban con la mano. Y luego se marchaban.

La caja esperaba para mostrarle por qué.

Iba a ser un allegado suyo el que mirara dentro.

Durante toda su vida, el anticuario había trabajado duro. Se dedicaba a encontrar buenas piezas a precios razonables. Luego las transportaba a la tienda y las ponía en exposición. Les quitaba el polvo. La mayor parte de su vida se la había pasado en aquella tienda, yendo a subastas de casas que se vaciaban y volviendo a comprar las mismas lámparas y mesas, revendiéndolas por segunda y por tercera vez. Comprando a clientes muertos para vender a los vivos. Su tienda se limitaba a inhalar y exhalar las mismas piezas.

Aquella misma marea de sillas, mesas y muñecas de porcelana. De cuentas, vitrinas y pequeños adornitos.

Que entraban y salían.

Durante toda la mañana, la mirada del anticuario no paró de regresar a la Caja de Pesadillas.

Hizo su contabilidad. Se pasó el día tecleando en la calculadora de diez teclas, haciendo cuadrar las cuentas. Calculando totales y comparando largas columnas de números. Viendo cómo las mismas piezas, los mismos tocadores y perchas para sombreros, llegaban y salían sobre el papel. Hizo café. Hizo más café. Bebió café hasta vaciar la lata de café molido. Limpió hasta que en toda la tienda no quedó una sola superficie de madera bruñida y cristal limpio que no reflejara su imagen. Hasta que todo olía a limón y a aceite de almendra. Al olor de su sudor.

Y la caja esperaba.

Se puso una camisa limpia. Se peinó.

Llamó a su mujer y le dijo que llevaba años escondiendo dinero en metálico en una caja de hojalata dentro del maletero de su coche. El anticuario le dijo a su mujer que cuarenta años atrás, cuando nació su hija, había tenido una aventura con una chica que solía venir en la hora del almuerzo de su trabajo. Le dijo que lo sentía. Le dijo que no le guardara la cena. Le dijo que la quería.

Y al lado del teléfono, la caja esperaba, sin hacer tictac.

Al día siguiente lo encontró la policía. Con las cuentas cuadradas. Con la tienda perfectamente ordenada. El anticuario había cogido un cable alargador de color naranja y lo había atado a la percha de la pared de su cuarto de baño. En el cuarto de baño con azulejos, donde cualquier estropicio sería fácil de limpiar, se había atado el

cable en torno al cuello y luego simplemente se había... relajado. Se había dejado caer, desplomado contra la pared. Estaba asfixiado, muerto, casi sentado en el suelo de azulejos.

Sobre el mostrador, en la parte de delante de la tienda, la caja volvía a hacer tictac.

Toda esta historia estaba en la gruesa carpeta de apuntes de Tess Clark.

Fue entonces cuando la caja vino aquí, a la galería de arte de Rand. Para entonces, ya era una leyenda, le dijo Rand a la pequeña multitud. La Caja de Pesadillas.

Al otro lado de la calle, la tienda de antigüedades no era más que una enorme sala pintada, vacía detrás de su escaparate.

Fue entonces, aquella misma noche, mientras Rand les estaba enseñando la caja y Cassandra tenía los brazos encogidos para mantenerse el vestido en su sitio, fue en aquel preciso momento cuando alguien del público dijo:

—Se ha parado.

El tictac.

Se había parado.

La multitud esperó, escuchando el silencio, usando las orejas como antenas para captar cualquier sonido.

Y Rand dijo:

—Adelante.

—¿Así? —dijo Cassandra, y le dio a la señora Clark la copa alta de vino blanco para que se la aguantara. Llevó una mano al asa metálica del lado correspondiente. Le dio a Rand su bolso de noche de cuentas, su bolsito sin asas, que tenía dentro el pintalabios y el dinero en metálico de emergencia—. ¿Lo estoy haciendo bien? —dijo, y llevó la otra mano al asa del lado opuesto.

—Ahora —dijo Rand.

La señora Clark permaneció allí, la madre, un poco impotente con una copa llena de vino en cada mano, mirando. Con todo listo para derramarse o romperse.

Rand puso una mano ahuecada en la nuca de Cassandra, en la piel desnuda que había por encima de su espinazo, donde un único rizo suave de pelo caía revoloteando. En el extremo superior de la larga cremallera de su culo. Presionó de forma que ella doblara el cuello, que su barbilla se levantara un poco y sus labios se movieran hasta abrirse. Sosteniendo su cuello en una mano y su bolso en la otra, Rand le dijo:

—Mira dentro.

La caja estaba en silencio. El mismo silencio en que está una bomba en el momento antes de activarse. A explotar.

Cassandra abrió mucho el ojo izquierdo, levantando mucho la ceja, con las pestañas de esa parte temblando, embadurnadas de rímel negro. Su ojo verde,

húmedo y blando, algo intermedio entre el estado líquido y el sólido, quedó pegado al pequeño cristal de la mirilla, a la oscuridad de dentro.

La multitud los rodeaba. A la espera. Rand le seguía sosteniendo la nuca.

Una uña pintada se desplazó hasta el botón y Cassandra, con la cara pegada a la madera negra de la caja, dijo:

—Dime cuándo.

La forma correcta de mirar al interior, de ajustar la cara a la superficie de la caja, era girar un poco la cara a la derecha. Había que encorvarse un poco, como resultado de inclinarse demasiado hacia delante. Había que agarrarse a las dos asas porque esa posición le hace a uno perder el equilibrio. Tenías que apoyar tu peso en la caja, aguantándote con las manos y usando la cara para mantener el equilibrio.

Cassandra tenía la cara pegada a las negras y complejas esquinas y ángulos de la vieja caja. Como si le estuviera dando un beso. Le temblaban los rizos del pelo. Le centelleaban los pendientes relucientes y colgantes.

Pulsó el botón con el dedo.

Y la caja empezó a hacer tictac de nuevo, débilmente y desde lo más profundo de la misma.

Solamente Cassandra había visto lo que pasaba.

El temporizador aleatorio se activó otra vez durante otra semana, o durante otro año. O durante otra hora.

Ella siguió con la cara en el mismo sitio, pegada a la mirilla, y luego dejó caer los hombros. De pie, con los brazos todavía colgando, con la espalda encorvada y los hombros caídos.

Parpadeando muy deprisa, Cassandra dio un paso atrás y sacudió un poco la cabeza. Sin mirar directamente a la cara de nadie, Cassandra echó un vistazo al suelo de la sala, a los pies de la gente, con los labios fuertemente cerrados. La pechera rígida de su vestido se abombó hacia delante, separándose de sus pechos sin sujetador. Extendió los brazos y se apartó de la caja.

Se quitó un zapato de tacón alto y luego el otro, apoyó las plantas de los pies en el suelo de la galería y los músculos de sus piernas desaparecieron. Las dos mitades duras como rocas de su culo se volvieron blandas.

Una máscara de pelo suelto le colgaba delante de la cara.

Si uno era lo bastante alto, le podía ver los pezones.

Rand dijo:

—¿Y bien? —Carraspeó, dejó ir el aire con un largo sonido de saliva y mocos y dijo—: ¿Qué has visto?

Y todavía sin mirar a nadie a la cara, con las pestañas todavía señalando el suelo, Cassandra levantó una mano y se quitó primero un pendiente y después el otro.

Rand extendió el brazo para devolverle su bolsito de cuentas, pero Cassandra no

lo cogió. Lo que hizo fue darle sus joyas.

La señora Clark dijo:

—¿Qué ha pasado?

Y Cassandra dijo:

—¿Podemos irnos a casa ya?

Y escucharon cómo la caja hacía tictac.

Es un par de días después cuando Cassandra se corta las pestañas. Abre una maleta en el suelo al pie de la cama y empieza a meter cosas dentro, zapatos y calcetines y ropa interior, y después a sacarlas. A hacer la maleta una y otra vez. Después de su desaparición, la maleta sigue allí. Medio llena o medio vacía.

Ahora lo único que le queda a la señora Clark son sus apuntes, su gruesa carpeta llena de apuntes acerca de cómo debe de funcionar la Caja de Pesadillas. De alguna forma debe de hipnotizarlo a uno. Debe de implantar una imagen o una idea. Un destello subliminal. Debe de inyectar algún mensaje en una parte tan profunda de tu cerebro que no se puede recuperar. No se puede resolver. Así es como te infecta la caja. Haciendo que todo lo que sabes se vuelva incorrecto. Inútil.

Lo que hay dentro de la caja es algún dato que no se puede olvidar. Una serie de ideas nuevas que no se pueden desaprender.

Y unos días después de su visita a la galería de arte, Cassandra desaparece.

Al tercer día, la señora Clark va al centro de la ciudad. De vuelta a la galería. Con su gruesa carpeta marrón de apuntes debajo del brazo.

La puerta de entrada está abierta y las luces apagadas. Bajo la luz gris que entra por los escaparates, puede ver a Rand, sentado en el suelo en medio de una alfombra de pelos cortados. Su barbita de diablo ha desaparecido. Su grueso pendiente de diamante también.

La señora Clark le dice:

—Has mirado, ¿verdad?

El propietario de la galería se limita a seguir allí sentado, despatarrado, con las piernas extendidas sobre el frío cemento, mirándose las manos.

La señora Clark se sienta con las piernas cruzadas en el suelo a su lado y dice:

—Mira mis apuntes. —Dice—: Dime que tengo razón.

El funcionamiento preciso de la Caja de Pesadillas, dice, se debe a que la parte delantera está inclinada a un lado. Lo cual te obliga a pegar el ojo izquierdo a la mirilla. Esta consiste en una pequeña lente de ojo de pez encajada en una pieza de metal, como la que te puedes encontrar en cualquier puerta. La forma en que la parte delantera de la caja está inclinada hace que solamente se pueda mirar su interior con el ojo izquierdo.

—De esa forma —dice la señora Clark—, todo lo que ves lo tienes que percibir con la mitad derecha del cerebro.

Lo que sea que ves dentro, lo tienes que contemplar con tu parte intuitiva, emocional e instintiva.

Además, solamente lo puede ver una persona cada vez. Lo que sufres lo sufres a solas. Lo que pasa dentro de la Caja de Pesadillas solamente te pasa a ti. No hay nadie con quien compartirlo. No hay sitio para nadie más.

Además, la lente de ojo de pez, dice, deforma lo que ves. Lo distorsiona.

Además, dice, el nombre que hay grabado en la placa metálica —«La Caja de Pesadillas»— te dice que vas a pasar miedo. El nombre crea una expectativa que tú cumples.

La señora Clark se queda allí sentada esperando a que el otro le dé la razón.

Se queda sentada esperando a que Rand parpadee.

La caja está colocada delante de ellos sobre sus tres patas, haciendo tictac.

La única parte de Rand que se mueve es su pecho, para respirar.

Sobre su mesa de trabajo, cerca del fondo de la galería, siguen estando las joyas de Cassandra. Y su bolsito de cuentas.

—No —dice Rand. Sonríe y dice—: No es así.

El tictac sigue su cuenta atrás, sonando fuerte en medio del frío y el silencio.

Lo único que se puede hacer es llamar a los hospitales y preguntar si tienen a una chica de ojos verdes y sin pestañas. Solamente se puede llamar un número de veces, dice la señora Clark, antes de que empiecen a dejar de oírte. A ponerte en espera. A hacerte desistir.

Levanta la vista de su gruesa pila de papeles, de sus apuntes, y dice:

—Cuéntame.

La tienda de antigüedades seguía vacía al otro lado de la calle.

—No es eso lo que ha pasado —dice Rand. Sin dejar de mirarse las manos, dice—: Pero esta es la sensación que produce.

Un fin de semana le tocó ir a un picnic de una empresa para la que trabajaba antes. Un trabajo que odiaba. Y a modo de broma, en lugar de comida llevó una cesta de mimbre llena de palomas adiestradas. Para todos los demás, aquello no era más que otra cesta de picnic, más ensalada de pasta y vino. Rand se pasó toda la mañana guardando la cesta debajo de un mantel, manteniéndola al fresco y a la sombra. Manteniendo calladas a las palomas de dentro.

Les dio a escondidas migas de pan de barra. Les metió trozos de polenta de maíz a través de los agujeros de la cesta.

Durante toda la mañana, la gente con la que trabajaba estuvo dando sorbos de vino o de agua con gas y hablando de metas corporativas. De declaraciones de intenciones. De construir equipos.

En el momento en que parecía que todos habían desperdiciado una bonita mañana de sábado, en ese momento en que las conversaciones sobre temas triviales llegaron a

su fin, Rand dice que fue entonces cuando abrió la cesta.

La gente, aquella gente que trabajaba junta todos los días, que creía conocerse entre sí, cuando aquel caos blanco, aquella tormenta explotó verticalmente desde el centro del picnic, algunos gritaron. Algunos cayeron de espaldas sobre la hierba. Se taparon la cara con las manos abiertas. Cayó comida y se derramó vino. Se manchó ropa de calidad.

Fue un momento más tarde cuando la gente vio que aquello no les podía hacer daño. Cuando la gente vio que aquello era seguro. Era la cosa más maravillosa que habían visto nunca. Se cayeron hacia atrás, demasiado asombrados incluso para sonreír. Durante las horas incontables que duró aquel largo momento, se olvidaron de todo lo que era importante y miraron la nube de alas blancas que se retorció en el cielo azul.

Vieron cómo ascendía en espiral. Y cómo la espiral se abría. Y los pájaros, adiestrados por muchos viajes, se marcharon lejos de allí, siguiéndose los unos a los otros, en dirección a alguna parte que siempre sabían que era su verdadero hogar.

—Eso —dice Rand— es lo que hay dentro de la Caja de Pesadillas.

Es algo que va más allá de la vida después de la muerte. Lo que hay dentro de la caja es la prueba de que lo que llamamos la vida no lo es. De que nuestro mundo es un sueño. Infinitamente falso. Una pesadilla.

Una sola mirada, dice Rand, y tu vida —tus vanidades y tus luchas y tus preocupaciones— pierde todo su sentido.

El nieto infestado de cucarachas, el anticuario, Cassandra sin pestañas y deambulando desnuda.

Todos tus problemas y tus historias de amor.

No son más que una ilusión.

—Lo que ves dentro de la caja —dice Rand— es un vislumbre de la realidad real.

Las dos personas que siguen allí sentadas, juntas sobre el suelo de cemento de la galería, la luz del sol que entra por las ventanas y los ruidos de la calle, todo resulta distinto. Es como si nunca hubieran estado allí. Y es justo entonces cuando se detiene el tictac de la caja.

Y la señora Clark tiene demasiado miedo para mirar.

No tenemos comida. No hay agua caliente. Es posible que muy pronto estemos atrapados a oscuras. Pasando de una sala a otra como si leyéramos braille, palpando a tientas cada sección blanda y mohosa del papel de pared. O bien reptando por la moqueta pegajosa, con las manos y las rodillas recubiertas de una gruesa costra de cagadas de ratón secas. Tocando todas esas manchas de la moqueta, apelmazadas y provistas de brazos y piernas.

No tenemos calefacción, ahora que la caldera vuelve a estar rota, como debe ser.

De vez en cuando se oye a San Destripado pedir ayuda a gritos, pero son unos gritos débiles, como el último eco procedente de una pared muy lejana.

El Santo se hace llamar el Comité Popular para Llamar la Atención. Se pasa el día recorriendo todas las paredes exteriores, aporreando las puertas metálicas cerradas con llave de las salidas de incendios y gritando. Pero aporreando solamente con la palma de la mano. Y sin gritar muy fuerte. Solamente lo bastante fuerte como para poder decir que lo ha intentado. Que lo hemos intentado. Que hemos sacado el máximo partido posible de la situación siendo personajes valientes y fuertes.

Que hemos organizado comités. Que hemos conservado la calma.

Que todavía seguimos sufriendo, a pesar del fantasma que reptó una noche por las tuberías y desatascó los retretes. El fantasma usó unos alicates para volver a encender el gas del calentador de agua, después de que la Camarada Sobrada se deshiciera de la manivela de la válvula. Hasta llegó a empalmar el cable de la lavadora y empezó a lavar una tanda de ropa.

Para el Reverendo Sin Dios, nuestro fantasma es el dalai lama. Para la Condesa Clarividencia, es Marilyn Monroe. O bien es la silla de ruedas vacía del señor Whittier, cuyo acerocromo sigue brillando en su camerino.

Durante el ciclo de aclarado, el fantasma añadió suavizante.

Entre recoger bombillas y pedir ayuda a gritos y deshacer las buenas obras del fantasma, casi no nos queda tiempo. El mero hecho de mantener la caldera rota es un trabajo a tiempo completo.

Y lo peor es que no podemos poner nada de esto en el guión final. No, tenemos que aparecer sufriendo. Hambrientos y doloridos. Tenemos que rezar pidiendo ayuda. La señora Clark tiene que estar controlándonos con puño de hierro.

Nada está yendo lo bastante mal. Hasta el hambre que pasamos no es tanta como querríamos. Una decepción.

—Necesitamos un monstruo —dice la Hermana Justiciera, con su bola de bolera en el regazo y los codos apoyados en ella. Usando un cuchillo para arrancarse las

uñas, metiendo la punta del cuchillo debajo y moviendo la hoja a un lado y a otro para levantar cada uña y luego arrancarla, dice—: La base de toda historia de terror es que la progresión dramática tiene que jugar en contra de nosotros.

Mientras se arranca las uñas, niega con la cabeza y dice:

—Deja de doler cuando uno piensa en el dinero que van a dar las cicatrices.

Es lo único que podemos hacer para no sacar a rastras a la señora Clark de su camerino y obligarla a punta de cuchillo a abusar de nosotros y torturarnos.

La Hermana Justiciera se hace llamar el Comité Popular para Encontrar un Enemigo Decente.

La Directora Denegación va cojeando con los dos pies envueltos en jirones de seda. Se ha cortado todos los dedos de los pies. Ya no le queda nada de la mano izquierda, nada más que una aleta de hueso y piel, con todos los dedos y el pulgar cortados, y esa aleta envuelta en un fardo enorme de jirones de tela. En la mano derecha no le queda más que el índice y el pulgar. Con ellos sostiene un dedo cortado con la uña todavía pintada de color rojo oscuro.

Sosteniendo su dedo, la Directora camina de sala en sala, de la galería estilo mil y una noches al lounge estilo Renacimiento italiano, diciendo:

—Ven, minina, minina, minina. —Dice—: ¿Cora? Ven con mamá, Cora, nenita. La cena está lista...

De vez en cuando se oye la voz de San Destripado gritando en voz muy bajita:

—Ayuda... Por favor, que alguien nos ayude... —Y luego las palmadas suaves que da en las puertas de las salidas de incendios.

Todo muy suave y débil, por si acaso hay alguien justo al otro lado.

La Directora Denegación se hace llamar el Comité Popular para Alimentar a la Gata.

La Señorita Estornudos y el Eslabón Perdido son el Comité Popular para Tirar por el Retrete el Resto de la Comida Estropeada. Con cada bolsa que tiran por el retrete, meten también a la fuerza un cojín o un zapato, cualquier cosa que garantice que los retretes vayan a seguir atascados.

El Agente Chivatillo se dedica a llamar a la puerta del camerino de la señora Clark y a decirle:

—Escúcheme. —Dice—: Usted no puede ser la víctima aquí. Hemos decidido por votación que usted es el siguiente villano.

El Agente Chivatillo se hace llamar el Comité Popular para Conseguirnos un Nuevo Diablo.

Los «melocotones» de bombillas que el Casamentero recoge y le lanza a la Baronesa Congelación... Y que ella mete con tanto cuidado en cajas llenas de pelucas viejas a modo de protección... Al final de cada día, el Conde de la Calumnia las lleva al subsótano y allí las rompe en el suelo de cemento. Las tira al suelo exactamente de

la misma forma en que luego le dirá al mundo que las rompió la señora Clark.

Las salas ya parecen más grandes. Más oscuras. Los colores y las paredes desaparecen en las tinieblas. El Agente Chivatillo filma los trozos de bombillas y las uñas de la Hermana Justiciera tiradas en el suelo. Astillas blancas idénticas en forma de media luna.

A pesar del fantasma, nuestra vida casi es lo bastante mala.

Para la Hermana Justiciera, el fantasma es un héroe. Y la gente, dice, odia a los héroes.

—La civilización siempre funciona mejor —dice la Hermana Justiciera metiéndose el cuchillo debajo de otra uña— cuando tenemos un hombre del saco.

NADA MÁS QUE LA VERDAD

Un poema sobre la Hermana Justiciera

«Un hombre puso una demanda por valor de un millón de pavos —dice la Hermana Justiciera— porque alguien le había mirado mal.»

El primer día que ella hacía de jurado.

La Hermana Justiciera en el escenario, cubriéndose con un libro la pechera de su blusa.

Su blusa amarilla de volantes y con bordes de encaje. El libro encuadernado en cuero negro con el título estampado en pan de oro sobre la portada:

Santa Biblia.

En su cara, unas gafas de montura negra.

Sus únicas joyas, una pulsera de recordatorios plateados tintineantes y trémulos, su peinado teñido del mismo tono negro intenso que el betún de sus zapatos. Que su Biblia.

En el escenario, en vez de un foco, un fragmento de película:

en los cristales de sus gafas resplandecen imágenes reflejadas de sillas eléctricas y de cadalsos. Imágenes borrosas de noticiarios que muestran a prisioneros sentenciados a la cámara de gas o a ser fusilados.

Allí donde ella debería tener ojos
no hay ojos.

Aquel primer día como jurado, en el siguiente juicio, un hombre tropezó con un bordillo y demandó

al coche de lujo sobre el que había caído.

Pidiendo un premio de cincuenta mil pavos por ser un patoso así de estúpido.

«Toda esa gente que no tiene sentido de la coordinación física», dice la Hermana Justiciera.

Todos tienen un enorme talento para echar la culpa.

Otro hombre quería cobrarle cien de los grandes a un tipo que se había dejado

extendida en su jardín

una manguera que le hizo tropezar, y romperse el tobillo,
mientras escapaba de la policía por otro caso completamente distinto
de violación.

El violador lisiado quería una fortuna por su dolor y su sufrimiento.

Allí arriba, en el escenario, con las medallitas de plata
brillando junto al encaje del puño de su camisa,
agarrando la Biblia con los dedos de las dos manos,
con las uñas pintadas del mismo color amarillo que los volantes,
la Hermana Justiciera dice que ella paga sus impuestos con puntualidad.

Que nunca cruza la calzada sin mirar. Que recicla el plástico.

Que va a trabajar en autobús.

«Y después de aquello —dice la Hermana Justiciera sobre su primer día como jurado
—, le dije al juez...»

Alguna versión estilo pulsera de medallitas de:

«A la mierda con este rollo».

Y el juez la detuvo a ella por desacato.

CREPÚSCULO CIVIL

Un relato de la Hermana Justiciera

Fue el verano en que la gente dejó de quejarse del precio de la gasolina. El verano en que dejaron de echar pestes de los programas que daban por televisión.

El 24 de junio, el sol se puso a las 8.35. El crepúsculo civil terminó a las 9.07. Una mujer iba caminando colina arriba por el tramo empinado de Lewis Street. En la manzana que quedaba entre las avenidas Diecinueve y Veinte, oyó el ruido de alguien que aporreaba algo. Era el ruido que podría hacer un martinete, un ruido de martillazos muy fuertes que ella pudo notar a través de los zapatos planos en la acera de cemento. Se producía cada pocos segundos, y se volvía más fuerte con cada martillazo, como si se estuviera acercando. La acera estaba vacía y la mujer retrocedió hasta apoyarse en la pared de ladrillo de un edificio de alquiler de apartamentos. Al otro lado de la calle había un hombre oriental de pie en la reluciente entrada de cristal de una charcutería, secándose las manos en un trapo blanco. En algún punto a oscuras en medio de dos farolas, algo de cristal se rompió. El porrazo volvió a sonar y la alarma de un coche se puso a aullar. Los porrazos se acercaron, invisibles en plena noche. Un expendedor de periódicos salió disparado de lado y se estrelló contra la calle. Algo volvió a estrellarse, dijo la mujer, y estallaron las ventanas de una cabina telefónica situada solamente a tres coches aparcados de distancia del sitio donde ella estaba.

De acuerdo con un pequeño artículo en el periódico del día siguiente, se llamaba Theresa Wheeler. Tenía treinta años. Y estaba empleada en un bufete de abogados.

Para entonces el hombre oriental se había vuelto a meter en la charcutería. Le dio la vuelta al letrero de forma que dijera: Cerrado. Con el trapo todavía en la mano, corrió hasta la parte trasera de la tienda y apagó las luces.

Entonces la calle se quedó a oscuras. La sirena del coche aullaba. El estruendo regresó, tan fuerte y tan cercano que el reflejo de Wheeler reverberó cuando temblaron los cristales del escaparate de la charcutería a oscuras. Un buzón, atornillado a la acera, explotó haciendo tanto ruido como un cañón y después se quedó temblando, vibrando, abollado e inclinado a un lado. Un poste de madera de la compañía eléctrica se estremeció y sus cables cayeron sobre este, golpeteándose entre sí y provocando una lluvia de chispas, como fuegos artificiales resplandecientes.

A una manzana colina abajo de donde estaba Wheeler, en el costado de plexiglás de la marquesina de una parada de autobuses, con la fotografía alumbrada de fondo de una estrella de cine vestida únicamente con calzoncillos, el plexiglás explotó.

Wheeler permaneció de pie, con la espalda pegada a la pared de ladrillo que tenía

detrás, con los dedos metidos en las juntas de los ladrillos, las yemas de los dedos tocando la argamasa, aferrándose con tanta fuerza como si fueran de hiedra. Con la cabeza tan echada hacia atrás que cuando se lo mostró a la policía, cuando les contó su historia, el áspero ladrillo le había dejado un punto calvo en la cabeza.

Y luego, dice ella, nada.

No sucedió nada. No pasó nada por la calle a oscuras.

La Hermana Justiciera, que es quien está contando esto, se está embutiendo un cuchillo debajo de cada una de sus uñas haciendo palanca hasta arrancárselas.

El crepúsculo civil, dice, es el período de tiempo que media entre el crepúsculo y el momento en que el sol está a más de seis grados por debajo del horizonte. El crepúsculo civil, dice la Hermana Justiciera, es distinto al crepúsculo náutico, que dura hasta que el sol está a doce grados por debajo del horizonte. El crepúsculo astronómico dura hasta que el sol está a dieciocho grados por debajo del horizonte.

La Hermana cuenta que aquello que nadie había visto siguió avanzando colina abajo desde el sitio donde estaba Theresa Wheeler y abolló el techo de un coche que estaba parado en un semáforo en las inmediaciones de la calle Dieciséis. La misma nada invisible destruyó el letrero de neón de The Tropics Lounge, aplastando los tubos de neón y doblando el letrero por la mitad pese a que estaba junto a la ventana de un tercer piso.

Con todo, no había nada que describir. Efectos sin causas. Un disturbio invisible había avanzado causando estragos desde la avenida Veinte hasta alguna parte cerca de los muelles.

El 29 de junio, dice la Hermana Justiciera, el sol se puso a las 8.36.

El crepúsculo civil terminó a las 9.08.

De acuerdo con un tipo que trabajaba en la taquilla del Olympia Adult Theater, algo pasó rozando la parte delantera de cristal de su taquilla. Algo que no pudo ver. Fue más bien un ruido como de aire, como un autobús invisible o como una gigantesca exhalación, y pasó tan cerca de él que hizo revolotear los billetes que había estado amontonando. Nada más que un ruido agudo. En el margen de su campo visual, las luces de la cafetería que había en la acera de enfrente parpadearon, se encendieron y se apagaron, como si algo emborronara el mundo entero durante un instante.

Un instante más tarde, el taquillero dijo haber oído los porrazos enormes de los que también hablaba Theresa Wheeler. Un perro ladró en algún punto de la oscuridad. Era el ruido de algo que caminaba, le dijo a la policía el chaval de la taquilla. El ruido de algo que avanzaba con pasos de gigante. Un pie gigantesco que nunca vio pasar, a una distancia no mayor que la que alcanza la respiración.

El primero de julio la gente se estaba quejando de la escasez de agua. Refunfuñando por los recortes del presupuesto municipal y por toda la policía a la

que se estaba suspendiendo temporalmente por falta de dinero. Aumentaban los robos en los coches. Las pintadas con espray y los atracos a mano armada.

El 2 de julio ya no se quejaban.

El primero de julio el sol se puso a las 8.34, y el crepúsculo civil terminó a las 9.03.

El 2 de julio, una mujer que estaba paseando a su perro encontró el cuerpo de Lorenzo Curdy, con un lado de su cara aplastado. Muerto, dice la Hermana Justiciera.

—Hemorragia subaracnoide —dice.

En el momento previo a ser golpeado, el hombre debió de sentir algo, tal vez la ráfaga de aire, algo, porque se tapó la cara con las manos. Cuando lo encontraron, tenía las manos clavadas en la cara, sepultadas tan adentro que las uñas le habían llegado hasta el mismo cerebro aplastado.

Estás en la calle, y mientras vas andando entre dos farolas, lo puedes oír en la oscuridad. El estruendo. Alguna gente lo describía como ruido de pisadas enormes. Luego se oía un segundo ruido más cercano, al lado de uno, o, peor todavía, la siguiente víctima eras tú. La gente lo oía acercarse, una vez, dos veces, cada vez más cerca, y se quedaban paralizados. O bien obligaban a sus pies a moverse, el izquierdo, el derecho, el izquierdo, dando tres o cuatro pasos hasta meterse en un portal cercano. Se agachaban, encogidos de miedo, al lado de un coche aparcado. Y el siguiente paso sonaba más cerca, se oía un estruendo y la alarma de un coche se ponía a aullar. Aquella cosa avanzaba por la calle, cada vez más cerca, cada vez más fuerte y más rápido.

En la oscuridad total, dice la Hermana Justiciera, golpeaba —¡bam!— como un relámpago negro.

El 13 de julio, el sol se puso a las 8.33 y el crepúsculo civil terminó a las 9.03. Una mujer llamada Angela Davis acababa de salir de trabajar de una tintorería de Center Street cuando la nada le asestó un golpe en medio de la espalda y le rompió la columna vertebral con tanta fuerza que salió disparada de sus zapatos.

El 17 de julio, el crepúsculo civil terminó a las 9.01 y un hombre llamado Glenn Jacobs se bajó de un autobús y echó a andar por Porter Street en dirección a la avenida Veinticinco. Aquello que nadie podía ver lo golpeó tan fuerte que le reventó la caja torácica. Su pecho quedó aplastado igual que se puede aplastar una cesta de mimbre.

El 25 de julio, el crepúsculo civil terminó a las 8.55. Mary Leah Stanek fue vista por última vez haciendo footing por Union Street. Se paró para atarse una zapatilla de tenis y comprobarse el pulso con su reloj de pulsera. Stanek se quitó la gorra de visera que llevaba. Le dio la vuelta y se la volvió a poner, metiéndose el largo pelo castaño dentro de la misma.

Dobló al oeste por Pacific Street y allí fue donde murió. Con la cara arrancada del

cráneo y de los músculos de debajo.

—Avulsión —dice la Hermana Justiciera.

A lo que mató a Stanek le habían limpiado las huellas dactilares. Estaba pringado de sangre y de pelo. El arma asesina se encontró debajo de un coche aparcado en la Segunda avenida.

Era una bola de bolera, informó la policía.

Una de esas bolas de bolera sucias y de color negro grasiento que se pueden comprar en cualquier tienda benéfica de objetos de segunda mano por medio dólar. Siempre hay donde escoger, porque tienen cubetas llenas de ellas. Alguien que comprara una cada cierto tiempo, digamos una bola al año en todas las tiendas de chatarra de la ciudad, a estas alturas podría tener cientos de ellas. Hasta en las boleras es fácil salir del local con una bola de cuatro kilos debajo del abrigo. Una bola de seis kilos metida en un cochecito de bebé es un arma apenas escondida.

La policía dio una rueda de prensa. Fueron hasta un aparcamiento y alguien tiró una bola de bolera con fuerza contra el cemento. Y la bola rebotó. Haciendo un ruido como de un martinete a lo lejos. Y botó alto, más alto que el hombre que la había tirado. No dejó marca en el suelo, y si la acera hubiera estado inclinada, dijo la policía, habría continuado calle abajo, botando cada vez más alto y más deprisa, rebotando colina abajo con zancadas muy largas. La tiraron desde una ventana de un tercer piso en la comisaría y la bola botó todavía más alto. Los reporteros de la televisión lo grabaron todo. Y todas las cadenas lo pasaron aquella noche.

El ayuntamiento propuso una ley para que se pintaran todas las bolas de color rosa brillante. O de color amarillo fosforescente, o naranja, o verde, o algún color que uno pudiera ver cómo se acercaba volando a la cara de uno en una calle oscura en plena noche. A fin de darles a la gente un momento para esquivarla y evitar que, blam, se quedaran sin cara.

Los próceres de la ciudad propusieron una ley para que la posesión de bolas negras fuera delito.

La policía lo denominó «asesino sin motivo específico». Como Herbert Mullin, que mató a diez personas para evitar terremotos en el sur de California. O como Norman Bernard, que disparaba a los vagabundos porque creía que así podía ayudar a la economía. Lo que el FBI llamaba «asesinos por motivos personales».

La Hermana Justiciera dice:

—La policía creyó que el asesino era su enemigo.

La bola de bolera era una maniobra de encubrimiento de la policía, dijo la gente. La bola de bolera era una pista falsa. Un intento de monstruo. La bola de bolera era un apaño apresurado para mantener tranquilo a todo el mundo.

El 31 de julio, el sol estuvo a seis grados por debajo del horizonte a las 8.49. Aquella noche, Darryl Earl Fitzhugh no tenía donde pasar la noche y estaba

durmiendo en Western Avenue. Abierto encima de la cara, Fitzhugh tenía un ejemplar en edición de bolsillo de *Forastero en tierra extraña* cuando algo le aplastó el pecho, le colapsó los dos pulmones y le partió el músculo cardíaco.

De acuerdo con un testigo, el asesino salió de la bahía, arrastrándose por encima del borde del espigón. Otro testigo vio al monstruo, que rezumaba limo, saliendo entre forcejeos del sumidero. Aquella misma gente dijo que las pruebas forenses concordaban con un bofetón enorme de revés de un lagarto gigante que caminaba sobre las patas traseras. Que la caja torácica hundida era la prueba clara de que a la víctima la había pisado un ser atávico de la era de los dinosaurios.

Se trataba de algo que corría, decía otra gente, algo que iba muy cerca del suelo, demasiado veloz para ser un animal. O bien era un maníaco que causaba estragos con un mazo de veinticinco kilos. Un testigo dijo que estaban siendo «golpeados» por el Dios del Antiguo Testamento. Matados a manotazos por algo que tenía una pata gigantesca. Negro como la negra noche. Silencioso e invisible. Todo el mundo veía algo distinto.

—Lo que importa —dice la Hermana Justiciera— es que la gente necesita un monstruo en el que creer.

Un enemigo verdadero y horrible. Un demonio contra el cual definirse. De otra manera, no somos más que nosotros contra nosotros mismos.

Hundiendo la punta del cuchillo debajo de otra uña, dice: Lo importante es que la tasa de crímenes descendió.

En tiempos así, todo hombre es sospechoso. Y toda mujer, una víctima potencial.

La atención pública siguió el mismo proceso durante los asesinatos de Whitechapel. Perpetrados por Jack el Destripador. Durante aquellos cien días, la tasa de asesinatos cayó en un noventa y cuatro por ciento, y se limitó a cinco prostitutas. Con las gargantas degolladas. Con un riñón comido a medias. Con tripas colgadas de los ganchos de los cuadros de la sala. Con los órganos sexuales y un feto robados a modo de recuerdo. Los robos a casas cayeron en un ochenta y cinco por ciento. El asalto en un setenta por ciento.

La Hermana Justiciera dice que nadie quería ser la siguiente víctima del Destripador. Que la gente cerraba las ventanas con cerrojo. Y lo que es más importante, que nadie quería ser acusado de ser el asesino. La gente no salía de noche.

Durante los Asesinatos de Niños de Atlanta, mientras treinta niños eran estrangulados, atados a árboles y apuñalados, matados a golpes y a tiros, la mayor parte de la ciudad vivía en una calma y una seguridad que nunca había conocido.

Lo mismo con los Asesinatos de los Torsos de Cleveland. Con el Estrangulador de Boston. El Destripador de Chicago. El Asesino de la Porra de Tulsa. El Acuchillador de Los Ángeles...

Durante aquellas olas de asesinatos, en cada ciudad descendió en picado el crimen. Salvo por el puñado de víctimas espectaculares, con los brazos cortados y con las cabezas encontradas en otra parte, salvo por aquellos sacrificios teatrales, cada una de aquellas ciudades disfrutó del período más seguro de su historia.

Durante los Asesinatos del Hombre del Hacha de Nueva Orleans, el asesino escribió al periódico local, el *Times-Picayune*. La noche del 19 de marzo, el asesino prometió no matar a nadie en aquellas casas en que se oyera jazz. Aquella noche en Nueva Orleans sonó un estruendo de música, y no hubo víctimas.

—En una ciudad con un presupuesto policial limitado —dice la Hermana Justiciera—, un asesino en serie que atraiga mucho la atención es un medio eficaz de modificación de la conducta.

Con la sombra de aquel horrible hombre del saco que rondaba las calles del centro, nadie se quejaba de la tasa de desempleo. Ni de la escasez de agua. Ni del tráfico.

Con aquel ángel de la muerte que iba de puerta en puerta, la gente se mantenía unida. Dejaban de echar pestes de todo y se comportaban como era debido.

En aquel punto de la historia de la Hermana Justiciera, la Directora Denegación entra, llamando entre sollozos a Cora Reynolds.

Una cosa es que muera alguien, dice la Hermana, alguien con la caja torácica aplastada tratando de respirar una vez más antes de morir, entre convulsiones y gemidos, con la boca muy abierta, dando bocanadas de aire. Cuando alguien tiene la caja torácica aplastada, dice, te puedes arrodillar a su lado en la calle a oscuras sin que nadie te vea. Puedes ver cómo se le entelan los ojos. Pero matar a un animal, bueno, es distinto. Los animales, dice, los perros, son lo que nos hace humanos. Son la prueba de nuestra humanidad. El resto de la gente simplemente nos hace redundantes. Los perros o los gatos, los pájaros o los lagartos nos convierten en Dios.

Durante todo el día, dice, nuestro mayor enemigo son los demás. Es la gente que nos rodea en un atasco de tráfico. La gente que tenemos delante en la cola del supermercado. Son las cajeras del supermercado que nos odian por tenerlas tan ocupadas. No, la gente no quería que aquel asesino fuera otro ser humano. Pero sí querían que hubiera muertes.

En la antigua Roma, dice la Hermana Justiciera, en el Coliseo, el «editor» era el hombre que organizaba los deportes sangrientos que eran la forma principal de mantener a la gente pacificada y unida. De ahí es de donde viene realmente la palabra «editor». Hoy día, nuestro editor planea el menú de asesinatos, violaciones, incendios provocados y asaltos que hay en la portada del periódico del día.

Por supuesto, hubo un héroe. Por accidente, el 2 de agosto, día en que el sol se puso a las 8.34, una joven de veintisiete años llamada María Álvarez estaba saliendo de un hotel donde trabajaba como auditora nocturna. Se paró un momento en la acera

para encender un cigarrillo cuando un hombre tiró de ella hacia atrás. En aquel preciso momento el monstruo pasó a toda velocidad. Aquel hombre le salvó la vida. La ciudad entera lo aplaudió en la televisión, pero en el fondo de sus corazones lo odiaron.

Al héroe, al mesías aquel, nadie lo quería. A aquel estúpido hijo de puta que había salvado una vida que no era la de él. Lo que la gente quería era un sacrificio cada pocos días, algo que arrojar al volcán. Nuestra ofrenda regular a un destino arbitrario.

El final de todo llegó cuando una noche el monstruo pilló a un perro. Un perrillo que era poco más que un despojo peludo atado con una correa a un parquímetro de Porter Street y que se quedó quieto ladrando mientras los porrazos se le acercaban. Cuando más se acercaba el estruendo, más ladraba el perro.

El escaparate de una tienda se resquebrajó y se convirtió en un puzzle de cristal roto. Una boca de incendios fue derribada con un ruido metálico, un crujido de hierro forjado, liberando una cortina blanca y siseante de agua. El borde de la repisa de una ventana explotó provocando una lluvia de fragmentos y polvo de cemento. Un parquímetro recibió un golpe tremendo y se quedó tintineando sobre su base, por las monedas que tenía dentro. Un letrero de «Prohibido aparcar» cayó abatido, arrancado de su poste metálico. El poste metálico quedó vibrando como resultado del impacto invisible.

Al siguiente porrazo, los ladridos se detuvieron.

Después de aquella noche, el monstruo pareció desaparecer. Pasó una semana y las calles seguían vacías después de que se hiciera oscuro. Pasó un mes y los editores encontraron un nuevo horror que poner en la portada del periódico. Una guerra en algún otro país. Un tipo nuevo de cáncer.

El 10 de septiembre el sol se puso a las 8.02. Curtis Hammond estaba saliendo de una sesión de terapia de grupo a la que asistía todas las semanas en el 257 de West Mill Street. Se estaba aflojando el nudo de la corbata cuando sucedió. Acababa de desabrocharse el botón del cuello de la camisa. Fue entonces cuando se dio la vuelta para inspeccionar la calle. Sonrió mientras el aire cálido le daba en la cara, cerró los ojos y lo respiró por la nariz. Un mes atrás, todo el mundo había sabido de él por las portadas de los periódicos. Por las noticias de la televisión. Había tirado de una auditora nocturna y la había salvado de morir a manos del monstruo.

Era el héroe que no queríamos.

El 10 de septiembre el crepúsculo civil tuvo lugar a las 8.34 y un momento más tarde Curtis Hammond se giró al oír un ruido. Con la corbata aflojada, miró la oscuridad con los ojos entornados. Sonriendo, con su dentadura brillante, dijo:

—¿Hola?

Encontramos a la Camarada Sobrada desplomada en la moqueta delante de un sofá de tela de tapicería del foyer del segundo rellano. Con la cara de color lívido y enmarcada por la almohada que forman sus pelucas grises y apelmazadas. Las pelucas amontonadas y unidas con alfileres. Está completamente quieta. Sus manos no son más que huesos unidos por los tendones que hay debajo de la carne de sus guantes negros de terciopelo. La piel que recubre las nerviaciones de su cuello flaco parece una membrana. Sus mejillas y sus ojos cerrados parecen hundidos, sepultados y huecos.

Está muerta.

Las pupilas de sus ojos permanecen diminutas como alfileres cuando el Conde de la Calumnia le levanta los párpados con los pulgares. Le comprobamos los brazos en busca de rigor mortis y la piel en busca de motas y de acumulación de sangre, pero todavía es carne fresca.

Ya solamente tenemos que dividir los royalties entre catorce.

El Conde de la Calumnia le cierra los párpados con el pulgar.

Entre trece, si la Señorita Estornudos sigue tosiendo. Entre doce, si el Casamentero reúne el valor necesario para cortarse la polla.

Ahora la Camarada Sobrada ya es un miembro permanente del reparto de secundarios. Una tragedia que el resto de nosotros quedamos para explicar. Lo valiente y amable que era, ahora que está muerta. Simple atrezzo en nuestra historia.

—Si está muerta, es comida —dice Miss América. De pie en lo alto de las escaleras del vestíbulo, con una mano apoyada en la balaustrada dorada. Cogiéndose la barriga con la otra mano—. Sabéis que ella se os comería —dice. Agarrando la balaustrada, apoyándose en los cupidos gordos y pintados de color dorado, Miss América dice—: Es lo que ella habría querido.

Y el Conde de la Calumnia dice:

—Ponedla boca abajo, si eso lo hace más fácil. Así no le veréis la cara.

Así que le damos media vuelta y el Chef Asesino se arrodilla en la moqueta y hurga en sus diversas capas de faldas y enaguas, de muselina y crinolinas, y se las sube hasta la cintura dejando al descubierto unas bragas de algodón amarillo flácidas sobre su culo flaco y pálido. Y dice:

—¿Estáis seguros de que está muerta?

Miss América se inclina y le pone dos dedos en el costado del cuello membranoso a la Camarada Sobrada, por debajo del cuello alto de encaje, presionando la piel de color blanco azulado. El Chef Asesino observa esto, de rodillas, con su cuchillo de

deshuesar, una hoja de acero del tamaño de un dedo. Con la mano que le queda libre aparta el montón de encaje blanco y gris y de muselina amarilla, la pila de faldas y enaguas. Mira la hoja de su cuchillo y dice:

—¿Crees que tendríamos que esterilizar esto?

—No le vas a sacar el apéndice —dice Miss América, todavía apretando con los dos dedos el costado del cuello blanco azulado de ella—. Si estás preocupado —dice—, podemos simplemente cocinar la carne más tiempo...

En cierta forma, los miembros de la Expedición Donner tuvieron suerte, dice el Conde de la Calumnia, sin dejar de tomar apuntes en su cuaderno. Igual que el avión lleno de jugadores de rugby sudamericanos que se estrelló en los Andes en 1972. Tuvieron más suerte que nosotros. Tenían el frío de su lado. Refrigeración. Cuando alguien moría, tenían tiempo para debatir los matices de qué comportamiento humano resultaba aceptable. Solamente había que enterrar a los muertos en la nieve hasta que todos tenían tanta hambre que se dejaban de remilgos.

Aquí, hasta en el sótano, hasta en el subsótano donde están los cuerpos envueltos en terciopelo de la Dama Vagabunda y del señor Whittier y del Duque de los Vándalos, no hace un frío que congele. Si no nos la comemos ahora, antes de que las bacterias del interior de la Camarada Sobrada empiecen su propio festín, se va a estropear. A hincharse y a pudrirse. Tan llena de toxinas que por mucho que le demos vueltas y más vueltas en el microondas no se volverá a convertir en comida.

No a menos que nos decidamos. A menos que la cortemos en trozos ahora mismo, sobre esta moqueta dorada y floreada que hay entre los sofás de tela tapizada y las lámparas de aplique de cristal del vestíbulo del segundo rellano, será uno de nosotros el que esté aquí muerto mañana. O pasado mañana. El Chef Asesino con su cuchillo de deshuesar estará cortando nuestra ropa interior por detrás para dejar al descubierto nuestro culo marchito y lívido y nuestros muslos como palillos. Con la parte de atrás de las rodillas de color gris.

Uno de nosotros será comida a punto de estropearse.

Sobre una nalga flaca, la tela de las bragas al apartarse deja al descubierto un tatuaje, una rosa con los pétalos abiertos. Tal como ella dijo.

Es porque se leyó el libro sobre aquellos jugadores de rugby perdidos en los Andes que el Chef Asesino sabe que hay que trinchar primero las nalgas.

Miss América aparta sus dos dedos del cuello frío y se pone de pie. Se sopla una bocanada de aire cálido en los dedos y luego se frota las manos deprisa y se las mete dentro de los pliegues de la falda.

—Sobrada está muerta —dice.

Detrás de ella, la Baronesa Congelación se gira hacia las escaleras que bajan hasta el vestíbulo. Con la falda arrastrando por el suelo y susurrando y con una voz que se aleja lentamente, dice:

—Voy a buscar un plato o una bandeja que puedas usar. —Dice—: La forma de presentar la comida es muy importante. —Y se marcha.

—Tened —dice el Chef Asesino—. Que alguien me aparte esta mierda. —Y aparta con el codo el montón de faldas y de tela apelmazada que sigue intentando caer allí donde él tiene que trabajar.

El Conde de la Calumnia pasa por encima del cuerpo y se pone a horcajadas sobre su cintura, mirándole los pies. Las piernas están enfundadas en unos calcetines blancos remangados hasta la mitad de los huesos nudosos de las pantorrillas surcadas de venas, y los pies dentro de unos zapatos de tacón rojos. El Conde de la Calumnia recoge las faldas con los dos brazos y se agacha para apartarlas. Deja escapar un suspiro y se sienta, apoyando el culo en los omóplatos muertos de la Camarada Sobrada, con las rodillas apuntando al cielo y los brazos perdidos en el montón de faldas y encaje. Con la rejilla del micrófono sobresaliéndole del bolsillo de la camisa. Con la lucecita roja de RECORD encendida.

Y con los dedos extendidos de una mano, el Chef Asesino agarra con fuerza la piel de una nalga. Y con la otra mano, hace una raja con el cuchillo. Como si estuviera trazando una línea recta de arriba abajo del culo lívido de la Camarada Sobrada, una línea que se vuelve más gruesa y más oscura a medida que la va trazando. Cortando con el cuchillo en paralelo a la raja de su culo. La línea se ve negra sobre la piel lívida, de un color rojo-negro hasta que la sangre empieza a gotear, roja, sobre las faldas que hay debajo del cuerpo. Roja sobre la hoja del cuchillo de deshuesar. De un rojo humeante. Con las manos rojas y humeantes, el Chef Asesino dice:

—¿Se supone que una persona muerta sangra tanto?

Nadie dice nada.

Una, dos, tres, cuatro veces, en otra parte, San Destripado susurra:

—¡Ayuda!

El codo del Chef Asesino se mueve de arriba abajo mientras se dedica a serrar, hundiendo el pequeño filo en el mejunje rojo y sacándolo. Con su línea recta original ya perdida en la carnicería. El humo se eleva con ese olor a sangre de los tampones, ese olor a lavabo de mujeres en el aire frío. Por fin deja de serrar y con una mano levanta un jirón de algo rojo. Sus ojos no lo siguen. Su mirada sigue fija en la carnicería, en el rojo que hay en el centro del montón de enaguas parecido a un montón de nieve. Esa enorme flor humeante, desplegada sobre la moqueta del foyer del segundo rellano. El Chef Asesino blande el jirón rojo en la mano que tiene levantada. Eso que no puede mirar y que está goteando y chorreando líquido rojo oscuro. Y dice:

—Que alguien lo coja...

Pero nadie extiende la mano.

Con la rosa tatuada ahí, en el centro del jirón.

Y todavía sin mirarlo, el Chef Asesino grita:

—¡Cogedlo!

Con un susurro de satén de cuento de hadas y de faldas de brocado, la Baronesa Congelación aparece de vuelta entre nosotros. Y dice:

—Oh, Dios mío...

Debajo del jirón rojo goteante aparece un plato de cartón y el Chef Asesino lo deposita en el mismo. Una vez que está en el plato, se convierte en carne. En un bistec fino. Como una chuleta pequeña. O como esas tiras largas de carne que llevan la etiqueta de «bistecs estrechos» en el expositor de la carnicería.

El codo del Chef Asesino vuelve a moverse, serrando. Con la otra mano se dedica a extraer jirón tras jirón chorreante del centro rojo y humeante de la enorme flor blanca. Ya hay un montón grande en el plato de cartón, que se está empezando a doblar por la mitad por el peso. Por el borde se derrama jugo rojo. La Baronesa va a buscar otro plato. Y el Chef Asesino también lo llena.

El Conde de la Calumnia, todavía sentado sobre la espalda del cuerpo, cambia de postura y aparta la cara de la carnicería humeante. No se trata de una carne inolora como la carne limpia y fría del supermercado. Lo que se percibe es ese olor de los animales medio atropellados que van dejando un rastro de mierda y sangre mientras se alejan arrastrando las patas traseras aplastadas en una autopista calurosa en verano. El olor sucio de los bebés en el momento en que nacen.

Luego el cuerpo de la Camarada Sobrada suelta un gemido débil.

El gemido débil de alguien que está dormido y soñando.

Y el Chef Asesino se cae hacia atrás, con las dos manos chorreando. Dejando el cuchillo clavado y sobresaliendo en ángulo recto del centro rojo de la flor... hasta que las faldas caídas revolotean y bajan flotando para cubrir la carnicería. La Baronesa deja caer el primer plato de cartón atiborrado de carne. La flor se cierra. El Conde de la Calumnia se pone de pie de un salto y se aparta de ella. Nosotros permanecemos todos a una distancia segura. Mirando. Escuchando.

Necesitamos que pase algo.

Necesitamos que pase algo.

Luego una, dos, tres, cuatro veces, en otra parte, San Destripado susurra:

—¡Ayuda!

Sin levantar para nada su vozarrón.

En otra parte se oye a la Directora Denegación llamando:

—Ven, gatita... gatita, gatita. —Estirando las palabras y luego interrumpiéndose para sollozar, dice—: Ven... con mamá... nenita...

Con las manos pringadas de algo rojo y viscoso, el Chef Asesino flexiona los dedos, sin tocar nada, limitándose a mirar el cuerpo, y dice:

—Pero si me has dicho...

Miss América se inclina hacia delante y le chirrían las botas de cuero. Vuelve a meter dos dedos dentro del cuello de encaje de la blusa y presiona un costado del cuello lívido. Y dice:

—Sobrada está muerta. —Asiente con la cabeza mirando al Conde de la Calumnia y dice—: Debes de haber hecho que le salga un poco de aire de los pulmones. —Miss América señala con la cabeza la carne caída del plato, ahora rebozada de polvo y pelusa de la moqueta del foyer, y dice—: Recoge eso...

El Conde de la Calumnia rebobina su cinta y la voz de la Camarada Sobrada repite una y otra vez el mismo gemido. Nuestro loro. La muerte de la Camarada Sobrada grabada encima de la del Duque de los Vándalos grabada encima de la del señor Whittier grabada encima de la muerte de la Dama Vagabunda.

Lo más probable es que la muerte de la Camarada Sobrada se haya debido a un ataque al corazón. La señora Clark dice que es por carencia de tiamina, lo que llamamos vitamina B1. O podría haber sido la escasez de potasio en su flujo sanguíneo, que le ha provocado debilidad muscular y nuevamente un ataque al corazón. Así es como murió Karen Carpenter en 1983, después de varios años de anorexia nerviosa. Desplomada en el suelo como la han encontrado, la señora Clark dice que no hay duda de que ha sido un ataque al corazón.

Nadie se muere realmente de hambre, dice la señora Clark. La gente se muere de neumonía provocada por la malnutrición. Se mueren de colapsos renales provocados por la falta de potasio. Se mueren de shock cuando se les rompen los huesos por culpa de la osteoporosis. Se mueren de ataques provocados por la falta de sal.

Sea como sea que haya muerto, dice la señora Clark, es como moriremos la mayoría. A menos que comamos.

Por fin, nuestro diablo nos da órdenes. Estamos orgullosos de ella.

—Tan fácil como quitarle la piel a una pechuga de pollo —dice el Chef Asesino, y deja caer otro cacho de carne en el plato de cartón chorreante. Y dice—: Dios bendito, cómo me encantan estos cuchillos...

PLAN B

Un poema sobre el Chef Asesino

«Para ser famoso en todos los hogares —dice el Chef Asesino—,
lo único que hace falta es un rifle.»

Es algo que aprendió enseguida, viendo las noticias. Leyendo el periódico.

El Chef Asesino en el escenario, con esos pantalones a cuadros blancos y negros que solamente pueden llevar los cocineros profesionales.

Muy anchos, pero bien prietos a la altura del culo.

Sus manos, sus dedos, un patchwork de costras y cicatrices de viejas quemaduras relucientes.

Las mangas blancas de su camisa remangadas,
y todo el vello de sus antebrazos musculosos chamuscado.

Sus gruesos brazos y piernas que no se doblan
tanto como se pliegan por los codos y las rodillas.

En el escenario, en vez de un foco, parpadea el fragmento de una película:
donde dos manos en primer plano, con las uñas limpias y las palmas perfectas
como un par de guantes rosados,
despellejan una pechuga de pollo.

Con la pantalla redonda de su cara perdida bajo una capa de grasa, con su boca
perdida debajo del pincel de repostería
de un pequeño bigote,
el Chef Asesino dice: «Es mi plan de reserva».

El Chef dice: «Si mi banda de garaje nunca consigue un contrato discográfico...».

O si su libro nunca encuentra editor...

Si su guión de cine nunca ve la luz verde...

Si ninguna cadena elige su episodio piloto...

Las manos perfectas se retuercen y se deslizan sobre la cara del Chef: despellejan y
deshuesan,

machacan y sazonan

empanan y fríen y adornan,

hasta que el trozo de carne muerta queda demasiado bonito para comérselo.

Un rifle. Una mirilla. Buena puntería y un desfile de vehículos.

Lo que aprendió de niño, mirando las noticias en la televisión todas las noches.

«Para que no me olviden», dice el Chef.

Para que su vida no haya sido en vano. Dice: «Ese es mi Plan B».

PUBLICIDAD ENCUBIERTA

Un relato del Chef Asesino

AL SEÑOR KENNETH MACARTHUR
DIRECTOR DE COMUNICACIÓN CORPORATIVA
CUCHILLOS KUTTING-BLOK, S. L.

Querido señor MacArthur:

Para su información, fabrican ustedes un cuchillo magnífico. Un cuchillo excelente.

Ya es bastante duro dedicarse profesionalmente a la cocina sin tener que aguantar un mal cuchillo. Va uno a hacer un *allumette* de patata perfecto, que es más fino que un lápiz. O el corte *cheveu* perfecto, que tiene un diámetro como el de un cable, o sea, la mitad de grueso que una patata frita. Uno se gana la vida cortando zanahorias *brunoisette* con la sartén para el salteado muy caliente y la mantequilla ya esperando, y con la gente pidiendo a gritos las patatas cortadas estilo *minunette*, y uno descubre enseguida la diferencia entre un mal cuchillo y un Kutting-Blok.

Cuántas historias podría contarle. Cuántas veces sus cuchillos me han salvado el pellejo. Pásese usted ocho horas haciendo *chiffonade* de endibias belgas y podrá hacerse una idea de cómo es mi vida.

Con todo, no falla nunca, uno puede pasarse el día torneando zanahorias enanas, cortando todas y cada una en forma de pelotas de fútbol perfectas de color naranja, y la única que te sale mal, esa zanahoria aterriza en el plato de un cocinero fracasado, un don nadie con una licenciatura en hostelería conseguida en una universidad de repesca, un simple trozo de papel, y que ahora se cree crítico de restaurantes. Un gilipollas que apenas sabe masticar y tragar y va y escribe en el periódico de la semana siguiente que el chef de Chez Restaurant no sabe tornear bien las zanahorias.

Alguna puta que ningún responsable de catering contrataría ni siquiera para cortar champiñones estilo flauta se dedica a poner por escrito que mis chirivías estilo *bâtonnet* son demasiado gruesas.

Esos vendidos. No, siempre es más fácil buscarle defectos a todo que ponerse a cocinar.

Cada vez que alguien pide las patatas *dauphinoise* o el carpaccio de buey, sepa usted que hay alguien en nuestra cocina que dice una pequeña oración de agradecimiento por los cuchillos Kutting-Blok. Por su perfecto equilibrio. Por su mango remachado.

Claro, toquemos madera, a todos nos gustaría ganar dinero trabajando menos.

Pero venderse, hacerse crítico, ponerse a uno mismo en el papel de sabelotodo y dedicarse a lanzar golpes bajos a la gente que todavía intenta ganarse la vida pelando lenguas de ternero... mondando grasa de riñones... arrancando membrana de hígado... mientras esos críticos están sentados en despachos bonitos y limpios y se dedican a escribir sus quejas tecleando con sus dedos bonitos y limpios... eso no está bien.

Por supuesto, no deja de tratarse de la simple opinión de esos tipos. Pero ahí está, publicada al lado de las noticias de verdad —las hambrunas y los asesinos en serie y los terremotos—, y todo lo imprimen con tipografía del mismo tamaño. Alguien quejándose de que la pasta no estaba del todo al dente. Como si su opinión fuera un Acto de Dios.

Una garantía negativa. Lo contrario de un anuncio.

En mi opinión, los que pueden hacer algo, lo hacen. Y los que no, se quejan.

No es periodismo. No es objetivo. No es informar, es juzgar.

Esos críticos no podrían cocinar una comida estupenda ni aunque les fuera la vida en ello.

Fue con esta idea en mente como empecé mi proyecto.

No importa lo bueno que seas, trabajar en una cocina es una muerte lenta por un millón de cortes diminutos a cuchillo. Diez mil pequeñas quemaduras. Escaldaduras. Pasarse la noche de pie sobre un suelo de cemento, o caminando por suelos grasientos o mojados. Síndrome de túnel carpiano, lesiones nerviosas de tanto remover y cortar y servir con cuchara. Quitar las venas a un océano de gambas bajo el agua helada. Dolores en las rodillas y venas varicosas. Lesiones por estrés muscular en la muñeca y el hombro. Dedicarse profesionalmente a hacer calamares rellenos perfectos es una vida entera de martirio. Una vida invertida en conseguir el *ossobuco alla milanese* ideal es una muerte por tortura larga y lenta.

Con todo, no importa lo endurecido que puedas estar, que te elija públicamente un periodista de la prensa o de internet no es agradable.

De esos críticos de internet, los hay a patadas. Solamente hay que tener boca y un ordenador.

Eso es lo que tienen en común todos mis objetivos. Es una suerte que la policía no trabaje de forma un poco más coordinada. Podrían fijarse en un periodista freelance de Seattle, un estudiante que hace reseñas en Miami, un turista del Medio Oeste que cuelga su opinión en una página web de viajes... Hay una serie de elementos comunes en los dieciséis objetivos que he cumplido hasta ahora. Y también están todos mis años de motivación.

No hay mucha diferencia entre deshuesar un conejo y a un tío sobrado que escribe un blog y que ha dicho que tu *costatine al finocchio* necesitaba más vino de Marsala.

Y gracias a los cuchillos Kutting-Blok. Sus cuchillos forjados para tornear

cumplen ambas funciones de maravilla, sin causar esa fatiga en la mano y en la muñeca que uno acaba teniendo si usa un cuchillo de mondar troquelado menos caro.

Del mismo modo, limpiar un churrasco y despellejar a la rata que colgó un artículo diciendo que tu buey Wellington estaba estropeado debido al exceso de foie gras son dos tareas que se hacen más deprisa y con menos esfuerzo gracias a la hoja flexible de su cuchillo de veinte centímetros para cortar filetes.

Fácil de afilar y fácil de limpiar. Sus cuchillos son un regalo del cielo.

Son los objetivos los que siempre resultan una gran decepción. No importa lo poco que uno espere cuando conoce a esa gente cara a cara.

No hacen falta más que unos cuantos elogios para conseguir una cita con ellos. Sugerir la clase de compañía sexual que puedan estar deseando. O mejor todavía, sugerir que eres el redactor jefe de una revista de tirada nacional y que quieres llevar su voz al mundo entero. Ensalzarlos. Darles la gloria que ellos tanto merecen. Elevarlos a la prominencia. Toda esa atención de mierda, les ofreces la mitad y ellos se reúnen contigo en el callejón a oscuras que tú les digas.

En persona, siempre tienen los ojos pequeños, unos ojos que son como canicas negras metidas en el ombligo de un gordo. Gracias en parte a los cuchillos Kutting-Blok, su aspecto mejora y acaban viéndose limpios y cortados y con guarnición. Carne lista para ser usada para algo útil.

Después de arrancar las vísceras frías de un centenar de pintadas, no tiene mucho misterio rajarse la barriga de un periodista freelance que escribió en una guía local de ocio que tus empanadillas de escarola y feta no estaban bien de textura. No, el cuchillo de chef de veintiocho centímetros de Kutting Blok hace que sea una tarea tan fácil como destripar una trucha o un salmón o cualquier pescado redondo.

Es extraño, las cosas que se le quedan a uno en la mente. Echas un vistazo al tobillo blanco y delgado de alguien y puedes imaginar cómo debió de ser de niña en la escuela, antes de que aprendiera a ganarse la vida atacando la comida. O bien los zapatos marrones que llevaba otro crítico, tan lustrados que recordaban a la capa de caramelo de una *crème brûlée*.

Es la misma atención a los detalles que ponen ustedes en cada cuchillo.

Esta es la atención y el cuidado que yo solía poner en mi trabajo de cocinero.

Con todo, por mucho que me ande con cuidado, es una simple cuestión de tiempo que me atrape la policía. Sabiendo esto, mi único temor es que los cuchillos Kutting-Blok queden asociados en la mente del público con una serie de hechos que la gente puede malinterpretar.

Demasiada gente verá mi preferencia como una modalidad de promoción. Como si Jack el Destripador estuviera haciendo un anuncio para la televisión.

Ted Bundy para la marca de cuerdas Tal y Tal.

Lee Harvey Oswald vendiendo rifles de la marca Tal y Tal.

Una modalidad negativa de promoción, es cierto. Tal vez incluso algo que podría dañar la cuota de mercado de ustedes y sus ventas netas. Sobre todo en la próxima temporada navideña de ventas al detalle.

Es algo que hacen por rutina todos los periódicos grandes, en cuanto se enteran de que ha habido un desastre aéreo importante —una colisión en medio del aire, un secuestro, un coche en la pista de despegue—, saben que tienen que retirar todas las publicidades grandes de las líneas aéreas de ese día. Porque en cuestión de minutos todas las compañías aéreas llamarán para cancelarlas, aunque eso implique pagar toda la tarifa por un espacio que no van a usar. Y luego llenan el espacio en el último minuto con un anuncio promocional gratuito de la Sociedad del Cáncer de América o de la Distrofia Muscular. Porque ninguna línea aérea se quiere arriesgar a que la asocien con las terribles noticias de ese día. Con los centenares de muertos. A que la asocien con esas cosas en la mente del público.

No hay que esforzarse mucho para acordarse de lo que los llamados Asesinatos del Tylenol hicieron con las existencias de ese producto. Con siete personas muertas, la retirada de su producto en 1982 le costó a Johnson and Johnson ciento veinticinco millones de dólares.

Esa clase de promoción negativa es lo contrario de un anuncio. Como lo que hacen los críticos con sus reseñas insidiosas, impresas solamente para demostrar lo listos y amargados que se han vuelto.

Los detalles de cada objetivo, incluyendo el cuchillo utilizado, siguen frescos en mi memoria. A la policía le costaría muy poco hacerme confesar, poniendo así en conocimiento del público la amplia gama de los excelentes cuchillos de ustedes que he usado y con qué propósitos.

Y después de eso, la gente se referiría ya siempre a «Los Asesinatos de los Cuchillos Kutting-Blok» o al «Asesino en Serie del Kutting-Blok». Su empresa es mucho más conocida que un pobre tipo anónimo como yo. Ustedes ya tienen cuchillos en muchísimas cocinas. Sería una lástima horrible ver todas sus generaciones de calidad y trabajo duro estropeadas por culpa de mi proyecto.

Por favor, recuerde que los críticos culinarios no compran muchos cuchillos. Toquemos madera, pero en este caso la simpatía de la industria podría muy bien estar conmigo. Conmigo, un héroe de las bases. Nunca se sabe.

Cualquier pequeña inversión que puedan hacer nos beneficiará a ambos.

Cuanto más recursos puedan proporcionarme para que evite ser capturado, menos probable será que este detalle desafortunado llegue nunca al conocimiento del usuario medio de cuchillos. Si ustedes me regalan solamente cinco millones de dólares, yo podré emigrar y vivir desapercibido en otro país, muy, muy lejos del mercado demográfico de ustedes. Ese dinero permitirá a su empresa una ascensión segura hasta un futuro luminoso. Y a mí, el dinero me permitirá formarme en una

nueva línea de trabajo, una nueva carrera.

O si me pagan solamente un millón de dólares, me cambiaré a los cuchillos Sta-Sharp... Y si me detienen juraré que solamente he usado sus productos de baja calidad durante todo mi proyecto...

Un millón de dólares. ¿Qué es eso comparado con la lealtad a una marca?

Para contribuir, por favor, publiquen un anuncio este domingo próximo en su periódico local. Cuando vea ese anuncio, yo me pondré en contacto con ustedes para aceptar su ayuda. Hasta entonces, tengo que continuar con mi trabajo. Y si no me responden, me veré obligado a buscar otro objetivo.

Gracias por tener en cuenta mi petición. Espero tener noticias tuyas pronto.

En este mundo, donde tan poca gente dedica su vida a fabricar un producto de calidad duradera, tienen ustedes mi aplauso.

Sigo siendo, como siempre, su mayor fan.

Richard Talbott

Detrás del bar del vestíbulo suena la campanilla del microondas, una vez, dos y tres, y se apaga la luz de dentro. El Chef Asesino abre la portezuela y saca un plato de cartón cubierto con una servilleta de papel. Levanta la servilleta y una nubecilla de humo se eleva en el aire frío del vestíbulo. En el plato, unas pocas virutas de carne siguen crepitando y humeando, bañadas en su propia grasa derretida.

El Chef Asesino coloca el plato sobre la barra de mármol del bar y dice:

—¿Quién quiere repetir otra vez?

De pie en el vestíbulo, desperdigados, refugiados en las sombras de los nichos y las hornacinas, en la ventana del guardarropía y en la caseta del acomodador, la señora Clark y Miss América, la Condesa Clarividencia y el Conde de la Calumnia, todos permanecemos de pie, masticando. La grasa nos reluce en las barbillas y en las yemas de los dedos. Todos tenemos platos de cartón aceitosos en la mano. Masticando.

—Deprisa, antes de que se enfríen —dice el Chef Asesino—. Estos llevan especias cajún. Para disimular el olor a flores.

Se refiere al olor de la colonia o de la sal de baño de la Camarada Sobrada, o tal vez de su pañuelo de encaje, algo dulce que huele a rosas. El Chef Asesino dice que dos tercios del sentido del gusto se basan en el olor de la comida.

Miss América se acerca y le tiende su plato. El Chef Asesino se mete una viruta marrón en la boca y luego la saca con los dedos, deprisa.

—Sigue caliente —dice, y sopla sobre ella. Con la otra mano se dedica a colocar virutas pequeñas de carne en el plato de Miss América.

Con el plato lleno, Miss América desaparece para instalarse, casi escondida, detrás del mostrador del guardarropía. Con la pared y las hileras de perchas de madera detrás de su espalda. Todas las perchas vacías salvo por las pequeñas etiquetas metálicas numeradas que cuelgan de ellas.

El aire del vestíbulo está cargado de olor a barbacoa, a grasa de beicon, a hamburguesa, a sebo quemado y a fuego de manteca. Y aquí estamos todos de pie, masticando. Nadie dice: ¿Vamos a por más? Nadie dice: Tenemos que envolver lo que queda y llevarlo al subsótano antes de que se convierta en un problema sanitario...

No, aquí estamos, lamiéndonos los dedos.

Todos escribiendo y reescribiendo este momento de nuestra historia. Inventándonos cómo el señor Whittier mató sanguinariamente a la Camarada Sobrada. Y lo que el fantasma de ella hizo para vengarse.

Nadie la ve bajar las escaleras. Nadie la oye caminar por la moqueta del foyer del segundo rellano. Nadie levanta la vista hasta que ella dice:

—¿Tenéis comida?

Es la Camarada Sobrada. Vestida con sus capas amontonadas de vestidos de bailarina de madrina de las hadas. Con sus capas apiladas de chales y pelucas. Se detiene al pie de la majestuosa y ancha escalera del vestíbulo, con las manos lívidas perdidas en los pliegues de su falda. Su mirada guía al resto de su cuerpo hasta la sala, sus ojos y su nariz tiran de ella hacia delante.

—¿Qué estáis cocinando? —dice—. Dadme un poco...

Nadie dice nada. Todos tenemos la boca llena. Nos estamos hurgando las bocas con los dedos para sacarnos trocitos de carne que tenemos entre los dientes.

La Camarada Sobrada ve el plato de cartón lleno de virutas de carne marrón que está humeando sobre la barra del bar.

A nadie se le ocurre detenerla.

La Camarada Sobrada cruza dando bandazos el vestíbulo azul, se cae una vez en el suelo de mármol rosa, con sus faldas arrastrándose detrás de ella, y luego extiende un brazo para agarrarse al borde de la barra del bar y ponerse de pie otra vez. Y allí de pie, su cara y su montón de pelucas se abalanzan sobre el plato de carne.

Detrás de ella, descendiendo los escalones cubiertos de moqueta azul, se ven sus pisadas en sangre.

El fantasma intermitente de este sitio.

Lo único que podemos ver es cómo sus rizos grises y altos se mueven y rebotan sobre el plato de cartón que está en la barra del bar. En el trasero de su vestido está floreciendo una flor roja y enorme que crece por momentos. Luego su peluca se retira hacia atrás y toda ella se aparta del plato vacío. Con una viruta marrón de carne todavía agarrada en una mano lívida, la Camarada Sobrada se relame y dice:

—Dios, está dura y amarga.

Alguien necesita decir algo. Ser... amable.

El flaco San Destripado dice:

—Yo no suelo comer carne, pero esta estaba... deliciosa. —Y mira a su alrededor.

Levantando la palma grasienta de una mano como si fuera una señal de stop, y con los ojos cerrados, el Chef Asesino dice:

—Os aviso... no critiquéis mi cocina.

Los demás asentimos con la cabeza. Deliciosa. Todos tenemos los platos vacíos. Y tragamos, sin dejar de masticar. Pasándonos la lengua por los dientes en busca de cualquier resto de aceite. O de grasa.

La Camarada Sobrada cruza la sala hasta los sofás de tela de tapicería que hay en el centro del vestíbulo, justo en el centro, bajo el resplandor congelado de la lámpara de araña más grande de todas. Levanta con las manos un cojín de terciopelo azul con

borlas doradas colgando de las cuatro esquinas y lo coloca en un extremo del sofá. Se quita los zapatos con los pies. Con los calcetines blancos manchados de sangre. Se dispone a sentarse, a recostarse en el sofá con la cabeza apoyada en el cojín. Y la Camarada Sobrada hace un gesto de dolor. Frunce la cara, que permanece tensa un momento y luego se relaja. Se lleva una mano al trasero, palpando, por debajo de sus diversas faldas y enaguas empapadas. Se inclina hacia delante como si fuera a ponerse de pie y sus ojos captan las pisadas sanguinolentas que la han ido siguiendo por la moqueta azul desde la escalera hasta el bar y luego al sofá.

Todos miramos la sangre que se derrama de sus zapatos.

Sin dejar de masticar, con la mandíbula subiendo y bajando, como una vaca rumiando, la Camarada Sobrada nos mira.

Intentando digerir la escena.

Cuando su mano regresa de su trasero, está sosteniendo el cuchillo de deshuesar del Chef Asesino. Con el filo todavía cubierto de un barniz de sangre y coágulos.

El Chef Asesino sale de detrás de la barra del bar. Con la mano abierta, y agitando los dedos grasientos en dirección a ella, le dice:

—Dame eso. Es mío.

Y la Camarada Sobrada deja de masticar. Y traga.

—Yo... —dice.

La Camarada Sobrada mira el cuchillo y la viruta de carne que todavía tiene en la mano.

En el trozo de carne hay una rosa tatuada que ella no había visto nunca. Salvo cuando se miraba al espejo. Aunque ahora está un poco tostada.

La cara del Conde de la Calumnia permanece escondida mientras él se dedica a lamer su plato.

La Camarada Sobrada dice:

—Solamente estaba desmayada...

Dice:

—Estaba desmayada... ¿y os habéis comido mi culo?

Mira el plato de cartón vacío y grasiento que queda sobre la barra del bar y dice:

—¿Me habéis dado de comer mi propio culo?

La Madre Naturaleza eructa tapándose la boca con la palma de la mano y dice:

—Perdón.

El Chef Asesino extiende la mano pidiendo el cuchillo, con un círculo fino de color rojo asomando por debajo de la uña del pulgar. Levanta la vista para ver una miríada de versiones de la Camarada Sobrada centelleando en los cristales de la lámpara de araña polvorienta. Y en la mano de esta, una miríada de rosas cocinadas al estilo cajún.

La Condesa Clarividencia se da la vuelta pero sigue contemplando su propia

versión reducida de esta realidad, la versión de medidas televisivas o cinematográficas de la Camarada Sobrada que se refleja en el ancho espejo de detrás del bar.

Todos estamos viendo nuestra propia versión de la Camarada Sobrada. Cada uno tiene su propia historia de lo que está pasando. Y todos convencidos de que nuestra versión es la realidad.

La Hermana Justiciera se mira el reloj y dice:

—Acabaos la comida. Solamente falta una hora para apagar las luces.

Todas esas versiones reducidas de la Camarada Sobrada tragan saliva aparatosamente. Con los carrillos lívidos abultados. Con las gargantas hechas un nudo y con el sabor de su propia piel amarga produciéndoles arcadas.

Todos estamos convirtiendo nuestra realidad en un relato. Digiriéndola para hacer un libro. Todo lo que vemos pasar ya es un guión de cine.

La Mitología de Nosotros.

Luego, en el momento justo, la Camarada Sobrada a escala real que hay sentada en el sofá de tapicería resbala hasta el suelo. Sus ojos todavía se abren un poco para mirar la lámpara de araña. Y por fin queda tirada en medio de un revoltijo de terciopelo y brocado sobre el suelo de mármol rosa. Es entonces cuando se pone a morir. Con el cuchillo de deshuesar todavía en la mano. Con la viruta marrón de su culo frito todavía en la otra.

Un manchón de color rojo oscuro en el sofá donde estaba sentada. Y la marca de su cabeza todavía en el cojín de terciopelo azul. La Camarada Sobrada no será la cámara tras la cámara tras la cámara. Tenemos la verdad sobre ella en nuestras manos. Entre los dientes.

Con un hilo de voz, la Camarada Sobrada dice:

—Supongo... que me merezco...

Y tras un instante en que oímos el ruido de la grabadora del Conde de la Calumnia al rebobinar, su voz continúa diciendo:

—Me merezco esto... merezco esto...

EXPECTACIÓN

Un poema sobre la Camarada Sobrada

«Perdí la virginidad —dice la Camarada Sobrada— por la oreja.»

Tan joven que todavía creía en Santa Claus.

La Camarada Sobrada en el escenario, los nudillos apoyados en las caderas, los brazos doblados

de forma que los parches de cuero de los codos apuntan a los lados.

Las botas con puntera de acero y cordones hasta arriba muy separadas.

Las piernas enfundadas en pantalones anchos de camuflaje, atados en torno a los tobillos.

Se inclina tanto hacia delante que la barbilla le proyecta una sombra

en la pechera de su chaqueta de campo caqui de los excedentes del ejército.

En el escenario, en vez de un foco, un fragmento de película:

imágenes de letreros de manifestaciones y de piquetes, las bocas abiertas como megáfonos

gritando, abiertas al máximo.

Todo dientes y nada de labios.

Bocas tan abiertas que el esfuerzo les cierra los ojos.

«Después de que el juez concediera la custodia compartida

—dice la Camarada Sobrada—, mi madre me dijo...»

Cuando sea de noche

y estés dormida con la cabeza en la almohada,

si tu padre entra alguna vez de rodillas en tu habitación:

ven a decírmelo.

Su madre le dijo: «Si tu padre te baja alguna vez los

pantalones del pijama y te toca con los dedos...».

Ven a decírmelo.

Si se saca una serpiente gorda de la bragueta de los

pantalones —esa cachiporra caliente y pegajosa que huele mal—

y te la intenta meter a la fuerza en la boca...

ven a decírmelo.

«En vez de todo eso —dice la Camarada Sobrada—, mi padre me llevó al zoo.»

La llevó al ballet. La llevó a los entrenamientos de fútbol.

Le dio besos de buenas noches.

Con los colores de las sentadas, con las siluetas de la
desobediencia

civil todavía desfilando,

desfilando y desfilando

sobre su cara,

la Camarada Sobrada dice:

«Pero el resto de mi vida me lo pasé dispuesta».

DECIR COSAS AMARGAS

Un relato de la Camarada Sobrada

Desde el mismo instante en que se sienta, intentamos explicárselo...

No aceptamos hombres. Este es un refugio para mujeres. El propósito de este grupo es cuidar y dar poder a las mujeres confiriéndoles una sensación de privacidad. Permitir a las mujeres que hablen en libertad sin ser cuestionadas o juzgadas. Excluimos a los hombres porque inhiben a las mujeres. La energía masculina intimida y humilla a las mujeres. Para los hombres, una mujer es una virgen o una guarra. Una madre o una puta.

Cuando le pedimos que se marche, por supuesto, se hace el tonto. Dice que lo llamemos «Miranda».

Respetamos su elección. El esfuerzo y la voluntad que ha puesto en conseguir la apariencia física de una mujer. Pero este espacio, le decimos de una forma amable y sensible, este espacio es solamente para mujeres que han nacido mujeres.

Él nació Miranda Joyce Williams. Dice esto y abre el broche de su pequeño bolso de piel de lagarto color rosa. Saca un permiso de conducir. Con una uña larga y de color rosa coloca el permiso sobre la mesa, dando un golpecito en el sitio donde pone «F» junto a la categoría del sexo.

Puede que el estado reconozca su nuevo sexo, le decimos, pero nosotras decimos no hacerlo. Muchas de nuestras integrantes sufrieron traumas de infancia relacionados con los hombres. Tienen miedo de que se las reduzca a simples cuerpos. Son cuestiones que él nunca podría entender porque nació hombre.

Y él dice: Nací mujer.

Alguien en el grupo dice:

—¿Puedes enseñarnos tu certificado de nacimiento?

Y «Miranda» dice: Claro que no.

Otra persona dice:

—¿Estás menstruando?

Y «Miranda» dice: Ahora mismo no.

Se dedica a jugar con un pañuelo con los colores del arco iris que tiene atado alrededor del cuello. Afectando una caricatura de la conducta nerviosa femenina. Se dedica a jugar con el pañuelo centelleante y resplandeciente que tiene sobre los hombros, dejándolo caer por su espalda de forma que quede suspendido de sus codos. Se dedica a pasar los dedos por entre los largos flecos que hay a ambos lados del pañuelo. Cruza las piernas pasando una rodilla por encima de la otra. Después la de debajo sobre la de encima. Levanta y dobla el abrigo de piel que tiene sobre el

regazo. Lo gira y acaricia la piel con una mano abierta, con las uñas juntas, pintadas de rosa y brillantes como joyas.

Sus labios y sus zapatos y su bolso, sus uñas y la correa de su reloj, todo es tan rosadito como el ojo del culo de un pelirrojo.

Alguien del grupo se pone de pie, con una mirada furiosa. Y dice:

—¿A qué coño viene esto? —Mete con malos modos su punto y su botella de agua en su bolsa y dice—: Me paso la semana entera esperando esto. Y ahora me lo han estropeado.

«Miranda» se limita a quedarse sentado, con los ojos resguardados bajo unas pestañas largas y gruesas. Con los ojos flotando en sendas piscinas verdeazules de delineador de ojos. Se embadurna su pintura de labios con más pintura de labios. Se unta colorete por encima del colorete. Rímel encima del rímel. Su blusa recortada se le abomba sobre el pecho. La seda rosa de la misma parece colgarle de los dos puntos de sus pezones, con unos pechos que son aproximadamente del mismo tamaño que su cara y que le sobresalen como globos de las ondulaciones bronceadas de su caja torácica. Su barriga al descubierto, plana y bronceada, es una barriga masculina. Se trata de una fantasía total tipo muñeca sexual, el tipo de mujer en la que solamente un hombre se convertiría.

Para ser un grupo de charla, «Miranda» dice que esperaba un poco más de charla. Nos lo quedamos mirando.

Menudo tonto. Este «Miranda». He aquí la típica fantasía masculina recreada en forma de una especie de monstruo de Frankenstein de estereotipos: los pechos perfectamente grandes y redondos. Los músculos duros en los muslos largos. La boca, un mohín perfecto, embadurnado de carmín. La falda de cuero rosa demasiado corta y ajustada para cualquier cosa que no sea sexo. Habla con la voz jadeante de una niña o de una estrella de cine. Soltando mucho aire en relación con la vocecita que sale. La clase de voz susurrante que la revista *Cosmopolitan* enseña a usar a las chicas, para hacer que los hombres que las estén escuchando se acerquen más.

Nos quedamos sentadas ahí, todas en silencio, sin que nadie explique sus experiencias. No se puede ser sincera sabiendo que hay un pene debajo de la mesa. Ni siquiera en medio de los pósters de Frida Kahlo y de Georgia O’Keeffe... de las velas de manzana y canela... del gato manchado de la librería.

Muy bien, dice «Miranda», entonces empiezo yo.

«Miranda», con el pelo decolorado recogido en un peinado alto de peluquería, apelmazado de tanta laca y atiborrado de horquillas.

Hay un tío en el trabajo del que «Miranda» se enamoró locamente. Y el tío no le respondía a sus flirteos. Era el típico tío macizo, un ejecutivo asociado de ventas júnior engominado con un Porsche. Estaba casado, pero «Miranda» sabía que por parte del tío había interés animal puro. Un día después del trabajo, dice «Miranda», el

tipo vino y le puso la mano...

Y todas nos lo quedamos mirando.

El tío le puso la mano en el brazo a «Miranda» y le preguntó si quería ir a tomar una copa.

Los brazos de «Miranda» son bronceados, musculosos y delgados y no tienen nada flácido. Lisos como plástico bronceado. Y suelta una risita. «Miranda» suelta risitas literalmente. Pone los ojos en blanco.

«Miranda» dice que el ejecutivo asociado de ventas que trabaja con él lo llevó en coche a un bar muy oscuro, de esos adonde vas para que no te vea nadie...

Es un rollo totalmente masculino, todo ese «yo, yo y yo» todo el tiempo.

Venimos aquí para estar lejos de los hombres, de los maridos que no quieren recoger calcetines sucios. De los maridos que nos arrean bofetadas y luego nos ponen los cuernos. De los padres decepcionados porque no somos chicos. De los padrastros que nos manosean. De los hermanos que nos intimidan. De los jefes. Los curas. Los policías de tráfico. Los médicos.

Casi nunca permitimos réplicas, pero ahora alguien del grupo dice:

—¿Miranda?

Y «Miranda» deja de cotorrear.

Le decimos que los grupos de concienciación tienen su base en la queja. En lo que mucha gente llama la terapia de hablar pestes. En la China comunista, en los años posteriores a la revolución de Mao, una parte importante de la construcción de una nueva cultura era permitir a la gente que se quejara de su pasado. Al principio, cuanto más se quejaban, peor les parecían sus vidas. Pero al desahogarse, la gente podía empezar a resolver su pasado. De tanto echar pestes y más pestes, podían agotar el drama de sus historias de terror. Aburrirse. Solamente entonces podían aceptar un nuevo argumento para sus vidas. Y seguir adelante.

Es por esto que venimos aquí todos los miércoles por la noche, al cuarto de atrás sin ventanas de esta librería, a sentarnos en sillas metálicas plegables alrededor de una gran mesa cuadrada.

La revolución llamaba a esto «decir cosas amargas».

«Miranda» se encoge de hombros. Enarca las cejas, niega con la cabeza y dice que ella no tiene ninguna historia de terror. Suspira y sonrío y hace ojitos.

Y alguien del grupo dice:

—Entonces no te queremos aquí.

Esa idea de que los hombres crean mujeres robóticas perfectas para procurarse placer es algo que sucede todos los días. Ninguna de las mujeres más «hermosas» que uno ve en público son de verdad. No hay más que hombres perpetuando su estereotipo perverso de las mujeres. La historia más antigua del mundo. Si sabes dónde mirar, encontrarás un pene en cada página de la revista *Cosmopolitan*.

«Miranda» nos dice que no somos muy hospitalarias.

Y alguien dice:

—No eres una mujer.

Nos reunimos en el espacio de reuniones seguro y solamente para mujeres que hay detrás de la Wymyn's Book Cooperative. Ni en coña queremos que nuestro espacio se contamine de energía yang fálica agresiva.

Ser mujer es especial. Es sagrado. Esto no es un simple club del que uno se pueda hacer miembro. Uno no puede simplemente meterse un chute de estrógenos y presentarse aquí.

«Miranda» dice: Lo único que os hace falta es un pequeño cambio de imagen. Poneos un poco guapas.

Los hombres es que no lo entienden. Ser mujer es más que llevar maquillaje y tacones altos. Esa clase de imitación sexual, ese travestismo, es el peor de los insultos. Los hombres creen que solamente tienen que ponerse maquillaje y cortarse la polla y que eso los convierte en hermanas.

Alguien se levanta de su silla. Alguien más se levanta y las dos empiezan a dar la vuelta a la mesa.

«Miranda» les pregunta qué están tramando.

Y una tercera persona se pone de pie y dice:

—Un cambio de imagen total.

«Miranda» mete sus uñas de color rosa en el bolso. Saca un bote de espray de pimienta y dice que no le da miedo usarlo. Y entonces alguien del grupo dice:

—Vamos a ver tus tetas.

En nuestro grupo no tenemos líder. Las reglas de los grupos de concienciación no permiten las réplicas. Nadie puede cuestionar la experiencia de otra integrante. Todo el mundo tiene su turno para hablar.

A «Miranda» se le cae el silbato plateado antiviolaciones de la boca. De los labios aumentados con colágeno. El mohín de una modelo de pasarela al decir «pasión».

«Miranda» dice que tenemos que estar de broma.

Pero qué típico, los hombres quieren todos los beneficios de ser mujer pero ninguna de las putadas.

Alguien dice:

—No, de verdad. Enséñanoslas.

Aquí somos todas mujeres. Todas estamos cansadas de ver tetas. Alguien de pie a su lado extiende el brazo hacia el botón de arriba de la blusa rosa de «Miranda». La blusa es de seda rosa, abombada sobre sus pechos. Está recortada para dejar ver su vientre liso y plano y sus pliegos cuelgan sobre la falda con cinturón. Su cinturón rosa de piel de lagarto no es más grande que un collar de perro.

Una de sus manos de color rosa aparta el brazo de la mujer de una palmada.

Como nadie se mueve, «Miranda» suelta un pequeño suspiro. Mientras todas miramos, se desabrocha el botón de arriba él mismo. Sus uñas de color rosa abren el siguiente botón. Y el siguiente. Y se dedica a mirarnos, con una mirada de mujer a mujer, hasta que todos los botones están desabrochados y la blusa se abre. En el interior hay un sujetador de satén de color rosa con rosas bordadas y encaje. Su piel es de un color rosa como aerografiado, de ese color claro de los desplegables centrales de las revistas, sin lunares ni pelos ni esas picaduras rojas de insecto que se ven en las pieles de verdad. Alrededor de su cuello, un collar de perlas apunta como una flecha hacia su escote enorme y parecido a la raja de un culo.

El sujetador es de esos que tienen el cierre en la parte de delante, y «Miranda» espera un momento así, con el cierre en la mano y mirando a las mujeres de una en una.

Y alguien del grupo dice:

—¿Cuánto estrógeno tienes que chutarte para llegar a tener unas tetorras tan grandes?

Alguien suelta un silbido. El resto del grupo habla en susurros. Los pechos son demasiado perfectos. Los dos son del mismo tamaño y no están demasiado separados. Parecen diseñados por un ingeniero.

Las uñas rosas se retuercen y el sujetador se abre. El sujetador cae abierto, pero los pechos permanecen en alto, firmes y redondos, con los pezones apuntando al cielo. Exactamente los pechos que elegiría un hombre.

Alguien que está cerca extiende la mano y le agarra la teta. Aprieta la carne con la mano. Toquetea el pezón con los dedos y dice:

—Venid todas. Tenéis que tocar esto. Dios, pero qué asco. —Estruja con la mano y lo suelta. Vuelve a estrujar y dice—: Es como... no sé... como masa de pan.

«Miranda» forcejea para alejarse, con el cuerpo entero retrocediendo en su silla.

Pero los dedos de la mano que le está agarrando el pecho aprietan más fuerte y la mujer dice:

—Nada de eso.

Alguien dice:

—No me importaría tener unos melones así de majos.

Tienen que ser de silicona. Otra mano se mete en la blusa abierta y agarra el segundo pecho, manoseándolo, tirando de él hacia arriba, hacia el collar de perlas, para que podamos buscar la cicatriz de la operación debajo.

«Miranda» se queda allí sentado, con los brazos doblados hacia delante a la altura del codo, todavía sosteniendo una mitad del sujetador rosa en cada mano, sosteniéndolo abierto mientras nosotras miramos. Luego hace el gesto de volver a cerrar el sujetador, de sellarlo todo de vuelta en el interior.

Y alguien que sigue agarrando una teta dice:

—Todavía no.

El permiso de conducir sigue sobre la mesa que tenemos delante, con la «F» enorme impresa junto a «Sexo».

Y alguien dice:

—Las tetas falsas no demuestran nada.

Y alguien dice:

—Mi marido las tiene más grandes.

Las manos de alguien que está detrás de «Miranda» le quitan el pañuelo de encima de los hombros, le estiran de la blusa de color rosa hacia atrás y hacia abajo hasta que se le sale por los brazos. La piel le brilla, tan clara como los pendientes de perlas que tiene en las orejas. Con unos pezones rosados como el bolso de piel de lagarto, él se deja hacer.

Alguien tira la blusa a un rincón de la sala.

Y alguien dice:

—A ver tu coño.

Y «Miranda» dice que no.

Está claro. Este pobre capullo triste y perdido en la vida nos está utilizando. Igual que un masoquista va a visitar a un sádico. Igual que esos criminales que quieren que los pillen. «Miranda» lo está pidiendo a gritos. Es por eso que ha aparecido aquí. Es por eso que se ha vestido así. Él sabe que esa faldita tan corta y esas tetas como sandías sacan de sus casillas a las mujeres de verdad. En un caso como este, «no» quiere decir «sí». Quiere decir «Sí, por favor». Quiere decir: «Dame una bofetada».

«Miranda» dice: Estáis cometiendo un terrible error.

Y todo el mundo se ríe.

Le decimos que las sesiones de concienciación consisten en llegar a aceptar tus genitales. En otras reuniones que hemos celebrado, todas hemos sacado espejos y nos hemos puesto en cuclillas para mirármolos. Todas hemos compartido un espejo y hemos estudiado la diferencia entre el cuello del útero de una virgen y el de una madre. Hemos hecho venir a conferenciantes de la cooperativa sanitaria para mujeres a fin de que nos hagan demostraciones de extracción de sangre menstrual mediante cánulas para aborto por aspiración. Sí, todo eso hemos hecho sobre esta mesa de madera. Hemos ido a comprar juguetes sexuales todas juntas y hemos estudiado el punto G.

Unos cuantos empujones y «Miranda» acaba encima de la mesa. Aunque está a cuatro patas, sus pechos siguen pareciendo redondos y sólidos, en lugar de caídos y flácidos. Quince centímetros de cremallera y la falda se le escurre del culo flaco. Lleva pantimedias: otra prueba de que no es una mujer de verdad.

Las mujeres del grupo nos miramos entre nosotras. Tener a un hombre aquí al que dar órdenes. Algunas de nosotras sufrimos abusos. Otras fuimos violadas. Todas

hemos sido miradas lascivamente, manoseadas y desnudadas por las miradas masculinas. Ahora nos toca a nosotras y ni siquiera sabemos por dónde empezar.

Alguien le baja las pantimedias y deja al desnudo su culo. Alguien dice:

—Arquea la espalda.

A nadie le sorprende el aspecto de los labios vaginales de «Miranda». Con demasiados pliegues en la piel. Ese aspecto de flor húmeda que los estilistas trabajan duro para conseguir en *Playboy* o *Hustler*. Con todo, la carne no parece lo bastante blanda, y el tono es demasiado pálido, en lugar de rosa o marrón claro. Tejido de cicatriz quirúrgica. El vello púbico recortado y depilado a la cera en forma de una tirita muy fina. Perfumado. No con el aspecto que debe tener un coño. Cuanto más lo miramos, más de acuerdo estamos en que no es de verdad.

Alguien pincha a «Miranda» con una llave de coche. Ni siquiera con el dedo. Alguien le pincha los pliegues de la piel y dice:

—Espero que no pagaras mucho por esto...

Otra integrante del grupo dice que tendríamos que mirar cómo es de profundo.

Sea lo que sea, «Miranda» está llorando. Atrapado por su pequeño drama, todo el maquillaje y el colorete se le mezclan con la base de maquillaje y se le corren por las mejillas hasta llegarle a las comisuras de la boca. Está casi desnudo con las pantimedias bajadas y enredadas entre los tobillos y los pies todavía calzados con elegantes sandalias doradas de tacón alto. La blusa le ha desaparecido y su sujetador de encaje rosa está abierto y le cuelga de los hombros. Sus pechos redondos y firmes tiemblan con cada sollozo. Así es como está sobre la mesa de conferencias. Con el abrigo de piel en el suelo, apartado a patadas hasta un rincón. Con el pelo rubio colgándole. Ahora ya tiene una pequeña historia de terror.

Alguien le dice a «Miranda» que se calle la boca. Que se calle y se dé la vuelta.

Alguien lo coge por el tobillo. Alguien le agarra el otro tobillo y entre todas le retuercen las piernas hasta que suelta un pequeño chillido y se da media vuelta. Y así se queda, boca arriba, con los pies muy separados y cada sandalia dorada agarrada por unas manos distintas.

No es una mujer. Tal vez si alguien solo hubiera visto a una mujer en *Cosmopolitan*, lo que crearía es algo como ella. Comentamos que el clítoris no debe de ser más que el pene reducido a su mínima expresión. Alguien describe que la bóveda vaginal artificial no es más que el pene vaciado y embutido ahí dentro, más un trozo del intestino bajo productor de mucosa seccionado para añadir profundidad. Donde debería estar el cuello del útero usan la piel aprovechada del escroto vacío.

—Lo que no se usa, se echa a perder —dice alguien.

Alguien saca una linternita de su bolsa y dice:

—Tengo que ver eso.

Visto desde la distancia que da el tiempo, tendrían que haberse marchado todas a

casa. Oh, mucha conciencia política y muchas gaitas hasta que alguien sale malparado.

Con todo, aquí se reúnen semana tras semana, quejándose de que alguien no ha conseguido un trabajo. De que la una siente sus progresos atajados por un techo invisible. De que la otra siente sus pechos desnudados por las miradas de los empleados de gasolineras y los trabajadores de la construcción. Lo único que hacen es hablar. Y por fin ahora tienen la oportunidad de devolver el golpe.

Es un ejercicio de formación de espíritu de equipo.

Y le preguntan por qué ha venido. Si es un espía.

Los expertos dicen que las mujeres solamente ganan sesenta céntimos por cada dólar que gana un hombre haciendo el mismo trabajo. El tipo este gana un montón de pasta extra y así es como se lo funde. En maquillaje y tetas de plástico. Cualquier mujer de verdad tiene estrías. Canas. Celulitis en los muslos.

Y le preguntan qué esperaba encontrar.

Alguien está hurgando con los dedos. Alguien sostiene la linterna y la empuja hacia delante.

El grupo le pregunta si esperaba a una banda de bolleras machorras que odian a los hombres y que se reúnen para comerse el coño las unas a las otras.

La pequeña bombilla halógena de la linterna debe de estar muy caliente, porque él está gritando y retorciéndose tanto que todas se ven obligadas a unir esfuerzos para agarrarlo. Para mantenerle las piernas separadas y abrirlo a la fuerza y poder mirar dentro.

Alguien dice:

—¿Qué aspecto tiene?

El resto del grupo espera su turno.

Mientras «Miranda» se retuerce sobre la mesa, y mientras el grupo está inclinado encima de él, el collar se le rompe y las perlas caen rodando por todas partes. Las horquillas se le caen del pelo. Sus pechos rebotan y tiemblan como dos montones de gelatina.

Y alguien le pellizca un pezón, se lo retuerce y dice:

—A ver cómo las meneas, buenorra.

Y alguien dice:

—Solamente queremos ver dónde te metes las pelotas, zorra.

Es una yuxtaposición interesante. Una relación de poder sociopolítico fascinante, estar vestidas del todo y examinando a una persona desnuda e inmovilizada que solo lleva unos zapatos de tacón alto y sus joyas.

Las dos mujeres que le están hurgando entre las piernas se detienen. Alguien dice:

—Esperad.

La que está sosteniendo la linterna dice:

—Sujetadlo bien. —Se inclina hacia delante, metiendo la linterna más adentro. Y le pregunta—: ¿Es esto lo que querías que pasara?

Despatarrado sobre la mesa, «Miranda» solloza e intenta juntar las rodillas. Ponerse de lado y encogerse en posición fetal.

«Miranda» está sollozando y diciendo: No. Diciendo: Por favor, parad. Diciendo: Duele.

Oooh, duele. Buaaaá. Me estáis haciendo pupa.

La mujer de la linterna es la que se pasa más tiempo mirando, frunciendo el ceño y guiñando los ojos, retorciendo la linterna y usándola para hurgar dentro. Por fin se incorpora y dice:

—Se ha quedado sin pilas.

Y se queda allí, tan alta como es, mirando hacia abajo a Miranda, que sigue abierto de piernas delante de ella.

La mujer contempla la mesa manchada de maquillaje y de lágrimas, las perlas desparramadas por el suelo, y nos dice que lo soltemos. Traga saliva y recorre con la vista el cuerpo que hay sobre la mesa. Luego suspira y le dice a «Miranda» que se levante. Que se levante y se vista. Que se vista y se marche. Que se marche y no vuelva.

Alguien dice que tal vez la linterna simplemente se haya apagado y pide poder echar un vistazo.

Y la mujer se guarda la linterna en la bolsa y dice:

—No.

Alguien dice:

—¿Qué has visto?

Vimos lo que quisimos ver, dice la mujer. Todas nosotras.

La mujer de la linterna dice:

—¿Qué acaba de suceder aquí? —Dice—: ¿Cómo hemos terminado haciendo esto?

Desde el momento en que se ha sentado, se lo hemos intentado explicar. Aquí no aceptamos hombres. Este es un refugio solamente para mujeres. El propósito de nuestro grupo...

Para algunos de nosotros, las noches son demasiado largas. Para otros, lo son los días. Las luces se encienden cuando la Hermana Justiciera hace salir el sol, pero hoy al amanecer lo que nos saca violentamente de la cama es un olor. El sueño perfecto de un olor que nos saca de nuestros camerinos y nos hace salir al pasillo. Arrastrados por las narices, como zombis.

La Directora Denegación sale al pasillo y está a punto de caerse al suelo pero consigue apoyarse con las manos en la pared que hay delante de su puerta abierta. Apoyada en la pared para mantenerse de pie, dice:

—¿Cora? ¿Gatita, gatita?

En el pasillo, el Reverendo Sin Dios forcejea con las dos manos para subir la cremallera de sus pantalones de torero, los mismos pantalones que ayer le cabían.

—El fantasma —dice— debe de estar encogiéndonos la ropa.

El collar de campanillas de cristal se le clava en la piel del cuello a la Madre Naturaleza, tan prieto que se oye el tintineo cada vez que traga saliva.

—Mierda —dice—. No tendría que haberme servido esa ración extra de Camarada Sobrada.

De la puerta de al lado sale el Eslabón Perdido, con la cabeza tan echada hacia atrás que el vello de sus orificios nasales es la parte más alta de él. Olisquea el aire y pasa al lado de la Directora Denegación y el Reverendo Sin Dios. Sin dejar de olisquear, con los orificios nasales convertidos en dos enormes agujeros peludos, da otro paso en dirección al escenario y el auditorio que hay detrás.

La Directora Denegación dice:

—Cora...

Y cae lentamente al suelo.

La señora Clark sale de otra puerta y dice:

—Hoy vamos a tener que empaquetar a la Camarada Sobrada. Tiene que ir con el señor Whittier.

Desde el suelo, la Directora Denegación dice:

—Cora...

—A la mierda la gata —dice Miss América. Vestida con un abrigo largo estilo chino mandarín, con dragones bordados, se inclina hacia la puerta de su camerino, agarrando el marco con sus manos como arañas. Con la cara pálida alrededor de la mancha oscura de su boca, Miss América dice—: La cabeza me está matando. —Y se frota la cara con una mano abierta.

Miss América se quita el abrigo mandarín con una sacudida del hombro y saca un

brazo flaco y blanco como una serpiente. Levanta el brazo por encima de la cabeza, con la mano floja y con una mata de pelo negro en el sobaco. Y dice:

—Tocadme las glándulas linfáticas. Están enormes.

Por todo el brazo flaco y desnudo tiene largos arañazos rojos. Arañazos de gato, juntándose entre sí. Rastros kilométricos de marcas de arañazos de gato.

El Eslabón Perdido le mira la cara de cerca y dice:

—Tienes un aspecto horrible. —Dice—: Tienes la lengua negra.

Y Miss América deja caer el brazo sin fuerzas junto al marco de la puerta. Se lame los labios con la lengua negra e hinchada, manchándose los de negro, y dice:

—Anoche tenía tanta hambre que me comí todos mis pintalabios.

Se acerca a la Directora Denegación y le dice:

—¿Qué es ese olor?

Huele a tostadas y a huevos fritos en grasa. A fritanga. Una alucinación colectiva causada por el hambre que tenemos. Es el olor de los caracoles y las colas de langosta. De las magdalenas inglesas, goteando.

El Conde de la Calumnia sigue al Eslabón Perdido, que sigue a la señora Clark, que sigue a la Hermana Justiciera. Todos nos dedicamos a seguir el olor por el escenario y a recorrer el pasillo central hacia el vestíbulo.

La Señorita Estornudos se suena la nariz. Luego olisquea el aire y dice:

—Es mantequilla.

Olor a mantequilla caliente.

El fantasma que hay en todos los cines.

Es el fantasma grasiento de la Camarada Sobrada, el mismo que tenemos que oler cada vez que usamos el microondas. Estamos respirando su espíritu. Su hedor dulce a mantequilla será el fantasma que nos acosa.

El otro único olor es el aliento de la Madre Naturaleza, que se ha comido una vela de aromaterapia con aroma a arrayán.

En mitad del pasillo central, nos detenemos.

Al otro lado de las paredes oímos un ruido débil de granizo que cae. O de fuego de ametralladora. O de un redoble de tambor.

Una ráfaga de chasquidos y detonaciones que se superponen. Un traqueteo débil y veloz que viene del vestíbulo.

Nosotros, de pie en el centro de yeso negro del auditorio egipcio, bajo las estrellas polvorientas y cubiertas de telas de araña que brillan débilmente en lo alto, nos agarramos a los respaldos pintados de color dorado de los asientos negros para no perder el equilibrio. Nos detenemos y escuchamos.

Y la ráfaga de ametralladora, el granizo, se detiene.

Necesitamos que pase algo emocionante.

Necesitamos que pase algo asombroso.

En el vestíbulo de terciopelo azul, la campanilla del microondas suena una vez, dos y tres.

El fantasma de la Camarada Sobrada.

Sin dejar de tirarse del collar, la Madre Naturaleza se desploma lentamente en uno de los asientos de mohair negro y áspero.

San Destripado mira al Reverendo Sin Dios, que mira al Casamentero, que mira al Conde de la Calumnia, que está tomando notas y que asiente con la cabeza. Y continúan por el pasillo, con el resto de nosotros siguiéndolos a un paso de distancia. Con el foco de la cámara del Agente Chivatillo siguiéndolos.

Al otro lado de las puertas del auditorio, el vestíbulo de terciopelo estilo francés está vacío. Las sombras se refugian detrás de los sofás y las butacas palaciegas. La luz de las pocas bombillas que hemos dejado no es lo bastante fuerte como para dejarnos ver las paredes del otro extremo de la sala. Las puertas de los lavabos del vestíbulo están abiertas y en el suelo de azulejos del otro lado brilla el agua de los retretes. Por todo el suelo encharcado hay desperdigados montones deshechos de papel higiénico.

Además del olor del retrete, el olor a pavo Tetrizzini podrido y del olor al culo cocido de la Camarada Sobrada, sigue oliendo a... mantequilla.

En el interior de la portezuela de cristal ahumado del microondas, se puede ver algo blanco que casi llena el horno.

Es el Eslabón Perdido quien suelta un gañido. Nuestro hombre-animal peludo. Suelta un gañido y da una palmada con ambas manos sobre la barra del bar, tan fuerte que proyecta las piernas a un lado y salta por encima. Detrás de la barra, abre bruscamente el microondas y agarra lo que hay dentro.

Suelta otro gañido y lo deja caer.

Para entonces, la Baronesa Congelación ya ha saltado por encima de la encimera de mármol de la barra del bar.

La Condesa Clarividencia corre para ver.

La Madre Naturaleza dice:

—Son palomitas. —Y sus campanillas tintinean con cada palabra.

Se oye otro gañido detrás de la barra y la cosa blanca sale volando por los aires. Unas manos la siguen, dándole un golpe de voleibol, como si fuera una pelota de papel blanco, y manteniéndola fuera del alcance de todos los presentes. Bajo el foco de la cámara, la cosa se convierte en una luna blanca humeante y giratoria.

La Señorita Estornudos está tosiendo y riéndose. La Condesa Clarividencia llora detrás de sus gafas de sol. Todos nos dedicamos a intentar atrapar la cosa. A estirar los brazos para agarrar su olor caliente, grasiento y giratorio.

El Casamentero grita:

—No podemos. —Agita los brazos y grita—: ¡No nos las podemos comer!

Mientras las manos siguen bateando la bola de papel, esta gira y rebota muy cerca del techo.

Y la Condesa Clarividencia grita:

—Tiene razón. —Grita—: ¡Puede que hoy nos rescaten!

Dando un salto de hombre-animal, el Eslabón Perdido coge la bolsa con ambas manos.

El Eslabón se la pasa a la Condesa, que se la pasa al Casamentero, que echa a correr hacia los lavabos.

Los demás —el Santo y Miss América y la Hermana y la Baronesa— salimos corriendo detrás, gritando y llorando. Y el Agente Chivatillo nos sigue con la cámara diciendo:

—Por favor, no nos peleemos. No os peleéis. Por favor...

El Conde de la Calumnia ya está rebobinando su grabadora para oír el sonido parecido a un redoble de tambor de las palomitas todavía calientes en el microondas. Y luego la campanilla que dice que están listas.

Detrás de la barra del bar solamente quedan la señora Clark y el Chef Asesino.

Para la Madre Naturaleza, el fantasma es su amiga Lenteja. Para la Señorita Estornudos, el fantasma es su profesora de inglés enferma de cáncer. Igual que hicimos para estropear la comida, nuestro fantasma puede ser el trabajo combinado de dos o tres de nosotros. De cualesquiera.

De los lavabos viene el ruido de alguien tirando de la cadena. Y luego alguien tira otra vez. Del interior de la puerta abierta de los lavabos viene el eco de un coro de gemidos. Una capa nueva de agua se extiende hasta la puerta y lame como una ola el borde de la moqueta azul del vestíbulo.

Por toda el agua hay desperdigados trozos deshechos de papel higiénico. De papel y palomitas. Otro regalo de nuestro fantasma.

Sin dejar de mirar el microondas abierto, la señora Clark dice:

—Todavía no me puedo creer que la hayamos matado.

Sin dejar de oler los efluvios de mantequilla, el Agente Chivatillo dice:

—Podría ser peor.

En la ola de agua que viene del retrete atascado, mojado y enganchado en la moqueta del vestíbulo, se ve pelo. Pelo de gato atigrado. Y un collar fino de cuero negro. Y algunos huesecillos finos como lápices.

Es en ese momento cuando aparece la Directora Denegación, que nos ha seguido desde su camerino. Justo a tiempo de ver el cráneo de dientes diminutos, mondado por alguien y luego regurgitado por el retrete.

Y grabada en el collar, una inscripción que dice: «Señorita Cora».

Apartando la vista de la expresión de la cara de la Directora Denegación, mirando su reflejo diminuto en el espejo de detrás del bar, la señora Clark dice:

—¿Cómo? ¿Qué puede ser peor que matar a alguien?

VACACIONES AMERICANAS

Un poema sobre el Agente Chivatillo

«Los americanos se drogan —dice el Agente Chivatillo—
porque el ocio no se les da muy bien.»
Así que toman Percodan y Vicodin y OxyContin.

El Agente Chivatillo en el escenario, sosteniendo su cámara
de vídeo con una mano como si fuera una máscara
para esconderse la mitad de la cara.
El resto de él lleva un traje marrón de talla fija. Zapatos marrones.
Un chaleco de color mostaza. El pelo castaño y liso peinado hacia atrás.
Pajarita amarilla y camisa de vestir blanca de botones.
Sobre la tela blanca de su camisa parpadean
imágenes de actores de cine.

En vez de un foco, el Agente Chivatillo es una pantalla de
imágenes de archivo:
un plano de un público en un cine.
Filas y filas de gente, todos ellos
aplaudiendo al unísono en completo silencio.

En el escenario está el Agente Chivatillo, usando más la pierna izquierda,
escorándose cada vez más a la derecha.
El sitio donde debería tener un ojo está ocupado por la luz roja de RECORD
de la cámara de vídeo, por la que está mirando.
En el sitio donde debería tener la oreja está el micrófono incorporado. Para no oír
nada más que a sí mismo.

El Agente Chivatillo dice: «Los americanos hacen su trabajo mejor que nadie en el
mundo».
Y estudiamos y competimos mejor.
Pero somos pésimos cuando hay que relajarse.
No hay beneficio. No hay trofeo.

En los Juegos Olímpicos no le dan nada al Atleta Con Más Pachorra.

Y las marcas no patrocinan al Más Vago de ningún deporte.

Con la cámara de su ojo en modo automático, dice: «Somos geniales para ganar y perder».

Y para trabajar como mulas.

Pero no para resignarse. No para encogerse de hombros y ser tolerante.

«Así pues —se dice a sí mismo—, tenemos marihuana y televisión. Cerveza y Valium.»

Y seguro médico.

Para reavituallarnos cuando haga falta.

LISIADO

Un relato del Agente Chivatillo

En este preciso momento, Sarah Broome está buscando su mejor rodillo de madera para amasar. Lo blande, comprueba su peso. Calibra su fuerza golpeándose la palma de la mano. Se dedica a cambiar de sitio las latas y las botellas del estante de encima de la lavadora y a agitar el bote de lejía para ver cuánto le queda.

Si me pudiera oír, si pudiera escuchar, le diría que no pasa nada si me mata. Hasta le diría cómo hacerlo.

Mi coche de alquiler está al final del camino, tal vez a una canción de distancia si uno va escuchando la radio. A unos doscientos pasos si uno es de esos que cuentan los pasos cuando tienen miedo. Ella podría ir dando un paseo y traerlo hasta aquí. Un Buick de color rojo oscuro, a estas alturas ya cubierto de polvo de los coches que pasan a su lado sobre la grava. Ella podría aparcarlo cerca de este cobertizo para herramientas o caseta de jardín, o lo que sea este sitio en el que me tiene encerrado.

En caso de que esté fuera y lo bastante cerca como para oírme, grito:

—¿Sarah? ¿Sarah Broome?

Y le grito:

—No tiene por qué sentirse mal por nada.

Aun encerrado aquí dentro, yo podría darle las instrucciones. Guiarla paso a paso. Decirle cómo lo puede hacer. Lo que le hace falta a continuación es un destornillador para aflojar los tornillos que sujetan el tubo de acordeón de hojalata a la parte trasera de la secadora de ropa. Luego puede usar esos mismos tornillos para cerrar un extremo del tubo alrededor del tubo de escape de mi coche. Esos tubos se pueden estirar mucho, más de lo que uno espera. Y tengo el depósito de gasolina casi lleno. Tal vez ella tenga un taladro eléctrico para hacer unos agujeros en el costado de madera del cobertizo, o en la puerta. Como es una mujer, sabe hacer agujeros en sitios donde después no se vean.

Es importante que su casa esté bonita. Teniendo en cuenta que es lo único que tiene.

—Antes su vida era la mía —digo—. Entiendo cómo piensa ella que son las cosas.

Ella puede arrancar tiras de cinta adhesiva para sujetar el tubo contra el cobertizo. Para acelerar el proceso de matarme, podría echar una lona de plástico sobre la mitad superior del cobertizo y luego atarla bien ajustada a los lados con una cuerda. Convertir esto en un ahumadero bien sellado. Y en cinco horas tendría cien kilos de salchicha de buey ahumado.

La mayoría de la gente no ha matado nunca a un pollo, y mucho menos a un ser humano. La gente no tiene ni idea de lo duro que puede ser.

Prometo aplicarme a respirar hondo.

El informe de la compañía de seguros dice que se llama Sarah. Sarah Broome, de cuarenta y nueve años. Durante los diecisiete años que pasó trabajando como pastelera de primera para una empresa de bollería, solía echarse al hombro un saco de harina tan pesado como un niño de diez años y era capaz de mantenerlo en equilibrio así mientras cortaba el cordel que lo cerraba por delante y vertía la harina, poco a poco, en una batidora industrial. Según su expediente, en su último día de trabajo el suelo seguía mojado de haberlo fregado la noche antes. La iluminación tampoco era muy buena. El peso de la harina la hizo caerse hacia atrás y golpearse la cabeza en el borde de acero laminado de una mesa, lo cual le provocó pérdida de memoria, migrañas y una debilidad general que la incapacitó para cualquier clase de trabajo.

Los escáneres TAC no mostraron nada. Las resonancias magnéticas tampoco. Ni los rayos X. Pero Sarah Broome nunca volvió a trabajar.

Sarah Broome, casada tres veces. Sin hijos. Le dan algo de la seguridad social. Y algo de dinero en concepto de indemnización de la empresa todos los meses. Recibe veinticinco miligramos de oxicodona para tratar el dolor crónico que le baja desde el cerebro por la espina dorsal y se le extiende por ambos brazos. Hay meses en que pide Vicodin o Percodan.

Menos de tres meses después de su acuerdo con la empresa, se mudó aquí, en medio de la nada, a un sitio sin vecinos.

En este preciso momento, aquí sentado dentro de su cobertizo, da la impresión de que me he puesto el pie derecho con la punta mirando hacia atrás. La rodilla tiene que estar rota, y los nervios y tendones del interior retorcidos hasta quedar del revés. No siento nada por debajo de esa rodilla. Está demasiado oscuro para ver nada, pero el sitio donde estoy sentado huele a mierda de vaca. Esas cosas de plástico resbaladizo al tacto deben de ser sacos de estiércol de buey procesado, listos para la nueva parcela de jardín de ella. Apoyados contra las paredes hay una pala, una azada y un rastrillo.

La pobre Sarah Broome, en este preciso momento, está mirando sus herramientas eléctricas. Le pone enferma la idea de clavarme una sierra giratoria. En lugar de serrín, la hoja giratoria provocaría un chorro en espiral de sangre y carne y hueso. Bueno, eso en el caso de que ella tuviera un alargador de cable lo bastante largo. Ahora está leyendo las etiquetas de los botes de pintura, de veneno para caracoles, de líquido limpiador, en busca de la calavera y de los huesos cruzados. De la cara verde y fruncida del muñequito que advierte a los niños de que el producto del frasco no se puede beber. Está llamando a la línea directa de la oficina local de Control de Venenos para preguntar cuánto líquido encendedor para barbacoas tiene que beber un

hombre para morirse. Cuando el experto en venenos le pregunta por qué, Sarah cuelga a toda prisa.

La razón de que yo sepa esto es que... hace diez años transportaba barriles de cerveza desde un distribuidor hasta un montón de pequeños bares y tabernas. Se trataba de sitios demasiado pequeños para tener zona de carga, así que uno tenía que aparcar en doble fila. O aparcar en el carril del medio de la calle que se usa para girar, entre dos carriles rápidos de coches que pasaban a toda pastilla en ambas direcciones. Mi trabajo consistía en cargarme barriles a la espalda. En amontonar cajas de botellas de cerveza en una carretilla y esperar a que no pasara ningún coche durante el tiempo suficiente para cruzar corriendo. Siempre con el tiempo apremiando, hasta que un día, y completamente por accidente, se me cayó un barril del palé y me dejó hecho papilla sobre la acera.

Después de aquello, conseguí una casa casi tan agradable como esta. Una caravana Winnebago oxidada que ya no podía ni rodar, aparcada al lado de una letrina de un solo agujero, junto a un claro en un camino de grava que cruzaba el bosque. Tenía un Ford Pinto de cuatro cilindros con transmisión manual para ir hasta el pueblo. Una pensión por ser inválido total y todo el tiempo del mundo.

Durante el resto de mi vida, lo único que tenía que hacer era evitar que se me rompiera el coche. Iba tan colocado de Vicodin que el mero hecho de dar un paseo bajo el sol me hacía sentirme tan bien como cualquier masaje. Incluyendo un masaje con una paja.

El mero hecho de mirar los pájaros en su comedero, o los colibríes, o de dejar cacahuets fuera, colocado y riendo mientras las ardillas se peleaban con las ardillas listadas, ya era una vida bastante buena para mí. El sueño americano de vivir sin despertador. Sin tener que fichar en el trabajo ni llevar una maldita redecilla para el pelo. Una vida ideal, en la que no te ves obligado a pedir permiso a ningún gilipollas para ir a cagar.

No, hasta esta tarde, Sarah Broome no tenía nada más que hacer que leer libros en edición de bolsillo de la biblioteca. Mirar los colibríes. Tragarse esas pildoritas blancas. Una especie de vacaciones ideales que, además, no se acababan nunca.

Lo que es una mierda es que, estés lisiado o no, por lo menos tienes que actuar como una persona lisiada. Tienes que cojear, o mantener el cuello bien rígido para hacer como que no lo puedes girar. Hasta con la sangre llena de calmantes, es la clase de farsa que al final hace que te sientas fatal. Si uno finge cualquier síntoma durante el tiempo suficiente, al final termina sintiendo dolor de verdad. Uno va por ahí cojeando y al final la rodilla le empieza a doler. Uno se queda todo el tiempo sentado y se convierte en un gordo jorobado.

El sueño americano del ocio no tarda en volverse aburrido. Con todo, te pagan para que seas un lisiado. Para que estés sentado delante del televisor. Tumbado en una

hamaca mirando a los malditos animales. Si no trabajas, no duermes. Te pasas el día y la noche medio despierto y aburrido.

Se puede saber quién mira la televisión de día por las tres clases de anuncios que ponen. Hay los de clínicas para borrachos que están dejando la bebida. Los de los bufetes de abogados que resuelven pleitos por daños y perjuicios. O las escuelas que ofrecen títulos vocacionales por correspondencia para que te hagas contable. O detective privado. O cerrajero.

Si miras la tele de día, este es tu nuevo perfil demográfico. Eres un borracho. O un lisiado. O un idiota. Pasadas las dos primeras semanas, ser un vago se convierte en una mierda total.

No tienes dinero para viajar, pero no cuesta nada remover la tierra con una pala. Trabajar en el coche. Plantar un huerto.

Una noche, después del anochecer, hay una nube espesa de mosquitos y moscas del ganado alrededor de la lámpara de mi porche. Yo estoy en mi Winnebago con un tazón de té caliente y el Vicodin en las venas y levanto la vista para mirar los bichos que hay al otro lado de las ventanas. Es entonces cuando se oye el ruido. Una voz de hombre que grita desde alguna parte en la oscuridad, en el bosque.

Es alguien que pide ayuda a gritos. Por favor. Ayuda. Diciendo que se ha resbalado y se ha hecho daño en la espalda. Que se ha caído de un árbol, me dice.

En plena noche me lo encuentro vestido con un traje marrón y un chaleco de color amarillo mostaza, con unos zapatos de piel marrón con puntera de ala, y me dice que estaba observando pájaros. De una correa que tiene alrededor del cuello le cuelgan unos prismáticos. Me ofrezco para llevarle el maletín. Eso es lo que les enseñan en la escuela por correspondencia. Que si el sospechoso te sorprende, digas que estás observando pájaros. Luego nos pasamos el brazo por los hombros e iniciamos el recorrido tortuosamente lento sobre tres piernas de vuelta a la luz del porche de mi caravana.

Cuando ya casi hemos llegado, el hombre ve mi vieja chabola y me pregunta si podemos parar un minuto. Que tiene que cagar urgentemente. Yo le ayudo a entrar.

En cuanto la puerta se cierra y la hebilla de su cinturón golpea el suelo de madera, le abro el maletín. Dentro hay un montón de papeles. Y una cámara de vídeo. Se abre un costado de la cámara y dentro hay una cinta. Cuando cierro la cámara, la cinta empieza a reproducirse sola y la pantallita se enciende.

En la pantalla, un hombrecillo saca una rueda trasera y un neumático de un Pinto viejo y destartalado.

Soy yo, rotando mis neumáticos. Yo, soltando las tuercas y quitándole las ruedas a mi coche y cambiándolas por otras nuevas.

Nada más. Nada de observación de pájaros. Después de un chisporroteo de estática, la pantalla muestra una versión diminuta de mí, sin camisa y levantando a

pulso una bombona de propano llena. Transportando la bombona hasta la parte de delante de la Winnebago, donde la cambio por la otra ya vacía.

Si Sarah se parece un poco a mí, en este preciso momento estará eligiendo un cuchillo para el pan de un cajón de la cocina. Si me da unos cuantos Vicodin en un vaso de agua, tal vez me pueda dejar sin conocimiento. Ahora mismo está mirando muy de cerca, casi bizqueando, el filo dentado de un cuchillo, comprobando cómo es de afilado. Comparado con seccionar un pollo, cortar una garganta no puede ser mucho más difícil. Tal vez me pueda poner una toalla vieja encima de la cara, de esa forma podrá fingir que no soy más que un pan. Y que está rebanando pan, o pan de carne, hasta que seccione una vena y el corazón continúe bombeando sangre, ola tras ola de sangre. En este preciso momento está devolviendo el cuchillo al cajón.

Es posible que tenga un cuchillo de trinchar eléctrico que le regalaron para su boda, hace media vida, y que no haya usado nunca. Que siga dentro de la elegante caja impresa con el folletito que explica cómo se trincha un pavo... cómo se deshuesa un jamón... cómo se corta en rodajas una pierna de cordero.

Nada sobre cómo se desmiembra a un detective.

Lo que uno ha de tener en cuenta es que tal vez yo quería que me pillara.

Pero qué malvado he sido, espiondo a la pobre Sarah Broome y a su familia de gatos.

Lo que uno ha de tener en cuenta es que tal vez ella quería que la pillaran. Todos necesitamos a un médico que nos arranque de nuestro útero perfecto. Nos meamos y lloriqueamos pero agradecemos que Dios nos saque a patadas del jardín del Edén. Amamos nuestros padecimientos. Adoramos a nuestros enemigos.

En caso de que Sarah Broome esté cerca, le grito:

—Por favor, no se sienta culpable por esto...

Las letrinas no tienen cerraduras por fuera, así que rodeé toda la caseta con una cuerda, dándole dos y tres vueltas y luego tensándola bien, y até un nudo triple del revés. Dentro, el hombre estaba gruñendo, pegando su cagada en el agujero sobre el que estaba sentado. Matando a palmadas los mosquitos y moscas del ganado que venían en manadas de la oscuridad, estaba demasiado ocupado para oír cómo yo ataba los nudos y me llevaba su maletín a la caravana para echarle un vistazo.

Dentro del maletín del detective había un listado impreso con ordenador de nombres y direcciones, cada uno de ellos con su minusvalía correspondiente. Había tipos con síndrome de túnel carpiano. Tipos con lesiones inespecíficas de tejido blando en la zona lumbar. Con dolor crónico en las vértebras cervicales. En la lista figuraban los proveedores del subsidio por incapacidad, las compañías de seguro. Y los calmantes recetados en cada caso.

Y en el listado estaba yo: Eugene Denton.

Dentro del maletín había un grueso taco de tarjetas de visitas sujetas con una

goma elástica, todas las cuales decían: Lewis Lee Orleans, Detective privado. Y un número de teléfono.

Cuando marqué el número, empezó a sonar un teléfono dentro del maletín.

Fuera, Lewis Lee Orleans me estaba llamando a gritos para que le ayudara a abrir la puerta de la letrina.

Si con ello pudiera ayudar a Sarah Broome a no sentirse mal por matarme, le diría que el detective lloró. Con los sollozos amortiguados tras las manos con las que se estaba tapando la cara, me dijo que tenía mujer y tres hijos. Hijos pequeños. Pero no llevaba anillo de boda, y dentro de la billetera no había fotos.

La gente dice que se nota cuando alguien te está mirando. Que el hecho de que te miren produce la misma sensación que si te estuvieran subiendo hormigas por debajo de la pernera del pantalón. A mí no me pasa. Aquella tarde del vídeo roté mis neumáticos y comprobé el desgaste de los frenos. Cambié el aceite, de grado viscoso 10-10 a grado más fluido 10-40. Y allí en la pantallita de vídeo estaba yo, cargado con un bidón lleno de aceite para coches, sacándolo a rastras de debajo de la caravana y llevándolo a cuevas debajo del brazo. Yo, que tengo la invalidez total, este pobre repartidor que juró delante de un tribunal que no podía levantar los brazos lo bastante como para cepillarse los dientes. Un inválido lisiado que merecía que lo mandaran a los cuarteles de invierno durante el resto de su vida natural. Y allí, filmado sin camisa, con el sudor de los sobacos dejando una sombra de color marrón oscuro en el bidón de aceite, podría haber pasado por un forzudo de circo.

Viviendo al aire libre en un clima benigno, sin comer demasiado y durmiendo muchas horas, ese musculitos bronceado parece que tenga otra vez diecinueve años.

Aquella era la mejor vida que yo había conocido, y el tío que estaba atrapado en mi letrina estaba a punto de cargársela por completo.

La mayoría de los casos importantes por invalidez están siempre en el juzgado de apelación. La aseguradora que cubre la indemnización laboral quiere permiso para supervisar a su hombre durante años. A fin de conseguir únicamente cinco minutos de imagen de vídeo de buena calidad que lo muestre levantando un motocultor para ponerlo en la parte trasera de su camioneta. Entonces pasan la cinta en el juzgado y se acabó: caso cerrado. Pensión denegada. El mismo demandante que ya tenía la vida arreglada, una buena tajada de pasta todos los meses y cobertura de gastos médicos, además de todos los Vicodin y Percocet y toda la oxicodona que necesitaba para encontrarse de perlas durante el resto de su vida. El equipo de la defensa pasa la cinta en el juzgado —el motocultor siendo colocado en la camioneta— y el tipo se queda sin nada.

Uno se queda con cuarenta y cinco o cincuenta años y acusado de fraude a la compañía de seguros. Y pierdes toda posibilidad de conseguir nada que no sea el salario mínimo durante el resto de tu vida. Nada de prestaciones. Nada de tiempo

libre hasta que tengas sesenta y tantos y puedas empezar a cobrar de la seguridad social.

En este preciso momento, a Sarah Broome hasta la cadena perpetua por asesinato le parece bien en comparación con no poder pagar los impuestos sobre su propiedad, perder su coche y acabar empujando un carrito de la compra por la calle.

Cuando yo estaba en la situación en que ella está ahora, lo único que tenía a mano era un paquete de cuatro bombas insecticidas. La caravana Winnebago donde yo vivía tenía un nido de avispas debajo. Las instrucciones de las bombas insecticidas decían que había que agitarlas bien y luego romper la punta de un pitorro que tenían en la parte superior. Y la bomba empezaba a soltar humo venenoso hasta vaciarse.

Y la etiqueta decía que mataba cualquier cosa.

El pobre detective. Me subí a una escalera y tiré las cuatro bombas por el conducto de ventilación de la letrina. Después, tapé el conducto con la palma de la mano para evitar que se saliera el humo. Allí subido, yo era el puto Adolf Hitler, soltando gas letal y escuchando cómo mi detective tosía y suplicaba que le dejaran respirar. El sonido que hacía al gargajear vómito semilíquido y el chapoteo del vómito al caer sus grumos sobre el suelo de madera, aquellos ruidos estuvieron a punto de hacerme vomitar a mí también. El olor a azufre del insecticida y el olor a trallada. Las bombas insecticidas siguieron susurrando hasta que empezaron a salir volutas de humo blanco de cada grieta y agujero de clavo en la madera. Una nube de humo con olor a gasolina se formó alrededor de toda la letrina mientras el detective se tiraba contra las paredes y luego contra la puerta, intentando echarlas abajo. Golpeando con los brazos hasta tenerlos en carne viva dentro de su elegante traje marrón con hombreras. Agotando sus energías.

Sentado aquí y ahora, con la pierna dolorida de la cintura para abajo, esperando mientras Sarah Broome desarrolla su estrategia, me vienen ganas de decirle muchas cosas. Que el insecticida solamente hizo vomitar al detective, y a mí también. Y lo que sentí al golpear en el lado de la cabeza de alguien con una llave para cambiar neumáticos. El hecho de que la primera docena de veces que golpeas solamente consigues ponerlo todo perdido. Aunque agarres la llave con las dos manos, no golpeas más que pelo y sangre y no consigues romper mucho hueso. El hecho de que la sangre empapa la llave para cambiar neumáticos hasta que está tan resbaladiza que casi no la puedes agarrar, y tienes que encontrar algo limpio para terminar el trabajo.

Si yo no estaba inválido antes de matar a aquel señor Lewis Lee Orleans, lo estaría después. Matar a alguien es un trabajo duro. Duro y sucio. Un trabajo duro, sucio y ruidoso, mientras la víctima berrea a pleno pulmón y lo que dice no se entiende más que los mugidos de una vaca en el matadero.

Tal como lo veo, aunque yo no hubiera matado al señor Detective Fisgón, lo habría matado la noche larga y fría. Lo habrían matado las moscas del ganado y el

shock de su pierna rota. Lo muerto, muerto está, y de aquella forma ninguno de nosotros tuvo que sufrir. Bueno, no mucho.

Aun en el caso de que no me pillaran nunca, matar al detective hizo que ya no pudiera disfrutar de ser un lisiado. Ahora sabía que me estaban observando, había visto el listado y era consciente de que tarde o temprano vendría otro detective a espiarme.

Así que, si no puedes derrotar a tu enemigo, únete a él.

Cuando volví a ver por televisión un anuncio de una escuela de estudios por correspondencia, los llamé. Resultó que te enseñaban a mantener vigilado a un sospechoso. A hurgar en su cubo de basura en busca de pruebas. En seis semanas, conseguí un papel que decía que yo era detective privado. Después, conseguí mi propio listado de vagos a los que espiar. Para poder fabricar mis propios vídeos de «docuespionaje», tal como yo lo llamaba, destinados a denunciar a empleados por fraude.

Uno sale adelante volviéndose listo y delatando a sus congéneres lisiados. En la mayoría de los casos, ni siquiera hace falta aparecer en el juzgado. Uno entrega las facturas del motel, del coche de alquiler y de las comidas en restaurantes y recibe el cheque por correo. Más la comisión.

Lo cual nos lleva al momento presente. He estado siguiendo a la señora Broome durante cinco días sin conseguir nada. Cuando uno está filmando un vídeo de docuespionaje, viene a ser como si estuviera casado con su protagonista. Uno va a la oficina de correos cuando ella va a recoger sus cartas. La sigue a la biblioteca a buscar otro libro. A la tienda de comestibles. Aunque se pase el día entero sentada en su caravana, con las cortinas cerradas, mirando la tele, yo tengo que estar aparcado en el camino de grava, encogido para que no se me vea, tumbado sobre el asiento delantero de mi coche de alquiler para poder apoyar la cabeza en una almohada que tengo apoyada en la parte de dentro de la portezuela del lado del pasajero. Para poder mantenerme alerta. Aunque no vaya a pasar nada.

Es un matrimonio.

Me pasé la tarde matando mosquitos a palmadas en la ladera de la colina que quedaba detrás de su caravana, en cuclillas, escondido entre los matorrales. Observándola por el visor de mi cámara de vídeo y esperando el momento de pulsar el botón de GRABAR. Lo único que Sarah tenía que hacer era agacharse y coger un bidón blanco de propano. Nada más que cinco minutos de descargar bolsas pesadas de comida para gatos de su viejo coche sin maletero y mi trabajo se habría acabado. No quedaría nada más que devolver el coche de alquiler y coger el siguiente avión a casa.

Por supuesto, estoy aquí sentado en su cobertizo porque tropecé y me caí. Ella vino y me encontró, cuando ya era oscuro, cuando los mosquitos se habían vuelto

peores que cualquier cosa —disparos con arma de fuego, heridas de arma blanca— que ella me pudiera hacer. Tuve que pedir ayuda a gritos, y ella me rodeó la cintura con un brazo y me llevó medio auestas hasta aquí. Y aquí me dejó. Para descansar un minuto, dijo.

Nadie ha dicho que yo sea muy original. Le dije que estaba observando pájaros. Que esta zona es famosa por el chorlito peludo de cresta roja. Que en esta época del año el faisán de cuello azul viene aquí a aparearse.

Ella cogió mi cámara de vídeo y se puso a toquetearla, con la pantallita desplegada, y me dijo:

—Oh, por favor, enséñemelo.

La cámara hizo un zumbido y sonó un clic y la lucecita roja de PLAY se encendió y parpadeó. Ella se quedó mirando la pantalla, sonriente, colocada.

Yo le dije que no. Extendí el brazo para quitarle la cámara, pero lo hice demasiado rápido. Le dije que no, pero se lo dije demasiado fuerte.

Y Sarah Broome retrocedió, apartando los codos y las manos que sostenían la cámara para ponerla fuera de mi alcance. La luz de la pantallita se reflejaba parpadeante y tan débil como la luz de las velas sobre su cara mientras ella sonreía y seguía mirando.

Siguió mirando, pero su cara se relajó, su sonrisa se desvaneció y los carrillos le quedaron colgando a los lados de la cara.

Eran imágenes de ella levantando sacos de estiércol de buey, sacos de plástico blanco y resbaladizo abarrotados de mierda de vaca. Cada saco con letras negras impresas que decían: Peso Neto Veinticinco Kilos.

Con los ojos todavía clavados en la pantallita, con todos los músculos de la cara fruncidos en medio de la misma. Las cejas. Los labios. Allí estaban los cinco minutos que acabarían con la vida tal como ella la conocía. Mi breve vídeo de docuespionaje que la iba a devolver a la esclavitud del trabajo no cualificado.

Podía ser que se le hubiera curado la espalda. Podía ser que lo fingiera todo, pero lo que estaba claro era que no era una inválida. Con los brazos que tenía podía ganarse la vida haciendo lucha libre con cocodrilos.

Sarah Broome, solamente quiero decirle que lo entiendo. En este preciso momento, mientras usted lee el dorso de una caja de veneno para ratas, quiero que sepa que aquella primera semana de ser un inválido total, completamente impotente e incapaz, fue sin ninguna duda la mejor semana de mi vida adulta.

Es el sueño de todo granjero. De todo operario ferroviario y de toda camarera que se ha tomado alguna vez una semana de vacaciones para ir de acampada. Un día de suerte, un tren de carga dobla un recodo demasiado deprisa y descarrila, o bien te resbalas en un batido derramado en el suelo y terminas viviendo en medio de un camino de grava sin nombre. Lisiado y feliz.

Tal vez no sea una Buena Vida, pero sí una Vida Lo Bastante Buena. La lavadora y la secadora colocadas sobre una tarima cubierta al lado de la caravana. Todo de metal pintado, descascarillado y cubierto de óxido.

Si ella me pudiera escuchar, le diría a la señora Broome dónde puede encontrar exactamente mi arteria carótida. O en qué parte de mi cabeza tiene que impactar cuando me golpee con el mazo.

Pero no, Sarah Broome me dice que me espere un momento. Cierra la puerta del cobertizo y me deja sentado aquí dentro. Se oye el clic de un candado.

En este preciso momento está afilando un cuchillo. Está buscando entre su ropa, sus pantalones de sport y sus blusas, sus vaqueros y sus jerséis, en busca de un atuendo que nunca más vaya a querer llevar.

Y mientras la espero, le grito que no se sienta mal. Le grito que lo que está haciendo no tiene nada de malo. Que es el final perfecto para todo esto.

De pie detrás de la barra del bar del vestíbulo, el Agente Chivatillo nos dice:

—Resultó que la Sarah Broome aquella era más lista que yo.

En lugar de matarlo, dejó la cámara de vídeo grabando. Y consiguió la historia de su pasado grabada en vídeo. El asesinato de Lewis Lee Orleans. Y después de esconder la cinta, lo llevó en coche al hospital.

—Eso —nos dice el Agente— es lo que acepto como final feliz...

Como diría el señor Whittier, algunas historias las usas tú cuando las cuentas. Y luego hay otras que te usan a ti.

Miss América se está agarrando la barriga con las dos manos, en cuclillas sobre el asiento amarillo de un sillón de orejas del salón de fumar gótico, meciéndose de adelante hacia atrás con un chal echado sobre los hombros. No podemos ver si le ha crecido la barriga o si simplemente lleva mucha ropa. Se mece, con los brazos y las manos cubiertos de los verdugones y las costras de los arañazos del gato. Y dice:

—¿Habéis oído hablar alguna vez del CMV, el citomegalovirus? Es fatal para las embarazadas, y lo transmiten los gatos.

—Si te sientes mal por lo de la gata —dice el Eslabón Perdido—, te lo mereces.

Agarrándose la barriga y meciéndose, Miss América dice:

—Era la gata o yo...

Estamos todos sentados en el «salón Frankenstein», delante de la chimenea de cristales rojos y amarillos, mirándonos entre nosotros. Tomando nota mentalmente de cada gesto y cada línea de diálogo. Borrando cada momento, cada acontecimiento y cada emoción para grabar encima la siguiente.

Sentado en un sillón de orejas de cuero amarillo, el Eslabón Perdido se dirige a la Condesa Clarividencia, que está en la silla de al lado, y le dice:

—¿Y bien? ¿Tú a quién mataste para llegar aquí?

Todo el mundo finge no saber a qué se refiere.

Todos intentamos ser la cámara, no lo filmado.

—¿No da la impresión de que todos nos estamos escondiendo de algo? —dice el Eslabón Perdido. Con su nariz larga, sus cejas tan espesas que parecen un toldo y su barba, dice—: Si no, ¿por qué iba alguien a meterse en este sitio con Whittier, un hombre al que en realidad no conocemos?

En el papel de pared de seda amarilla, entre las ventanas altas y ojivales de cristal de colores con el eterno crepúsculo de bombillas de quince vatios al otro lado, sobre el papel de pared San Destripado ha ido dibujando palitos para contar los días que llevamos aquí. Con el pulgar y el índice que le quedan en una mano, coge un lápiz de cera y hace una marca por cada vez que la Hermana Justiciera enciende la electricidad.

En el suelo enlosado, el Agente Chivatillo rueda hacia atrás y hacia delante con la rueda de ejercicios rosa, intentando perder más peso.

La caldera vuelve a estar rota. El calentador del agua también. Los retretes atascados y llenos de palomitas y restos de gato muerto. A la lavadora y la secadora

les cuelga una melena de cables arrancados y cortados.

La gente mea en un cuenco y lo lleva hasta la pileta. O bien se levanta la falda y mea en un rincón oscuro de algún salón enorme y señorial.

Con nuestras pelucas de cuento de hadas y nuestra ropa de terciopelo, matando los días en estas salas frías y llenas de ecos, en medio del olor a meados y a sudor, así era la vida elegante en la corte para los aristócratas de hace un par de siglos. Todos esos palacios y castillos que parecen limpios y elegantes en las versiones del cine actual, en la realidad, cuando eran nuevecitos eran fríos y apestabán.

De acuerdo con el Chef Asesino, las cocinas de los *châteaux* franceses estaban tan lejos de los comedores reales que la comida llegaba fría a la cena. Es por eso que los franceses inventaron su miríada de salsas tan espesas, como mantas para mantener la comida caliente hasta que llegaba a la mesa.

Nosotros hemos encontrado todos los objetos perdidos en la basura: la bola de bolera, la rueda de ejercicios y la gata.

—Nuestra humanidad no se mide por cómo tratamos a los demás —dice el Eslabón Perdido. Toqueteando con el dedo la capa de pelo de gato que tiene en la manga de su abrigo, dice—: Nuestra humanidad se mide por cómo tratamos a los animales.

Mira a la Hermana Justiciera, que se mira el reloj de pulsera.

En un mundo donde los derechos humanos son más firmes que en ningún momento de la historia... en un mundo donde el nivel de vida general es altísimo... en una cultura donde todo el mundo es responsable de su propia vida... en este mundo, dice el Eslabón Perdido, los animales se están convirtiendo a marchas forzadas en las últimas víctimas reales. En los únicos esclavos y presas.

—Los animales —dice el Eslabón Perdido— son nuestra forma de definir a los humanos.

Sin animales no habría humanidad.

En un mundo de gente justa, la gente no importaría nada...

—Tal vez fue así como los huéspedes de la Villa Diodati evitaron matarse entre sí, durante todos aquellos días lluviosos que pasaron encerrados en la casa —dice el Eslabón Perdido.

Gracias a su enorme colección de perros y gatos y caballos y monos que les obligaban a comportarse como seres humanos.

Mirando a Miss América, que tiene los ojos rojos y la cara sudorosa por la fiebre, el Eslabón Perdido dice que en el futuro la gente que protesta frente a las clínicas —esa gente que sostiene en alto carteles que muestran a bebés sonrientes, esa gente que maldice a las embarazadas y escupe sobre ellas—, en ese mundo atestado y triste, el Eslabón dice:

—Esa gente protestará contra las pocas mujeres egoístas que todavía decidan

tener hijos...

En ese mundo futuro, el mundo de fuera, los únicos animales estarán en los zoos y en las películas. Todo lo que no es humano será un simple sabor en la cena: pollo, buey, cerdo, cordero o pescado.

Miss América se agarra la barriga y dice:

—Pero es que yo tenía que comer.

—Sin animales —dice el Eslabón Perdido—, habrá seres humanos pero no humanidad.

Mirando su anillo de compromiso, el enorme diamante de la Dama Vagabunda que reluce en su dedo esquelético, la Madre Naturaleza dice:

—Lo que has dicho de manifestarse contra los bebés... es tan terrible que me recuerdas a la Camarada Sobrada.

El cuarto fantasma de este sitio.

—Estoy de acuerdo —dice San Destripado mirando a la Madre Naturaleza—. Los bebés son... maravillosos.

La Madre Naturaleza y el Santo... siguen siendo nuestra subtrama romántica.

Luego el Eslabón Perdido levanta las manos y agita los brazos para hacer bajar las mangas de su abrigo. Con un dedo índice apoyado en cada sien, dice:

—Entonces es que ella está hablando a través de mí —dice la Camarada Sobrada hablando a través de él.

Y hablando a través de él, el señor Whittier dice que los seres humanos necesitan aceptar la faceta de animales salvajes de su naturaleza. Que necesitamos alguna forma de agotar nuestros reflejos de luchar-o-huir. Esas habilidades que aprendimos durante los millares de generaciones pasadas. Si olvidamos nuestra necesidad de hacer daño y de recibirlo, si negamos esa necesidad y la dejamos que se acumule, es entonces cuando tenemos guerras. Asesinos en serie. Tiroteos en las escuelas.

—¿Estás diciendo que tenemos guerra —dice San Destripado— porque la gente se aburre fácilmente?

Y el Eslabón Perdido dice:

—Tenemos guerras porque negamos que nos aburramos fácilmente.

El Agente Chivatillo graba en vídeo al Conde de la Calumnia, que está grabando al Eslabón Perdido, y todos buscamos alguna tarea física elocuente que podamos encomendar a un actor, algún día, en un decorado. Algún detalle que haga que nuestra versión de la verdad sea más realista.

Extendiendo una mano y metiéndola por debajo de sus diversas faldas, Miss América baja la vista y mira en dirección a la moqueta vacía. Mientras los dedos de su mano toquetean por debajo de sus faldas, su respiración, los movimientos de su pecho, se detienen.

Cuando vuelve a sacar la mano, le relucen los dedos, mojados de algo de color

claro. Que no es sangre. Se lleva la mano a la nariz e inhala el olor. Con el ceño fruncido, su piel se junta formando arrugas profundas entre sus ojos azules.

—Tienes una infección bacteriana —dice el Eslabón Perdido mirando los arañosos de los brazos de Miss América—. *Bartonella bacterium*, una infección de las glándulas linfáticas. —Y deja de hablar un momento para que la gente tome apuntes. Se pone a deletrear: B-A-R-T...

Mientras, el Conde de la Calumnia toma nota.

—Y si no me equivoco —dice el Eslabón oliendo el aire—, acabas de romper aguas...

La Señorita Estornudos tose con el puño delante de la cara, y en medio del silencio reinante el ruido del bolígrafo al garabatear sobre el papel retumba como un trueno.

Cuando Miss América se lleva la mano mojada a la nariz, la Directora Denegación la sigue con la mirada.

Todos nosotros somos la cámara tras la cámara tras la cámara.

Sacudiéndose los pelos de gato de las mangas del abrigo, sin levantar la vista, el Eslabón Perdido dice:

—El nombre común de tu enfermedad es «fiebre del araño del gato».

—Tengo una migraña... —dice Miss América, y se seca los dedos mojados en el chal. Levantando varios puñados de sus faldas, se inclina hacia delante hasta levantarse de su silla. Se sube el chal un poco más alrededor del cuello lleno de arañosos. Una vez de pie, Miss América empieza a caminar hacia la escalera y dice —: Me voy a mi habitación.

El asiento de cuero de su sillón está oscuro. Mojado. No de sangre sino de agua.

En cuanto Miss América desaparece, encorvándose más y más a medida que desciende las escaleras, solamente entonces se mueve la Directora Denegación.

En cuanto Miss América desaparece de nuestra vista, la Directora Denegación se pone a seguirla.

Y los demás nos la quedamos mirando y escribimos esto. Las manos de la Directora agarran sendos puñados de tela de su uniforme —una falda larga estilo Clara Barton con peto con una cruz roja en el pecho y una cofia de enfermera sujeta con alfileres a la parte superior de su peluca— con tanta fuerza que se le ponen los dedos azules. Avanza con la barbilla pegada al pecho de forma que sus ojos se asoman para mirar desde debajo de la cornisa de su ceño. Con la boca tan fuertemente cerrada que los músculos de los extremos de la mandíbula se le agarrotan y se hinchan. Sin hacer un solo ruido más fuerte que el de nuestros bolígrafos sobre el papel, la Directora Denegación se pone a seguir a Miss América.

Los demás nos quedamos sentados esperando el grito.

Necesitamos que pase algo espantoso.

Necesitamos que pase algo macabro.

La mitología de nosotros, pero con los royalties a dividir entre uno menos.

El Agente Chivatillo se deja caer en el suelo, de costado, jadeante y empapado de sudor. Con unos pantalones holgados como de harén asomando por debajo de su caftán, con su peluca calada y calurosa en la cabeza. Y le dice al Eslabón Perdido:

—Para probar tu propia teoría. —El Agente Chivatillo dice—: ¿A quién has matado tú para llegar aquí?

EVOLUCIÓN

Un poema sobre el Eslabón Perdido

«¿Qué vas a hacer hoy? —pregunta el Eslabón Perdido—.

¿Cómo lo vas a justificar?»

Esa montaña de animales muertos y antepasados sobre la que estás de pie.

El Eslabón Perdido en el escenario, mirando con ojos

amarillos desde las sombras profundas que proyecta su hueso frontal.

Sus ojos y su nariz están apelonados en el claro, el pequeño espacio abierto que hay entre la mata de pelo de su frente y el bosque de su barba.

Las manos le cuelgan demasiado cerca de las rodillas,

los nudillos cubiertos de rizos negros.

En el escenario, en vez de un foco, un fragmento de película:

las imágenes en dieciséis milímetros de un monstruo cubierto de pelo rojo,

tan alto como un hombre a caballo, con la cabeza puntiaguda, huyendo de la cámara.

Un día soleado junto a un río, con un trasfondo de pinos.

Y el monstruo del documental, superpuesto al Eslabón Perdido,

con sus pechos cubiertos de pelo rojo balanceándose,

se gira para mirar atrás.

En el escenario, el Eslabón Perdido dice: «Cada vez que respiras es gracias a que ha muerto alguien».

Algo o alguien ha vivido y ha muerto para que puedas tener esta vida.

Una montaña de muertos te aúpa para que veas la luz del sol.

El Eslabón Perdido dice: «¿Y el esfuerzo y la energía y el ímpetu de sus vidas...?».

¿Cómo te encontrarán?

¿Cómo disfrutarás de su don?

Los zapatos de piel y el pollo frito y los soldados muertos solamente son una tragedia si malgastas sus dones

sentado delante del televisor. O en un atasco de tráfico. O retenido en un aeropuerto.

«¿Cómo vas a mostrar a todas las criaturas de la historia?», dice el Eslabón Perdido.
¿Cómo vas a mostrar que su nacimiento y su trabajo y su muerte valieron la pena?

DISERTACIÓN

Un relato del Eslabón Perdido

Resulta que aquello no era una cita de verdad.

Sí, se estaba tomando una cerveza en una taberna con una chica bastante guapa. Jugando al billar. Oyendo música en la máquina de discos. Un par de hamburguesas con huevos fritos y patatas fritas. Comida típica de cita.

Hacía muy poco de la muerte de Lisa, pero aquello resultaba agradable. Salir.

Con todo, aquella chica nueva no le quitaba la vista de encima. Ni para mirar el partido de fútbol americano que daban por el televisor de encima de la barra. Fallaba todos los tiros del billar porque era incapaz de mirar la bola blanca. Su mirada era como si estuviera escribiendo al dictado. Tomando notas taquigráficas. Sacando fotos.

—¿Te has enterado de lo de esa niña que ha muerto? —dijo—. ¿No era de la reserva? —Dijo—: ¿La conocías?

Las ásperas paredes de madera de cedro del bar estaban oscurecidas de tantos años de gente fumando. En el suelo había una gruesa capa de serrín para absorber los escupitajos de mascadura de tabaco. Las luces de Navidad parpadeaban de un lado a otro del techo negro. Rojas, azules y amarillas. Verdes y naranjas. Algunas de ellas fallaban. Se trataba del tipo de bar donde no les importaba que entraras con tu perro o que llevaras pistola.

Con todo, a pesar de las apariencias, aquello no era tanto una cita como una entrevista.

Aun cuando aquella chica hacía afirmaciones, sonaban a preguntas.

—¿Sabías —dijo— que san Andrés y san Bartolomé intentaron convertir a un gigante con cabeza de perro? —Ni siquiera intentaba enfilar su siguiente tirada mientras hablaba—. La primitiva Iglesia católica describe al gigante como un ser de tres metros con cara de perro, melena de león y unos dientes como los colmillos de un jabalí salvaje.

Por supuesto, erraba el tiro, pero no se callaba. Venga a largar y a largar y a largar.

—¿Has oído el término italiano *lupa manera*? —dijo.

Inclinada sobre la mesa de billar, cagaba otro tiro fácil, con las dos bolas en línea frente a un agujero de la esquina. Y sin callarse ni un momento:

—¿Has oído hablar de la familia Gandillon de Francia? —Decía—: En mil quinientos ochenta y cuatro, la familia entera fue quemada en la hoguera...

La chica aquella, Mandy Algo, debía de llevar un par de meses por el campus, tal vez desde las vacaciones de Navidad. Falda corta y zapatones con tacón de aguja tan

afilado como un lápiz. La clase de atuendo que una chica de por aquí no podría ni siquiera comprar. Al principio, se la veía sobre todo por los alrededores de la oficina de «Antropo». En «Pueblos del mundo 101» hacía de licenciada ayudante del profesor, y fue allí donde empezó realmente su hábito de ponerse a mirarme fijamente. Luego se la vio por el departamento de lengua y literatura inglesa, preguntando por el programa de introducción al derecho. Estaba allí todos los días. Y todos los días decía hola. Con todo, siempre estaba espiando. Sacando fotos con los ojos. Tomando apuntes.

Y siendo: Mandy Algo, Agente Secreta.

Siguió mirándome fijamente a los ojos durante todo el trimestre de invierno, y aquella semana me dijo:

—¿Quieres ir a comer algo?

Ella invitaba. Con todo, aun con las hamburguesas, las luces de Navidad y la cerveza, aquello no era una cita.

Ahora, rozando apenas la bolsa seis, me dijo:

—Se me da mejor la antropología que jugar al billar. —Poniendo tiza en su taco, dijo—: ¿Conoces la palabra *varulf*? ¿Y has oído hablar de un hombre llamado Gil Trudeau? Fue el guía del general Lafayette durante la Revolución americana. —Sin dejar de frotar el cubito de tiza azul contra la punta de su taco, Mandy Algo dijo—: ¿Y has oído alguna vez el término francés *loup-garou*?

Y durante todo aquel tiempo sus ojos no dejaban de mirarme. De medirme. En busca de alguna respuesta. De una reacción.

Era su parte antropológica la que quería quedar y salir. Se había mudado aquí desde Nueva York solamente para conocer a tíos de la reserva india chewlah. Sí, era racista, dijo:

—Pero racista en el buen sentido. Simplemente pienso que los tíos chewlah están buenos...

Mientras se comían las hamburguesas, Mandy Algo se inclinó hacia delante, con los dos codos sobre la mesa, la barbilla apoyada en una mano ahuecada y la otra mano haciendo un dibujo invisible con el dedo sobre la superficie grasienta de la mesa. Dijo que todos los tíos de la reserva chewlah eran muy parecidos.

—Todos los hombres chewlah tienen una polla y unas pelotas enormes en vez de cara —dijo.

Lo que quería decir era que los hombres chewlah tenían mentones cuadrados y un poco demasiado protuberantes. Tenían hoyuelos en la barbilla tan profundos que parecían dos pelotas en un escroto. Y que los tíos chewlah siempre estaban mal afeitados, aunque acabaran de afeitarse.

A aquella sombra oscura y constante, Mandy Algo la llamaba «la Sombra de los Cinco Minutos».

Los tíos de la reserva chewlah solamente tenían una ceja, una mata de pelo negro tan grueso como un matorral de vello púbico sobre el puente de sus narices, que luego se prolongaba a ambos lados hasta casi llegar a las orejas.

Entre aquel matorral de rizos negros y el hirsuto escroto de su barbilla caída, estaba la nariz chewlah. Como un enorme tubo ondulado y caído en medio de sus caras. Una nariz tan gruesa y medio dura que su gorda punta les tapaba la boca. Las narices chewlah eran tan largas que les tapaban un poco las barbillas parecidas a escrotos.

—Las cejas esconden los ojos —dijo Mandy—. Y la nariz esconde la boca.

Cuando uno conocía por primera vez a un tío de la reserva chewlah, lo único que veía era vello púbico y una polla grande y medio dura colgando y las dos pelotas colgando un poco más abajo.

—Como Nicolas Cage —dijo ella—, pero más. Como una polla y unas pelotas.

Se comió una patata frita y dijo:

—Así es como se sabe si un tío es guapo.

La mesa estaba recubierta de la sal que ella había echado sobre sus patatas fritas. Pagó todo con una tarjeta American Express de un color que el encargado de la barra no había visto nunca. Titanio o uranio.

Era su disertación la que la había traído hasta aquí. Construir un caso de estudio de aquellas características, en Manhattan, en medio de todos aquellos estudiantes de antropología de tercer ciclo, con sus risitas, era algo que solamente se podía tolerar durante una temporada antes de que los directores de uno empezaran a aconsejarte que empezaras a hacer trabajo de campo. En su campo, la criptozoología. El estudio de animales extintos o legendarios, como el Yeti, el monstruo del lago Ness, los vampiros, el Puma de Surrey, el Hombre Polilla o el Diablo de Nueva Jersey. Animales que podrían existir o no. Fue idea de su directora de tesis que viniera aquí, que visitara la reserva chewlah para estudiar su cultura y hacer un poco de trabajo preliminar forense. Para construir el caso de estudio de su tesis.

Su mirada se movía a saltos, en busca de una reacción, de alguna confirmación.

—Dios —dijo con la lengua fuera fingiendo que se asfixiaba—, ¿te suena a que estoy intentando ser Margaret Mead?

Su plan original era vivir en la reserva chewlah. Alquilar una casa o algo parecido. Tanto su madre como su padre eran médicos y querían que ella siguiera su sueño y no terminara como ellos, no importaba cuánto les costara. Aun cuando estaba hablando de sí misma, Mandy Algo hacía preguntas. Cuando hablaba de sus padres decía:

—¿Por qué no cambian de carrera? ¿No te parece triste?

Todas sus frases terminaban con el signo de interrogación.

Sus ojos, azules o grises y después plateados, nunca dejaban de vigilar. Sus

dientes dieron un bocadito de hamburguesa, aunque a esas alturas ya debía de estar fría. Debía de ser como comerse algo muerto.

Ella dijo:

—Esa chica que murió...

Y luego:

—¿Tú qué crees que pasó?

Su disertación trataba del hecho de que en todas las regiones del mundo se manifiestan unas mismas criaturas gigantes y misteriosas. Esos gigantes a los que llaman Seehtiks en las Montañas Cascade que hay alrededor de Seattle. En Europa se llaman Almas. En Asia, Yetis. En California son los Oh-mah-ah. En Canadá, el Sasquatch. En Escocia, los Fear Liath More, los famosos «Hombres Grises» que pueblan la montaña Ben Macdhui. En el Tíbet, los gigantes son los Metoh-kangmi, o Abominables Hombres de las Nieves.

Todos nombres distintos para unos gigantes peludos que deambulaban por los bosques o las montañas, a veces divisados por excursionistas o leñadores, a veces fotografiados pero nunca capturados.

Un fenómeno transcultural, lo llamaba ella. Y dijo:

—Odio el término genérico: los Yetis.

Todas aquellas distintas leyendas se habían desarrollado de forma aislada pero todas describían a unos monstruos altos y peludos que echaban una peste horrible. En un caso, con fecha de 1924, un grupo de mineros del noroeste Pacífico disparó a lo que creía que era un gorila. Aquella noche, su cabaña en el monte Saint Helens fue atacada por un grupo de aquellos gigantes peludos, que se dedicaron a lanzarles rocas. En 1967, un leñador de Oregon vio cómo otro gigante greñudo arrancaba rocas de una tonelada del suelo congelado y se comía las ardillas que había hibernando debajo de las mismas.

La prueba más importante en contra de la existencia de aquellos monstruos era que ninguno había sido nunca capturado. Ni encontrado muerto. Con tantos cazadores como había en los bosques hoy día, con tantos motociclistas, lo normal sería que alguno cazara un Yeti.

El camarero se acercó a la mesa y preguntó quién quería otra ronda. Y Mandy Algo se calló de repente, como si lo que estuviera diciendo fuera algún gran secreto de Estado. Y mientras el camarero estaba allí esperando, dijo:

—Cóbramelo todo al final.

Cuando el tipo se alejó, ella dijo:

—¿Conoces el término galés *gerulfos*?

Y dijo:

—¿No te importa? —Se medio giró a un lado, metió las dos manos dentro del bolso que estaba en la silla de al lado y sacó un cuaderno rodeado de una goma

elástica—. Mis apuntes —dijo.

Quitó la goma elástica y se la puso alrededor de una muñeca para no perderla.

—¿Has oído hablar de la raza a la que los antiguos griegos llamaban los *cynocephali*? —dijo. Con su cuaderno abierto, dijo—: ¿Y de los *vurvolak*? ¿Los *aswang*? ¿Los *cadejo*?

Aquella era la segunda parte de su obsesión.

—Todos estos nombres... —dijo clavando un dedo en la página abierta del cuaderno—, hay gente en todo el mundo que cree en ellos, ya desde hace miles de años.

Todos los idiomas del mundo tenían una palabra que quería decir hombres lobo. Todas las culturas de la Tierra los temían.

En Haití, dijo, las mujeres embarazadas tienen tanto pavor de que un hombre lobo se coma a su recién nacido que las futuras madres beben café amargo mezclado con gasolina. Se bañan en un caldo de ajo, nuez moscada, cebolletas y café. Todo ello para ensuciar la sangre de su bebé y hacerla menos apetecible para cualquier hombre lobo local.

Ahí era donde entraba la tesis de Mandy Algo.

Los Yetis y los hombres lobo, dijo ella, son el mismo fenómeno. La razón de que la ciencia nunca hubiera encontrado un Yeti muerto era que se transformaban en personas. Aquellos monstruos no eran más que gente. Que solamente cambiaba durante unas pocas horas o días al año. Se volvían peludos. Se volvían *berserk*, tal como decían los daneses. Crecían hasta volverse enormes y necesitaban espacio para merodear. En los bosques o en las montañas.

—Viene a ser —dijo ella— como su ciclo menstrual.

Y ella dijo:

—También los machos tienen esos ciclos. Los elefantes macho pasan su ciclo de celo cada seis meses aproximadamente. Apestan a testosterona. Les cambia la forma de las orejas y de los genitales y están de un humor de perros.

Los salmones, dijo ella, cuando suben la corriente para desovar, cambian tanto de forma, se les deforma la mandíbula y cambian de color, que apenas pueden reconocerse como la misma especie. Luego están los saltamontes, que se convierten en langostas. Cuando les pasa, sus cuerpos enteros cambian de tamaño y de forma.

—De acuerdo con mi teoría —dijo ella—, el gen Yeti está relacionado o bien con la hipertriosis o bien con el *Gigantopithecus* humanoide, que se creía extinguido desde hace medio millón de años.

Dijo la señorita Algo, que no paraba de largar y largar y largar.

Hay tíos que han escuchado cosas peores con tal de poder echar un polvo.

Esa palabreja que ha dicho primero, la hipertriosis, es una enfermedad hereditaria que hace que te crezcan pelos de todos los poros de la piel y termines

trabajando como fenómeno de circo. La palabreja que ha dicho después, *Gigantopithecus*, era un antepasado de los humanos que medía tres metros, descubierto en 1934 por un médico que se llamaba Koenigwald mientras investigaba un enorme diente fosilizado.

Dando golpecitos con un dedo en la página por la que tenía abierto su cuaderno, Mandy Algo dijo:

—¿Te das cuenta de por qué las pisadas —y dio más golpecitos con el dedo— que fotografió Eric Shipton en el Everest en mil novecientos cincuenta y uno —y dio más golpecitos— son exactamente iguales que las pisadas fotografiadas en el monte Ben Macdhui en Escocia? —Dio golpecitos con el dedo—. ¿Y exactamente iguales que las pisadas que encontró Bob Gimlin en el norte de California en mil novecientos sesenta y siete?

Porque todos los monstruos peludos y enormes del mundo están emparentados.

Su teoría era que hay gente en todo el mundo, grupos aislados de gente, que lleva un gen que la transforma en esos monstruos como parte de su ciclo reproductivo. Los grupos viven aislados y sin relacionarse con nadie en medio de páramos desiertos, porque nadie quiere convertirse en un semianimal enorme y gruñudo a plena luz del día en, por ejemplo, Chicago. O en Disneylandia.

—O —dijo ella— en aquel vuelo de British Airways, a medio camino entre Seattle y Londres.

Se refería a un vuelo del mes pasado. El avión se estrelló en alguna parte cerca del Polo Norte. La última comunicación del piloto decía que algo estaba atravesando la puerta de la cabina de mando. Una puerta que era de acero reforzado, a prueba de balas y de explosiones. En la grabadora de a bordo, la caja negra, los últimos ruidos incluían gritos, gruñidos, y la voz del piloto gritando: «¿Qué es? ¿Qué está pasando? ¿Qué es usted...?».

La Administración Federal de la Aviación dijo que era imposible que nadie hubiera subido con pistolas, cuchillos ni bombas al vuelo.

La Oficina de Seguridad en Territorio Nacional dijo que la caída fue provocada con toda probabilidad por un solo terrorista, colocado con cantidades enormes de alguna droga de diseño. La droga le dio a él o a ella una fuerza sobrehumana.

Entre los pasajeros muertos, dice Mandy Algo, había una niña de trece años de la reserva chewlah.

—Aquella niña se dirigía a... —Hojea sus apuntes—. Escocia.

Su teoría era que la tribu de los chewlah la estaba enviando a otro continente antes de que le llegara la pubertad. Para que pudiera conocer y tal vez casarse con alguien de la comunidad del Ben Macdhui. Donde, según la tradición, hay gigantes de pelo gris que merodean en las laderas por encima de los mil quinientos metros.

Mandy Algo estaba llena de teorías. La New York Public Library tenía una de las

colecciones de libros de ocultismo más grandes que existen, decía, porque hubo un tiempo en que la biblioteca estaba dirigida por un aquelarre de brujas.

Mandy Algo dijo que los Amish llevaban un listado de todas las comunidades Amish del mundo. Un inventario de todos y cada uno de los miembros de su iglesia. Para que cuando viajaran o emigraran siempre pudieran estar entre los suyos, vivir entre los suyos y aparearse con ellos.

—No es descabellado imaginar que esos Yetis tienen el mismo tipo de inventarios —dijo ella.

La transformación siempre era temporal, lo cual explicaba el hecho de que los investigadores nunca hubieran encontrado un Yeti muerto. Y era por eso que la idea de los hombres lobo tenía lugar en todas las culturas y a lo largo de toda la historia de la humanidad.

La única filmación existente, hecha por un hombre llamado Roger Patterson en 1967, mostraba a una criatura que caminaba erguida y estaba cubierta de pelo. Una hembra con la cabeza puntiaguda y unos pechos y unas nalgas enormes. Su cara, sus pechos, su culo, su cuerpo entero estaba cubierto de un pelo greñado y rojizo.

Aquellos pocos minutos de filmación, que algunos consideraban un fraude, probablemente no mostraban más que a la tía Tilly, que estaba pasando por su ciclo. Que corría por ahí comiendo bayas y bichos, simplemente intentando mantenerse alejada de la gente hasta que le llegara el momento de volver a transformarse.

—Esa pobre mujer —dijo Mandy—. Imagina a millones de personas viendo una película en la que sales desnuda y en un día en que no te has arreglado.

Lo más probable era que el resto de la familia de la mujer la llamara a la sala de estar cada vez que salía la filmación por la tele para tomarle el pelo.

—Lo que al mundo le parece un monstruo —dijo Mandy— para la tribu de los chewlah no son más que películas caseras.

Y esperó un momento, tal vez pensando que habría una reacción por mi parte. Una carcajada o un suspiro. O un tic nervioso.

Luego Mandy Algo me habló de la chica del avión y me dijo que me imaginara cómo debió de sentirse. Se comió su frugal comida de avión pero seguía teniendo hambre. Más hambre de la que había tenido nunca. Le pidió a la azafata que le trajera aperitivos, sobras, lo que fuera. Y entonces se dio cuenta de lo que estaba a punto de pasarle. Hasta entonces solamente había oído las historias de cómo su madre y su padre se iban de excursión al bosque durante unas cuantas noches y se alimentaban de ciervos, mofetas, salmones o de cualquier cosa que pudieran cazar. Se volvían salvajes durante unas cuantas noches y volvían a casa agotados y tal vez su madre embarazada. Que me imaginara a aquella chica levantándose para esconderse en el lavabo del avión pero encontrándose cerrado por dentro. Y quedándose allí en el pasillo, delante de la puerta del lavabo, cada vez más hambrienta. Cuando la puerta se

abrió por fin, el hombre que había dentro dijo «Lo siento», pero ya era demasiado tarde. Lo que había delante de aquella puerta ya no era humano. Era hambre en estado puro. Ella lo metió de un empujón en el pequeño lavabo de plástico y los encerró a los dos con pestillo. Antes de que el hombre pudiera gritar, lo que había sido una chica de trece años le dio una dentellada en la tráquea y se la arrancó.

Comió y comió. Le arrancó la ropa de la misma manera en que se pela una naranja para comerse uno la carne jugosa que hay debajo.

Mientras los pasajeros se quedaban adormilados en la cabina del pasaje, aquella chica comió y comió. Comió y creció. Y tal vez entonces una azafata vio el charco pegajoso de sangre que salía por debajo de la puerta cerrada con pestillo del lavabo. Tal vez la azafata llamó con los nudillos y preguntó si todo iba bien. O tal vez la chica chewlah siguió comiendo y siguió teniendo hambre.

Lo que salió de aquel lavabo cerrado con pestillo, empapado de sangre, no había terminado de comer ni mucho menos. Lo que salió reventando la puerta hacia la cabina del pasaje sumida en la penumbra, agarrando caras y hombros a manos abiertas, se abrió paso por el pasillo de la cabina de la misma forma en que uno avanza por un bufet, cogiendo y picoteando. Aquel avión de línea atestado debió de parecerle a sus ojos amarillos y hambrientos una enorme caja de bombones en forma de corazón.

Un autoservicio de cabezas humanas en un opíparo bufet libre aéreo.

En su última transmisión de radio, antes de que la puerta de la cabina estallara, el capitán gritó: «Mayday. Mayday. Algo se está comiendo a mi tripulación de cabina...».

Mandy Algo se detuvo ahí, con los ojos casi desorbitados, apoyándose una mano en el pecho jadeante mientras su respiración intentaba acomodarse al ritmo de lo que decía. Con el aliento oliéndole a cerveza.

Se abrió la puerta de la calle y entró en el bar un grupo de tipos, todos vestidos con la misma ropa de color naranja brillante. Sudaderas. Chalecos. Chaquetas naranjas. Como un equipo deportivo, aunque en realidad eran un equipo de construcción de carreteras. En la televisión encendida sobre la barra estaban pasando un anuncio para alistarse en la marina.

—¿Te lo imaginas? —dijo ella.

¿Qué pasaría si ella podía demostrar que todo aquello era cierto? ¿Si había gente cuya simple raza los convertía en un arma de destrucción masiva? ¿Acaso el gobierno ordenaría a todo el mundo que tuviera aquel gen secreto que tomara drogas para erradicarlo? ¿Acaso las Naciones Unidas los pondrían a todos en cuarentena por razones de seguridad? ¿En campos de concentración? ¿O bien les implantarían transmisores de radio, igual que los guardias forestales se los implantan a los osos pardos peligrosos para poder rastrearlos?

—¿No te parece que es una simple cuestión de tiempo —dijo— que el FBI se presente en la reserva para hacer interrogatorios?

Durante su primera semana aquí, fue en coche hasta la reserva e intentó hablar con la gente. Su plan era alquilar una casa y observar la vida cotidiana. Empaparse de los detalles de la cultura chewlah, de las formas que tenía la gente de ganarse la vida. Fue en coche hasta allí, armada con una grabadora y quinientas horas en cintas. Y nadie quiso sentarse a hablar con ella. No había casas ni apartamentos ni habitaciones en alquiler. No llevaba todavía una hora allí cuando el sheriff del consejo de la tribu le habló de un toque de queda que requería que ella saliera de la reserva antes de la puesta de sol. Y le dijo que con lo largo que era el trayecto, sería mejor que se pusiera en marcha ya.

La echaron a patadas.

—Lo que quiero decir es —dijo Mandy Algo— que yo podría haber evitado todo eso.

La locura sanguinaria de la chica. El avión estrellado. El hecho de que solo faltan días para que venga aquí el FBI. Y luego los campos de concentración. La limpieza étnica.

Desde entonces, se dedicó a deambular por la universidad local, intentando conseguir una cita con un tío chewlah. Haciendo preguntas y esperando. Pero no esperaba una respuesta. Esperaba el aplauso. Esperaba tener razón.

Aquella palabra que dijo antes, *varulf*, quiere decir «hombre lobo» en sueco. *Loup-garou* es en francés. Aquel hombre, Gil Trudeau, el guía del general Lafayette, fue el primer hombre lobo mencionado en la Historia de América.

—Dime si tengo razón —dijo ella—, e intentaré ayudaros.

Si el FBI llegaba aquí, dijo, aquella historia nunca vería la luz del día. Todo el mundo que tuviera el gen sospechoso pasaría bajo custodia del gobierno y desaparecería. Por el bien del público general. No sería genocidio, no de forma oficial. Pero había una buena razón por la cual el gobierno había sido tan implacable con algunas tribus, aniquilándolas con mantas infectadas de viruela o aislándolos en reservas remotas. Ciertamente, no todas las tribus llevaban el gen del Yeti, pero hacía un siglo, ¿cómo se podía identificar a las que suponían un riesgo?

—Dime si tengo razón —dijo Mandy Algo—, y os puedo sacar en la emisión de mañana por la mañana de *Today*.

Tal vez incluso en el primer bloque de contenidos.

Ella revelaría la historia. Conseguiría la simpatía del público. Tal vez involucraría a Amnistía Internacional. Aquella podía ser la nueva gran batalla en el terreno de los derechos civiles. Pero una batalla global. Ella ya había identificado al resto de las comunidades, las tribus y los grupos del mundo que con toda probabilidad tenían el gen monstruoso de su teoría. Con aquel aliento suyo que olía a cerveza, dijo

«monstruoso» lo bastante fuerte como para que los operarios de carreteras vestidos de naranja miraran en su dirección.

La verdad era que el mundo estaba lleno de tipos con los que ella podía flirtear. Aunque aquellas citas fueran trampas, al final encontraría a alguien que le dijera lo que quería oír.

Que los hombres lobo y el Yeti existían. Y que él era ambas cosas.

Hay tíos que han oído cosas peores con tal de echar un polvo.

Hasta tíos chewlah con pollas en la cara.

Hasta yo. Pero yo le dije:

—Aquella chica de trece años se llamaba Lisa. —Le dije—: Y era mi hermanita.

—El sexo oral —dijo Mandy Algo— es algo que podríamos plantearnos.

Habría que ser idiota para no llevármela a la reserva. Tal vez presentarla a mis padres. A toda la maldita familia.

Y poniéndome de pie, le dije:

—Puedes ver la reserva esta noche, pero, de verdad, tengo que hacer una llamada primero.

En el camerino de Miss América, entre el cemento gris y las tuberías al descubierto, arrodillada junto a la única cama individual, la señora Clark está diciendo que tener un hijo no es siempre el sueño que uno se puede imaginar.

El resto estamos en el pasillo para espiarlas. Todos tenemos miedo de perdernos algún acontecimiento crucial y luego tener que aceptar una versión ajena de los hechos.

Miss América, encogida en su cama, encogida de lado de cara a la pared de cemento gris, no tiene diálogo en esta escena.

Y de rodillas a su lado, con los pechos enormes y secos apoyados en el borde de la cama, la señora Clark dice:

—¿Te acuerdas de mi hija, Cassandra?

La chica que miró dentro de la Caja de Pesadillas.

Que se cortó las pestañas y luego desapareció.

—Cuando desapareció fue la primera vez que vi el anuncio del señor Whittier — dice.

Dentro de un libro, en el dormitorio que acababa de abandonar, Cassandra había escrito en una hoja de papel blanco: «Retiro para escritores. Abandone su vida durante tres meses».

La señora Clark dice:

—Yo sé que el señor Whittier ha hecho esto antes.

Y que Cassandra estuvo aquí, atrapada en este sitio, la última vez.

Niños, dice. Cuando son pequeños se creen todo lo que les dices sobre el mundo. Como madre, eres el almanaque mundial y la enciclopedia y el diccionario y la Biblia, todos en uno. Pero cuando llegan a cierta edad mágica, es todo lo contrario. Entonces te conviertes en una mentirosa o en una tonta o en una villana.

Mientras los demás nos dedicamos a apuntar, el ruido de nuestros bolígrafos sobre el papel casi no deja oír nada. Todos estamos escribiendo: «En una mentirosa o en una tonta».

Oímos que la grabadora del Conde de la Calumnia dice: «... o en una villana».

Lo único que la señora Clark sabe realmente es que, después de que Cassandra se pasara tres meses desaparecida, la encontraron. Que la policía encontró a Cassandra.

Arrodillada al lado de la cama de Miss América, dice:

—Acepté ayudar a Whittier porque quería saber qué le había pasado a mi hija...

—La señora Clark dice—: Yo quería saberlo y ella nunca me lo quiso decir...

ANUNCIO ANDANTE

Un relato de la señora Clark

Tres meses después de su desaparición, Cassandra Clark regresó. Un conductor que iba a trabajar a la ciudad por la autopista estatal vio a una chica cojeando, casi desnuda, por el arcén de gravilla. La chica parecía llevar un taparrabos oscuro, unos guantes oscuros y unos zapatos. Llevaba una especie de babero o pañuelo negro atado en torno al cuello y colgándole por encima de los pechos. Para cuando el conductor dio media vuelta y telefoneó a la policía, el sol ya brillaba lo bastante como para ver que la chica estaba desnuda del todo.

Sus zapatos y sus guantes, el taparrabos y el babero, eran sangre seca, coagulada y negra y rodeada de una nube espesa de moscas negras. Tenía tantas moscas posadas encima que parecía estar cubierta de vello negro.

La cabeza de la chica estaba toda raspada y llena de costras. Le sobresalían mechones andrajosos de pelo de detrás de las orejas y de la coronilla de la cabeza descubierta.

Cojeaba porque le habían amputado los dos dedos pequeños del pie derecho.

El babero, aquella capa de sangre de su pecho, aquella pelusa de moscas, en urgencias del hospital se lo limpiaron con alcohol y descubrieron una partida de tres en raya grabada en la piel de encima de sus pechos. El jugador con la X había ganado.

Cuando le limpiaron las manos, se encontraron con que le faltaba el meñique de ambas. Además, le habían levantado las uñas del resto de los dedos y se las habían arrancado, dejando las puntas de los dedos hinchadas y de color morado.

Debajo de la sangre seca tenía la piel lívida. Su cara había quedado reducida a los bultos huesudos de su barbilla, sus pómulos y el espolón de su nariz. En las sienes y por encima de la mandíbula, la piel se le hundía formando cavidades sombrías.

Dentro de las paredes de cortinas de la sala de urgencias, la señora Clark se inclinó sobre las barandillas de acerocromo de la cama de su hija y dijo:

—Cariño, oh, cariño mío... ¿quién te ha hecho esto?

Cassandra se rió y miró las agujas que tenía clavadas en los brazos, los tubos de plástico de color claro que tenía embutidos en las venas, y dijo:

—Los médicos.

No, dijo la señora Clark. ¿Quién te ha cortado los dedos?

Y Cassandra miró a su madre y dijo:

—¿Tú crees que yo dejaría que alguien me hiciera esto? —Dejó de reírse y dijo —: Me lo he hecho yo misma.

Y aquella fue la última vez en su vida que Cassandra se rió.

La policía, dijo la señora Clark, había encontrado pruebas. Habían encontrado astillas de madera, finas como agujas, enclastadas en las paredes de su vagina. Y de su ano. El equipo forense de la policía había extraído esquirlas de cristal de los cortes de su pecho y de sus brazos. La señora Clark le dijo a su hija que no podía permitirse guardar silencio.

Que necesitaban conocer hasta el último detalle que Cassandra pudiera recordar.

La policía dijo que quien fuera que había hecho aquello secuestraría a otra víctima. A menos que Cassandra pudiera afrontar su miedo y ayudarlos, jamás encontrarían a su atacante.

En la cama, bajo el sol que entraba por una ventana, Cassandra yacía apoyada en sus almohadas y se dedicaba a mirar cómo los pájaros planeaban de un lado a otro por el cielo azul.

Con los dedos envueltos en voluminosos vendajes blancos, con el pecho cubierto de un almohadón de vendas, la mano con que sostenía el lápiz solo se movía para dibujar los pájaros que volaban de un lado a otro. Con el cuaderno de dibujo apoyado en las rodillas.

La señora Clark dijo:

—¿Cassandra, cariño? Tienes que contárselo todo a la policía.

Por si podía ser de ayuda, traerían a un hipnotizador al hospital. Los asistentes sociales traerían muñecas anatómicamente detalladas para usarlas en la entrevista.

Y Cassandra seguía mirando los pájaros. Dibujándolos.

La señora Clark dijo:

—¿Cassandra?

Y puso su mano encima de una de las manos envueltas en vendas blancas de Cassandra.

Y Cassandra miró a su madre y dijo:

—No volverá a pasar. —Volvió a mirar a su madre y dijo—: Por lo menos a mí no...

Y añadió:

—Fui una víctima de mí misma.

Fuera, en el aparcamiento, las unidades móviles de los noticiarios de la televisión estaban preparando sus emisiones por satélite, alineando las antenas parabólicas en el techo de sus furgonetas. Listos para recoger la pelota del presentador de las noticias desde el estudio. Con el micrófono en la mano, la enviada especial se introdujo una ARI en la oreja.

Durante tres meses, en la población donde vivían se habían estado grapando carteles a los postes telefónicos. Todos los carteles mostraban una foto de Cassandra Clark vestida con su uniforme de animadora, sonriendo y agitando su pelo rubio.

Durante tres meses la policía había estado interrogando a chicos y chicas del instituto. Los agentes de policía habían interrogado a gente que trabajaba en la terminal de autobuses, en la estación de trenes y en el aeropuerto. Las emisoras locales de televisión y de radio habían estado emitiendo anuncios a modo de servicio público que decían que pesaba cincuenta y cinco kilos, que medía un metro setenta, tenía los ojos verdes y el pelo largo hasta los hombros.

Los perros de la brigada de rescate olisquearon su falda de animadora y siguieron su rastro hasta una parada de autobuses.

Agentes de la policía del estado con lanchas a motor dragaron todos los estanques y lagos y ríos que había a una distancia de un día en coche.

Llamaron médiums por teléfono para decir que la chica estaba a salvo. Que se había escapado con alguien y se había casado. O bien que estaba muerta y enterrada. O que había sido vendida por una red de trata de blancas y sacada clandestinamente del país para vivir en el harén de un magnate del petróleo. O que se había sometido a una operación de cambio de sexo y regresaría pronto a casa convertida en un chico. O que estaba atrapada en un castillo o en alguna clase de palacio, encerrada allí dentro con un grupo de desconocidos, todos los cuales se dedicaban a mutilarse a sí mismos. La médium escribió tres palabras en un papel y se lo envió a la señora Clark. Dentro del papel doblado, las líneas temblorosas escritas a lápiz decían:

«Retiro de escritores».

Al cabo de tres meses, todas las cintas amarillas que la gente había atado a las antenas de sus coches ya estaban casi blancas de tan descoloridas. Banderas de rendición.

Había tantos médiums que nadie les prestaba especial atención.

Cada vez que la policía encontraba a una mujer sin identificar, tan quemada, podrida o mutilada que no se podía establecer quién era, la señora Clark contenía la respiración hasta que las fichas dentales o las pruebas de ADN mostraban que no era Cassandra.

Llegado el tercer mes, Cassandra Clark estaba sonriendo y sacudiéndose el pelo en los costados de los envases de leche. Para entonces, las vigiliadas de gente rezando a la luz de las velas se habían interrumpido. El fondo de recompensa en la delegación local del banco era la única parte del caso que todavía interesaba a alguien.

Y luego, el milagro: apareció cojeando por la autopista.

En su cama de hospital, su piel estaba llena de hematomas purpúreos. Su cabeza estaba afeitada. La goma elástica que tenía alrededor de la muñeca decía: C. Clark.

El examinador médico del condado le hizo un frotis en busca de células peniales, que explicó que eran alargadas, a diferencia de las células vaginales, que eran redondas. Le hicieron un frotis en busca de semen. El equipo de detectives le hizo una aspiración de cuero cabelludo y manos y pies en busca de células epidérmicas

extrañas. Encontraron fibras de terciopelo azul, de seda roja y de mohair negro. Le hicieron un frotis del interior de la boca y luego un cultivo del ADN en placas petri.

Vinieron orientadores de la policía y se sentaron a su lado y le dijeron a Cassandra que era muy importante que hablara para sacarse de dentro el dolor. Que dijera cosas amargas.

Las unidades de televisión y de radio, los enviados de periódicos y de revistas, permanecían sentados en el aparcamiento, filmando sus historias con el fondo de la ventana de la habitación de hospital de ella. Y retrocedían un poco para filmar a otras unidades de televisión que filmaban a otras unidades de televisión que filmaban a otras unidades de televisión que filmaban la ventana de la habitación de ella. Para mostrar el circo en que aquello se había convertido, como si aquella fuera la verdad final.

Cuando la enfermera le trajo pastillas para dormir, Cassandra negó con la cabeza. Solamente tuvo que cerrar los ojos para quedarse dormida.

Como Cassandra no quería hablar, la policía fue a la señora Clark y se puso a explicarle el coste total de su investigación para el contribuyente. Los detectives negaron con la cabeza y dijeron que se sentían muy enfadados y traicionados, después de trabajar tanto y de preocuparse tanto por una chica a la que le importaba un pimiento el dolor y las penurias que estaba causando a su familia, a su comunidad y a su gobierno. Que tenía a todo el mundo llorando y rezando. Que todo el mundo odiaba al monstruo que la había torturado y todos querían verlo detenido y juzgado. Después de todo lo que habían buscado y de todos sus esfuerzos, se merecían aquello. Se merecían verla en la tarima, llorando mientras describía cómo aquel monstruo le había cortado los dedos. Cómo le había grabado el pecho a cuchillo. Cómo le había metido una estaca de madera por el culo famélico.

Y Cassandra Clark se limitaba a mirar cómo los detectives hacían cola al lado de su cama. Las caras de todos ellos, llenas de odio y de rabia, se concentraban en ella porque ella se negaba a entregarles un nuevo objetivo. Un demonio genuino. El demonio que tanto necesitaban.

El fiscal del distrito amenazó con demandar a Cassandra por obstrucción a la justicia.

Su madre, la señora Clark, estaba entre las caras que la miraban furiosas.

Cassandra sonrió y les dijo:

—¿Es que no lo veis? Sois adictos al conflicto. —Dijo—: Este es mi final feliz. —Y mirando una vez más por la ventana, a los pájaros que pasaban volando, dijo—: Me siento de maravilla.

Todavía en el hospital, pidió una pecera con un pecesito dorado. Después se quedó sentada en la cama, viendo cómo el pez daba vueltas y más vueltas a la pecera y dibujándolo. Igual que su madre miraba un programa tras otro de televisión todas

las noches.

La última vez que la señora Clark fue a visitarla, Cassandra solamente apartó la vista un momento del pececito, el tiempo suficiente para decir:

—Ya no soy como tú. —Dijo—: Ya no necesito alardear de mi dolor...

Y después de aquello, Tess Clark ya no la volvió a visitar.

En su camerino, Miss América está gritando.

En su cama, con las faldas recogidas hacia arriba y las medias remangadas hacia abajo, Miss América grita:

—No dejéis que esa bruja se lleve a mi bebé...

De rodillas junto a la cama, secando con una toalla el sudor de la frente de Miss América, la Condesa Clarividencia dice:

—No es un bebé. Todavía no.

Y Miss América vuelve a gritar pero esta vez sin palabras.

En el pasillo del otro lado de la puerta del camerino huele a sangre y a mierda. Es el primer movimiento de vientre que ninguno de nosotros ha tenido durante días, tal vez semanas.

Es Cora Reynolds. Una gata reducida a un aroma. A mierda.

—Está ahí fuera esperando —dice Miss América jadeando, mordiéndose el puño.

El dolor le hace pegar las rodillas al pecho. Los pinchazos la hacen ponerse de lado y encogerse en medio del desorden de sábanas y mantas.

—Está esperando al bebé —dice Miss América.

Las lágrimas tiñen su almohada de color gris oscuro.

—No es un bebé —dice la Condesa Clarividencia. Escurre un trapo mojado y se inclina para limpiarle el sudor. Y dice—: Déjame que te cuente una historia.

Le limpia la cara a Miss América con agua y le dice:

—¿Sabías que Marilyn Monroe tuvo dos abortos espontáneos?

Y durante un momento Miss América se queda callada, escuchando.

En nuestras respectivas habitaciones, con el bolígrafo sobre el papel, todos nos dedicamos a escuchar. Con las orejas y las grabadoras inclinadas hacia los conductos de la calefacción.

En el pasillo del otro lado de la puerta, vestida con su uniforme de enfermera de la Cruz Roja, la Directora Denegación grita:

—¿Empezamos a hervir agua?

Y de rodillas junto a la cama, la Condesa Clarividencia dice:

—Por favor.

Y en el pasillo, la Directora Denegación vuelve a asomar la cabeza y su cofia blanca de enfermera por la puerta abierta y dice:

—El Chef Asesino quiere saber... si puede echar ya las zanahorias.

Miss América suelta un grito.

Y la Condesa Clarividencia grita:

—Si es una broma, no tiene gracia...

La zanahoria invisible, la historia que recordamos de San Destripado.

Y desde el pasillo, el Chef Asesino grita:

—Tranquilas. Claro que es una broma. —Dice—: No tenemos ni patatas ni zanahorias...

CORTOS DE VISTA

Un poema sobre la Condesa Clarividencia

«Un artefacto de rastreo electrónico», dice la Condesa
Clarividencia agitando su pulsera de plástico.
Una condición incluida en los términos de su reciente libertad condicional.

La Condesa Clarividencia en el escenario, encogida dentro
de las telarañas de un chal de encaje negro.
La cabeza envuelta en un turbante de terciopelo azul.
En cada dedo un anillo con una piedra de un color distinto.
Su turbante sujeto por delante con una piedra pulida y
negra, ónix o azabache o sardónix,
una piedra que lo absorbe todo. Que no refleja nada.

En el escenario, en vez de un foco, un fragmento de
película: las sombras de estrellas de cine muertas, el
residuo de los electrones que rebotaron en ellas
hace un centenar de años.
Electrones que atravesaron una película de celulosa,
para cambiar la naturaleza química del óxido de plata
y recrear carreras de cuádrigas o a Robin Hood o a Greta Garbo.

«Radar —dice la Condesa—, sistemas de posicionamiento
global. Imágenes de rayos X...»
Hace doscientos años, estas cosas harían que la quemaran a una por bruja.
Hace un siglo, que se rieran de ti por lo menos. Por loca o por mentirosa.
Aun hoy día, si predices el futuro o lees el pasado a partir de indicios
que no todo el mundo puede reconocer...
Vas a acabar instalándote en la cárcel o el manicomio.
El mundo siempre castigará a los pocos que tienen talentos especiales
que el resto de nosotros no reconocemos como reales.

Un psicólogo, en su audiencia para la condicional, llamó a
su crimen: «psicosis aguda inducida por el estrés».

Y «episodio aislado y atípico».

Un crimen pasional.

Que nunca, nunca más volvería a pasar.

Toquemos madera.

En aquel momento ya había servido cuatro años de una
sentencia de veinticuatro.

Su marido se había ido llevándose a los niños.

Dentro de doscientos años, cuando lo que ella vio y leyó y
entendió,

cuando todo se vea con claridad,

para entonces la Condesa ya no será más que un número de convicta.

Un número de expediente.

Las cenizas de una bruja.

SOMETHING'S GOT TO GIVE

Un relato de la Condesa Clarividencia

Claire Upton estaba hablando por teléfono desde un cubículo del cuarto de baño de la trastienda de una tienda de antigüedades. Detrás de la puerta cerrada, su voz rebotaba en las paredes y en el suelo. Le preguntó a su marido: ¿Cómo de difícil es abrir una cámara de vigilancia? ¿Y robar una cinta de vídeo de seguridad?, dijo, y se echó a llorar.

Era la tercera o la cuarta vez que Claire visitaba aquella tienda en lo que iba de semana. Era una de aquellas tiendas donde para entrar había que dejar el bolso en caja. También había que dejar el abrigo en la consigna si era de los que tenían bolsillos profundos y espaciosos. Y el paraguas, porque había gente que podía dejar caer pequeños objetos, peines, joyas o adornitos dentro del paraguas plegado. Un letrero situado junto al viejo encargado de la caja, escrito con rotulador negro sobre cartón gris, decía: «¡No nos gusta que nos robes!».

Claire se quitó el abrigo y dijo:

—No soy una ladrona.

El viejo cajero la miró de arriba abajo. Chasqueó la lengua y dijo:

—¿Y qué la hace diferente?

Le dio a Claire medio naipe por cada objeto que había dejado en caja. Por su bolso, el as de corazones. Por su abrigo, el nueve de tréboles. Por su paraguas, el tres de picas.

El cajero examinó las manos de Claire, los contornos de los bolsillos de su pechera y de sus medias, en busca de bultos que pudieran ser cosas robadas. Detrás del mostrador principal, por toda la tienda, colgaban letreros diciéndote que no robaras. Había cámaras de vídeo vigilando cada pasillo y cada rincón y mostrándolo en una pantallita embutida entre otras pantallitas, todo un banco de monitores de televisión frente al cual el viejo cajero podía sentarse detrás de la caja y observarlos todos.

Podía ver todos los movimientos de ella, en blanco y negro. Sabía dónde estaba Claire en todo momento. Sabía todo lo que ella tocaba.

La tienda era una de esas cooperativas de venta de antigüedades donde un montón de pequeños anticuarios se congregan bajo un mismo techo. El viejo cajero era la única persona que trabajaba allí aquel día, y Claire era su única cliente. La tienda era grande como un supermercado, pero estaba dividida en pequeños compartimentos. Los relojes que había por todas partes creaban un telón de fondo de sonido, un barullo de tictac, tictac, tictac. Por todas partes había trofeos de hojalata deslustrados

que se habían puesto de color naranja oscuro. Zapatos de cuero deformados y agrietados. Platillos para caramelos de cristal tallado. Libros cubiertos de moho gris y peludo. Mecedoras y cestas de picnic de mimbre. Sombreros de paja tejida.

Un letrero de cartón, pegado con cinta adhesiva al borde de un estante, decía: «Muy bonito de mirar, da gusto cogerlo, pero si lo rompes, ¡considéralo VENDIDO!».

Otro letrero decía: «Míralo. Pruébalo. Rómpelo. ¡CÓMPRALO!».

Otro letrero decía: «Lo rompes aquí... ¡Y TE LO LLEVAS A CASA!».

Hasta con las cámaras de seguridad vigilándola, Claire trataba una tienda de antigüedades como la versión paranormal de un parque infantil para jugar con los animalitos. Como un museo donde se podían tocar todas las piezas en exposición.

De acuerdo con Claire, todo lo que se había visto alguna vez en un espejo seguía ahí. Superpuesto. Todo lo que alguna vez se había reflejado en un adorno de Navidad o una bandeja de plata, ella decía que todavía podía verlo. Todo lo que brillaba era un álbum de fotos psíquicas o una película casera de las cosas que pasaron a su alrededor. En una tienda de antigüedades, Claire podía pasarse la tarde manoseando objetos, leyéndolos igual que la gente lee libros. Buscando el pasado que seguía reflejado en ellos.

—Es una ciencia —dice la Condesa Clarividencia—. Se llama psicometría.

Claire te diría que no cogieras un cuchillo de trinchar con el mango de plata porque todavía podía ver el reflejo de alguien asesinado que gritaba en su filo. Podía ver la sangre en el guante del policía mientras este sacaba el cuchillo del pecho de alguien muerto. Claire podía ver la oscuridad de la sala de pruebas. Luego un juzgado con paneles de madera en las paredes. A un juez con su toga negra. Un largo lavado en agua tibia con jabón. Y luego la subasta de la policía. Todo aquello continuaba reflejándose en el filo. El siguiente reflejo era de ahora mismo, mientras uno estaba de pie allí en la tienda de antigüedades, listo para coger el cuchillo y llevárselo a casa. Pensando simplemente que era bonito. Porque no conocía su pasado.

—Todo lo que es bonito —te diría Claire— solo está en venta porque nadie lo quiere.

Y si nadie quería algo bonito y brillante y bruñido, debía de haber una razón terrible para ello.

Con todas las cámaras de vídeo antirrobo que la estaban observando, Claire podía decir muchas cosas de la vigilancia.

Cuando volvió para recoger su abrigo, le dio al viejo sus tres naipes cortados por la mitad. El as de corazones. El nueve de tréboles. El tres de picas.

Desde detrás de la caja registradora, el viejo dijo:

—¿Estaba usted mirando para comprar algo?

Le dio su bolso por encima del mostrador y señaló con la cabeza hacia el banco de televisores. La prueba de que la había estado mirando mientras ella lo tocaba todo.

Fue entonces cuando ella lo vio: dentro de una vitrina de coleccionista atiborrada de saleros y pimenteros y de dedales, rodeado de bisutería sin valor, había un frasco lleno de un líquido blanco y turbio. Dentro del mejunje, un puño diminuto, con cuatro dedos perfectos, estaba tocando apenas el cristal.

Claire señaló detrás del anciano, mirándolo primero a él y luego hacia la vitrina, y dijo:

—¿Qué es eso?

El hombre se giró para mirar. Descolgó un llavero de un gancho que había detrás del mostrador y se puso a abrir la vitrina. Metió la mano dentro, por entre las joyas y los dedales, y dijo:

—¿Qué diría usted que es?

Claire no lo sabía. Lo único que sabía era que despedía una energía increíble.

Cuando el anciano le tendió el frasco, el líquido blanco y sucio chapoteó en el interior. La tapa era de plástico blanco, enroscada y sellada con una banda de cinta a rayas rojas y blancas. El anciano apoyó un codo sobre el mostrador delante de Claire y sostuvo el frasco cerca de la cara de ella. Con un giro de su muñeca, le dio la vuelta al frasco hasta que ella pudo ver un ojo diminuto que miraba al exterior. Un ojo y el contorno de una nariz pequeñita.

Un momento más tarde, el ojo ya no estaba, se había vuelto a sumergir en el líquido turbio.

—Adivine —dijo el anciano. Y dijo—: Nunca lo adivinará.

Levantó el frasco para mostrar la base de cristal, y apoyadas en el interior de la misma había un par de diminutas nalgas grises.

El anciano dijo:

—¿Se rinde?

Colocó el frasco sobre el mostrador, y encima de la tapa de plástico blanca había una etiqueta medio despegada. Impreso con tinta negra en la etiqueta, ponía: «Hospital Cedars-Sinai». Debajo había algo más escrito a mano con tinta roja pero estaba emborronado. Unas palabras. Tal vez una fecha. Demasiado borroso para leerse.

Claire lo miró y negó con la cabeza.

Reflejada en un lado del frasco de cristal, vio una escena de años atrás, de décadas atrás: una sala con azulejos verdes en las paredes. Una mujer con los pies descalzos apoyados a ambos lados y una sábana azul cubriéndola. Las piernas de la mujer apoyadas en estribos. Por encima de una máscara de oxígeno, Claire pudo ver el pelo rubio platino de la mujer, ya crecido y un poco castaño en las raíces.

—Es de verdad —dijo el anciano—. Contrastamos el ADN con un pelo certificado. Todos los indicadores coincidían.

Todavía se puede comprar su pelo en internet, dijo el hombre. Los mechones

cortados de pelo rubio teñido.

—De acuerdo con sus amiguitas las feministas —dijo el anciano—, no es un bebé. No es más que tejido. Podría ser su apéndice.

Leyendo en el cristal, en las capas de imágenes superpuestas en él, Claire pudo ver: una lámpara en una mesilla de noche. Un teléfono. Frascos de pastillas con receta.

—¿Un pelo de quién? —dijo Claire.

Y el anciano dijo:

—De Marilyn Monroe. —Dijo—: Si le interesa, no es barato.

Es una reliquia del cine, dijo el anciano. Una reliquia sagrada. El Santo Grial de los objetos de época del cine. Mejor que las zapatillas de rubí de *El mago de Oz* o que el trineo con la inscripción «Rosebud». Este es el bebé que la Monroe perdió cuando estaba filmando *Con faldas y a lo loco*, cuando Billy Wilder la hizo correr por el andén de la estación de tren, toma tras toma, con tacones altos.

El tipo se encogió de hombros.

—Me lo dio un tipo que me contó la verdadera historia de cómo murió ella.

Y Claire Upton se limitó a mirar, a contemplar la película de viejos reflejos que había en el lado curvado del frasco.

Lo que había allí era un souvenir, una reliquia como la mano de un santo, momificada y adorada en la vitrina de cristal de roca de alguna catedral italiana. O un mechón de pelo. O bien se trataba de otra persona, muerta. El niño o la niña que podría haber salvado la vida de la Monroe.

El anciano dijo:

—Todo tiene un precio en internet.

De acuerdo con el hombre que se lo vendió, la Monroe fue asesinada. En verano de 1962, la habían despedido de la producción de *Something's Got To Give*. George Cukor estaba hablando mal de ella, y los ejecutivos del estudio estaban cabreados por el hecho de que hubiera abandonado el barco de la producción para irse a cantar al fiestorro de cumpleaños de Kennedy. Su treinta y seis cumpleaños había pasado en un abrir y cerrar de ojos. Los Kennedy le empezaban a hacer el vacío. Estaba envejeciendo sin tener a nadie ni tener nada. Su carrera estaba acabada y Liz Taylor estaba acaparando la atención del público.

—Así que intentó espabilarse —dijo el anciano.

La Monroe consiguió el apoyo de la revista *Life* y los enroló para que hicieran un artículo extenso sobre ella. Convenció a Dean Martin para que dejara *Something's Got To Give* cuando el estudio la sustituyó por Lee Remick. Y convocó una pequeña reunión. En su casa de Brentwood, una reunión muy pequeña con solamente la punta del iceberg de todos los estudios de cine. Todos los estudios que tenían películas donde ella había salido.

—Una chica lista como ella —dijo el hombre—, lo normal habría sido que durmiera con una pistola a mano. Con algo para defenderse.

Con todos los capitostes de los estudios sentados alrededor de su mesa mexicana, la Monroe estuvo bebiendo champán y les dijo que estaba planeando suicidarse. Que a menos que la volvieran a poner en su última película, y que le firmaran un nuevo contrato de un millón de dólares, se tomaría una sobredosis. Así de simple.

—Pero la gente de los estudios —dijo— no se asusta fácilmente.

Aquellos tiburones ya habían conseguido lo mejor de ella. La Monroe estaba envejeciendo y el público se estaba aburriendo de su aspecto. Si se suicidaba les estaría poniendo una pátina de oro a todas las películas de ella que tenían en sus almacenes. Así que le dijeron: Adelante, señorita.

—El tipo que me vendió este frasco —dijo el anciano— oyó la historia directamente de un pez gordo que estuvo en la reunión.

La Monroe se emborrachó con el champán. Los dragones de los estudios en sus sillas. Tenía la bendición de todos ellos. Aquello le debió de romper el corazón.

—Y luego —dijo el anciano—, fue de lista con ellos.

Les dijo que iba a cambiar su testamento. Era cierto que tenía acuerdos pésimos en materia de compartir beneficios, pero se sacaba un poco cada vez que volvían a poner una de sus películas. Alguna de aquellas películas que ellos tenían guardadas se venderían a la televisión. Y seguirían vendiendo, sobre todo si se suicidaba. Ella lo sabía. Y ellos también.

Una vez muerta, seguiría siendo sexy eternamente. La gente amaría aquella imagen que los estudios tenían de ella para siempre. Aquellas viejas películas eran dinero en el banco. A menos...

Y el anciano dijo:

—Y ahí es donde entraba su testamento.

Iba a montar una fundación: la Fundación Marilyn Monroe. Y todos los ingresos de su patrimonio irían a parar a ella. Y aquella fundación distribuiría hasta el último centavo a las causas que ella eligiera. El Ku Klux Klan. El Partido Nazi Americano. La Asociación Norteamericana para el Amor entre Hombres y Chicos.

—Tal vez alguna de estas asociaciones no existían por entonces —dijo el anciano—, pero ya se hace una idea general.

Cuando el público americano supiera que unos pocos centavos de cada entrada a una de sus películas, aunque fueran cinco centavos, iban a los nazis... Se acabaría la recaudación. No habría patrocinadores de televisión. Aquellas películas valdrían... nada. Ninguna fotografía de ella desnuda valdría nada. Marilyn Monroe se convertiría en la Lady Hitler de América.

—Ella había construido su imagen, les dijo a los jefes de los estudios. Y por sus narices que ella podía también destruirla —dijo el anciano.

Claire levantó la vista del frasco colocado en el mostrador que los separaba y dijo:

—¿Cuánto?

El anciano se miró el reloj de pulsera. Había dicho que no lo vendería nunca pero se estaba haciendo viejo. Le gustaría jubilarse en vez de pasarse el día allí sentado mientras se lo robaban todo.

—¿Cuánto? —dijo Claire, con su bolso sobre el mostrador abierto, y sus manos enguantadas hurgando en su monedero.

Y el hombre dijo:

—Veinte mil dólares...

Eran las cinco y media y la tienda cerraba a las seis.

—Hidrato de color —le dijo el anciano.

Gotas de anestésico, así es como el tipo la mató. Aquella noche de agosto la encontró medio dormida por efecto de las pastillas y se limitó a vaciarle un frasco en la boca. Por supuesto, en la autopsia aparecen restos de droga en el hígado, pero todo el mundo dijo que la había conseguido en México. Hasta el médico que le había escrito la receta de las pastillas dijo que las había traído de México. Hasta él dijo que había sido un suicidio.

Veinte mil dólares.

Y Claire dijo:

—Déjeme pensar. —Sin dejar de mirar el mejunje blanco que había en el frasco, se apartó del mostrador y dijo—: Necesito...

Él chasqueó los dedos pidiendo su bolso, su abrigo y su paraguas. Si se iba a poner a merodear por la tienda, él se los quedaba.

Sin siquiera coger los naipes, Claire le dio sus cosas por encima del mostrador.

Claire Upton era capaz de mirar un trofeo bruñido y ver a un joven todavía reflejado allí, sonriente y sudoroso, con una raqueta de tenis o un palo de golf en la mano. Podía verlo engordando, casado y con hijos.

Después, el trofeo no mostraba nada más que el interior de una caja de cartón marrón. Luego el trofeo salía, en manos de otro joven. Que era el hijo del anterior.

Pero aquel frasco le transmitía la sensación de ser una bomba que esperaba para explotar. El arma de un asesinato que intentaba confesar. No había más que poner un dedo encima para sentir una descarga. Un rampazo eléctrico. Una especie de advertencia.

Mientras ella deambulaba por la tienda, él la observaba por los monitores de vídeo.

En las lentes oscuras de unas viejas gafas de sol en venta, miró cómo un hombre forcejeaba con una mujer hasta tirarla al suelo y cómo le abría las piernas a patadas.

En el tubo dorado de un viejo pintalabios, vio una cara embutida dentro de una

media de nailon, luego dos manos que apretaban el cuello de alguien que estaba en la cama y por fin las mismas manos cogiendo las monedas, el monedero y las llaves que había en el tocador al lado del pintalabios. El testigo.

Claire Upton y el viejo cajero estaban solos en la tienda llena de sombras y de almohadas de encaje amarillento. Paños de cocina de bordado en cañamazo. Paños para coger cazos de punto de cruz. Juegos de cepillos bañados en plata deslustrados hasta estar de color marrón oscuro. Cabezas de ciervos montadas con enormes cornamentas.

En la hoja de acero de una navaja, en el mango, de cromo, pesado y lleno de volutas, reflejado allí Claire pudo ver su futuro.

Allí, entre los tarros para afeitarse y los cepillos de crin. Entre las altas vidrieras de iglesias. Entre los bolsos de noche con cuentas.

A solas en la tienda con el hijo perdido de Marilyn Monroe. A solas en aquel museo de cosas que nadie quería. Todas manchadas con el reflejo de algo terrible.

Al contar la historia después, encerrada en el cubículo del baño, Claire dijo que había cogido la navaja y había seguido caminando, por todos los pasillos, sin dejar de echar vistazos a la hoja de la navaja para ver si todavía mostraba la misma escena.

Al contar su historia después, sentada en el lavabo de la trastienda de la tienda de antigüedades, Claire dijo que no era fácil ser una médium llena de talento.

La verdad es que no era fácil estar casado con Claire. Mientras estabas cenando con ella en un restaurante, ella se ponía a escuchar algo y de repente todo su cuerpo se estremecía. Levantaba una mano de golpe para taparse los ojos y echaba la cabeza hacia atrás y se giraba para apartarse de ti. Sin dejar de temblar, te echaba un vistazo por entre los dedos. Un momento más tarde suspiraba y se llevaba un puño a la boca, mordiéndose un nudillo pero mirándote sin decir nada.

Y cuando le preguntabas qué le pasaba...

Claire te decía:

—Mejor que no lo sepas. Es demasiado horrible.

Pero cuando insistías en que te lo dijera...

Claire te decía:

—Prométemelo. Prométeme que no te acercarás a un coche en los próximos tres años...

La verdad es que hasta Claire sabía que se podía equivocar. Para probarse a sí misma, cogió una cigarrera de plata bruñida. Y allí vio reflejado su futuro: ella con la navaja en la mano.

Cuando llegó la hora de cerrar, se acercó a la entrada de la tienda a tiempo de ver cómo el viejo giraba el letrero para que dijera «Cerrado» en vez de «Abierto». Estaba bajando la persiana que tapaba el escaparate de la entrada. El escaparate estaba atiborrado de hueveras. De albornoces de felpilla y de colchas. De frascos de colonia

en forma de damas sureñas con faldas de aros. De mariposas muertas enmarcadas detrás de un cristal. De jaulas para pájaros oxidadas. De faroles ferroviarios con pantallas de cristal rojo o verde. De abanicos plegables de seda. Nadie podía ver el interior desde la calle.

El viejo de la caja dijo:

—¿Se ha decidido ya?

El frasco volvía a estar en su sitio, encerrado bajo llave en la vitrina de al lado de la caja. Dentro del mejunje blanco, solamente se veían un ojo oscuro y una oreja diminuta y parecida a una concha.

Reflejado en el lado curvado del frasco y distorsionado, mientras el anciano le estaba explicando la historia del asesinato de la Monroe, Claire había visto algo más: un hombre que vertía un frasquito entre dos labios. Una cara convulsionándose de un lado a otro sobre una almohada. El hombre secando los labios con la manga de su camisa. Con la mirada posándose en la mesilla de noche. En el teléfono y la lámpara y el frasco.

En la visión de Claire, la cara del hombre se acercó. Sus dos manos se extendieron, enormes, hasta que el frasco quedó envuelto en la oscuridad.

La cara reflejada era la del viejo cajero, sin sus arrugas. Con una mata de pelo castaño.

Detrás del mostrador, el frasco seguía allí, latiendo de tanta energía. Resplandeciendo de poder. Una reliquia sagrada intentando decirle algo importante. Una cápsula temporal de historias y acontecimientos que se estaban echando a perder allí, encerrados en un frasco de cristal. Más fascinantes que las mejores series de televisión. Más sinceros que el más largo de los documentales. Una fuente primaria de la historia. Un jugador de verdad. La criatura estaba allí, esperando a que Claire la rescatara. A que la escuchara.

Sedienta de justicia. De venganza.

Todavía observada por las cámaras de seguridad, Claire levantó la navaja. Y dijo:

—Quiero comprar esto pero no le veo el precio...

Y el anciano se inclinó sobre el mostrador para ver más de cerca.

Al otro lado de los escaparates, la calle estaba vacía. Los monitores del vídeo de seguridad mostraban la tienda, todos sus pasillos y rincones, vacíos.

En el monitor, el anciano cayó de espaldas, rompiendo la vitrina de cristal que tenía detrás y luego resbalando hasta el suelo en medio de un revoltijo de cristales rotos y sangre. El frasco se inclinó, luego se cayó y por fin se rompió.

En su llamada de después, desde un cubículo del lavabo, Claire Upton le dijo a su marido:

—Era un muñeco. Un bebé de plástico.

Su bolso y su abrigo y su paraguas estaban salpicados de un líquido rojo y

pegajoso.

Y ella dijo por teléfono:

—¿Sabes lo que eso significa?

Y volvió a preguntarle cuál era la mejor manera de destruir una cámara de vídeo.

La Baronesa Congelación se acerca con un cuenco humeante de algo líquido en las manos ahuecadas y dice:

—Sin zanahorias. Sin patatas. Bébetelo.

Y encogida en su cama, bajo el foco de la cámara, Miss América dice:

—No. —Nos mira a los demás, agolpados al otro lado de la puerta, incluida la Directora Denegación, y luego gira la cabeza en dirección a la pared de cemento y dice—: Sé lo que es eso...

La Baronesa Congelación dice:

—Sigues sangrando.

La Directora Denegación se asoma al interior de la habitación y dice:

—Tienes que comer algo pronto o te vas a morir.

—Pues dejadme que me muera —dice Miss América con la cara hundida en la almohada.

Y los demás estamos todos en el pasillo, escuchando. Grabando. Testigos.

La cámara tras la cámara tras la cámara.

La Baronesa Congelación se acerca con la sopa. En medio del humo que asciende de la misma, y con sus labios mutilados reflejándose sobre la grasa caliente y reluciente que flota en su superficie, la Baronesa dice:

—Pero no queremos que te mueras.

Sin dejar de mirar a la pared, Miss América dice:

—¿Desde cuándo? Así, los demás solo os tendréis que repartir la historia entre uno menos.

—No queremos que te mueras —dice el Reverendo Sin Dios desde la puerta— porque no tenemos congelador.

Miss América se gira para mirar el cuenco de sopa caliente. Se queda mirando nuestras caras asomadas a medias al interior de su camerino. Los dientes que esperan en nuestras bocas. Nuestras lenguas nadando en saliva.

Miss América dice:

—¿Congelador?

Y el Reverendo Sin Dios cierra el puño y se da unos golpecitos en la frente, igual que uno da golpecitos en una puerta, y dice:

—¿Hola? —dice—. Necesitamos que sigas viva hasta que los demás volvamos a tener hambre.

Su bebé es el primer plato. Miss América será el plato fuerte. Y vete a saber cuál será el postre.

La grabadora que tiene en la mano el Conde de la Calumnia está lista para borrar su último grito grabando encima el siguiente. La cámara del Agente Chivatillo está enfocada para borrar todo lo que ha pasado hasta ahora, a fin de capturar el siguiente gran punto de nuestra trama.

Pero lo que pregunta Miss América es: ¿Es así como va a pasar? Con voz estridente y temblorosa, como el trino de un pájaro. ¿Va a tener lugar un suceso terrible detrás de otro detrás de otro detrás de otro, hasta que estemos todos muertos?

—No —dice la Directora Denegación. Sacudiéndose pelos de gato de la manga, dice—: Solamente algunos de nosotros.

Y Miss América dice que no se refiere solamente a aquí, en el Museo de Nosotros. Se refiere a la vida. ¿Acaso el mundo entero no es más que gente que devora a otra gente? ¿Gente atacándose y destruyéndose los unos a los otros?

Y la Directora Denegación dice:

—Sé a qué te referías.

El Conde de la Calumnia apunta la frase en su cuaderno. El resto asentimos.

La Mitología de Nosotros.

Con la sopa todavía en la mano, mirando su reflejo sobre la grasa de la superficie, la Baronesa Congelación dice:

—Yo antes trabajaba en un restaurante en las montañas.

Hunde la cuchara en el cuenco y la acerca, humeante, a la cara de Miss América.

—Come —dice la Baronesa—. Y te contaré cómo perdí los labios...

ABSOLUCIÓN

Un poema sobre la Baronesa Congelación

«Aunque Dios no nos perdone a nosotros —dice la Baronesa Congelación—, nosotros lo podemos perdonar a Él.»
Tenemos que demostrarnos que somos más grandes que Dios.

La Baronesa en el escenario, diciendo siempre a la gente:

«Fue una enfermedad de las encías»,
cuando se quedan mirando lo que le queda
de la cara.

Sus labios no son más que el borde hecho jirones de su piel,
engrasado con pintalabios rojo.
Y los dientes de la boca,
el fantasma amarillo de cada taza de café
y cada cigarrillo de su mediana edad.

En el escenario, en vez de un foco, un fragmento de película:

el color parpadeante y desvaído de las ráfagas de nieve.
No hay dos manchitas azules diminutas de la misma forma o tamaño,
el resto de ella cubierta de plumón, colchas y aislantes,
con el pelo recogido dentro de un gorro de lana,
pero nunca jamás
volverá a estar caliente.

En el centro del escenario, la Baronesa Congelación dice:

«Tenemos Que perdonar a Dios...».

Por hacernos demasiado bajos. O gordos. O pobres.

Tenemos que perdonarle a Dios nuestra calvicie.

Nuestra fibrosis quística. Nuestra leucemia juvenil.

Tenemos que perdonar la indiferencia de Dios. El hecho de que nos abandone:
a nosotros, el concurso de ciencia olvidado de Dios, abandonado y enmohecido.

Los pececillos de Dios, olvidados hasta vernos obligados a comer nuestra mierda
del fondo de la pecera.

Con mitones en las manos, la Baronesa se señala la cara y dice: «La gente...».

Dan por sentado que antes era una preciosidad.

Porque ahora está hecha un... espanto.

La gente necesita creer en la justicia. En los castigos y recompensas.

Dan por sentado que el cáncer es culpa de ella, que es algo que se merecía.

Un desastre que ella misma provocó.

Así que ella les dice: «Usad hilo dental. Por Dios, usadlo todas las noches antes de ir a la cama».

Y todas las noches la Baronesa perdona a los demás.

Se perdona a sí misma.

Y perdona a Dios por esos desastres que parecen pasar sin más.

CRÁTERES HIRVIENTES

Un relato de la Baronesa Congelación

—Cuando llegan las noches de febrero —solía decir la señorita Leroy—, cada conductor borracho es una bendición.

Cada pareja que buscaba una segunda luna de miel para arreglar su matrimonio. La gente que se quedaba dormida al volante. Cualquiera que saliera de la autopista para tomar una copa, era alguien a quien tal vez la señorita Leroy podía convencer para alquilar una habitación. Hablar era la mitad de su negocio. Hacer que la gente se tomara otra copa, y luego otra, hasta que no les quedaba más remedio que quedarse.

A veces, claro, uno se quedaba atrapado. Otras veces, decía la señorita Leroy, uno simplemente se quedaba sentado durante lo que resultaba ser el resto de su vida.

La mayoría de la gente esperaba algo mejor que las habitaciones del Lodge. Los somieres de madera de las camas se tambaleaban. Los pasamanos y las tablas de los pies de la cama estaban desgastados allí donde encajaban entre sí. Los tornillos y las tuercas estaban sueltos. En el piso de arriba, todos los colchones tenían tantos bultos que parecían estribaciones montañosas. Las sábanas estaban limpias, pero el agua de los pozos de allí arriba era muy fuerte. Uno lavaba cualquier cosa en aquella agua y la tela quedaba áspera como el papel de lija como resultado de los minerales, y olía a azufre.

El colmo de todo era que había que compartir un cuarto de baño situado al final del pasillo. La mayoría de la gente no viaja con un albornoz, lo cual significaba que había que vestirse hasta para ir a echar una meada. Por la mañana, uno se despertaba y tenía que darse un baño de agua que apestaba a azufre en una bañera helada con esas patas en forma de garra.

A ella le suponía un placer conducir a aquellos desconocidos de febrero hacia el acantilado. Primero apagaba la música. Una hora entera antes de empezar a hablar, se dedicaba a bajar el volumen, un punto cada diez minutos, hasta que Glen Campbell dejaba de sonar. Después de que el tráfico diera paso a la nada absoluta en la carretera de fuera, apagaba la calefacción. Una a una, tiraba de las cadenas que apagaban los letreros de neón de marcas de cerveza que había en el escaparate. Si hubiera habido un fuego en la chimenea, la señorita Leroy lo habría dejado apagarse.

Y durante todo ese tiempo se dedicaba a conducirlos, a preguntarle a aquella gente qué planes tenía. En el White River en febrero no había nada en absoluto que hacer. Tal vez caminar con raquetas por la nieve. Esquí de fondo, si te traías tus esquís. La señorita Leroy dejaba que algún cliente sacara la idea a colación. Todo el mundo acababa haciendo la misma sugerencia.

Y si no lo hacían ellos, entonces era ella la que mencionaba la idea de visitar los cráteres hirvientes.

Las estaciones de su cruz. Acompañaba a su público por el mapa de carretera de su relato. Primero se mostraba a sí misma, el aspecto que había tenido antes de que pasara la mayor parte de su vida, veinte años atrás mientras estaba de vacaciones de la universidad, en una excursión en coche remontando el White River, suplicando un trabajo de verano, el que entonces era el trabajo de sus sueños: ser camarera allí en el bar del Lodge.

Era difícil imaginar a la señorita Leroy delgada. Delgada y con los dientes blancos, antes de que se le empezaran a retraer las encías. Antes de tener el aspecto que tenía ahora, con la raíz marrón de cada diente al descubierto, de la misma forma en que las zanahorias se agolpan para salir del suelo si uno planta las semillas demasiado juntas. Costaba imaginarla votando a los demócratas. Hasta costaba imaginar que le cayera bien otra gente. La señorita Leroy sin aquellas sombras oscuras de pelo en el bigote. Costaba imaginar a universitarios haciendo cola durante una hora para follar con ella.

La hacía parecer sincera, decir algo así de curioso y triste sobre sí misma.

Hacía que la gente escuchara.

Si la abrazaras ahora, decía la señora Leroy, lo único que sentirías sería el alambre puntiagudo de su sujetador.

Visitar los cráteres hirvientes, decía ella, consistía en juntar a un grupo de chavales y subir por el lado de la falla del White River. Llenabas el equipaje de cerveza y whisky y encontrabas una laguna de aguas termales. La mayoría de las lagunas estaban todo el año entre los 65 y los 93 grados. A aquella altura, el agua hervía a 92 grados centígrados. Hasta en verano, en el fondo de una fosa helada, en la cual se iba vertiendo la nieve acumulada en las laderas por las ventiscas, aquellas lagunas estaban lo bastante calientes como para hervir vivo a alguien.

No, el peligro no eran los osos, allí no. No se veían ni lobos ni coyotes ni jabalíes. Río abajo sí, a un punto de distancia en tu cuentarrevoluciones, a una canción de la radio por la autopista, los moteles tenían que ponerles cadenas a los cubos de la basura. Allí abajo, la nieve estaba llena de huellas de patas. El ruido de las manadas aullándole a la luna atronaba en la noche. Pero aquí la nieve era lisa. Hasta la luna llena estaba en silencio.

Subiendo el río desde el Lodge, solamente había que preocuparse de no escaldarse en el río. Algunos chavales de la ciudad, después de abandonar la universidad, se pasaban un par de años aquí. De alguna forma se pasaban entre ellos el visto bueno acerca de qué lagunas eran seguras y dónde encontrarlas. Por dónde no pasar porque solamente había una delgada capa de calcio o de caliza condensada que parecía roca firme pero que si uno la pisaba lo mandaba a freírse en un pozo

escondido de aguas termales.

Las historias de miedo también circulaban entre ellos. Hacía cien años, una tal señora de Lester Bannock que estaba aquí de visita procedente de Crystal Falls, Pensilvania, se paró a limpiarse el vapor que le empañaba las gafas de cristales ahumados. La brisa cambió de dirección y le metió vapor caliente en los ojos. Un paso en falso y se salió del camino. Otro paso en falso y perdió el equilibrio, cayó de espaldas y quedó sentada en agua hirviendo. Cuando intentó ponerse de pie, se cayó hacia delante y aterrizó de cara en el agua. Entre gritos, la sacaron de allí unos desconocidos.

El sheriff que la llevó al pueblo a toda prisa requisó hasta la última gota de aceite de oliva de la cocina del Lodge. Cubierta de aceite y envuelta en sábanas limpias, murió en el hospital, todavía gritando, tres días después.

Hacía solo tres veranos, un chaval de Pinson City, Wyoming, aparcó su camioneta y de la misma salió de un salto su pastor alemán. El perro aterrizó de lleno con un chapoteo en medio de una laguna y la palmó con un gañido en mitad de su chapoteo perruno. Los turistas que estaban mordiéndose los nudillos le dijeron al chaval que no lo hiciera, pero él saltó detrás.

Solamente salió una vez a la superficie, mirando con unos ojos hervidos y completamente blancos. Dando vueltas a ciegas. Nadie pudo tocarle durante el tiempo suficiente como para agarrarlo y luego desapareció.

Se pasaron el resto de aquel año pescando trocitos del chaval con redes, igual que uno pesca hojas y bichos muertos de una piscina. Igual que uno retira la grasa de una olla de estofado.

En el Lodge, la señorita Leroy hacía una pausa para dejar que la gente pensara un momento en aquello. En los trocitos del chaval dejados todo el verano cociéndose en el agua caliente, como una sartén de buñuelos siseando hasta ponerse de color marrón claro.

La señorita Leroy fumaba su cigarrillo.

Luego, como si fuera algo de lo que acababa de acordarse, decía:

—Olson Read. —Y se reía. Como si aquello fuera algo en lo que no pensaba durante una buena parte de cada minuto y cada hora que pasaba despierta, la señorita Leroy decía—: Tendríais que haber conocido a Olson Read.

El grande y gordo Olson Read, tan virtuoso y libre de pecado.

Olson era cocinero del Lodge, gordo y pálido, con unos labios demasiado grandes, inflados de sangre y de un rojo ruborizado como el sushi sobre el fondo de color blanco como arroz pegajoso de la piel de su cara. Se dedicaba a contemplar aquellas lagunas calientes. Se pasaba el día entero arrodillado junto a las mismas, observando aquel caldo marrón y burbujeante, caliente como el ácido.

Un paso en falso. Un resbalón por el lado incorrecto de un montón de nieve y

nada más que aquella agua caliente podía hacerle a uno lo que Olson le hacía a la comida.

Salmón escalfado. Pollo guisado con empanadillas. Huevos duros.

En la cocina del Lodge, Olson cantaba himnos religiosos tan fuerte que se oían desde el comedor. Olson, enorme dentro de su delantal blanco y ancho, con los nudos hundiéndose en su cintura gruesa y profunda, se sentaba en el bar y se dedicaba a leer su Biblia casi a oscuras. El olor a cerveza y humo de la alfombra de color rojo oscuro. Si se sentaba a tu mesa en la sala de descanso del personal, Olson bajaba la cabeza hasta tocar el pecho con la barbilla y recitaba una bendición divagante con su bocadillo de salchicha ahumada en las manos.

Su verbo favorito era «hermanar».

Una noche en que Olson entró en la despensa y encontró a la señorita Leroy besando a un botones, un estudiante de humanidades que había abandonado su carrera en la NYU, Olson Read les dijo que besarse era el primer paso que el diablo ponía en el camino a la fornicación. Con sus labios rojos como de goma, Olson le dijo a todo el mundo que él se estaba reservando para el matrimonio, pero la verdad era que era incapaz de entregarse.

Para Olson, el White River era su jardín del Edén, la prueba de que su Dios creaba obras hermosas.

Olson contemplaba las aguas termales, los géiseres y los cráteres de barro humeante, de esa forma en que a los cristianos les encanta la idea del infierno. De esa forma en que todos los paraísos necesitan su serpiente. Observaba cómo el agua hirviendo humeaba y soltaba espumarajos, de la misma forma en que miraba a través de la ventana de los pedidos y contemplaba a las camareras que estaban en el comedor.

En su día libre, llevaba su Biblia por el bosque, a través de las nubes y de la niebla de azufre. Se ponía a cantar «Amazing Grace» o «Nearer My God to Thee», pero solamente la quinta o la sexta estrofa, esas partes tan extrañas y desconocidas que podías pensar que se las estaba inventando. Caminando por la caliza condensada, esa delgada corteza de calcio que se forma igual que se forma el hielo sobre el agua, Olson salía del camino entarimado y se arrodillaba al borde de una laguna apesosa y burbujeante. Allí arrodillado, rezaba en voz alta por la señorita Leroy y el botones. Rezaba a su Señor, Nuestro Dios Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra. Rezaba por el alma inmortal de cada uno de los ayudantes de camarero llamándolos por su nombre. Hacía inventario de los pecados de todas las empleadas de limpieza en voz alta. Con una voz que se elevaba junto con el humo, Olson rezaba por Nola, que se subía demasiado el dobladillo de la falda y que cometía el acto del sexo oral con cualquier cliente del hotel que estuviera dispuesto a perder un billete de veinte dólares. Con las familias de turistas a su espalda, a salvo en el camino entarimado que

tenía detrás, Olson pedía clemencia para los camareros del comedor, Evan y Leo, que se asaltaban entre sí con lascivos actos de sodomía todas las noches en el dormitorio común de los hombres. Olson lloraba y gritaba por Dewey y Buddy, que aspiraban pegamento de una bolsa de papel marrón mientras fregaban los platos.

Allí en las puertas del infierno, Olson vociferaba sus opiniones en dirección a los árboles y al cielo. Haciendo su informe a Dios, Olson salía después de la cena y les gritaba tus pecados a unas estrellas tan luminosas que se fundían en la noche. Y suplicaba el perdón de Dios en tu nombre.

No, a nadie le caía muy bien Olson Read. A nadie de ninguna edad le gustan los chivatos.

Todos habían oído las historias sobre la mujer embadurnada de aceite de oliva. Sobre el chaval cocinado junto con su perro hasta quedar convertido en sopa. Y Olson era el que escuchaba con más atención, con unos ojos brillantes como golosinas. Aquello era la prueba de todo lo que él más quería en el mundo. La verdad de aquello. La prueba de que no se podía esconder lo que uno le había hecho a Dios. De que no se podía arreglar. De que en el Infierno estaríamos vivos y conscientes, pero sufriendo un dolor tan intenso que deseáramos la muerte. De que pasaríamos toda la eternidad sufriendo, en un sitio en el que nadie en el mundo se cambiaría con nosotros por estar.

Llegado este punto, la señorita Leroy dejaba de hablar. Encendía otro cigarrillo. Te ponía otra cerveza.

Algunas historias, decía, cuantas más veces las contabas más deprisa las desgastabas. En esas historias el dramatismo se agotaba, y cada versión sonaba más estúpida y plana. Con la otra clase de historias, eran ellas las que te usaban a ti. Cuanto más las contabas, más fuertes se volvían. Esta clase de historias únicamente te recordaban lo estúpido que eras. Que eres. Y que serás siempre.

Contar ciertas historias, decía la señorita Leroy, era suicidarse.

Era en este punto cuando se esforzaba en hacer la historia aburrida, en decir que el agua calentada a setenta grados centígrados provocaba quemaduras de tercer grado en un segundo.

Los accidentes geográficos termales más típicos que se encontraban a lo largo de la falla del White River eran pozos que salían a la superficie por una laguna rodeada en sus bordes por una capa de mineral cristalizado. La temperatura media de los accidentes geográficos termales del White River era de 96 grados centígrados.

Te pasabas un segundo en aquella agua tan caliente y al quitarte los calcetines te quitabas también los pies. La piel cocida de tus manos se pegaría a cualquier cosa que tocaras y se quedaría allí, tan perfecta como un par de guantes de piel.

Tu cuerpo intentaba salvarse mandando fluido a la quemadura, a fin de disipar el calor. Así que uno sudaba y se deshidratava más deprisa que el peor caso de diarrea

imaginable. Perdiendo tanto fluido que la presión sanguínea caía en picado. Uno entraba en estado de shock. Los órganos vitales dejaban de funcionar en rápida sucesión.

Las quemaduras pueden ser de primer grado, de segundo, de tercero o de cuarto. Pueden ser superficiales, semiprofundas o profundas. En las quemaduras superficiales o de primer grado, la piel se pone roja sin hacer ampolla. Piensen en una quemadura producida por el sol y la consiguiente escamación de tejido necrótico: la piel muerta que se pela. En las quemaduras profundas y de tercer grado, a uno le queda el aspecto blanquecino y la textura de cuero de un nudillo que golpea el quemador de encima cuando saca un pastel del horno. En las quemaduras de cuarto grado uno se cuece también por debajo de la piel.

Para determinar el alcance de las quemaduras, el examinador médico usa la «regla de los nueves». La cabeza es el nueve por ciento del total de la piel del cuerpo. Cada brazo es un nueve por ciento. Cada pierna es un dieciocho por ciento. La parte delantera del torso y la parte trasera son cada una un dieciocho. Uno por ciento para el cuello, y ya te sale el cien por cien.

Dar aunque sea un trago largo de un agua tan caliente causa edema masivo de la laringe y muerte por asfixia. La garganta se hincha hasta cerrarse y te asfixias.

Era poesía pura oír cómo la señorita Leroy contaba todo esto. Esqueletización. Desprendimiento de piel. Hipocalemia. Palabras difíciles que llevaban a todos los presentes en el bar a una abstracción segura, situada muy, muy lejos. Era una pequeña y agradable pausa en su historia antes de enfrentarse a lo peor.

Uno se puede pasar la vida entera levantando un muro de datos entre uno y cualquier cosa que sea real.

En un mes de febrero como este, antes de que pasara la mayor parte de su vida, la señorita Leroy y Olson, el cocinero, eran las únicas personas que había esa noche en el hotel. El día antes había caído un metro de nieve nueva y las máquinas quitanieve todavía no habían llegado.

Igual que todas las noches, Olson Read cogió su Biblia con su gorda manaza y se marchó caminando pesadamente por la nieve. Por entonces sí que tenían coyotes de los que preocuparse. Pumas y linceos rojos. Cantando «Amazing Grace» durante una milla, y sin repetir un solo verso, Olson se alejó, blanco sobre el fondo blanco de la nieve.

Los dos carriles de la autopista 17 habían desaparecido bajo la nieve. El letrero de neón que decía «The Lodge» con letras verdes estaba montado sobre un poste de acero con una base de hormigón rodeada de un tiesto bajo de ladrillos. El mundo de fuera, como todas las noches, era de color azul y negro bajo la luz de la luna, y el bosque no era nada más que siluetas oscuras de pinos alargados.

Joven y delgada, la señorita Leroy no se paró a pensar en Olson Read. No se dio

cuenta de cuánto tiempo llevaba fuera hasta que oyó que los lobos empezaban a aullar. Se estaba mirando los dientes, sosteniendo en la mano un cuchillo reluciente para la mantequilla a fin de ver lo rectos y blancos que los tenía. Estaba acostumbrada a oír gritar a Olson todas las noches. A oír su voz gritando el nombre de ella y después un pecado, real o imaginado, procedente del bosque. Ella fumaba cigarrillos, gritaba Olson. Bailaba canciones lentas. Olson le gritaba a Dios de parte de ella.

Mientras contaba su relato ahora, te hacía sonsacarle el resto. La idea de ella atrapada allí. Su alma en el limbo. Nadie venía al The Lodge con planes de pasar allí el resto de su vida. Joder, decía la señorita Leroy, uno veía pasar cosas peores que el hecho de que mataran a alguien.

A veces pasan cosas, cosas peores que los accidentes de coche, que la dejan a una varada. Peor que romper un eje del coche. Cuando una es joven. Y que la dejan a una de camarera en un bar en el culo del mundo durante el resto de su vida.

Hace más que la mitad de su vida, la señorita Leroy oyó aullar a los lobos. Oyó soltar gañidos a los coyotes. Oyó gritar a Olson, no gritar su nombre o algún pecado, sino simplemente soltar gritos. Fue a la puerta lateral del comedor. Dio un paso fuera, asomándose por encima de la nieve, y giró la cabeza a un lado para escuchar.

Olió a Olson antes de poder verlo. Era el olor del desayuno, un olor a beicon friéndose en medio del frío. El olor del beicon o del fiambre, cortado en lonchas gruesas y siseando al freírse en su propia grasa.

Llegado aquel punto de su relato, siempre se encendía el calefactor eléctrico de la pared. Aquel momento, en el momento en que la sala estaba todo lo fría que podía llegar a estar. La señorita Leroy conocía aquel momento, notaba que le ponía de punta los pelos del bigote. Sabía cuándo debía detenerse un segundo. Dejar un pequeño momento de calma y luego, ¡pum!, arrancaba la ráfaga y el silbido del aire caliente del calefactor. El ventilador del aparato producía un gemido grave y lejano al principio y luego un estruendo cercano. La señorita Leroy se aseguraba de que para entonces el bar estuviera a oscuras. El calefactor se encendía, con su gemido grave, y la gente levantaba la vista. Lo único que podían ver en la ventana era su reflejo. Su propia cara que no reconocían. Lo que los miraba desde fuera era una máscara pálida y llena de agujeros oscuros. La boca era un agujero oscuro y colgante. Sus propios ojos, dos agujeros negros muy juntos que miraban a través de sí mismos a la noche que tenían detrás.

Los coches que había aparcados justo fuera parecían estar a cien gélidos kilómetros de distancia. Hasta el aparcamiento parecía demasiado lejos como para ir andando en una oscuridad como aquella.

La cara de Olson Read cuando ella lo encontró, su cara y su cuello, era el único diez por ciento de él que seguía en perfecto estado. Incluso hermoso, en comparación

con el resto de su cuerpo desollado y parecido a comida hervida.

Todavía gritando. Como si a las estrellas les importara un carajo. Aquella cosa que era lo que quedaba de Olson, arrastrándose por aquel lado del White River, daba tumbos, con las rodillas temblorosas, tropezaba y se iba deshaciendo.

Había partes de Olson que ya no estaban. Sus piernas por debajo de las rodillas, cocidas y arrastradas sobre el hielo roto. Mordidas y arrancadas, la piel primero y los huesos después, la sangre tan cocida en el interior que detrás de él no quedaba nada más que un rastro de su propia grasa. Su calor iba fundiendo la nieve hasta bien adentro.

El chaval de Pinson City, Wyoming, aquel chaval que saltó para salvar a su perro. La gente dice que cuando los presentes tiraron de él, sus brazos se desmontaron, una articulación tras otra, pero que él seguía vivo. Que el cuero cabelludo se le había despegado del cráneo blanco, pero que seguía consciente.

Que la superficie del agua hirviendo soltaba salivazos calientes y relucía con los colores del arco iris de la grasa derretida del chaval, de aquel sebo que ahora flotaba en la superficie.

El perro del chaval al cocerse se convirtió en un abrigo de piel perfecto en forma de perro, con los huesos ya limpios y descendiendo a los abismos del centro geotérmico del mundo, y las últimas palabras del chaval fueron: «La he cagado. Esto no lo puedo arreglar, ¿verdad?».

Así es como la señorita Leroy encontró aquella noche a Olson Read. Pero peor.

La nieve que había a su alrededor, el polvo recién caído que lo rodeaba, estaba todo salpicado de babas.

Alrededor de sus gritos, desplegados a su espalda y a los lados, la señorita Leroy pudo ver un enjambre de ojos amarillos. La nieve apisonada hasta convertirse en hielo bajo las pisadas de las patas de los coyotes. Las pisadas con cuatro dedos de las patas de los lobos. A su alrededor flotaban las caras de cráneo alargado de los perros salvajes. Jadeando detrás de las nubes blancas de su propio aliento, con los labios negros replegados a lo largo del risco de cada hocico. Con todos los dientes de raíces diminutas apelonados, cerrados con fuerza y tirando hacia atrás de los harapos de los pantalones blancos de Olson, de las perneras hechas jirones que todavía humeaban de lo que había hervido en su interior.

Un segundo después los ojos amarillos se habían marchado y lo único que quedaba era lo que quedaba de Olson. La nieve levantada por los cuartos traseros de los animales todavía resplandecía en el aire.

Los dos a solas dentro de la nube tibia de olor a beicon. Olson irradiaba calor como una enorme patata horneada que se hundía cada vez más en la nieve de al lado de ella. Ahora su piel era una costra, arrugada y áspera como la piel de un pollo frito pero suelta y resbalando sobre el músculo de debajo, aquel músculo retorcido y

cocido sobre su centro de huesos calientes.

Las manos de él se cerraron con fuerza sobre ella, sobre los dedos de la señorita Leroy, cuando ella intentó apartarse, y la piel de Olson se rasgó. Las manos cocidas de él se adhirieron, igual que los labios de uno se pegan al asta congelada de la bandera cuando hace mucho frío en el patio de la escuela. Cuando ella intentó apartarse, los dedos de él se partieron hasta el hueso, cocidos y sin sangre dentro, y él gritó y agarró fuerte a la señorita Leroy.

Era demasiado pesado para moverse. Hundido allí en la nieve.

Ella estaba anclada allí, con la puerta lateral del comedor a solamente veinte pisadas sobre la nieve. La puerta seguía abierta y las mesas de dentro preparadas para la siguiente comida. La señorita Leroy podía ver la chimenea parecida a una montaña de piedra del comedor, con los troncos ardiendo en el interior. Podía mirarla, pero estaba demasiado lejos para sentirla. Intentó nadar con los pies, pataleando, intentando arrastrar a Olson, pero la nieve era demasiado profunda.

En lugar de moverse, se quedó allí quieta, confiando en que el tipo se muriera. Rezando a Dios para que matara a Olson Read antes de que ella se congelara. Los lobos observaban con sus ojos amarillos desde el margen oscuro del bosque. Las siluetas de los pinos se elevaban hacia el cielo nocturno. Las estrellas de encima se fundían entre sí.

Aquella noche, Olson Read le contó una historia. Su propia historia personal de fantasmas.

Cuando nos morimos, esas son las historias que siguen en nuestros labios. Las historias que solamente les contamos a desconocidos, en algún lugar íntimo de la celda acolchada de la medianoche. Esas historias importantes que nos pasamos años ensayando mentalmente pero que nunca contamos. Esas historias son fantasmas, que traen a la gente de vuelta de entre los muertos. Solamente un momento. De visita. Cada historia es un fantasma. Y esta historia es la de Olson.

Con la boca llena de nieve fundida, la señorita Leroy le escupía el agua a los labios gordos y rojos de Olson, a su cara que era la única parte de él que podía tocar sin quedarse pegada. Arrodillada allí junto a él. El primer paso del camino que pone el diablo hacia la fornicación. Aquel beso, el momento para el que Olson se había estado reservando.

Durante la mayor parte de su vida, ella nunca le dijo a nadie lo que él había gritado. Guardarse aquello dentro fue una carga tremenda. Ahora se lo dijo a todos y no resultó mejor.

Aquella cosa triste y hervida que había junto al White River había gritado:

—¿Por qué me has hecho esto?

Y gritó:

—¿Qué he hecho yo?

—Los lobos grises —dijo la señorita Leroy, y se rió. Ya no tenemos ese problema. Por aquí no. Ya no.

La forma en que murió Olson se llama mioglobulinuria. En las quemaduras masivas, los músculos quemados segregan la proteína llamada mioglobulina. Ese flujo de la proteína en la sangre colapsa los riñones. Los riñones dejan de funcionar y el cuerpo se llena de fluidos y de toxinas sanguíneas. Colapso renal. Mioglobulinuria. Al decir estas palabras, la señorita Leroy podría parecer un mago haciendo un truco. Podrían ser un hechizo. Un conjuro.

Aquella forma de morir tardaba toda una noche.

A la mañana siguiente llegó la máquina quitanieves. El conductor los encontró: a Olson Read muerto y a la señorita Leroy dormida. Tenía las encías manchadas de blanco de pasarse la noche derritiendo nieve en la boca. Congelación. Las manos muertas de Read seguían cerradas sobre las de ella, protegiéndole los dedos, calentándoselos como si fueran un par de guantes. Durante semanas, la piel congelada en torno a la base de cada diente se fue cayendo, blanca y gris, de la raíz marrón, hasta que le quedaron los dientes como los tiene ahora. Hasta que se quedó sin labios.

Escamación de tejido necrótico. Otro hechizo mágico.

No hay nada ahí fuera en el bosque, le decía la señorita Leroy a la gente. Nada maligno. No hay más que soledad y tristeza. Nada más que Olson Read todavía sin saber qué hizo mal. Sin saber dónde está. Algo tan solitario y tan terrible que hasta los lobos y los coyotes se han marchado de la parte alta del White River.

Así es como funcionan los cuentos de miedo. Como ecos de un temor ancestral. De algo que querríamos pensar que hemos dejado atrás. Pero que todavía puede hacernos llorar de terror. Algo que uno confiaba en que estuviera curado.

Todas las noches están salpicadas de ellos. De esa gente que deambula sin poder ser salvada pero que no se muere. Se los oye de noche, gritando ahí fuera, en esta parte de la Falla del White River.

Algunas noches de febrero todavía se nota el olor a grasa. A beicon crujiente. Olson Read no siente las piernas pero todavía hay algo tirando de él hacia atrás. Y él grita. Sus dedos son como ganchos clavados en la nieve, mientras todos esos dientes diminutos y rechinantes tiran de él hacia atrás, hacia la oscuridad.

De acuerdo con la señora Clark, una persona normal quema sesenta y cinco calorías por hora mientras duerme. Y uno quema setenta y siete calorías por hora que pasa despierto. Por el mero hecho de caminar despacio, se queman doscientas. Solo para sobrevivir hay que comer mil seiscientas cincuenta calorías al día.

El cuerpo solo puede almacenar unas mil doscientas calorías de hidratos de carbono: la mayoría en el hígado. Por el mero hecho de estar vivo, uno quema todas sus calorías almacenadas en menos de un día. Después de eso se quema grasa. Y luego músculo.

Es entonces cuando se te llena la sangre de cetonas. Te suben las concentraciones de acetona en el suero sanguíneo y te empieza a oler el aliento. El sudor te huele a cola de aeromodelismo.

El hígado y el bazo y los riñones se te encogen y se te atrofian. El intestino delgado se te hincha de no usarlo y se te llena de mucosidad. Las úlceras te abren agujeros en las paredes del colon.

Por el hecho de no comer, el hígado convierte músculo en glucosa para mantenerte el cerebro vivo. Por el hecho de no comer, la sensación dolorosa de hambre desaparece. Y uno se siente simplemente cansado. Uno está cada vez más confuso. Dejas de percibir el mundo que te rodea. Dejas de lavarte.

Cuando ya has quemado entre el setenta y el noventa y cuatro por ciento de tu grasa corporal y el veinte por ciento de tu masa muscular te mueres.

En la mayoría de los casos se tarda sesenta y un días.

—Mi hija, Cassandra —dice la señora Clark— nunca me contó qué le había pasado.

La mayoría de lo que sabemos sobre el hambre, dice la señora Clark, lo sabemos de observar a los presos de Irlanda del Norte en huelga de hambre.

Cuando uno ha dejado de comer, a veces la piel se le pone de color azul claro. A veces se pone de color marrón oscuro. Un tercio de la gente que ha dejado de comer se hincha, pero solamente los que tienen la piel pálida.

En la pared del salón de fumar gótico, San Destripado ha acumulado cuarenta días de muescas. Cuarenta rayas trazadas a lápiz.

Nuestra historia, la epopeya real de nuestra valiente supervivencia bajo las más crueles torturas, bueno, los royalties solamente se dividen entre trece. Ahora que Miss América se ha desangrado.

La mayoría hemos dejado de intentar romper el horno después de que el fantasma lo arregle. Con todo, no lavamos la ropa. Algunos días, desde que se encienden las

luces hasta que se apagan, nos los pasamos tumbados en la cama en nuestros camerinos, detrás del escenario. Todos recitando nuestras historias para nosotros mismos.

Si tenemos la bastante fuerza, pediremos prestado un cuchillo al Chef Asesino y nos cortaremos la cabellera arrancándonos el cuero cabelludo. Otra humillación que nos infligirá el señor Whittier. Otra forma de hacer que nuestra foto de «después» sea más terrible comparada con nuestras fotos de «antes», que en estos momentos deben de estar siendo grapadas a los postes telefónicos o impresas en los cartones de la leche.

El Reverendo Sin Dios rompe la pata de una silla y se retuerce el trozo de madera dentro del cuello, para que luego la policía encuentre algunas astillas. Una buena idea, suministrada por la hija de la señora Clark, Cassandra.

Después de que se apaguen las luces, oímos pasos. El chirrido de puertas. Los pasos fantasmales de este sitio. El señor Whittier. La Dama Vagabunda. La Camarada Sobrada y Miss América.

Desde que el fantasma le hizo lo que le hizo al Duque de los Vándalos, todos cerramos nuestras puertas con llave después de que se apaguen las luces. Nadie deambula salvo en grupos de dos o tres, todo testigo acompañado de otro testigo, para mantenerse a salvo. Todo el mundo lleva encima uno de los cuchillos del Chef Asesino.

Después de volver a casa, dice la señora Clark, su hija apenas volvió a recuperar peso. A Cassandra le volvieron a crecer las uñas, pero nunca se las pintó. Le volvió a crecer el pelo, pero Cassandra solamente se lo lavaba y se lo cepillaba. Nunca se lo rizó ni se lo recogió para hacerse ningún peinado ni se lo tiñó. Por supuesto, los dientes que perdió no le volvieron a crecer.

Llevaba una talla microscópica. Sin caderas. Sin pechos. Nada más que rodillas y hombros y pómulos de campo de exterminio. Cassandra podía ponerse cualquier cosa, pero cada día llevaba los dos o tres vestidos largos de siempre. Sin joyas. Sin maquillaje. Era casi como si no estuviera, solo hacía falta un trozo en mal estado de carne del almuerzo para matarla. Solo un puñado de somníferos mezclados en su avena. Si hubiera comido.

Pero por supuesto, la señora Clark la llevó a un dentista. Pagó una buena dentadura postiza parcial. Se ofreció a pagar implantes para reemplazar los dientes. Los pechos marchitos. Investigó el tema de la anorexia nerviosa.

La señora Clark le mentía y le dijo que estaba guapa así de delgada. Cassandra nunca salía lo bastante de casa como para que su piel no estuviera de color azul claro.

No, lo único que hacía Cassandra era ir al instituto, donde nadie hablaba con ella. Todo el mundo hablaba de ella, y las historias sobre sus torturas se volvían más horribles cada trimestre. Hasta los profesores dejaban que sus terribles imaginaciones

se volvieran descabelladas. En su vecindario, todo el mundo paraba a la señora Clark para darle unas palmaditas en la mano y decirle lo mucho que lo sentían. Como si a Cassandra la hubieran encontrado muerta.

Toda la gente que había hecho campaña y que había participado en la búsqueda con perros de la policía dejó de preguntar por los detalles. Se cansaron de que la señora Clark les dijera: «No lo sé. No lo sé. No lo sé...».

El primer año que Cassandra regresó al instituto subieron sus notas. No se presentó a las pruebas para animadora. No jugaba al baloncesto ni al fútbol. No hacía nada más que leer y volver a casa. Observaba los pájaros del cielo. Observaba cómo nadaban sus pececitos.

Con todo, Cassandra no se quería poner la dentadura postiza parcial ni siquiera cuando la señora Clark se lo suplicaba y la amenazaba: la amenazaba con hacerse daño a sí misma. La señora Clark podía apagar cigarrillos en el brazo y su hija simplemente se quedaba sentada mirándola. Oliendo a piel quemada.

Cassandra se limitaba a escuchar. Mientras la señora Clark le suplicaba y le gritaba y le pedía a Cassandra que, por favor, hiciera un esfuerzo por estar guapa. Que fuera popular. Que hablara con un especialista. Que volviera a estar en la onda de la vida. Cualquiera cosa. Y lo único que hacía Cassandra era escuchar.

—Mi propia hija —dice la señora Clark—, y era tan sociable como una planta de interior.

Un robot que se pasó todo su último año sacando excelentes pero no fue al baile de graduación. No salía con chicos. No tenía amigas. Una Caja de Pesadillas que no paraba de hacer tictac, en una estantería alta.

—Se pasaba el día sentada —dice la señora Clark—, como la gente que está sentada en la iglesia.

Callada. Con la espalda recta. Con los ojos brillándole. Pero sin cantar, sin ofrecer nunca ningún detalle sobre lo que le pasaba dentro de la cabeza. Cassandra no hacía más que mirar y escuchar. No era la chica que su madre había conocido, sino otra persona. Una estatua que miraba hacia abajo desde detrás de un altar. Una estatua esculpida en una catedral hacía un millar de años. En Europa. Una estatua que sabía que había sido esculpida por Leonardo da Vinci. Así era como veía a Cassandra la gente.

Ahora la señora Clark dice:

—Me volvía loca.

Otras veces era como vivir con un robot. O con una bomba. Había días en que la señora Clark esperaba a que alguna secta o algún chiflado llamara por teléfono preguntando por Cassandra. Había noches en que la señora Clark dormía con un cuchillo debajo de la almohada y con la puerta de su dormitorio cerrada con llave.

Nadie sabía en qué se podía convertir aquella chica silenciosa. Había vivido algo

que el resto de la gente no podía ni imaginar. Tantas torturas y horrores que no le hacía falta contárselos a la gente. Ya nunca más necesitaría drama ni placer ni dolor.

Podías entrar en la sala, encender el televisor, comerte una bolsa de palomitas y solamente entonces darte cuenta de que estaba sentada a tu lado en el sofá.

En serio, así de siniestra era. Cassandra.

Un día a la hora de la cena, cuando estaban las dos solas sentadas a la mesa, la señora Clark le preguntó a Cassandra si se acordaba de la Caja de Pesadillas. Si aquella noche en la galería había tenido algo que ver con su desaparición.

Y Cassandra dijo:

—Me hizo querer ser escritora.

Después de aquello, la señora Clark ya no pudo dormir. Quería que su hija se fuera. A la universidad. Al ejército. A un convento. A donde fuera. Que se marchara.

Y un día la señora Clark llamó a la policía para decir que Cassandra había desaparecido.

Por supuesto, la había buscado por toda la casa. La señora Clark sabía cómo era capaz Cassandra de desaparecer fundiéndose con el papel de la pared o con las rayas de la tela del sofá. Pero había desaparecido de verdad.

Mientras todas las cintas amarillas descoloridas ondeaban todavía en los coches de todo el mundo, aquellos banderines de rendición, Cassandra Clark había vuelto a desaparecer.

CASSANDRA

Otro relato de la señora Clark

Si hacer un trabajo que odias tiene algún truco... La señora Clark dice que el truco es encontrar un trabajo que odies todavía más.

Después de que encuentres una empresa todavía más temible, las pequeñas tareas cotidianas son un paseo. He aquí otra razón para tener a un diablo a mano. Hace que todos los demás pequeños demonios parezcan más... soportables. Otra ampliación de la señora Clark a las teorías del señor Whittier.

Nos encanta el dramatismo. Nos encanta el conflicto. Necesitamos un diablo o nos lo inventamos.

Nada de eso es malo. No es más que la forma en que funcionamos los humanos. Los peces tienen que nadar y los pájaros tienen que volar.

Después de que su hija desapareciera por segunda vez, la señora Clark mojó un trozo de algodón en un frasco de aceite mineral y selló el cemento blanco de entre los azulejos del baño. Tardó casi un fin de semana.

Pasó un trapo para quitar el polvo a lo largo de todas y cada una de las lamas de las persianas.

De momento, todos aquellos trabajos tediosos eran soportables por la llamada telefónica que podía llegar. Los detectives de la policía llamando para decir que habían encontrado los restos. O peor, que habían encontrado a Cassandra viva.

Aquella chica robótica que podía pasarse todo el día sentada, pintando los arrendajos azules que piaban al otro lado de su ventana. O mirando cómo aquellos malditos pececillos nadaban y nadaban en círculos dentro de su pecera.

Aquella... desconocida sin dedos en las manos ni en los pies.

Lo que la señora Clark no sabía era que la policía había encontrado a Cassandra. Que un alevín de los boy scouts había regresado del bosque muy callado. Guardando en silencio su secreto, el descubrimiento que había hecho. En su exploración por el bosque, siguiendo un arroyuelo que iba por el fondo de un cañón, trepando por las rocas detrás de las cuales estaba inundado antes de que la roca se volcara y su lugar quedara también inundado, aquel alevín de los boy scouts estaba buscando un agujero lo bastante grande como para que dentro hubiera truchas. Un musgo verde coronaba las rocas y se extendía a su alrededor, y los árboles se erguían con ramas que se atropellaban entre sí. Bajo la sombra de estas estaba Cassandra Clark tumbada de lado, con las manos juntas bajo una de las mejillas de su cara flaca y pálida, como si estuviera durmiendo. Cassandra, desnuda en un lecho de aquel musgo espeso y blando, debajo del sitio donde las ramas de un espino colgaban bajas formando una

cortina que la envolvía por todos lados.

El boy scout se lo dijo a un adulto, que llamó al sheriff. Antes de que oscureciera, una cadena de detectives había seguido el arroyo por el fondo del cañón. Al anoecer, ya estaban en sus casas, una multitud de gente que no quería hablar de lo que habían visto aquel día en el trabajo.

Ninguno de ellos llamó a la señora Clark. En casa, esperando, esta le dio la vuelta a todos los colchones de la casa. Lavó las ventanas del segundo piso. Le quitó el polvo al borde de encima de los zócalos. Todas las tareas que la mayor parte del tiempo resultaban demasiado deprimentes no eran nada comparadas con el simple hecho de esperar. Limpió la chimenea, con el teléfono nunca lo bastante lejos como para no poder descolgarlo al primer timbrado.

Con motivo de aquella segunda desaparición nadie ató lazos amarillos a nada. Nadie fue buscando de puerta en puerta. Ni encendió velas para rezar oraciones. Ningún médium la llamó.

Ni siquiera las cadenas de televisión le hicieron una visita mientras la señora Clark se mataba a limpiar.

Así fue como Cassandra se pasó otra noche esperando en el cañón, tirada sobre un arroyo, y en medio de una ladera rocosa, a un buen trecho de cualquier carretera para el transporte de madera de los servicios forestales. No había pisadas marcando el camino, y sus pies descalzos parecían limpios, como si hubieran cargado con ella hasta allí.

Para entonces, ya era demasiado tarde para medir el potasio de su humor acuoso. Se le podían doblar los brazos, o sea, que llevaba más de dos días muerta. El rigor mortis había venido y se había marchado.

El primer equipo de detectives colgó un micrófono en la cortina de ramas de espino. Igual que pondrían un micrófono en la tumba de la víctima de un asesinato después de un funeral reciente. Porque el asesino tenía que regresar. El asesino tenía que hablar, que contar su historia hasta que ya estuviera gastada.

Otras historias lo gastan a uno.

Al único público que un asesino puede arriesgarse a tener, su víctima.

Cassandra en su lecho de musgo. Con el micrófono colgado encima, conectado a una grabadora y a un transmisor cuyas emisiones escuchaba un ayudante del sheriff apostado en las rocas del otro lado del cañón. Lo bastante lejos como para poder matar mosquitos a palmadas sin que el ruido lo delatara. Con los auriculares tapándole las orejas. Sentado en el suelo infestado de hormigas. Escuchando todo el tiempo.

Y en sus auriculares, los pájaros cantaban. El viento soplaba.

Es asombroso cuántos asesinos vuelven para decir adiós. Han compartido algo, el asesino y la víctima, y el asesino volverá para sentarse sobre la tumba y hablar de los

viejos tiempos.

Todo el mundo necesita un público.

En los auriculares del ayudante, las moscas negras zumbaban, venidas para poner sus huevos alrededor del borde húmedo de los párpados de Cassandra, en sus labios entreabiertos solamente un poco. Las moscas ponían huevos dentro de su nariz y de su ano.

En casa, la señora Clark había apartado con gran esfuerzo la nevera de la pared de la cocina para poder pasar el aspirador por las bobinas del compresor que había detrás.

En el lecho de musgo, la sangre de Cassandra se había acumulado en la parte de su cuerpo que quedaba más baja, dando la impresión de que las partes que quedaban a la vista, los pechos y las manos y la cara, estaban pintadas de blanco. Con los ojos abiertos y secos y pegajosos por culpa de los insectos que los chupaban. Con su pelo rubio. Con el pelo que le caía amarillo y tupido por detrás de la cabeza, pero también apagado, con ese aspecto que tiene el pelo cortado y muerto en el suelo de una barbería.

Sus células se estaban digiriendo a sí mismas, todavía intentando funcionar de alguna manera. Buscando comida desesperadamente, las enzimas de dentro empezaban a comerse las paredes de las células, y el amarillo de dentro de cada célula empezaba a supurar. La piel pálida de Cassandra empezaba a despegarse y a colgar flácida del músculo de debajo. Frunciéndose y llenándose de arrugas, la piel de sus manos parecía tan suelta como unos guantes de algodón.

Su piel estaba llena de incontables bultitos, una extensión de algo que podrían ser diminutas cicatrices de cuchillos, donde cada bulto se movía y se restregaba entre la piel y el músculo. Cada bultito era la larva de una mosca negra. Comiéndose la fina capa de grasa subcutánea, cavando túneles por debajo de su piel. Toda la superficie de ella, de sus brazos y piernas, era una constelación de bultitos en movimiento.

En los auriculares del ayudante de sheriff, el zumbido de las moscas dio paso al crujido de las larvas abriendo sus túneles a mordiscos.

En casa, a un paso del teléfono en silencio, la señora Clark ordenaba los adornos de Navidad en la atmósfera irrespirablemente polvorienta del desván, tirando cosas y empaquetando otras. Poniendo etiquetas a cada caja.

Las bacterias respiraban dentro de los pulmones de Cassandra, las bacterias que tenía en las tripas, en la boca y en la nariz se dividían y se dividían y volvían a dividirse, sin glóbulos blancos que las detuvieran. Su número aumentó astronómicamente, haciendo que su vientre pálido se hinchara hasta que sus hombros salieran proyectados hacia atrás. Las piernas se le abrieron. La barriga de Cassandra se hinchó hasta quedar tensa, embarazada del gas de dentro, del universo de bacterias que seguían comiendo y reproduciéndose.

La lengua se le hinchó, separándole las mandíbulas y sobresaliendo entre unos labios tan inflados como neumáticos de bicicleta. Las bacterias atravesaban el velo de su paladar, penetrando en la bóveda craneal, donde su cerebro esperaba, blando y comestible.

En casa, la señora Clark llevaba consigo el teléfono de habitación en habitación, fregando las paredes y lavando los vidrios llenos de moscas caseras muertas que cubrían todas y cada una de las lámparas del techo.

Un día más, y el cerebro de Cassandra saldría burbujeando, rojo y marrón, por sus narices y sus oídos. La masa cerebral blanda se derretiría y saldría burbujeando por las cuencas donde sus ojos se habían deshecho.

El micrófono recogía los ruidos. Era como el sonido amortiguado de las palomitas dentro de un microondas. Imaginen meterse en agua caliente llena de jabón de burbujas y en el sonido constante que hacen esas burbujas al deshacerse. Era el ruido de la lluvia fuerte sobre un patio de cemento. Del granizo al golpear el techo de un coche. Ese es el sonido de los gusanos, que para entonces ya eran tan gruesos como granos de arroz blanco. El micrófono captó un desgarrón y un silbido, el ruido de la piel al partirse y de la barriga de Cassandra al soltar el gas.

Llegaron los escarabajos carnívoros. Los ratones y las urracas. Los pájaros cantaban en el bosque, y cada secuencia de notas era alegre como una ristra de luces de colores. Un pájaro carpintero escuchaba con la cabeza inclinada para oír a los insectos de dentro de un árbol. Y se puso a golpear para hacer un agujero con el pico.

La piel se hundió, caída sobre los huesos, mientras las tripas de Cassandra rezumaban al exterior. Filtrándose en el suelo. Dejando nada más que una sombra de piel, un armazón de huesos envueltos en un charco de su propio lodo.

En los auriculares del ayudante del sheriff, los ratones masticaban a los escarabajos. Las serpientes llegaban para tragarse a los ratones entre los chillidos de estos. Todo parecía aspirar a ser el último eslabón de la cadena alimenticia.

En casa, la señora Clark rebuscó entre los papeles de la habitación de su hija, dentro de los cajones de su escritorio. Las cartas escritas en papel de carta de color rosa. Las viejas tarjetas de felicitación de cumpleaños. Y escrita a lápiz, copiada en la caligrafía de Cassandra sobre una hoja de un cuaderno pautado, con las perforaciones irregulares desplegadas a un lado, había una nota que decía:

Retiro para escritores: Abandone su vida durante tres meses...

Y luego echó los pececillos de su hija al retrete, todavía vivos, y tiró de la cadena. Y luego la señora Clark se puso su abrigo de invierno.

Aquella noche, en los auriculares del ayudante del sheriff, una voz de mujer dijo:

—¿Es ahí donde fuiste? ¿En ese retiro para escritores es donde te torturaron?

Era la voz de la señora Clark, que decía:

—Lo siento, pero tendrías que haber seguido desaparecida. Cuando volviste, ya

no eras la misma. —Dijo—: Te quería mucho más cuando no estabas.

Esta noche, mientras nos cuenta su relato a los demás en el vestíbulo de terciopelo azul, la señora Clark dice:

—Lo hice con pastillas para dormir. —Sentada en mitad de las escaleras amplias y azules, dice—: En cuanto vi el micrófono allí colgado, eché a correr.

Aquella noche en el cañón, llegó a oír bajar a toda prisa por entre los matorrales al ayudante del sheriff, que venía a detenerla.

Sin nada en el mundo más que su abrigo de invierno y su bolso, la señora Clark llamó al número de teléfono que había en la nota escrita a mano de Cassandra. Conoció al señor Whittier y nos conoció a los demás.

Mirando alternativamente nuestras manos vendadas y nuestros pies y después nuestro pelo revuelto y nuestras mejillas hundidas, la señora Clark dice:

—Nunca he sido su... nada. Nunca he amado a Whittier.

La señora Clark dice:

—Solamente quería saber qué le había pasado a mi hija.

La verdad es que fue el señor Whittier el que mató a la chica a la que ella había parido.

Ella dice:

—Yo solamente quería saber por qué.

El Casamentero está a solas en el lounge estilo Renacimiento italiano cuando lo encontramos. La mayoría de los días, mientras las luces están encendidas, simplemente permanece de pie junto a la mesa larga y negra de madera con la bragueta abierta y el cuchillo de carnicero en una mano. Y en su mirada: cortar o no cortar.

Suuu-ruuuc, el ruido de su ritual familiar.

La prueba de que un día el peor de tus miedos puede desaparecer. No importa que algo parezca muy terrible, puede que mañana ya no esté.

El Casamentero ha dejado de pedirnos a los demás que blandamos el cuchillo de carnicero. ¿Por qué íbamos a ayudarlo a acaparar la futura atención del público? No, si quiere mutilarse de forma tan grave, que lo haga él mismo.

Las patas de la mesa están talladas en forma de ristas de bolas de distintos tamaños, ensartadas o apoyadas una encima de la otra formando una columna recta. Las bolas que tocan el suelo o el tablero de la mesa son del tamaño de manzanas. La bola del medio de cada pata es del tamaño de una sandía. Las cuatro patas son del mismo color negro grasiento. Larga y estrecha como un ataúd, la mesa parece tallada en cera negra. Larga y plana y sucia, de forma que no refleja nada.

Igual que siempre, el Casamentero está ahí de pie, con la cuchilla lista. Tocándose el pecho con la barbilla. Mirando cómo su polla sobresale de su bragueta abierta igual que un gato miraría una ratonera.

El lounge estilo Renacimiento italiano ha tenido el mismo papel de pared vetusto de color verde satinado desde que la camioneta blanca nos dejó en el callejón. Desde tiempos inmemoriales. El verde satinado tiene un aspecto húmedo. Resbaladizo. Un reborde de pintura dorada perfila todos los respaldos tallados de las sillas y todas las molduras de los zócalos y todos los soportes de las velas eléctricas que hay en la pared de papel verde satinado.

Hundidas en pequeñas cavernas en la pared, en armaritos abiertos o nichos de color verde satinado, hay estatuas de gente desnuda con músculos y pechos tan enormes que parecen gordos. Son estatuas más altas que la mayoría de la gente y están de pie sobre pedestales de yeso pintados de ese negro verdoso que uno espera de la malaquita. Algunas tienen lanzas y escudos en las manos. Otras están proyectando hacia fuera sus culos de yeso blanco, de pie con los pies juntos y la baja espalda arqueada. Musculosas o culonas, de los pies para arriba tienen el yeso sucio de huellas de dedos, o bien rayado, lleno de muescas blancas dejadas por uñas, pero solo hasta allí donde una persona puede llegar. Solo hasta la cintura más o menos.

Subimos las escaleras procedentes de la galería estilo chino imperial, pasando súbitamente del rojo al verde, y hoy el Casamentero tiene la polla colgando fuera.

Jadeando, tosiendo y con una mano sobre el pecho, el Reverendo Sin Dios dice:

—Ya vienen, gente... Se les oye en el callejón de fuera.

Desde detrás de su cámara, el Agente Chivatillo dice:

—Si te la vas a cortar, córtatela ahora.

Y con el cuchillo de carnicero en la mano, el Casamentero dice:

—¿Qué?

La polla del pobre Casamentero, comparada con el resto de su cuerpo narigudo, de ojos saltones y mejillas hundidas, parece grande como una estatua. Es el último de nosotros que sigue intacto. Tan sucio que se le ha adherido la parte de dentro de la camisa, y su piel tensa parece agrietada y hecha añicos por los entramados de venas y arterias que le envuelven las manos huesudas. Las venas le abultan y le serpentean por debajo de la piel de la frente. Sus tendones palpitan y tiemblan, enmarañados con la piel de su cuello.

—Hay gente fuera —dice el Eslabón Perdido, con la boca oculta detrás del extremo gordo de su nariz, perdida en alguna parte por encima del enorme escroto de su barbilla peluda. Dice—: Están taladrando la cerradura. Estamos a punto de ser famosos.

Bueno, todos... salvo el Casamentero, el hombre que no tiene cicatrices que mostrar, que no tiene señales de nada más que de no comer.

Alrededor de la punta grisácea de su polla, la madera está toda marcada por los ensayos de los tajos, cada tajo a un ángulo distinto. La madera cortada se ha reblandecido por nuestra sangre. Y la pulpa reblandecida se ha astillado y se ha deshecho con los golpes hasta caer al suelo.

La gata se comió nuestras orejas y dedos de los pies y las manos. Miss América se comió a Cora Reynolds. Nosotros nos comimos a Miss América y a su hijo. La cadena alimenticia, completada.

Todos luchamos por ser los últimos de la cadena.

La cámara tras la cámara tras la cámara.

El Conde de la Calumnia levanta una mano y menea los tres dedos sanguinolentos que le quedan, con las uñas arrancadas y desaparecidas, y dice:

—Corre, dame el cuchillo. —Dice—: Todavía tengo tiempo de sufrir un poco más.

El Chef Asesino se deja caer en una silla palaciega dorada y se quita los zapatos con los pies. Se agarra los calcetines por la punta y estira de ellos y los alarga y los alarga y los alarga hasta que se le salen de los pies. Se mira los dedos de los pies y dice:

—Yo primero. Me quedan demasiados dedos en los pies.

El pobre Casamentero, de pie con las caderas pegadas al borde de madera negra de la mesa, con la polla colgando, dice:

—No me metáis prisas. —Con el sudor manando de los agujeritos de su frente, dice—: Vosotros ya tuvisteis vuestra oportunidad para sufrir. Ahora me toca a mí.

—Pues sufre ya —dice el Chef. Chasquea los dedos que le quedan y dice—: O devuélveme mi cuchillo. Es mi cuchillo. —Y se pone de pie con la mano extendida.

El Conde se acerca a la mesa, sosteniendo la grabadora en la mano, con la rejilla del micrófono lista para borrar el pasado grabando encima el ruido seco del tajo. El Conde de la Calumnia dice:

—Sé un hombre.

Y dice:

—Esta es tu última oportunidad. Sé un hombre y córtate esa polla.

El Eslabón Perdido, con la camisa abierta y con un pecho donde no se ve nada más que pelo oscuro y la escalera de mano de sus costillas, dice:

—Cuando se abra la puerta, va a ser demasiado tarde para todos nosotros. —Dice—: Así que date prisa.

Y el Casamentero se queda mirando su reflejo en la hoja enorme del cuchillo de carnicero. Levanta el filo en dirección al Reverendo Sin Dios y dice:

—¿Me ayudas?

El Reverendo coge el cuchillo. Agarra el mango con las dos manos y le da una cuchillada al aire.

El Casamentero suspira, respira hondo y expulsa el aire, y pega las caderas a la mesa.

—No me avises, simplemente hazlo —dice el Casamentero.

Y el Reverendo dice:

—Recuerda. —Dice—: Solo hago esto como un favor.

El Casamentero cierra los ojos. Se pone las dos manos ahuecadas encima de la cabeza, con los dedos entrelazados.

Y... entonces... *Suuu-ruuuc*. El cuchillo de carnicero está clavado en la madera negra de la mesa. La mesa da un bote y se queda vibrando, y algo sale disparado y se queda tirado en la otra punta. Algo de color rosa borroso y propulsado por un géiser caliente de sangre. Con un chorro de color rojo todavía explotándole en la bragueta, el Casamentero extiende un brazo para intentar coger el objeto que ha salido disparado. Para atraparlo. Luego le fallan las rodillas.

Agarra el borde de la mesa con las dos manos, pero los dedos le resbalan. Su barbilla golpea el tablero y sus dientes chocan entre sí con un cliqueteo fuerte. Después, tanto el Casamentero como su pene están debajo de la mesa. Los dos convertidos en nada más que carne gris.

Nuestro pobre Casamentero ya no es más que atrezzo que podemos usar en

nuestra historia. Nuestra nueva marioneta. Su relato familiar sobre mamadas y campos de exterminio es ahora nuestra historia.

El Eslabón Perdido se agacha debajo de la mesa. Se pone de pie con la polla gris cortada en la mano, la mayor parte de la cual es piel arrugada como resultado de cambiar de forma y tamaño cada vez que se empalmaba. Y nada más que carne rosa normal en el extremo cortado...

—Me la pido —dice el Eslabón. La olfatea una vez, dos veces, apuntando con la nariz hacia arriba y los orificios nasales dilatados y casi tocando la carne. Se encoge de hombros y dice—: Todo lo que cocinemos en ese microondas va a saber a palomitas...

Hasta el Eslabón sabe que comerse el pene cortado de un muerto le va a conseguir cobertura en hora de máxima audiencia en todos los programas nocturnos de entrevistas del mundo. Solamente para describir cómo sabía. Después vendrán las campañas de promoción de salsas de barbacoa y de ketchup. Después, su propio libro de cocina humorístico. Los programas de radio con presentadores impertinentes. Y después, concursos de horario diurno durante el resto de su vida.

Una víctima, alguien a quien le faltan dedos en las manos y en los pies para probar que ha sufrido, tiene el beneplácito del mundo para hacer siempre despliegues de mal gusto.

Y con los brazos extendidos y las manos levantadas, la Señorita Estornudos dice:
—No puedes hacer eso.

Mirándonos desde sus nichos de color verde satinado, las estatuas desnudas son nuestro público.

—Mírame —dice el Eslabón Perdido, e inclina la cabeza hacia atrás, con la boca abierta en dirección al techo verde. Sostiene el brazo en alto y deja caer el pingajo carnoso sobre su lengua. Se lo mete en la boca, entero, y se lo traga.

Vuelve a tragar y abre mucho los ojos. Vuelve a tragar y la cara peluda se le hincha y se le pone roja. Con los ojos fuertemente cerrados debajo de su única ceja. Se agarra la garganta con las manos y le caen lágrimas por las mejillas ruborizadas. El Eslabón se agarra la garganta, sin respirar. Da un paso bamboleante estilo Frankenstein, luego otro y por fin otro más por la sala.

Su cara roja por el pánico bosteza y sus dientes y labios de hombre lobo articulan palabras sin emitir ningún sonido. Cae de rodillas y se arrastra sobre su estómago. Todos sus esfuerzos —el llanto, el arrastrarse y las súplicas— en silencio.

El Conde de la Calumnia se queda sin nada que grabar después de que el Eslabón diga: «Mírame».

De rodillas, el Eslabón Perdido se inclina hacia un lado. Se desploma y se queda tirado, en silencio, con los ojos todavía fuertemente cerrados, con los puños todavía apretándose la barriga.

El Chef Asesino mira al Conde, que mira a la Señorita Estornudos, que sorbe por la nariz y dice:

—Tal vez la gente que viene a rescatarnos pueda salvarlo...

Y el Reverendo Sin Dios niega con la cabeza.

La verdad es que ahora mismo no hay nadie en la planta baja taladrando la cerradura de la puerta del callejón. No hay ningún equipo de rescate. Nadie ha venido a salvarnos. Hemos mentido porque estábamos cansados de que el Casamentero acaparara el cuchillo de carnicero.

Y ahora somos dos menos a repartir el dinero. Solamente quedamos once.

Bajando por las escaleras, con la falda replegada y sosteniéndosela con las dos manos, la Baronesa Congelación aparece caminando penosamente. Sonriendo con sus labios rosados y llenos de cicatrices y jirones hasta que ve al Casamentero en el suelo, con la mayor parte de su ropa empapada de sangre negra. Y a su lado, el Eslabón Perdido con los ojos fuertemente cerrados, agarrotados por el rigor mortis, en medio de su cara gris y peluda.

Con su agujero abierto y parecido a un mohín grasiento, la Baronesa dice:

—¿Quién es el cabrón que ha matado al Casamentero?

Ninguno de nosotros, le decimos. Después de todo este tiempo, se ha cortado la polla.

Y el pobre Eslabón ha muerto de asfixia cuando intentaba tragarse la polla cortada.

El Eslabón Perdido: el último eslabón de la cadena alimentaria. Bueno, el último eslabón si uno no cuenta los microbios y las bacterias que la señora Clark explicaba que se habían comido a su hija.

Ya nos estamos imaginando cómo sonará esta escena en la radio. Ya nos estamos preguntando si se puede decir «pene» en la televisión generalista. Solamente esta escena tendrá más de lo que dan la mayoría de los libros basados en hechos reales, y solamente nosotros la hemos visto. El ensayo general real para que algún día una estrella de cine muera asfixiada por la polla cortada de otra estrella de cine.

Alguien que se muere de asfixia porque tiene la garganta bloqueada por un pene, esa es la clase de escena que gana Oscars.

Lo hemos visto solo nosotros y tal vez la Baronesa.

Salvo que nuestra versión dirá que la señora Clark cortó el pene y obligó al Eslabón Perdido a tragárselo entero. La verdad resulta muy fácil cuando todo el mundo está de acuerdo en a quién culpar.

—No quiero ser una aguafiestas —dice la Baronesa Congelación—. Pero vamos a necesitar un villano nuevo.

El diablo ha muerto: necesitamos un nuevo diablo.

La Baronesa camina dándose aires hasta la mesa de madera oscura y arranca el

cuchillo de carnicero con las dos manos del tablero deshecho por los tajos. Y dice que alguien ha matado a la señora Clark.

—Quien haya sido —dice la Baronesa— no puede tener mucha hambre ahora mismo.

El asesino se ha comido la mayor parte de su pierna izquierda. El resto de ella está detrás del escenario, en su camerino, muerta a puñaladas en el vientre.

El Chef Asesino blande el puño en dirección al Conde de la Calumnia y dice:

—Gilipollas estúpido y codicioso.

Y el Conde dice:

—Espera. —Dice—: Escucha...

Nos quedamos en silencio y podemos oír su estómago. El estómago del Conde está pataleando y gruñendo sin nada dentro más que el fantasma del bebé estofado de Miss América. No puede haber sido él.

Con todo, la señora Clark —nuestra diablesa armada con látigo y retorcedora de dedos— sigue estando muerta. Lo que queda de ella no son más que sobras.

Nuestro nuevo encargo laboral es elegir a nuestro nuevo diablo.

Después de cenar.

Y es mientras cenamos cuando la Señorita Estornudos se suena la nariz. Se sorbe los mocos y tose y dice que de verdad necesita contarnos una historia.

LA INTÉRPRETE

Un poema sobre la Señorita Estornudos

«Mi abuela se ganaba la vida —dice la Señorita
Estornudos— diciendo “Te quiero”.»
De todas las formas posibles. Para la gente que no podía.

La Señorita Estornudos en el escenario, por los puños de su
jersey asoman los pedazos
y volantes de los pañuelos de papel sucios que ella lleva dentro.
Los pañuelos amarillentos y apelmazados por las
descargas nasales.

En su nariz mucosa brillan los mocos y la sangre, y sus ojos
están
llenos de rayos rojos y emiten lágrimas que le caen por las mejillas.

En el escenario, en vez de un foco, el fragmento de una
película:
una escena de un drama médico, donde aparecen médicos y personal de un hospital
con batas blancas y tubos de ensayo en las manos,
ocupados en encontrar una cura.

Entre sorberse la nariz y toser, la Señorita Estornudos dice:
«Hasta su muerte, mi abuela ganaba dinero diciendo “Feliz cumpleaños” a la
gente».
Diciendo: «Lo siento en el alma».
Diciendo: «Enhorabuena». Y «¡Estamos muy orgullosos de ti!»
y «Feliz Navidad».

Tantas veces como era posible, su abuela decía: «Feliz aniversario»,
«Feliz día del Padre»
y «Feliz día de la Madre»
para una empresa de tarjetas de felicitación.

Entre sonarse la nariz y volver a meterse el pañuelo de papel

en la manga, la Señorita Estornudos dice:

«El trabajo de mi abuela era interpretar lo que los demás no tenían palabras para decir».

Pero todos sus «Feliz cumpleaños»,

todas las tarjetas, en realidad las escribía pensando en la Señorita Estornudos.

El sector de audiencia ideal de su abuela.

Y el expositor de tarjetas era su cuenta bancaria, el fondo

fiduciario que dejaba atrás de buenos deseos para el futuro

de su nieta.

Para que cuando ella muriera, la Señorita Estornudos

pudiera ir y encontrar el «Te quiero» adecuado

o el «Feliz día de San Valentín» para ese momento del futuro lejano.

Mucho tiempo después de que su abuela muriera.

«Con todo —dice la Señorita Estornudos—, hay una tarjeta, una ocasión especial que ella nunca cubrió.»

Tendría que haber una tarjeta que dijera: Lo siento.

Por favor, abuela.

Por favor, perdóname.

No quería matarte.

ESPÍRITUS MALIGNOS

Un relato de la Señorita Estornudos

Suena el interfono. Primero hay un crujido de estática y luego una voz estridente de mujer que dice:

—Buenas noticias, cariño. —La voz que sale de la rejilla del altavoz pertenece a Shirlee, la vigilante nocturna, que dice—: Parece muy probable que vayas a poder follar en esta vida...

Recién admitida esta semana, Shirlee dice que se trata de otro portador del virus de Keegan Tipo 1. Que el nuevo residente es asintomático, y, mejor todavía, que tiene una polla enorme.

Shirlee es lo más parecido a una amiga íntima que se puede tener aquí.

¿Se acuerdan de aquel niño que tenía que vivir dentro de una burbuja de plástico porque no era inmune a nada? Bueno, pues este sitio es lo contrario. La gente que vive aquí, en Columbia Island, los residentes permanentes, son portadores de microbios que matarían al mundo entero. Virus. Bacterias. Parásitos.

Incluida yo.

Los agentes del gobierno, los mandamases de la marina, llaman a este sitio el Orfanato. Es lo que dice Shirlee. Lo llaman el Orfanato porque, si estás aquí, es que tu familia está muerta. Lo más probable es que tus maestros estén muertos. Que todos tus viejos amigos estén muertos. Que todo el mundo que conocías esté muerto y que los hayas matado tú.

Ya saben que el gobierno está un poco en un atolladero. Claro, podrían matar a esta gente —para proteger el interés del público—, pero esta gente es inocente. Así que el gobierno finge que puede encontrar una cura. Tiene a la gente encerrada aquí y cada semana les sacan sangre para hacerles pruebas. Cada semana les dan sábanas limpias y cada día tres comidas.

Cada gota de pis que sale de ellos, el gobierno la esteriliza con ozono y con radiación. Cada bocanada de aire que exhalan es filtrada y fregada con luz ultravioleta antes de que ese aire regrese al mundo exterior. Los residentes de Columbia Island no cogen resfriados. Nunca tienen contacto con nadie que les pueda pasar la gripe. Salvo por el hecho de que todos ellos son portadores de sus propias plagas personales con potencial de pandemia mundial, son la pandilla de tíos y tías con mejor salud que nunca querrías conocer.

Y es trabajo de la marina encargarse de que nunca los conozcas.

La mayor parte de lo que yo sé viene de Shirlee, mi vigilante nocturna. Shirlee dice que estar encerrada aquí tampoco es para quejarse. Dice que la gente del mundo

de fuera tiene que trabajar de sol a sol todos los días y aun así no consiguen ni la mitad de lo que quieren.

Ahora Shirlee se dedica a decirme que encargue unos rulos térmicos. Para ponerme un poco guapa. Para mi nuevo futuro novio. Este tipo nuevo que es portador del Virus de Keegan Tipo 1.

Aquí uno se limita a ir al ordenador y escribir una lista de lo que quiere. Y si el presupuesto lo permite, es suyo. El principal obstáculo es cuando pide demasiadas cosas. Libros. Discos compactos. Películas en DVD. Pueden meterlo aquí, pero después de tocarlas, las cosas se vuelven tóxicas. El mayor problema es cómo incinerarlas hasta que se vuelvan ceniza tóxica.

Para solucionar esto, Shirlee te hace pedir cosas que quiere Shirlee. A Shirlee le encanta el rollo Elvis Presley antiguo. El rollo Buddy Holly. Yo lo pongo en la lista y Shirlee se queda la música en cuanto llega. Sin líos. Sin alboroto. Y evitando grandes acumulaciones de cosas tóxicas en la habitación.

Los tíos de la marina dicen que no se pueden permitir libros de poesía. Que si algún perro guardián de la administración ve algo como *Hojas de hierba* en un documento de la Freedom of Information Act, aquí van a rodar cabezas. Así que Shirlee me compra mis libros de su bolsillo. Y yo le pago con discos compactos de Elvis que encargo pero que no quiero. La mayoría de las noches, Shirlee quiere educarme sobre los acontecimientos del presente, como, por ejemplo, quién está tirando bombas sobre qué país y quién es el nuevo cantante al que todas las chicas se quieren follar.

Pero lo que yo quiero saber son las cosas que Shirlee no puede decirme. Las cosas que he empezado a olvidar. Como la sensación de la lluvia sobre la piel. O cosas que nunca supe, como dar besos con lengua.

Hablamos la una con la otra mediante un interfono. Esto comporta pulsar un botón cuando hablas y soltarlo para oír a la otra persona. Incluso ahora, cuando intento imaginarme la cara de Shirlee, lo único que veo es la rejilla del altavoz que hay en la pared de al lado de la cama.

Y Shirlee no para de preguntarme cómo he llegado aquí.

Y yo le digo: Fue la brillante idea de mi padre.

Shirlee siempre me está persiguiendo para que me afeite las piernas. Para que pida una cama de bronceado. Para que pedalee mil kilómetros en mi bicicleta estática hacia ninguna parte.

La voz de Shirlee me dice desde la rejilla del altavoz:

—Solamente la pierdes una vez.

Tengo veintidós años y sigo siendo virgen. Hasta hoy parecía bastante claro que me iba a morir virgen.

Con todo, tampoco es que sea una retrasada social. Los residentes pueden ver la

televisión. Pueden navegar por internet. Por supuesto, no se pueden enviar mensajes fuera. Se pueden espiar los chats, leer todo lo que pasa, pero no se puede participar. Se puede leer lo que la gente cuelga en los tablones de anuncios, pero no se puede contestar. No, el gobierno necesita mantenerte bajo secreto de Seguridad Nacional.

Y la voz de Shirlee dice desde la rejilla del altavoz:

—¿Cómo es que tu viejo te metió aquí?

Fue durante mi último año en el instituto, cuando la gente que me rodeaba empezó a morir. Se morían de la misma forma en que mis padres se habían muerto diez años antes.

Mi profesora de inglés en el instituto, la señorita Frasure, un día tenía en la mano una redacción que yo había escrito y le estaba diciendo a toda la clase que era muy buena, y al día siguiente estaba llevando gafas de sol bajo techo. Diciendo que la luz le hacía daño en los ojos. Masticando esas aspirinas con sabor a naranja que la enfermera del instituto les daba a las chicas que tenían la regla. En lugar de dar clase, apagó las luces y le puso a la clase una película titulada *Cómo preparar las piezas de caza sobre el terreno*. La película ni siquiera era en color. Era simplemente el único rollo de película que quedaba en la estantería de la sala de audiovisuales.

Y aquel fue el último día que vimos a la señorita Frasure.

Al día siguiente, la mitad de los chicos y chicas a los que yo conocía le pidieron aquellas aspirinas con sabor a naranja a la enfermera. En lugar de clase de inglés, nos enviaron a la biblioteca de la escuela para una hora de estudio en silencio. La mitad de la clase dijo que no podía concentrar la vista para leer un libro. Detrás de una estantería, dejé que un chico llamado Raymond me besara en la boca. Con tal de que siguiera diciendo que yo era guapísima, le dejé ponerme una mano debajo de la camisa.

Al día siguiente Raymond no vino a la escuela.

Al tercer día, mi abuela fue a urgencias diciendo que le dolía tanto la cabeza que los bordes de su campo de visión se estaban poniendo negros. Que se estaba quedando ciega. Yo no fui a la escuela para estar sentada en la sala de espera del hospital. Estaba leyendo un ejemplar de la revista *National Geographic*, con todas las páginas arrugadas y desgastadas, sentada en una silla de plástico rodeada de bebés que lloraban y de ancianos, cuando se me acercó un hombre en la sala de espera empujando una camilla con ruedas. Llevaba un mono blanco y una máscara de quirófano de gasa.

El hombre llevaba el pelo al rape, y a través de la máscara de gasa le dijo al resto de la gente de la sala que saliera. Que necesitaban evacuar aquella parte del hospital. Yo iba a preguntar si mi abuela estaba bien y el hombre me agarró de mi brazo flaco. El hombre llevaba guantes de látex. Mientras los ancianos y los bebés llorando se alejaban a toda prisa por el pasillo, dejando atrás la camilla con ruedas, aquel hombre

me retuvo en la sala de espera y me preguntó si yo era Lisa Noonan, de diecisiete años, con domicilio actual en el 3438 de West Crestwood Drive.

El hombre cogió un bulto azul de la camilla envuelto en plástico hermético de color claro y lo abrió. Dentro había un traje aislante azul, todo de plástico y de nailon con cremalleras cosidas en el torso y en la espalda.

Yo le volví a preguntar por mi abuela.

Y el hombre de la camilla agitó el traje aislante azul. Me dijo que me lo pusiera y que iríamos a ver a la abuela a cuidados intensivos. El traje, me dijo, era para proteger a mi abuela, y lo sostuvo por los hombros para que yo pudiera meter las piernas dentro. Un traje aislante consta de tres capas de plástico, cada una de ellas sellada con cremalleras. Tiene guantes incorporados y pies y una capucha puntiaguda con una ventanilla de plástico transparente para ver el exterior. La cremallera exterior sube por la espalda y tiene un mecanismo de bloqueo, de forma que uno queda atrapado dentro.

Cuando me quité las zapatillas de tenis, el hombre las recogió con sus guantes de látex y las selló dentro de una bolsa de plástico.

En la escuela se rumoreaba que a la señorita Frasure le habían hecho un TAC que mostraba un tumor cerebral. Que el tumor era del tamaño de un limón y estaba lleno de un líquido amarillento con aspecto de orina. De acuerdo con los rumores, el tumor seguía creciendo.

Justo antes de cerrar la capucha, el hombre de la camilla me dio una pastillita azul y me dijo que la disolviera debajo de la lengua.

La pastilla tenía un sabor dulce. Tan dulce que se me llenó la boca de saliva y tuve que tragar.

El hombre me dijo que me subiera a la camilla. Que tenía que tumbarme con la cabeza sobre la pequeña almohada de papel y que entonces iríamos a ver a mi abuela.

Yo le pregunté si se iba a poner bien. Mi abuela me había criado desde que yo tenía ocho años. Era la madre de mi madre, y había venido desde la otra punta del país para buscarme después de que murieran mi madre y mi padre. Para entonces, yo estaba tumbada en la camilla y el hombre la estaba empujando por un pasillo del hospital. A través de las puertas abiertas se veía que todas las camas estaban vacías y que las sábanas estaban apartadas dejando al descubierto las marcas de los cuerpos de la gente enferma. En algunas salas, los televisores todavía emitían música o mostraban a gente hablando. Al lado de algunas camas todavía había bandejas del almuerzo con sopa de tomate humeante.

El hombre empujaba la camilla tan deprisa que los baldosines del techo empezaron a verse borrosos, tan deprisa que, tumbada en ella, tuve que cerrar los ojos para no marearme.

El sistema de megafonía del hospital no paraba de repetir: «Código naranja, ala

este, segunda planta... Código naranja, ala este, segunda planta...».

Y yo seguía tragando el sabor dulce y pegajoso de aquella pastilla.

Shirlee dice que dos de esas pastillitas azules supondrían una sobredosis letal.

Cuando me desperté estaba aquí, en esta sala con vistas a la bahía de Puget Sound, con el televisor de formato ancho y con este baño limpio de azulejos azules. Con el interfono en la pared junto a la cama. Con algo de ropa y música de mi habitación en casa, todo ello empaquetado en cajas con envoltorio sellado de plástico. Debía de haber una cámara vigilándome, porque en cuanto me senté en la cama, el interfono dijo: «Buenos días».

Mi abuela estaba muerta, Raymond estaba muerto. La señorita Frasure, mi profesora de inglés... muerta. De aquello hace cuatro navidades, pero muy bien podría ser la reposición de una serie en blanco y negro que vi hace cien años.

En el Orfanato se pierde la noción del tiempo. De acuerdo con la ficha, tengo veintidós años. Soy lo bastante mayor como para beber cerveza y solamente he besado a un chico muerto.

En cuestión de dos o tres días, mi vida se había acabado. Ni siquiera me gradué en el instituto.

Cuando acumulas una carga vírica lo bastante grande como para transmitir el virus de Keegan de Tipo 1, no esperas que te proporcionen un abogado. O un asistente social. O un defensor del pueblo. Acabas en Columbia Island, y lo que te espera es quedarte en una habitación de hotel decente, como las de las cadenas de hoteles, las del Ramada Inn o el Sheraton, pero durante el resto de tu vida. Con las mismas vistas. Con el mismo cuarto de baño. Con comida del servicio de habitaciones. Con películas en la televisión por cable. Con una colcha marrón. Con dos almohadas. Con una silla reclinable marrón.

Aquí hay gente encerrada que solo cometió una equivocación. Se sentaron al lado de un desconocido en un avión cuando no debían. O hicieron un trayecto largo en ascensor con otra persona con la que no cruzaron ni una palabra, y después no se murieron. Se puede llegar de muchas formas a pasar la vida entera encerrado aquí. En esta pequeña isla en medio de la bahía de Puget Sound, en el estado de Washington, en el Hospital Naval de Columbia Island.

La mayoría de la gente que hay aquí llegó al cumplir los diecisiete o los dieciocho años. El médico en plantilla, el doctor Schumacher, dice que estuvimos expuestos a algo cuando éramos pequeños, a algún virus o algún parásito que tardó años en incorporarse a nuestro sistema inmunológico. En el momento en que alcanzó la carga viral suficiente o el bastante nivel en el suero sanguíneo, la gente de nuestro alrededor empezó a morir.

Es entonces cuando los Centros de Control Sanitario detectan un cúmulo de muertes y sus equipos llegan para meterte en un traje aislante, ponerte en un carro y

traerte aquí para que pases el resto de tu vida.

Cada residente de Columbia Island es portador de algo distinto, dice Shirlee. De una cepa única de virus asesino. O de parásito o bacteria letal. Es por eso que están todos aislados. Para que no se maten entre sí.

Con todo, dice Shirlee, en invierno hay calefacción. Y en verano aire acondicionado. Te hacen todas las comidas, pescado y verduras, o helado, sándwiches de dos pisos, cualquier cosa que entre en el presupuesto.

Cuando llegan los días más calurosos de agosto, Shirlee dice que solo el aire acondicionado hace que dé gracias por trabajar aquí.

Shirlee llama a los residentes «vacas lecheras de sangre». En todas las suites de los residentes hay dos largos brazos de goma que salen de la pared debajo de un espejo. Los brazos son un tipo de guantes largos de goma a prueba de balas. Cada dos días se enciende una luz detrás del espejo que muestra a un técnico de laboratorio sentado allí, y entonces él o ella pasa los brazos a través de la pared de goma y toma una muestra de sangre, la pone en una pequeña cámara estanca y la recupera sin peligro al otro lado.

Es cuando se enciende la luz, cuando el espejo de tu suite se convierte en una ventana, cuando puedes ver la cámara que hay siempre ahí. Siempre observando. Grabándote.

Forma parte del trabajo de Shirlee pastorear a las vacas lecheras de sangre hasta afuera para que hagan un poco de ejercicio.

De vez en cuando, el personal deja que las vacas se pongan trajes aislantes. Dentro del traje lo único que se huele es látex con polvos. Uno coge una flor o se tumba en la hierba y lo único que siente es látex. Dentro de la capucha sellada lo único que oyes es tu propia respiración. Los demás residentes del hospital se pasan un frisbee, siempre conscientes del número exacto de minutos que les quedan antes de que Shirlee los pastoree hasta el interior. Siempre conscientes de los tiradores expertos con rifles que están ahí en caso de que a algún residente se le ocurra tirarse al agua para intentar escaparse. Vestido con un traje aislante equipado con su propio sistema de oxígeno, uno podría echar a andar por el fondo cenagoso de la bahía de Puget Sound y plantarse en el centro de Seattle. Con las siluetas en color azul oscuro de los barcos cruzando la bahía por encima de su cabeza.

En caso de que se estén preguntando cómo salí yo...

—Después de esa larga caminata por el fondo marino —dice la Señorita Estornudos—, mis senos nasales nunca se han recuperado. —Y se limpia la nariz de lado con una manga.

En Columbia Island, los pacientes tumbados en el jardín del hospital, pasándose un frisbee entre ellos, vestidos con sus trajes aislantes holgados de color azul, podrían ser un grupo de animales de peluche. Todos azules, de la cabeza a los pies. Sudando

dentro de sus capas de nailon y látex encauchados. Corriendo y atrapando el frisbee, todo el tiempo en la mirilla del rifle de algún soldado de la marina. No suena divertido, pero a uno le entran ganas de llorar cuando le llega la hora de volver adentro, de pasar la vida a solas en su habitación.

Entre los demás residentes hay una chica que tiene los ojos verdes. Un tipo que tiene los ojos castaños. Con los trajes aislantes, lo único que se ve son los ojos de la gente. El chico de los ojos castaños, Shirlee dice que es el otro portador del Keegan de Tipo 1.

El tipo nuevo de la polla enorme. Ella lo ha visto a través del cristal que funciona como espejo por un lado y como ventana por el otro.

Shirlee dice que la próxima vez que yo hable con el doctor Schumacher le tengo que proponer empezar un programa de reproducción. A ver si podemos engendrar una generación de bebés inmunes al Keegan de Tipo 1. Otra posibilidad más temible es que ese chico y yo tengamos cepas distintas del virus y simplemente nos matemos entre nosotros.

O que tengamos a un bebé saludable... y lo matemos con nuestros gérmenes.

—Cálmate —dice Shirlee—. Olvídate de bebés. Olvídate de morirte. —Dice que lo importante ahora es que me desfloren.

Ese chico y yo, los dos encerrados en una sala, juntos. Los dos vírgenes. Con la cámara de vídeo detrás del espejo, mirando, y el personal confiando en que engendremos una cura que el gobierno pueda patentar. Esos pillos de las compañías farmacéuticas. Y sin embargo, una cura no estaría mal.

Y el sexo tampoco estaría mal.

Shirlee dice que en algún momento el Orfanato debería tener un baile para los residentes, pero la mera imagen de esos trajes aislantes holgados de color azul, abrazándose entre sí y meciéndose al ritmo de la música pop en una pista de baile... nadie quiere ver eso.

La mayoría de las veces que veo al doctor Schumacher, no le cuento nada de nada. Tal como yo lo veo, tengo un número limitado de recuerdos y no quiero gastarlos. En la mayoría de mis mejores recuerdos estoy salvando al mundo de alienígenas malignos del espacio o escapando en una lancha motora de espías rusos sexys, aunque estos no son recuerdos verdaderos. Son películas. Y yo me olvido de que la gente que hace esas cosas son estrellas de cine.

Enmarcado en la pared de mi habitación hay un letrero que dice: «Ocupado = Feliz».

Shirlee dice que hay el mismo letrero en las habitaciones de todos los residentes. Que las bombillas de todas las habitaciones son bombillas de espectro total que simulan la luz natural del sol y generan vitamina D en la piel de la gente y la mantienen de buen humor. Shirlee dice que el término oficial para designar las

habitaciones es «suite de residente». La mía, por ejemplo, es la suite de residente ^{6-B}. En todas mis fichas y registros, oficialmente soy la residente ^{6-B}.

A modo de estudio paralelo, Shirlee dice que la información recopilada sobre los residentes de aquí va a ser usada para averiguar cómo la gente podría vivir mejor en colonias aisladas y herméticamente cerradas en el espacio exterior.

Sí, hay días en que Shirlee está llena de información útil.

—Piensa en ti misma —dice Shirlee— como en una astronauta que vive en un hotel Ramada Inn en un planeta que está solo a diez kilómetros al sudoeste de Seattle.

La voz de Shirlee suena en mi interfono por la noche y me pregunta por mi padre, cómo es que mi padre me metió aquí. Luego Shirlee suelta el botón que hay a su lado y espera a que yo hable.

Mi viejo no era lo bastante listo como para sacarse una carrera, pero sí sabía ganar dinero. Conocía a tipos que esperaban hasta el día que te marchabas de vacaciones durante una semana y entonces se trasladaban a tu casa con todo su equipo y te talaban un nogal negro de dos siglos de antigüedad. Le cortaban las ramas y lo seccionaban allí mismo, en tu jardín. A los vecinos les contaban que los habías contratado tú. Cuando llegabas a casa, tu árbol ya estaba talado y serrado y la madera se estaba curando en una factoría situada a una docena de estados de distancia. Para entonces era posible que ya se hubiera convertido en muebles de nogal.

O sea, la clase de listos que hacen que los universitarios se caguen en los pantalones.

Mi viejo tenía sus mapas. Sus mapas del tesoro, los llamaba él.

Aquellos mapas del tesoro eran de la década de 1930, de la Gran Depresión. De lo que la gente llamaba la Works Project Administration, o sea, unos tipos a sueldo del gobierno que iban por ahí y tomaban notas sobre los cementerios abandonados de cada condado. De cada estado. En una época en que montones de aquellos cementerios estaban siendo convertidos en campos de cultivo o a punto de ser olvidados bajo el asfalto. Aquellos viejos cementerios de los pioneros era lo único que quedaba de los pueblos que habían desaparecido de los mapas hacía cien años. Pueblos de la fiebre del oro ahora en ruinas y desaparecidos. O calcinados por los incendios forestales. Minas de oro que se habían agotado. Y lo único que quedaba era el viejo cementerio, una parcela de malas hierbas y antiguas lápidas caídas. Los mapas del tesoro del viejo eran los mapas de la WPA, que enseñaban dónde encontrar cada parcela, cuántas tumbas había en cada una y qué aspecto tenían las lápidas.

Todos los veranos que yo pasaba fuera de la escuela, el viejo y yo íbamos siguiendo aquellos mapas hasta Wyoming o Montana, hasta el desierto o las colinas, donde habían desaparecido pueblos enteros. Pueblos como New Keegan, Montana, donde no quedaba nada salvo las lápidas. Era la clase de cosas por las que las tiendas de jardinería de las ciudades pagaban un montón de pasta. En Seattle o en Denver. En

San Francisco o en Los Ángeles. Un montón de ángeles de granito esculpidos a mano. O perros dormidos o corderitos de mármol blanco. La gente quería algo antiguo y cubierto de musgo para ponerlo en su jardín nuevecito y hacer que su parcela pareciera antigua. Para que diera la impresión de que siempre habían tenido toneladas de dinero.

En New Keegan no había ni una sola lápida donde todavía se pudiera leer la inscripción.

—Crema de afeitar —me dijo mi padre—. Crema de afeitar o tiza. Putos frikis de las tumbas de los cojones.

Me contó que la gente a la que le gustaba estudiar las lápidas, para leer una inscripción desgastada por el tiempo y la lluvia ácida, cubrían la parte delantera de la lápida con crema de afeitar. Raspaban la crema que sobraba con un cartón de forma que solamente quedaba el blanco de los grabados. Aquello hacía que se pudieran leer y fotografiar las palabras y las fechas. La putada era que la crema de afeitar contiene ácido esteárico. El residuo que dejaba aquella gente se comía la piedra. Otros yonquis de las lápidas frotaban tizas sobre las mismas, coloreando toda la superficie de forma que el epitafio débilmente grabado destacaba en un tono más oscuro. Aquel polvo de tiza era yeso o escayola de París, y cuando lo frotaban el polvo se colaba en las grietas y fisuras invisibles de la lápida. La siguiente vez que llovía... El polvo de yeso se empapaba de agua y se hinchaba hasta el doble de su tamaño original. Igual que los antiguos egipcios usaban cuñas de madera para reventar los bloques de piedra de las pirámides, el polvo de tiza al hincharse reventaba lentamente toda la parte delantera de las lápidas.

Todo esto del ácido esteárico y el yeso y las pirámides egipcias es la prueba de que mi padre no era idiota.

Él me contaba que todos aquellos visitantes bienintencionados de los cementerios no hacían más que destruir aquello que amaban.

Con todo, fue bonito aquel último día, el mejor, con mi padre en la ladera de aquella colina donde solía estar New Keegan, Montana. Con aquella luz tórrida del sol que cocía la hierba muerta. Con aquellos lagartos marrones que si los atrapabas dejaban su cola retorciéndose detrás.

Si hubiéramos leído las lápidas, habríamos visto que casi todo el pueblo había muerto en un mes. El primer brote de lo que los médicos llamarían el virus de Keegan. Tumores cerebrales de origen viral y de gestación rápida.

Mi padre vendió aquella remesa de ángeles y corderos a una tienda de jardinería de Denver. En el camino a casa, ya estaba masticando aspirinas y dando bandazos con la camioneta de un lado a otro de la carretera. Él y mi madre ya estaban muertos en el hospital antes de que llegara mi abuela.

Después de aquello, la vida se calmó durante diez años. Hasta lo de la señorita

Frasure y su tumor cerebral del tamaño de un limón. Hasta que mi carga viral aumentó y me hizo contagiosa.

En la actualidad, el gobierno no me puede matar y no me puede curar. Lo único que puede hacer es controlar los daños.

Ese chaval nuevo, el de la polla, se va a sentir como me sentía yo cuando llegué aquí: con su familia muerta. Tal vez la mitad de su instituto muerto. Sentado a solas en su habitación todos los días, tendrá miedo, pero también estará lleno de esperanzas hacia la cura que le ha prometido la marina.

Yo puedo ponerle al tanto de todo. Tranquilizarlo. Ayudarle a adaptarse a la vida aquí en el Orfanato.

Aquel último buen día de mi vida, mi padre condujo la camioneta desde Montana hasta Denver, Colorado, donde conocía una tienda que vendía antigüedades para el jardín. Ciervos de hierro forjado y pilas para pájaros de cemento cubiertas de musgo. La mayoría de los objetos eran robados. Aquel tipo de la tienda le dio dinero en efectivo y le ayudó a descargar los ángeles del camión. El tipo de la tienda tenía un chaval, un niño que salió de la puerta de atrás de la tienda y se quedó en el callejón mirando cómo trabajaban.

Hablando con Shirlee por el interfono, pulso el botón y le pregunto si ese nuevo residente... ¿Tal vez tiene el pelo rojo y rizado y ojos castaños?

¿Tal vez es de mi edad? Le pregunto si es de Denver y si sus padres muertos tenían antes una tienda de antigüedades para el jardín.

La luz para fantasmas es la única fogata de campamento que nos queda. Nuestra última oportunidad. La bombilla desnuda y reluciente montada en un pie de lámpara en el centro del escenario. La válvula de seguridad diseñada para evitar que explotaran los viejos teatros que funcionaban con gas, o la luz que siempre se dejaba encendida dentro de los teatros nuevos para evitar que algún fantasma se instalara en ellos.

Estamos sentados alrededor de la luz, el círculo de gente que seguimos aquí, sentados en el escenario, desde donde solamente se ve el contorno pintado de color dorado de las butacas del auditorio, las barandillas metálicas que serpentean a lo largo del borde de los palcos y las nubes de telarañas que flotan por todo el cielo nocturno eléctrico muerto.

En las salas a oscuras que hay detrás de otras salas, el Casamentero y el Eslabón Perdido están muertos en el lounge estilo Renacimiento italiano. En el subsótano que hay debajo del sótano, el señor Whittier y la Camarada Sobrada y la Dama Vagabunda y el Duque de los Vándalos están muertos y pudriéndose. En los camerinos, detrás del escenario, están Miss América y la señora Clark. Con todas sus células digiriéndose entre sí y supurando proteínas amarillas y líquidas. Con las bacterias de sus tripas y sus pulmones enloqueciendo con la hinchazón.

Lo cual nos deja solamente a once, sentados en nuestro círculo de luz.

Nuestro mundo de solamente humanos, un mundo sin humanidad.

El Agente Chivatillo se ha dedicado a ir de puntillas por ahí, rompiendo bombillas. Igual que la Condesa Clarividencia y la Directora Denegación.

Cada uno de nosotros estaba seguro de que era el único que lo estaba haciendo. Todos queríamos que nuestro mundo fuera un poco más oscuro. Ninguno se daba cuenta de que todos teníamos el mismo plan. Víctimas del hecho de que nos aburríamos con facilidad. Víctimas de nosotros mismos. Tal vez es el hambre que tenemos, o alguna forma de autoengaño, pero esto es lo único que nos queda.

Esta última bombilla. La lámpara para fantasmas.

Aquí hay luz sin calor, así que estamos enfundados en chaquetones y en pieles y en albornoces, con las cabezas sepultadas bajo montones de pelucas y sombreros tan anchos como puertas. Todos listos.

Cuando se abra la puerta del callejón, todos seremos famosos. Cuando oigamos que gira la cerradura, y que chirrían las ruedecitas, y luego el clic-clic, clic-clic de alguien que intenta encender la luz, tendremos nuestra historia lista para vender. Nuestros pómulos de campo de exterminio listos para nuestro mejor perfil en primer

plano.

Diremos que el señor Whittier y la señora Clark nos engañaron para que viniéramos aquí. Que nos atraparon y nos tuvieron secuestrados. Que nos intimidaron para que escribiéramos libros, poemas y guiones de cine. Y que cuando nos negamos, nos torturaron. Nos hicieron pasar hambre.

Sentados con las piernas cruzadas en nuestro círculo sobre los tablones de madera del escenario, no podemos movernos debajo de los estratos de terciopelo y tweed acolchado que nos mantienen calientes. Necesitamos toda nuestra energía para repetirnos nuestra historia los unos a los otros: cómo la señora Clark arrancó el bebé del vientre de Miss América y lo hizo estofado delante de su madre agonizante. Cómo el señor Whittier forcejeó con el Casamentero, lo derribó al suelo y le cortó el pene. Y cómo Whittier apuñaló a la señora Clark y se tragó tanta carne de su pierna que le reventaron las tripas. Nos dedicamos a practicar la palabra «peritonitis». En voz baja ensayamos cómo decir «hernia inguinal». Cómo decir «patatas al corte *cheveu*».

Así es como murieron los dos villanos, dejándonos aquí para que muriéramos de hambre.

La pared ya está llena de marcas hechas por el lápiz de San Destripado. Esas muescas son su única obra maestra. El casero o la agencia de alquiler o alguien tendría que venir a inspeccionar. Tal vez un tipo de la compañía eléctrica que viene a cortar el servicio por impago de facturas.

Un clic nos hace girarnos. El ruido de metal contra metal hace que giremos las cabezas en la misma dirección. Hacia los bastidores y, más allá, hacia la puerta del callejón.

Se oye un chirrido y la oscuridad explota.

Con una luz tan brillante, después de pasar tanto tiempo a oscuras, lo único que podemos ver es blanco y negro. Solamente contornos resplandecientes que tenemos que mirar parpadeando.

Se trata de una luz más brillante y más cegadoramente potente que cualquier bombilla.

No es la puerta del callejón. El escenario estalla en una luz como la del sol, un haz amplio y sólido de luz diurna procedente de las alturas. Una luz tan brillante que guiñamos los ojos y ahuecamos las manos para protegernos los ojos de ella. Un nuevo día tan soleado que proyecta unas sombras larguísimas detrás de nosotros. Nuestras sombras encorvadas y encogidas de miedo sobre el fondo de las manchas de humedad marrón de la pantalla que tenemos detrás.

En la pantalla de cine se ven los contornos de nuestras pelucas torcidas. Nuestros cuerpos son tan flacos y arácnidos que la Camarada Sobrada diría que podemos ponernos cualquier cosa.

Se trata del proyector de cine sin película, la bombilla del proyector dirigida hacia nosotros, como un enorme foco. Brillante como un faro. Un sol que brilla desde casi la medianoche de la pared del fondo del teatro.

Ninguno de nosotros puede ponerse de pie todavía. Lo único que podemos hacer es agachar la cabeza y mirar a otra parte.

El proyector es tan potente que la luz para fantasmas parece quemada. Tan tenue como una vela de cumpleaños en medio de un día de verano.

—Nuestro fantasma otra vez —dice la Baronesa Congelación.

El bebé con dos cabezas de San Destripado.

El anticuario de la Condesa Clarividencia.

El detective privado gaseado y aporreado del Agente Chivatillo.

La Señorita Estornudos bosteza y dice:

—Otra buena escena para nuestra historia.

Como las palomitas. Y lo de que se arregle la caldera. Lo de que alguien lave y doble nuestra ropa. Todo lo que es paranormal, todos los milagros, acaban pareciendo más efectos especiales.

San Destripado se gira hacia la Madre Naturaleza y le dice:

—Ahora que somos una subtrama romántica... ¿por qué no me haces esa reflexopaja?

El Agente Chivatillo dice:

—Cuando estemos fuera me voy a pasar un mes colocado.

El Reverendo Sin Dios dice:

—Yo voy a quemar todas las iglesias que encuentre...

Todos hemos quedado reducidos a montones de tela, pieles y pelo.

La Directora Denegación dice:

—Yo le voy a comprar a Cora Reynolds una lápida...

De las paredes que hay más allá de la luz brillante, de ese lugar al que duele mirar, de allí a lo lejos, viene el eco de las palabras: «... lápida... lápida...».

Todos seguimos intentando conseguir la última palabra. El Conde de la Calumnia rebobina su grabadora y reproduce las palabras: «...lápida... lápida...». Y el eco grabado produce ecos. Un eco de un eco de un eco.

Y los ecos suenan hasta que una voz a lo lejos, desde detrás del sol, dice:

—Estáis actuando para un teatro vacío.

Es una voz del otro mundo. Es como nuestra historia sobre el momento en que la Camarada Sobrada regresó de entre los muertos, dando tumbos por las escaleras del vestíbulo para suplicar un poco de su propia rosa tatuada. Con el fondo de la luz brillante, nadie ve cómo nuestro fantasma baja por el pasillo central del auditorio. Nadie lo oye caminar sobre la moqueta negra hacia el escenario. Nadie puede ver lo que se está acercando bajo el resplandor hasta que la voz vuelve a decir:

—Estáis actuando para un teatro vacío...

Es el viejo, tembloroso y adolescente señor Whittier. Nuestro punk patinador agonizante. Nuestro diablillo con manchas de la edad.

Caminando. Un cadáver con zapatillas de tenis. Con unos auriculares de escuchar música colgando por detrás de su cuello marchito.

—Escuchaos —dice. Niega con la cabeza, balanceando sus pelos escasos, y dice —: Demasiado ocupados contándoos vuestras historias entre vosotros. Siempre convirtiendo el pasado en una historia para poder justificaros.

Lo que la Hermana Justiciera llamaría nuestra «cultura de la culpa».

Siempre va igual. El otro grupo al que trajo aquí terminó de la misma manera. La gente se enamora tanto de su dolor que no pueden dejarlo atrás. Igual que las historias que cuentan. Nos atrapamos a nosotros mismos.

Algunas historias las cuentas y las usas. Otras historias... y Whittier hace un gesto en dirección a nuestra piel y nuestros huesos.

—Contar una historia es nuestra forma de digerir lo que nos pasa —dice el señor Whittier—. Así es como digerimos nuestras vidas. Nuestra experiencia.

Es lo que diría el señor Whittier. Este chaval que se está muriendo de viejo.

Para ser un fantasma no tiene mal aspecto. Tiene la calva llena de manchas de la edad bien peinada. La corbata anudada debajo de su barbilla. Sus uñas son medias lunas blancas limpias y temblorosas. Está hecho un hombrecito.

—Uno digiere y absorbe su vida convirtiéndola en historias —dice—. Igual que este teatro parece digerir a la gente.

Con una mano señala una mancha de la moqueta, una mancha oscura pegajosa y cubierta de moho, a la que le han salido brazos y piernas.

Otros sucesos —los que no puedes digerir— te envenenan. Las peores partes de tu vida, esos momentos de los que no puedes hablar, te pudren desde dentro. Hasta que no eres más que la sombra húmeda de Cassandra en el suelo. Sepultada en el barro amarillento de tus propias proteínas.

Pero las cosas que sí puedes digerir, que sí puedes contar: de esos momentos pasados se puede tomar el control. Se les puede dar forma, elaborarlos. Dominarlos. Y usarlos en tu beneficio.

Son historias que se pueden usar para hacer que la gente se ría o llore o vomite. O tenga miedo. Para hacer que la gente se sienta como se siente uno. Para ayudar a agotar ese momento del pasado para ellos y para uno mismo. Hasta que ese momento está muerto. Consumido. Digerido. Absorbido.

Así es como podemos comernos toda la mierda que pasa.

Eso diría el señor Whittier.

Mirando al señor Whittier, la Condesa Clarividencia dice:

—Satanás. —Y su palabra suena tan suavemente sibilante como la voz de una

serpiente.

Y la Hermana Justiciera, que está agarrando su Biblia, dice:

—Diablo...

Y al oírlo, el señor Whittier se limita a suspirar y dice:

—Cómo nos encanta tener enemigos malignos...

—Tenga —dice el Chef Asesino, y arroja un cuchillo de deshuesar, que tintinea sobre el escenario y se detiene frente a los zapatos oscuros del señor Whittier.

El Chef dice:

—Ponga unas cuantas huellas dactilares ahí. Cuando fueren esa puerta, va a ser usted el hombre más odiado de América.

—Corrección —dice el señor Whittier—. El delincuente juvenil más odiado, colega...

—Puede que reconozca ese cuchillo —dice el Agente Chivatillo. Con su cámara al lado, tan pesada que no puede levantarla.

La Condesa Clarividencia ya no lleva la pulsera de seguridad que le puso su agente de la condicional. Con una mano tan raquítica y empequeñecida que se le ha caído la pulsera, la Condesa dice:

—Con ese cuchillo me mutiló usted.

—Y me rajó la nariz —dice la Madre Naturaleza, inclinando la cabeza hacia atrás para enseñar las costras de sus cicatrices. El diamante de la Dama Vagabunda ya le va tan grande en el dedo que tiene que cerrar el puño para no perderlo.

Y el señor Whittier mira su nariz rajada y luego mira las manos envueltas en vendajes del Conde de la Calumnia y por fin el reborde de tejido cicatrizado donde estaba antes la oreja del Reverendo Sin Dios. Da una palmada, fuerte, delante de su pecho, y dice:

—Bueno, las buenas noticias son que... se han acabado vuestros tres meses. —Hurga en el bolsillo de delante de sus pantalones, saca una llave y dice—: Sois todos libres para iros.

La cerradura sigue atascada con un trozo fino de tenedor de plástico. Es imposible meter una llave.

—Anoche —dice el señor Whittier, y agita la llave en el aire— vuestro simpático fantasma desatascó la cerradura. Os aseguro que funciona bien.

Seguimos todos sentados en nuestro círculo, algunos pegados a los tablonos del escenario por nuestra propia sangre seca. Nuestra ropa, la tela de nuestros vestidos y túnicas y pantalones de montar nos tiene adheridos en nuestros sitios.

El señor Whittier se inclina un poco para ofrecerle su mano a la Señorita Estornudos y le dice:

—Y la Muerte Roja tenía un dominio ilimitado sobre todo... —Meneando los dedos para que ella se los coja, le dice—: ¿Nos vamos ya?

Y ella no le coge la mano. La Señorita Estornudos dice:

—Lo vimos a usted morir...

Y el señor Whittier dice:

—Habéis visto morir a mucha gente.

El pavo Tetrizzini liofilizado le hizo reventar el estómago por dentro. Murió gritando. Amortajamos su cadáver con terciopelo rojo y lo llevamos al subsótano.

—No exactamente —dice el señor Whittier.

Con la ayuda de la señora Clark, simularon su muerte para que él pudiera contemplar el rumbo de los acontecimientos. Lo único que él hizo fue mirar —la última cámara— incluso cuando la señora Clark murió, apuñalándose a ella misma por solidaridad pero haciéndolo demasiado bien. Incluso cuando la Directora Denegación encontró el cuerpo y se comió media pierna. Lo único que el señor Whittier hizo fue mirar.

La Directora Denegación levanta la cabeza del pecho. Eructa y dice:

—Tiene razón.

El señor Whittier vuelve a encorvarse para ofrecerle su mano llena de manchas de la edad a la Señorita Estornudos. Y le dice:

—Puedo darte todo el amor que quieras. Si tú puedes no tener en cuenta la diferencia de edad.

Ella tiene veintidós. Él tiene trece: cumplirá catorce el mes que viene.

El Conde de la Calumnia dice:

—Usted no nos va a rescatar. Nos vamos a quedar aquí hasta que nos encuentren.

Siempre hacemos esto, dice el señor Whittier. Por la misma razón que los hijos de los hijos de los hijos de nuestros hijos siempre tendrán guerra y hambre y enfermedades. Porque amamos nuestro dolor. Amamos nuestro drama. Pero nunca jamás lo admitiremos.

La Señorita Estornudos extiende el brazo para cogerle la mano.

Y la Madre Naturaleza le dice:

—No seas estúpida. —Desde su montón de trapos y pelo, ella dice—: Él sabe que estás infectada de ese... virus cerebral. —Se ríe, con sus campanillas tintineando y con costras por todas partes, y dice—: ¿Cómo puedes creer siquiera que él te quiere?

La Señorita Estornudos levanta la vista para mirar a la Madre y luego al Santo y luego a la mano del señor Whittier.

—No tienes elección —dice el señor Whittier—, si necesitas ser amada.

Y San Destripado dice:

—Él no te ama.

La cara del Santo no es más que dientes y ojos cuando dice:

—Whittier solamente quiere destruir el resto del mundo.

Con la mano todavía extendida hacia la Señorita Estornudos, el señor Whittier

agita la llave en la otra mano y dice:

—¿Nos vamos?

Si podemos perdonar lo que nos han hecho...

Si podemos perdonar lo que hemos hecho a los demás...

Si podemos dejar atrás todas nuestras historias. El hecho de ser villanos o víctimas.

Solamente entonces tal vez podamos rescatar al mundo.

Pero seguimos aquí sentados, esperando a que nos salven. Mientras todavía somos víctimas, confiando en ser descubiertos mientras todavía sufrimos.

Negando con la cabeza, chasqueando la lengua, el señor Whittier dice:

—¿Tan malo sería? ¿Ser las dos últimas personas del mundo? —Su mano rodea los dedos flácidos de la Señorita Estornudos, los envuelve y se cierra en torno a ellos, y el señor Whittier dice—: ¿Por qué no puede el mundo terminar de la misma forma que ha empezado? —Y ayuda a la Señorita Estornudos a ponerse de pie.

PRUEBA

Otro poema sobre el señor Whittier

«¿Cómo viviríais?», pregunta el señor Whittier.
Si pudierais no morir.

El señor Whittier en el escenario, se pone derecho,
sobre sus pies, no encorvado
sin temblar.

En los auriculares que lleva colgados del cuello
suena música drum-and-bass a todo trapo.
Calzado con zapatillas de tenis, con los cordones desatados y
dando golpecitos con un pie en el suelo.

En el escenario, en vez de un fragmento de película, un foco,
no un fragmento de alguna vieja historia proyectado para esconderle.
Un foco que brilla tanto que le borra las arrugas.
Le limpia las manchas de la edad.

Y mirándolo, estábamos los hijos de Dios a los que tenía
secuestrados, para hacer que Dios
se manifestara.
Para forzar la mano de Dios.
Y si sufríamos lo bastante, si moríamos... si Whittier podía simplemente
torturarnos,
dejarnos morir de hambre,
tal vez lo odiaríamos hasta después de esta vida.
Lo odiaríamos tanto que volveríamos a vengarnos.

Si muriéramos con el suficiente dolor, maldiciendo al viejo
Whittier, él nos suplicaría que volviéramos.
Como fantasmas.
Para ofrecerle la prueba de que hay vida tras la muerte.
Nuestros fantasmas y nuestro odio demostrarían la Muerte de la Muerte.

Nuestro papel, cuando por fin nos lo dijo: solamente
estábamos aquí para sufrir y sufrir,
y sufrir y sufrir,
y sufrir y morir.
Para crear un solo fantasma: de prisa.
Y reconfortar al viejo y agonizante señor Whittier, antes de su muerte.
Ese era su verdadero plan.

Inclinándose hacia nosotros, dice: «Si la muerte significa
simplemente dejar el escenario durante el suficiente tiempo
como para cambiarse de ropa y volver
como un nuevo personaje... ¿aminoraríais la marcha?, ¿o aceleraríais?
Si toda vida es un simple partido de baloncesto o una obra de teatro que empieza y
termina

y luego los jugadores van a otros partidos y a otras representaciones...
a la luz de ese hecho, ¿cómo viviríais?».

Meciendo la llave entre dos dedos, el señor Whittier dice:

«Podéis quedaros aquí».

Pero cuando muráis, volved
solamente un momentito.

Para contarme. Para salvarme. Con la prueba de nuestra vida eterna.

Para salvarnos a todos,
por favor, contádselo a alguien.

Para crear una paz de verdad en la tierra
y estemos rodeados de...
fantasmas.

OBSOLETO

Un relato del señor Whittier

Para sus últimas vacaciones familiares, el padre de Eve los metió a todos en el coche y les dijo que se pusieran cómodos. Que aquel viaje podía llevarles un par de horas, tal vez más.

Tenían aperitivos, palomitas de queso y latas de refrescos y patatas fritas sabor barbacoa. El hermano de Eve, Larry, y ella misma estaban sentados en el asiento de atrás con su boston terrier, Risky. En el asiento delantero, su padre dio la vuelta a la llave para encender el motor. Puso la ventilación al máximo y abrió todas las ventanillas eléctricas. Sentada a su lado, la futura ex madrastra de Eve, Tracee, dijo:

—Eh, niños, escuchad esto...

Tracee blandió un panfleto del gobierno titulado *Emigrar es genial*. Lo abrió, doblando el lomo hacia atrás para darlo de sí, y empezó a leer en voz alta: «La sangre usa hemoglobina». Leyó: «Para transportar moléculas de oxígeno de los pulmones a las células del corazón y el cerebro».

Unos seis meses antes, todo el mundo había recibido aquel mismo panfleto por correo de parte de la Dirección General de Salud Pública. Tracee se quitó las sandalias con los pies y puso los dedos de los pies sobre el salpicadero. Leyendo en voz alta dijo: «La hemoglobina prefiere realmente mezclarse con el monóxido de carbono». La forma en que hablaba, como si su lengua fuera demasiado grande, se suponía que tenía que darle un aire juvenil. Tracee leyó: «Cuando respiras humo del tubo de escape de un coche, más y más de tu hemoglobina se combina con el monóxido de carbono, formando lo que se conoce como “carboxihemoglobina”».

Larry le estaba dando palomitas de queso a Risky, llenando todo el asiento entre Eve y él de polvo de queso de color naranja brillante.

Su padre encendió la radio y dijo:

—¿Quién quiere música? —Miró a Larry por el espejo retrovisor y dijo—: Vas a hacer que ese perro vomite.

—Genial —dijo Larry, y le dio a Risky otro puñado de palomitas de color naranja brillante—. Lo último que veré es la parte de dentro de la puerta del garaje y la última canción que oiré es una de The Carpenters.

Pero no se oía nada. Hacía una semana que la radio no ponía nada.

El pobre Larry, el pobre aficionado al rock gótico, con manchas de maquillaje negro por toda su cara empolvada de blanco, con las uñas pintadas de negro y el pelo largo y greñado teñido de negro, comparado con la gente a la que realmente le habían sacado los ojos los pájaros, con la gente muerta de verdad a los que se les retraían los

labios dejando al descubierto los enormes dientes muertos, comparado con la muerte de verdad, Larry no parecía otra cosa que un payaso de cara triste.

Pobre Larry, se había pasado varios días en su cuarto después del último reportaje de portada de *Newsweek*: «¡Estar muerto está de moda!».

Todos aquellos años que Larry y su banda se habían pasado vestidos de zombis o de vampiros con ropa de terciopelo negro y arrastrando mortajas sucias, paseándose toda la noche por los cementerios enfundados en rosarios y capas, todo aquel esfuerzo había sido en vano. Ahora hasta las madres de los barrios residenciales estaban emigrando. Hasta las ancianas que iban a la iglesia estaban emigrando. Los abogados con trajes de ejecutivo estaban emigrando.

El reportaje de portada del último número de la revista *Time* llevaba por título: «La muerte es la nueva vida».

Ahora el pobre Larry está atrapado con Eve y su padre y Tracee, la familia entera está emigrando junta en un Buick de cuatro puertas aparcado en el garaje de una casa suburbana estilo rancho de dos plantas. Todos respirando monóxido de carbono y comiendo palomitas de queso con su perro.

Todavía leyendo, Tracee dice: «A medida que hay menos hemoglobina disponible para transportar oxígeno, tus células empiezan a asfixiarse y a morir».

Todavía había emisiones de televisión por algunos canales, pero lo único que ponían era el vídeo que había enviado a la Tierra la misión espacial a Venus.

Era el estúpido programa espacial el que había empezado todo esto. La misión tripulada para explorar el planeta Venus. La tripulación había enviado a la Tierra su vídeo de la superficie del planeta, la cara de Venus como un paraíso ajardinado. Después, el accidente no se debió al desprendimiento de los paneles de aislamiento ni a la rotura de las arandelas de goma ni a un error del piloto. No se trató de un accidente. La tripulación simplemente decidió no desplegar los paracaídas de aterrizaje. Tan rápido como un meteorito, el casco exterior de su nave espacial se incendió. Estática y... fin.

Igual que la Segunda Guerra Mundial nos dio el bolígrafo, el programa espacial había demostrado que el alma humana era inmortal. Que lo que todo el mundo llamaba la Tierra no era más que una planta de procesamiento por la que todas las almas tenían que pasar. Un paso más de alguna clase de proceso de refinamiento. Igual que las torres de destilación que se usan para convertir petróleo crudo en gasolina o queroseno. Tan pronto como las almas humanas se han refinado en la Tierra, entonces nos reencarnaremos todos en el planeta Venus.

En la gran factoría en que se perfeccionaban las almas humanas, la Tierra era una especie de tambor giratorio. Como los que usa la gente para pulir piedras. Todas las almas venían aquí para limarse las aristas entre sí. Todos estábamos destinados a desgastarnos mediante toda clase de conflictos y dolores. A pulirnos. Nada de todo

esto era malo. No se trataba de sufrimiento, se trataba de erosión. No era más que otro paso básico e importante en el proceso de refinamiento.

Sí, parecía una chifladura, pero estaba el vídeo que habían enviado a la Tierra los miembros de aquella misión espacial que se había estrellado a propósito.

Lo único que ponían por televisión era aquel vídeo. Mientras el vehículo de aterrizaje de la misión orbitaba cada vez más bajo, sumergiéndose en el interior de las capas de nubes que cubrían el planeta, los astronautas enviaban aquellas imágenes de gente y animales viviendo como amigos y donde todo el mundo sonreía tanto que parecía que les brillaban las caras. En el vídeo que enviaron los astronautas, todo el mundo era joven. El planeta era un Jardín del Edén. En aquel paisaje de bosques y océanos, de prados de flores y montañas altas, siempre era primavera, dijo el gobierno.

Después de aquello, los astronautas se negaron a desplegar los paracaídas. Se tiraron en barrena, pum, contra las flores y los dulces lagos de Venus. Lo único que quedó fueron unos cuantos minutos de vídeo borroso que enviaron a la Tierra. Lo que parecían modelos de pasarela vestidas con túnicas resplandecientes en un futuro de ciencia ficción. Hombres y mujeres de piernas largas y de pelo largo, despatarrados, comiendo uvas en las escaleras de los templos de mármol.

Era el paraíso, pero con sexo y bebida y el permiso total de Dios.

Era un mundo donde los Diez Mandamientos eran: fiesta, fiesta, fiesta.

«Empezando por el dolor de cabeza y las náuseas —leyó Tracee en su panfleto del gobierno—, los síntomas incluyen un pulso cada vez más rápido mientras tu corazón intenta mandar oxígeno a tu cerebro moribundo.»

El hermano de Eve, Larry, nunca llegó a adaptarse a la idea de la vida eterna.

Larry antes tenía un grupo llamado la Factoría de Muerte al Por Mayor. Y tenía una sola groupie, una guarra que se llamaba Jessika. Se hacían tatuajes entre ellos con una aguja de coser mojada con tinta. Eran tan vanguardistas, Larry y Jessika, que eran el margen mismo de los marginados. Y luego la muerte se volvió completamente convencional. Aunque ya no era suicidio. Ahora lo llamaban «emigración». La gente muerta y los cuerpos que se pudrían ya no eran cadáveres. Los montones apestosos e inflados de cuerpos, apilados alrededor de la base de los edificios altos, o bien envenenados y despatarrados en los bancos de las paradas de autobús, ahora se llamaban «equipaje». Nada más que equipaje dejado atrás.

Igual que la gente siempre veía la noche de fin de año como una especie de línea dibujada en la arena. Una especie de nuevo comienzo que en realidad no tenía lugar. Así era como la gente veía la emigración, pero solamente si emigraba todo el mundo.

Ahí estaba la prueba auténtica de la vida después de la vida. De acuerdo con las estimaciones del gobierno, 1.760.042 almas ya habían sido liberadas y estaban viviendo un estilo de vida festivo en el planeta Venus. El resto de la humanidad

tendría que continuar viviendo una larga serie de vidas y de sufrimientos antes de estar lo bastante refinadas como para emigrar.

Dando vueltas y erosionándose en el Gran Tambor Giratorio.

Y luego el gobierno tuvo su gran idea:

Si toda la humanidad se moría al mismo tiempo, no quedarían úteros ni tampoco forma posible de reencarnar almas aquí en la Tierra.

Si la humanidad se extinguía, todos emigraríamos a Venus. Iluminados o no.

Pero... si quedaba atrás aunque fuera una sola pareja capaz de criar, el nacimiento de un niño haría que regresara un alma. A partir de únicamente un reducido grupo de gente, el proceso entero podía empezar de nuevo.

Hasta hacía un par de días, uno podía ver en televisión cómo el movimiento de emigración trataba con la gente que seguían resistiéndose. Se podía ver a la población retrógrada que no estaba enrolada en el movimiento siendo obligada a emigrar por Escuadrones de Asistencia a la Emigración, todos vestidos de blanco y armados con metralletas blancas y limpias. Pueblos enteros gritando, bajo bombardeos de saturación destinados a reubicarlos en el siguiente paso del proceso. Nadie iba a dejar que una panda de palurdos forofos de la Biblia nos dejaran a los demás aquí, en el viejo y sucio planeta Tierra, el planeta que menos de moda estaba, cuando podíamos ir todos directamente al siguiente gran paso de nuestra evolución espiritual. Así que a los palurdos se les envenenó para salvarlos. A los salvajes africanos se les aplicó gas nervioso. A las hordas chinas se les tiró la bomba atómica.

Si ya les habíamos enseñado a la fuerza el flúor y a leer y escribir, ahora les podíamos enseñar a la fuerza la emigración.

Si quedaba atrás aunque fuera solamente una pareja de palurdos, te podías convertir en su bebé inmundo e ignorante. Si quedaba sin emigrar aunque fuera una pandilla de salvajes comedores de arroz del Tercer Mundo, tu preciosa alma podía ser llamada de vuelta a la vida: para apartar moscas a manotazos y comer papilla en mal estado y salpicada de cagarros marrones de rata bajo el sol abrasador de Asia.

Y sí, claro, esto era una apuesta. Llevarse a todo el mundo a Venus al mismo tiempo. Pero ahora que la muerte había muerto, la humanidad realmente no tenía nada que perder.

Ese fue el titular de la última edición del *New York Times*: «La muerte ha muerto».

USA Today lo llamó: «La muerte de la muerte».

La muerte había sido desenmascarada. Como Santa Claus. O como el Ratoncito Pérez.

Ahora la vida era la única opción... pero ahora daba la impresión de ser una interminable... eterna... y perpetua... trampa.

Larry y la guarra de su rockera, Jessika, habían estado planeando escaparse.

Escondarse. Ahora que la muerte había sido apropiada por la gente convencional, Larry y Jessika querían rebelarse permaneciendo vivos. Tendrían una camada de niños. Se cargarían la evolución espiritual de la humanidad entera. Pero entonces los padres de Jessika le habían echado veneno para hormigas a su hija en la leche de los cereales del desayuno. Fin de la historia.

Larry dijo que quería asegurarse de que este mundo estuviera usado del todo antes de irse al siguiente.

Y su hermanita, Eve, le dijo: Crece. Le dijo que Jessika no era la última guarra fan del rock gótico que había en el mundo.

Y Larry se la quedó mirando, colocado y parpadeando a cámara lenta, y le dijo:

—Pues sí, Eve. La verdad es que Jesse lo era...

Pobre Larry.

Es por eso que cuando su padre dijo que se metieran todos en el coche, Larry se limitó a encogerse de hombros y se metió. Se sentó en el asiento trasero, llevando a Risky en brazos, a su boston terrier. No se molestó en abrocharse el cinturón de seguridad. No iban a ninguna parte. Por lo menos a ningún sitio físico.

Se trataba del equivalente de la espiritualidad New Age a cualquier panacea, desde el sistema métrico hasta el euro. Hasta las vacunas de la polio... el cristianismo... la reflexología... el esperanto...

Y no podría haber llegado en un momento mejor de la historia. La contaminación, la superpoblación. Las enfermedades, la guerra, la corrupción política, la perversión sexual, el asesinato y la drogadicción... Tal vez no fueran peores que en el pasado, pero ahora teníamos la televisión quejándose de todo ello. Un recordatorio constante. Una cultura de la queja. De andar siempre criticando y echando pestes... La mayoría de la gente nunca lo admitiría, pero llevaban desde que habían nacido echando pestes de todo. En cuanto les asomaba la cabeza a aquella sala de partos llena de luz, nada había estado bien. Nada había sido igual de cómodo ni había producido la misma sensación agradable.

El mero esfuerzo que costaba mantener con vida tu estúpido cuerpo físico, el mero hecho de encontrar comida y cocinarla y lavar los platos, el luchar contra el frío y bañarse y dormir, el caminar y el ir de vientre y los pelos enquistados, todo acababa siendo demasiado trabajo.

Sentada en el coche, mientras los respiraderos le echaban el humo en la cara, Tracee leía: «Mientras el corazón se te acelera más y más, se te cierran los ojos. Pierdes el conocimiento y te desmayas...».

El padre de Eve y Tracee se conocieron en el gimnasio y empezaron a hacer fisioculturismo para parejas. Ganaron un concurso, posando juntos, y se casaron para celebrarlo. La única razón de que no emigráramos hace meses es que ellos todavía estaban en la cúspide de su concurso. Nunca habían tenido tan buen aspecto ni se

habían sentido tan fuertes. Les rompió el corazón descubrir que tener cuerpo — aunque fuera un montón de músculos bien definidos y protuberantes con solamente un dos por ciento de grasa corporal— era como ir en mula mientras el resto de la humanidad volaba a todo trapo en aviones Lear. Era como las señales de humo comparadas con el teléfono móvil.

La mayoría de los días, Tracee continuaba pedaleando en su bicicleta estática, a solas en la sala de aeróbic enorme y vacía del gimnasio, pedaleando al ritmo de la música disco mientras le dedicaba gritos de apoyo a una clase de bicicleta que ya no estaba allí. En la sala de pesas, el padre de Eve se dedicaba a levantar pesas, pero se limitaba a las máquinas o a las pesas libres más ligeras, ya que no había nadie contra quien el padre o Tracee pudieran competir. Nadie para quien posar. Nadie a quien derrotar.

El padre de Eve solía contar este chiste:

¿Cuántos culturistas hacen falta para poner una bombilla?

Hacen falta cuatro. Un culturista para poner la bombilla y otros tres para mirar y decir: «¡La verdad, chaval, es que estás enorme!».

A su padre y a Tracee les hacían falta cientos de personas aplaudiendo, contemplando cómo posaban y se flexionaban sobre el escenario. Con todo, era innegable que, por muy perfeccionado que estuviera con vitaminas y colágeno y silicona, el cuerpo humano estaba obsoleto.

Lo gracioso era que la otra cosa que el padre de Eve solía decir era: «Si todo el mundo se tirara de un puente, ¿tú también te tirarías?».

Los expertos aconsejaban que este era el único momento de la historia en que podíamos permitir que tuviera lugar una emigración en masa. Que habíamos necesitado el programa espacial para proporcionarnos pruebas de la vida en el otro mundo. Que necesitábamos a los medios de comunicación para pasear aquella prueba por todo el mundo. Y que necesitábamos nuestras armas de destrucción masiva para asegurarnos de que no hubiera desacuerdos.

Si hubiera generaciones futuras, no sabrían lo que nosotros sabíamos. No tendrían las herramientas que teníamos nosotros para conseguir que esto pasara. Simplemente vivirían sus espantosas vidas físicas, comiendo cagarros de rata e ignorando que todos podíamos llevar una vida de placer en Venus.

Por supuesto, mucha gente presionaba para limitarse a tirar bombas nucleares sobre los que no obedecieran, pero vaporizar hasta la última isleta tribal del Pacífico Sur había dejado nuestros silos de misiles vacíos. Y la radiación no emigró de la forma en que sería deseable. Un invierno nuclear se instaló sobre Australia solamente durante un par de meses. Llovió y murieron millones de peces, pero el clima y las mareas nos hicieron la putada de limpiar lo que nosotros habíamos ensuciado. Así se echó a perder todo aquel potencial de emigración, ya que Australia había obedecido

al cien por cien durante los primeros seis meses.

Todo nuestro gas nervioso y nuestros virus letales, todas nuestras bombas atómicas y convencionales, todo fue decepcionante. Ni siquiera nos acercamos a aniquilar a la humanidad. La gente se refugiaba en cuevas. La gente deambulaba en camello por desiertos enormes y vacíos. Y cualquiera de aquella gente estúpida y atrasada podía follarse. Un espermatozoide se junta con un óvulo y tu alma es chupada de vuelta a otra vida tediosa de comer, dormir y dejar que te quemara el sol. En la Tierra: el Planeta Daño. El Planeta Conflicto. El Planeta Dolor.

Para los Escuadrones de Asistencia a la Emigración, con sus metralletas blancas y limpias, los objetivos de Prioridad A eran las hembras reticentes entre las edades de catorce y treinta y cinco. El resto de las hembras eran objetivos de asistencia de Prioridad B. Todos los hombres reticentes eran Prioridad C. Si se estaban agotando las balas, el equipo vestido de blanco podía dejar una aldea entera de hombres y mujeres ancianas con vida para que envejecieran y emigraran por causas naturales.

A Tracee siempre le preocupaba ser un objetivo de Prioridad A, o sea, que la ametrallaran de camino al gimnasio. Pero la mayoría de los escuadrones estaban en el campo o en las montañas, en sitios donde podía esconderse gente retrasada, de esa que tenía hijos.

Los estúpidos más estúpidos podían hacer descarrilar por completo tu evolución espiritual. No era justo.

Todos los demás, millones de almas, ya estaban en la fiesta. En el vídeo de Venus se veían las caras de gente famosa que habían sufrido lo bastante en la Tierra y no tenían que regresar para vivir otra vida en ella. Se veía a Grace Kelly y a Jim Morrison. A Jackie Kennedy y a John Lennon. A Kurt Cobain. Y esos eran los que Eve podía reconocer. Estaban todos en la fiesta, con aspecto joven y feliz, para siempre.

Entre los famosos muertos deambulaban animales ya extinguidos en la Tierra: palomas migratorias, ornitorrincos, dodos gigantes.

En las noticias de la televisión, los famosos eran aplaudidos en el momento de emigrar. Si aquella gente, las estrellas de cine y los grupos de rock, podía emigrar por el bien general de la humanidad, aquella gente que tenía dinero y talento y fama, que tenía tantas razones para quedarse aquí, si ellos podían emigrar, cualquiera podía.

En el último número de la revista *People*, el artículo central era el «Crucero a la nada de los famosos». Miles de las personas más guapas y mejor vestidas, diseñadores de moda y supermodelos, magnates del software y atletas profesionales, se subieron al *Queen Mary II* y zarparon, bebiendo y bailando, navegando hacia el norte por el océano Atlántico, a toda máquina, en busca de un iceberg contra el que chocar.

Vuelos chárter privados chocaban contra montañas.

Autobuses turísticos se tiraban desde acantilados sobre el océano.

Aquí en Estados Unidos, la mayoría de la gente iba a un Wal-Mart o a un Rite Aid y se compraba los Kits de Partida. Los kits de la primera generación traían barbitúricos envasados en una bolsa de plástico del tamaño de una cabeza con un cordel para atársela en torno al cuello. La siguiente generación de kits llevaba una pastilla de cianuro masticable con sabor a cereza. Había tanta gente que se dedicaba a emigrar allí mismo en el pasillo de la tienda —a emigrar sin pagar por sus kits— que Wal-Mart puso los kits detrás del mostrador de atención al cliente junto con los cigarrillos y te hacía pagar primero antes de darte uno. Cada dos minutos, un anuncio emitido por megafonía pedía a los clientes que fueran educados y no emigraran mientras estuvieran en el recinto de la tienda... Gracias.

Ya desde el principio, alguna gente impulsó lo que llamaban el Método Francés. Su idea era limitarse a esterilizar a todo el mundo. Primero mediante cirugía, pero se tardaba demasiado. Después exponiendo los genitales de la gente a una radiación concentrada. Con todo, para entonces todos los médicos habían emigrado. Los médicos fueron los primeros en desertar. Los médicos, sí, es cierto, la muerte era su enemiga, pero sin ella estaban perdidos. Destrozados. Sin médicos, eran los conserjes los que irradiaban a la gente. Y la gente acabó toda quemada. Y la red eléctrica falló. Fin.

Para entonces, toda la gente guapa y sofisticada había emigrado con cianuro en el champán en glamourosas «Fiestas de Bon Voyage». O se cogían de la mano y saltaban desde fiestas en áticos de rascacielos. La gente que ya estaba un poco cansada del mundo, todas aquellas estrellas de cine y superatletas y grupos de rock. Las supermodelos y los multimillonarios del software, ya se habían marchado al cabo de la primera semana.

Todos los días el padre de Eve llegaba a casa diciendo quién ya no estaba en su oficina. Quién había emigrado del vecindario. Era fácil saberlo. El césped del jardín les crecía demasiado. El correo y los periódicos se les amontonaban frente a la puerta. Siempre tenían las cortinas echadas, nunca encendían las luces y uno pasaba por delante y notaba un olor dulzón, como a fruta o carne que se estuviera pudriendo dentro de la casa. El aire estaba abarrotado de moscas negras.

La casa de al lado, la casa de los Frink, estaba así. También la casa de delante de la nuestra.

Durante las primeras semanas fue divertido: Larry iba al centro a aporrear su guitarra eléctrica él solo sobre el escenario del auditorio del Civic Theater. Eve podía usar todo el centro comercial como su armario privado. No había escuela y no la habría nunca, nunca más.

Pero se notaba que su padre ya se estaba cansando de Tracee. A su padre nunca se le había dado bien lo que venía después del inicio romántico. En circunstancias

normales, aquel habría sido el momento en que empezaban las infidelidades. En que encontraba a una churri nueva en la oficina. En cambio, se dedicaba a ver imágenes de Venus en televisión, prestando mucha atención, casi tocando con la nariz la pantalla cuando se podía distinguir a la gente, a grupos de aquellos y aquellas supermodelos hermosos, desnudos y amontonados o bien ensartados en una larga cadena de penetraciones. Lamiendo vino tinto del cuerpo de los demás. Follando sin reproducción ni enfermedad ni maldición divina.

Tracee estaba haciendo una lista de gente famosa de la que quería hacerse amiga íntima en cuanto la familia llegara. A la cabeza de su lista estaba la Madre Teresa.

Llegado este punto, hasta las madres agobiadas estaban reuniendo a sus hijos y chillando que todo el mundo se diera prisa y se bebiera su leche envenenada para llegar de una puñetera vez al siguiente paso de la evolución espiritual. Ahora incluso la vida y la muerte eran fases por las que uno pasaba a toda prisa, igual que los maestros mandaban a los alumnos de un curso a otro y a la graduación, sin importar cuánto aprendieran o dejaran de aprender. Una enorme competencia febril para llegar a la iluminación.

Ahora, en el coche, con una voz cada vez más grave y ronca como resultado de inhalar el humo, Tracee leyó: «Mientras las células de tus válvulas cardíacas empiezan a morir, las dos mitades del corazón, que se llaman “ventrículos”, se vuelven lentos y bombean cada vez menos sangre por el cuerpo...».

Tosió y siguió leyendo. «Sin sangre, el cerebro deja de funcionar. Y al cabo de unos minutos emigras», y Tracee cerró el panfleto. Fin.

El padre de Eve dijo:

—Adiós, planeta Tierra.

Y el boston terrier, Risky, vomitó palomitas de queso por todo el asiento trasero.

El olor a vómito de perro y el ruido que hacía Risky al comérselo de nuevo eran peores todavía que el monóxido de carbono.

Larry miró a su hermana, con manchas de maquillaje negro en torno a los ojos, parpadeando a cámara lenta, y dijo:

—Eve, saca a tu perro fuera para que vomite.

En caso de que la familia ya se hubiera marchado cuando ella volviera, su padre le dijo que había un Kit de Partida en la encimera de la cocina. Y le dijo a Eve que no se entretuviera mucho. Que la estarían esperando en la gran fiesta.

La futura ex madrastra de Eve dijo:

—No dejes la portezuela abierta para que se salga el humo —dijo Tracee—. Quiero emigrar, no sufrir lesiones cerebrales.

—Demasiado tarde —dijo, y tiró del perro hasta el jardín. Allí el sol seguía brillando. Los pájaros construían sus nidos, demasiado tontos para saber que este planeta ya no estaba de moda. Las abejas hurgaban dentro de las rosas abiertas,

ignorantes del hecho de que toda su realidad estaba obsoleta.

En la cocina, sobre la encimera y al lado del fregadero, había un Kit de Partida, con su tableta de plástico llena de pastillas de cianuro. Era de un sabor nuevo, limón. Envase familiar. Impreso en el reverso del cartón, había un dibujito. Que mostraba un estómago vacío. La esfera de un reloj contaba tres minutos. Y luego el alma del dibujito se despertaba en un lugar cómodo y placentero. En el siguiente planeta. Evolucionada.

Eve sacó una pastilla de color amarillo brillante con una carita sonriente impresa en color rojo. No importaba si usaban aquella clase de tinta roja que era tóxica. Eve sacó todas las pastillas. Se llevó las ocho al cuarto de baño y las tiró por el retrete.

El coche seguía con el motor encendido dentro del garaje. A través de una ventana, de pie sobre una silla de jardín, Eve pudo ver las cabezas caídas en el interior. Su padre. Su futura ex madrastra. Su hermano.

En el jardín, Risky estaba husmeando la rendija abierta de debajo de la puerta del garaje, olisqueando el humo del interior. Eve le dijo que no. Lo llamó para que se alejara de la casa y regresara a la luz del sol. Allí, con el vecindario en silencio salvo por el canto de los pájaros y el zumbido de las abejas, el jardín ya parecía descuidado y necesitaba que cortaran el césped. Sin el ruido de las cortadoras de césped ni de los aviones y las motocicletas, el canto de los pájaros sonaba tan fuerte como antes solía sonar el tráfico.

Después de tumbarse sobre el césped, se subió los faldones de la camisa y dejó que el sol le calentara la barriga. Cerró los ojos y se frotó en círculos lentos con las yemas de los dedos de una mano en torno al ombligo.

Risky ladró una vez, dos.

Y una voz dijo:

—Eh.

Había una cara asomada por encima de la cerca del jardín de al lado. Pelo rubio y granos rosados, un chaval de la escuela llamado Adam. De antes de que cerraran todas las escuelas. Adam agarró con los dedos el borde superior de la cerca de madera y se dio impulso hacia arriba hasta tener los dos codos apoyados sobre la misma. Con la barbilla apoyada en las manos, Adam dijo:

—¿Te has enterado de lo de la novia de tu hermano?

Eve cerró los ojos y dijo:

—Esto suena raro, pero la verdad es que echo de menos la muerte...

Adam proyectó una pierna hacia un lado para pasar el pie por encima de la cerca. Y dijo:

—¿Tu familia ya ha emigrado?

En el garaje, el motor del coche tosió y le falló un cilindro. Un ventrículo que se volvía lento. Dentro del cristal de la ventana, el aire del garaje estaba lleno de nubes

movedizas de humo gris. Volvió a fallar un cilindro y el motor se quedó en silencio. Nada se movía en el interior. La familia de Eve acababa de convertirse en el equipaje que habían dejado atrás.

Y despatarrada bajo la luz del sol, notando cómo la piel se le tensaba y se le enrojecía, Eve dijo:

—Pobre Larry. —Sin dejar de frotarse en círculos alrededor del ombligo.

Risky se acercó a la cerca y se quedó de pie junto a la misma, mirando hacia arriba, mientras Adam pasaba primero una pierna y luego la otra por encima y luego saltaba al jardín. Adam se inclinó para acariciar al perro. Rascando debajo de la barbilla del perro, Adam dijo:

—¿Les dijiste que estábamos embarazados?

Y Eve no dice nada. No abre los ojos.

Adam dijo:

—Si hacemos que empiece otra vez la especie humana, nuestros padres van a coger un cabreo...

El sol estaba casi en lo alto del cielo. Aquel ruido que parecía de coches no era más que el viento que soplaba por el vecindario vacío.

Las posesiones materiales estaban obsoletas. El dinero era inservible. El estatus social no tenía sentido.

Sería verano durante tres meses más y había un mundo entero de reservas de comida enlatada. O sea, si el Escuadrón de Asistencia a la Emigración no la ametrallaba por reticente. Siendo un objetivo de Prioridad A. Fin.

Eve abrió los ojos y miró el punto blanco que había cerca del horizonte azul. El Lucero del Alba. Venus.

—Si tengo este bebé —dijo Eve—, espero que sea...Tracee.

El señor Whittier acompaña a la Señorita Estornudos a la puerta. Al mundo de fuera. Los dos cogidos de la mano. Este es nuestro mundo sin diablo, nuestra Villa Diodati sin ningún monstruo al que culpar. Tira de la puerta del callejón hasta abrirla un poco, lo bastante como para que un rayo de sol de verdad entre en ángulo oblicuo desde el callejón. Una ranura luminosa que es lo contrario de la ranura negra que encontramos al llegar.

La Señorita Estornudos es lo mismo que Cassandra Clark, la novia del señor Whittier. A quien él quiere salvar.

La bombilla del proyector se ha quemado. O bien lleva tanto tiempo encendida con tanta potencia —con algo dramático sucediendo siempre, algo horrible sucediendo siempre, algo emocionante sucediendo siempre— que ha hecho saltar un fusible.

La Baronesa Congelación se ha dormido en su montón de trapos y encajes, hablando en murmullos por su arruga rosada y grasienta. También el Conde de la Calumnia está hablando en sueños, rebobinando oníricamente las escenas que tiene en la cabeza.

Todos parecemos estar dormidos o inconscientes o soñando despiertos, diciendo en murmullos que nada de esto es culpa nuestra. Que somos la presa. Que todo aquí se nos ha infligido a nosotros.

Solamente San Destripado y la Madre Naturaleza hablan en murmullos entre sí. Él se dedica a mirar de reojo la puerta abierta y la ranura de luz que se cuela al interior. En dirección al señor Whittier y la Señorita Estornudos, el contorno de cuyos esqueletos oscuros se disuelve en el resplandor del día.

Los demás nos disolvemos en nuestros disfraces, en la moqueta y en el suelo.

La Madre Naturaleza no para de decir, como un disco rayado:

—Detenlos... detenlos...

Sería un final feliz bastante bueno, dice San Destripado. Esos dos jóvenes amantes saliendo a la luz de un luminoso nuevo día. Podrían encontrar ayuda y salvar al grupo. Los dos podrían ser víctimas y héroes.

Pero la Madre Naturaleza se limita a murmurar:

—Es demasiado pronto.

Necesitan esperar un poco más. Con lo jóvenes que son, se pueden permitir esperar hasta que hayan muerto unos cuantos más.

La Madre Naturaleza y San Destripado podrían sobrevivir al viejo Whittier y a la enferma Señorita Estornudos.

Si miramos a nuestro alrededor, parece claro que el Agente Chivatillo y el Chef Asesino no van a durar un día más. La pechera de brocado de la Condesa Clarividencia ha dejado de moverse al ritmo de su respiración y sus labios se han puesto azules. Las cejas depiladas del Reverendo Sin Dios han dejado de intentar crecer de nuevo.

No, cuanto más puedan esperar, a menos tocará la repartición del dinero.

Con sus campanillas tintineando, con las enredaderas de henna roja de las manos, la Madre Naturaleza le quita uno de los zapatos al Santo. Tocándole solamente los centros de placer de la planta del pie, se dedica a ello un momento, y el contacto de sus dedos hace que él ponga los ojos en blanco.

No, la Madre Naturaleza y San Destripado pueden tenerlo todo. Todo el dinero, dice ella, sin dejar de tocarle allí abajo. Toda la gloria. Toda la compasión.

Con los ojos en blanco, ciegos, tan blancos como huevos duros, San Destripado parpadea hasta apartar el pie y dice:

—Mnye etoh nadoh kahk zoobee zadnetze.

Las perneras de sus pantalones y los faldones de su camisa se rasgan y se hacen jirones allí donde están pegados al escenario con sangre, y el Santo se pone en pie como puede y dice que se tiene que marchar.

Todavía no, dice la Madre Naturaleza. Con su voz convertida en un rechinar de dientes sibilante.

San Destripado da un paso y se tambalea. Le fallan las piernas y cae de cuatro patas. Arrastrándose hacia la puerta abierta, dice:

—¿Cómo puedo detenerlos?

Y extendiendo un brazo tras él, la Madre Naturaleza le atrapa un tobillo con los dedos y dice:

—Espera.

Por el sendero que traza la luz del sol hasta la puerta, el suelo de cemento es cálido al tacto. Los dos se arrastran, con los ojos cerrados, cegados por la luz, avanzando a tientas por donde el suelo está más caliente, palpando estilo braille con las manos y las rodillas hasta que encuentran el marco de la puerta con las yemas de los dedos que les quedan. Hasta que encuentran la luz del sol con la piel de sus labios y párpados.

En el cielo azul y estrecho del callejón, los pájaros planean de un lado a otro. Hay pájaros y nubes que no son telarañas. En un cielo azul que no es de terciopelo ni pintado.

Asomando la cabeza por la puerta, San Destripado dice:

—Sé dónde estamos. —Con los ojos entornados, dice—: Siguen aquí. —Señala con una mano y dice—: Señorita Estornudos, espera...

Con los dedos de la Madre Naturaleza agarrándole con fuerza la camisa y la

cintura de los pantalones, sigue arrastrándose, nadando, y diciendo:

—Para, por favor.

Con medio cuerpo fuera de la puerta, con sus manos arrastrándolo por entre los cristales rotos y los desperdicios del callejón, por entre toda la hermosa basura caliente bajo el sol de la tarde, San Destripado dice:

—¡Alto!

Mientras dos figuras se alejan dando tumbos hacia la boca del callejón: la chica cerca y el viejo a casi una manzana de distancia, con el brazo levantado mientras un taxi se detiene junto a la acera.

Y el Santo grita en esa dirección:

—¡Señorita Estornudos!

Grita:

—¡Espera!

La Señorita Estornudos se gira para mirar.

Y... entonces... ¡*Suuu-ruuuc!*

El cuchillo del suelo, el cuchillo de deshuesar que el Chef Asesino tiró a los pies del señor Whittier, la Madre Naturaleza lo ha traído consigo.

Ese cuchillo que sobresale del pecho de la Señorita Estornudos todavía tiembla con cada latido de su corazón, y tiembla cada vez menos mientras la Madre Naturaleza y San Destripado la llevan a rastras de vuelta al interior de la puerta. De vuelta a la oscuridad.

En el callejón, la voz del señor Whittier grita cada vez desde más cerca que se detengan.

El cuchillo tiembla menos todavía mientras la Madre Naturaleza dice:

—Te lo dije: todavía no.

Y luego el cuchillo deja de temblar. Esa personita que tosía, que se sorbía la nariz y estornudaba, y que llevamos esperando ver cómo se muere desde el día que llegamos, por fin se ha muerto.

No es que hayamos salvado el mundo sino que más bien hemos conservado a nuestro público. Hemos mantenido viva a la gente que nos verá en televisión, que leerá nuestros libros y que irá a ver la película que haremos algún día. Nuestro mercado de consumidores.

San Destripado aguanta la puerta cerrada y la cerradura se abre desde fuera. El pomo da una sacudida. El Santo la vuelve a cerrar y la cerradura se vuelve a abrir.

El Santo la cierra con un clic y dice:

—No.

Y la cerradura se abre, accionada por una llave desde fuera.

De vuelta a la oscuridad, de vuelta al frío, la Madre Naturaleza saca el cuchillo pegajoso de la Señorita Estornudos. La Madre Naturaleza hunde la hoja del cuchillo

en la cerradura y la parte.

La cerradura estropeada. El cuchillo estropeado. La pobre Señorita Estornudos, con sus ojos rojos y su nariz moqueante, reducida a nada más que atrezzo en nuestra historia. Una persona convertida en objeto. Como si abrieras en canal a una muñeca de trapo con un nombre tonto y dentro encontraras: intestinos de verdad, pulmones de verdad, un corazón que late y sangre. Un montón de sangre caliente y pegajosa.

Y ahora la historia se reparte entre uno menos. La historia de lo que nos han hecho.

Por ahora nos quedamos aquí. En nuestro círculo de penumbra alrededor de la luz para fantasmas.

La voz del señor Whittier está chillando lastimeramente al otro lado de la puerta de acero. Golpeando con los puños. Diciendo que quiere entrar. Que no quiere morir solo.

Por ahora esperamos, repitiendo nuestra historia en el Museo de Nosotros. En este ensayo general permanente nuestro.

Cómo el señor Whittier nos atrapó aquí. Cómo nos hizo pasar hambre y nos torturó. Cómo nos mató.

Recitamos esto: la Mitología de Nosotros.

Y muy pronto, en cualquier momento, el mundo vendrá a abrir esa puerta y a rescatarnos. El mundo nos escuchará. Y a partir de ese día iluminado por un sol glorioso, el mundo entero nos amará.



Charles Michael Chuck Palahniuk (Pasco, Washington, Estados Unidos, 21 de febrero de 1962) es un novelista satírico estadounidense y periodista independiente residente en Portland (Oregón). Es famoso por su galardonada novela *El club de la lucha*, que posteriormente David Fincher adaptó al cine. En torno a su web oficial se reúne uno de los mayores grupos de seguidores de escritores en Internet. Sus obras, similares en estilo a las de Bret Easton Ellis, Irvine Welsh y Douglas Coupland, le han hecho uno de los novelistas más populares de la Generación X.